

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR OF
BLUE DIARY AND ILLUMINATION NIGHT

ALICE
HOFFMAN



"A beautiful, moving book about the power of
love and the desires of the heart."—*The Denver Post*

PRACTICAL MAGIC

Magia practica

Alice Hoffman

2003-08-04T23: 00: 00 + 00: 00

001

Tabla de contenido

[Pagina del titulo](#)

[La página de derechos de autor](#)

[Dedicación](#)

[SUPERSTICIÓN](#)

[PREMONICIONES](#)

[CLARIVIDENCIA](#)

[LEVITACIÓN](#)

"Lo mejor de Hoffman ... los lectores disfrutarán de este cuento mágico".

- *Editores semanales*

"Una historia dulce y dulce que, como los mejores cuentos de hadas, dice más de lo que parece al principio". - *New York Daily News*

"[Hoffman] ha demostrado una vez más su potencia como narradora, combinando lo mundano con lo fantástico de una manera totalmente

atractiva". - *Boston Sunday Herald*

"Caprichoso ... el toque de Hoffman es tan ligero, su escritura tan luminosa". - *El centinela de Orlando*

"Encantador" - *Diario de la biblioteca*

"Brujas y fantasmas, hechizos y juegos de manos tejen una atmósfera fantasiosa en la tierna comedia de Alice Hoffman sobre la clarividencia, los hechizos y los lazos familiares". —*El Miami Herald*

"[Una] deliciosa fantasía de brujería y amor en un mundo donde los jardines huelen a verbena de limón y los finales felices son posibles".
- *Cosmopolita*

"Un romance cósmico leudado con el toque justo de pragmatismo y humor". -*Lista de libros*

"La escritura de Hoffman tiene mucho poder. Sus mejores frases son como encantamientos, no te dejarán escapar".
- *Reseñas de Kirkus*

"Perfecto" - *Dayton Daily News*

"Atractivo" - *Glamour*

"Caprichoso". - *Los Angeles Times*

Alabanza por los trabajos anteriores de Alice Hoffman :

DIARIO AZUL

"Un volteador de páginas ... difícil de dejar ... aún más difícil de olvidar".

- *St. Louis posterior al envío*

"Investigue los temas de la devoción, la traición, la culpa y el perdón de formas tremendamente eficaces". *Publishers Weekly* (reseña destacada)

"Una escritora deliciosa ... Dios la bendiga". - *New York Daily News*

NOCHE DE ILUMINACIÓN

"Atrevidamente mezclar la comedia con la tragedia ... [Hoffman] ha creado una narrativa que de alguna manera hace que el mito de las complejidades pegajosas de matrimonio contemporánea ... Sus personajes son de marca en la memoria." - *The New York Times Book Review*

EL REY DEL RÍO

"Fluye tan rápida y lípidamente como el río Haddan, la vía fluvial mística de la ciudad ... Como siempre, Hoffman mezcla el mito, la magia y la realidad, aborda temas de la ciudad y el vestido, encanta a sus lectores con una historia de moralidad de muchas capas y demuestra ella misma, una vez más, una autora inventiva con un toque distintivo".
- *Publishers Weekly* (reseña destacada)

AQUÍ EN LA TIERRA

"[Hoffman] sondea la vida interior de, entre otros, un recluso borracho, un adolescente desconsolado, una hija enojada, un casi loco, un marido cornudo y tres mujeres heridas con tal modestia y habilidad que parece ser testigo en lugar de inventan sus vidas".

- *Entretenimiento semanal*

ATERRIZAJE DEL ÁNGEL

"Una buena historia de amor pasada de moda ... la escritura de Alice Hoffman en su mejor momento preciso y desgarrador". - *The Washington Post Book World*

CHICAS LOCALES

"Es una de las mejores escritoras que tenemos hoy en día: perspicaz, divertida, inteligente, con una voz distintiva ... [Local Girls] hace mucho para demostrar que Hoffman es una artista establecida en su apogeo".

- *El distribuidor llano de Cleveland*

SEGUNDA NATURALEZA

"Suspense ... una meditación oscura y romántica sobre lo que significa ser humano". *The New Yorker*

PROPIEDAD DE

"Un trabajo inconfundiblemente talentoso ... Alice Hoffman brilla con talento".

- *Reseñas de Kirkus*

LUNA TORTUGA

"Difícil de dejar ... lleno de personajes que se apoderan de tu corazón". -
The San Francisco Examiner

LA HIJA DE FORTUNE

"[Un] íntimo, hermosa novela, la mayoría de cuyas preocupaciones se arremolinan sobre el dolor y la alegría de la maternidad." - *La gente*

Alabanza a Alice Hoffman:

"Parece seguro que Hoffman se unirá a escritores como Anne Tyler y Mary Gordon ... una gran novelista". *Newsweek*

"Uno de los escritores contemporáneos más brillantes e imaginativos".
- *La abeja de Sacramento*

"Sus novelas son tan fluidas y elegantes como los sueños".
- *The San Diego Union-Tribune*

"Un lector está en buenas manos con Alice Hoffman, capaz de contar con muchos placeres". - Jane Smiley, *USA Today*

"Alice Hoffman es una verdadera escritora que nos da placer mientras enseña, nos distrae de la vida real mientras la ilumina". Judith Rossner

"Con su prosa gloriosa y su ojo extraordinario ... Alice Hoffman parece saber lo que significa ser un ser humano".

—Susan Isaacs, *Newsday*

Libros de Berkley por Alice Hoffman

PROPIEDAD DE

LA TEMPORADA QUE SE Ahoga
ÁNGEL ATERRIZA LOS
CABALLOS BLANCOS
HIJA DE FORTUNE
NOCHE DE ILUMINACIÓN
EN RIESGO
SEPTIMA
LUNA DE LA TORTUGA DEL CIELO
SEGUNDA NATURALEZA
MAGIA PRÁCTICA
AQUÍ EN LA TIERRA
NIÑAS LOCALES
EL RÍO KING
DIARIO AZUL

Para niños

FIREFLIES
tábano
AQUAMARINE
INDIGO

PRACTICAL MAGIC

Alice Hoffman



BERKLEY BOOKS, NEW YORK

THE BERKLEY PUBLISHING GROUP

Publisbed por Penguin Group

Penguin Group (EE. UU.)

Inc.375 Hudson Street, Nueva York, Nueva York 10014, EE. UU.

Penguin Group (Canadá), 10 Alcom Avenue, Toronto, Ontario M4V 3B2,
Canadá

(una división de Pearson Penguin Canada Inc.)

Penguin Books Ltd., 80 Strand, Londres WC2R ORL, Inglaterra

Penguin Group Irlanda, 25 St. Stephen's Green, Dublín 2, Irlanda (una
división de Penguin Books Ltd.)

Penguin Group (Australia), 250 Camberwell Road , Camberwell,
Victoria 3124, Australia

(una división de Pearson Australia Group Pty. Ltd.)

Penguin Books India Pvt. Ltd., 11 Community Center, Panchsheel Park,

Nueva Delhi — 110 017, India
Penguin Group (NZ), cnr. Airborne and Rosedale Roads, Albany,
Auckland 1310, Nueva Zelanda
(una división de Pearson New Zealand Ltd.)
Penguin Books (Sudáfrica) (Pty.) Ltd., 24 Sturdee Avenue, Rosebank,
Johannesburgo 2196,
Sudáfrica

Penguin Books Ltd., oficinas registradas: 80 Strand, Londres WC2R
ORL, Inglaterra

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Copyright © 1995 de Alice Hoffman.

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica sin permiso. No participe ni fomente la piratería de materiales con derechos de autor en violación de los derechos de autor. Compre solo ediciones autorizadas. BERKLEY es una marca comercial registrada de Penguin Group (EE. UU.) Inc. El diseño "B" es una marca comercial que pertenece a Penguin Group (EE. UU.) Inc.

eISBN: 978-1-44067375-7

Hoffman, Alice.

Magia práctica / por Alice Hoffman.
pag. cm.

eISBN: 978-1-44067375-7

1. Título.

PS3558.03447P-47013 CIP

813'.54 — dc20

VISITE EL SITIO WEB DEL AUTOR EN

www.alicehoffman.com

<http://us.penguinroup.com>

Para cada mal que hay bajo el sol,
hay remedio, o no lo hay.
Si hay alguno, búsquelo hasta encontrarlo;
Si no hay ninguno, no importa.

MAMÁ GANSO

SUPERSTICIÓN

Durante más de doscientos años, las mujeres de Owens han sido culpadas de todo lo que salió mal en la ciudad. Si llegaba un manantial húmedo, si las vacas en el pasto daban leche líquida con sangre, si un potrillo moría de un cólico o si nacía un bebé con una marca de nacimiento roja estampada en la mejilla, todos creían que el destino debía haber sido torcido, al menos. un poco, por esas mujeres de

Magnolia Street. No importaba cuál fuera el problema: un rayo, una langosta o una muerte por ahogamiento. No importaba si la situación podía explicarse por la lógica, la ciencia o simplemente la mala suerte. Tan pronto como hubo un indicio de problema o la menor desgracia, la gente comenzó a señalar con el dedo y a culpar. Al poco tiempo se habían convencido a sí mismos de que no era seguro pasar por la casa de Owens después del anochecer, y solo los vecinos más tontos se atreverían a mirar por encima de la valla de hierro forjado negro que rodeaba el patio como una serpiente.

Dentro de la casa no había relojes ni espejos y tres cerraduras en todas y cada una de las puertas. Los ratones vivían debajo de las tablas del piso y en las paredes y, a menudo, se podían encontrar en los cajones de la cómoda, donde se comían los manteles bordados, así como los bordes de encaje de los manteles individuales de lino. Se habían utilizado quince tipos diferentes de madera para los asientos de las ventanas y las chimeneas, incluido el roble dorado, el fresno plateado y una madera de cerezo peculiarmente fragante que desprendía el aroma de la fruta madura incluso en pleno invierno, cuando todos los árboles del exterior no eran nada más que un palo negro sin hojas. No importa qué tan polvoriento pueda estar el resto de la casa, ninguna de las carpinterías necesitó pulirse. Si entrecerraba los ojos, podía ver su reflejo allí mismo, en el revestimiento de madera del comedor o en la barandilla a la que se aferraba mientras subía las escaleras. Estaba oscuro en todas las habitaciones, incluso al mediodía, y fresco durante el calor de julio. Cualquiera que se atreviera a pararse en el porche, donde la hiedra crecía salvaje, podía intentar durante horas mirar por las ventanas y no ver nada. Era lo mismo mirar hacia afuera; el vidrio de la ventana teñido de verde era tan viejo y tan grueso que todo en el otro lado parecía un sueño, incluido el cielo y los árboles.

Las niñas que vivían en el ático eran hermanas, con solo trece meses de diferencia. Nunca les dijeron que se fueran a la cama antes de la medianoche ni les recordaron que se cepillaran los dientes. A nadie le importaba si sus ropas estaban arrugadas o si escupían en la calle. Mientras estas niñas crecían, se les permitió dormir con los zapatos puestos y dibujar caras divertidas en las paredes de sus habitaciones

con crayones negros. Podían tomar Dr Peppers fríos para el desayuno, si eso era lo que ansiaban, o comer pasteles de malvaviscos para la cena. Podían trepar al tejado y sentarse encaramados en el pico de pizarra, echándose hacia atrás lo más posible, para espiar la primera estrella. Allí se quedaban en las ventosas noches de marzo o en las húmedas noches de agosto, susurrando, discutiendo si era factible que incluso el más mínimo deseo se hiciera realidad.

Las niñas estaban siendo criadas por sus tías, quienes, por mucho que quisieran, simplemente no podían rechazar a sus sobrinas. Los niños, al fin y al cabo, eran huérfanos cuyos descuidados padres estaban tan enamorados que no se percataron del humo que emanaba de las paredes del bungalow donde habían ido a disfrutar de una segunda luna de miel, después de dejar a las niñas en casa con una niñera. No es de extrañar que las hermanas siempre compartieran la cama durante las tormentas; ambos estaban aterrorizados por los truenos y nunca pudieron hablar más que un susurro una vez que el cielo comenzó a retumbar. Cuando finalmente se quedaron dormidos, abrazados, a menudo tenían exactamente los mismos sueños. Hubo momentos en que podían completar las oraciones del otro; ciertamente, cada una podía cerrar los ojos y adivinar qué postre más deseaba la otra en un día determinado.

Pero a pesar de su cercanía, las dos hermanas eran completamente diferentes en apariencia y temperamento. Aparte de los hermosos ojos grises por los que se conocía a las mujeres de Owens, nadie habría tenido motivos para adivinar que las hermanas estaban relacionadas. Gillian era rubia y rubia, mientras que el cabello de Sally era tan negro como las pieles de los gatos maleducados que las tías permitían merodear por el jardín y arañar las cortinas del salón. Gillian era perezosa y le gustaba dormir pasado el mediodía. Ahorró el dinero de su mesada, luego le pagó a Sally para que hiciera su tarea de matemáticas y planchara sus vestidos de fiesta. Bebió botellas de Yoo-Hoo y comió barras pegajosas de Hershey mientras estaba tumbada en el fresco suelo del sótano, contenta de ver cómo Sally limpiaba los estantes de metal donde las tías guardaban encurtidos y conservas. La cosa favorita de Gillian en el mundo era acostarse en el asiento de la

ventana acolchado de terciopelo, en el rellano, donde las cortinas estaban hechas de damasco y un retrato de Maria Owens, quien había construido la casa hace tanto tiempo, acumulaba polvo en una esquina. Ahí es donde se la podía encontrar en las tardes de verano, tan relajada y lánguida que las polillas se posaban sobre ella, confundiéndola con un cojín, y procedían a hacerle pequeños agujeros en sus camisetas y jeans.

Sally, trescientos noventa y siete días mayor que su hermana, era tan concienzuda como holgazana Gillian. Ella nunca creyó en nada que no pudiera probarse con hechos y cifras. Cuando Gillian señaló una estrella fugaz, fue Sally quien le recordó que lo que estaba cayendo a la tierra era solo una roca vieja, calentada por su descenso a través de la atmósfera. Sally fue una persona encargada de hacerse cargo desde el principio; no le gustaba la confusión y el desorden, los cuales llenaban la vieja casa de las tías en Magnolia Street desde el ático hasta el sótano.

Desde que estaba en tercer grado y Gillian en segundo, Sally era la que cocinaba cenas saludables de pastel de carne y judías verdes frescas y sopa de cebada, usando recetas de una copia de *Joy of Cooking* que había logrado pasar de contrabando a la *cocina*. casa. Preparaba sus loncheras todas las mañanas, empaquetaba sándwiches de pavo y tomate en pan integral, agregaba palitos de zanahoria y galletas de avena heladas, todo lo cual Gillian arrojó a la basura en el instante en que Sally la dejó en su salón de clases, ya que ella Prefería los descuidados y los brownies que se vendían en la cafetería de la escuela, ya menudo había robado suficientes monedas de veinticinco centavos y diez centavos de los bolsillos de los abrigos de las tías para comprarse lo que quisiera.

Noche y día, las llamaron las tías, y aunque ninguna de las niñas se rió de este pequeño chiste o lo encontró divertido en lo más mínimo, reconocieron la verdad en él y pudieron entender, antes que la mayoría de las hermanas, que la luna siempre está celosa. del calor del día, así como el sol siempre anhela algo oscuro y profundo. Se guardaban bien los secretos del otro; cruzaron sus corazones y esperaron morir si alguna vez se resbalaban y lo contaban, incluso si el secreto era solo un gato arrancado o alguna dedalera robada del jardín de las tías.

Las hermanas podrían haberse disparado entre sí debido a sus diferencias, podrían haberse vuelto desagradables y luego haberse distanciado, si hubieran podido tener amigos, pero los otros niños de la ciudad las evitaban. Nadie se atrevía a jugar con las hermanas, y la mayoría de las niñas y los niños cruzaban los dedos cuando Sally y Gillian se acercaban, como si ese tipo de cosas fuera una protección. Los niños más valientes y salvajes siguieron a las hermanas a la escuela, a la distancia justa detrás, lo que les permitió girar y correr si era necesario. A estos chicos les gustaba lanzar manzanas o piedras de invierno a las chicas, pero incluso los mejores atletas, los que eran las estrellas de sus equipos de las ligas menores, nunca podían conseguir un golpe cuando apuntaban a las chicas de Owens. Cada piedra, cada manzana, siempre aterrizaba a los pies de las hermanas.

Para Sally y Gillian, los días estuvieron llenos de pequeñas mortificaciones: ningún niño usaría un lápiz o un crayón directamente después de haber sido tocado por una niña de Owens. Nadie se sentaba a su lado en la cafetería o durante las asambleas, y algunas niñas de hecho gritaban cuando entraban al cuarto de niñas, para orinar, chismear o cepillarse el pelo, y se habían topado con una de las hermanas. Sally y Gillian nunca fueron elegidas para equipos durante los deportes, a pesar de que Gillian era el corredor más rápido de la ciudad y podía lanzar una pelota de béisbol sobre el techo de la escuela, en Endicott Street. Nunca fueron invitadas a fiestas o reuniones de Girl Scouts, ni se les pidió que se unieran y jugaran a la rayuela o treparan a un árbol.

“Que se jodan a todos”, decía Gillian, con su hermosa naricita en el aire mientras los chicos hacían espeluznantes ruidos de duendes cuando las hermanas pasaban junto a ellos en los pasillos de la escuela, de camino a la música o al arte. “Que coman tierra. Espera y verás. Un día nos rogarán que los invitemos a casa y nos reiremos en sus caras”.

A veces, cuando se sentía particularmente desagradable, Gillian de repente se giraba y gritaba "Boo", y algún chico siempre se orinaba en los pantalones y se sentía mucho más humillado de lo que Gillian había estado nunca. Pero Sally no tuvo el corazón para defenderse. Vestía

ropa oscura y trató de pasar desapercibida. Fingió que no era inteligente y nunca levantó la mano en clase. Ella disfrazó su propia naturaleza tan bien que después de un tiempo se sintió insegura de sus propias habilidades. Para entonces, estaba tan callada como un ratón. Cuando abrió la boca en el salón de clases, solo pudo gritar respuestas incorrectas; con el tiempo se aseguró de sentarse en el fondo de la habitación y de mantener la boca firmemente cerrada.

Aun así, no la dejarían estar. Alguien puso una granja de hormigas abierta en su casillero cuando Sally estaba en cuarto grado, de modo que durante semanas encontró hormigas aplastadas entre las páginas de sus libros. En quinto grado, una pandilla de niños dejó un ratón muerto en su escritorio. Uno de los niños más crueles había pegado una etiqueta con su nombre en la espalda del ratón. *Sali* había sido garabateada con letras toscas, pero Sally no se complacía en lo más mínimo en la falta de ortografía de su nombre. Había llorado por el cuerpecito acurrucado, con sus diminutos bigotes y sus perfectas patas, pero cuando su maestra le había preguntado qué estaba equivocado, solo se había encogido de hombros, como si hubiera perdido el poder del habla.

Un hermoso día de abril, cuando Sally estaba en sexto grado, todos los gatos de las tías la siguieron a la escuela. Después de eso, incluso los profesores no se cruzarían con ella en un pasillo vacío y encontrarían una excusa para ir en la otra dirección. Mientras se alejaban, los profesores le sonrieron de forma extraña, y tal vez tuvieran miedo de no hacerlo. Los gatos negros pueden hacerle eso a algunas personas; los hacen temblar y asustados y les recuerdan las noches oscuras y perversas. Los gatos de las tías, sin embargo, no daban miedo. Estaban mimados y les gustaba dormir en los sofás y todos llevaban nombres de pájaros: estaban Cardinal y Crow y Raven y Goose. Había un gatito desgarbado llamado Dove y un gato malhumorado llamado Magpie, que les siseaba a los demás y los mantenía a raya. Sería difícil creer que un grupo de criaturas tan sarnosas hubiera ideado un plan para avergonzar a Sally, pero eso es lo que parecía haber sucedido, aunque es posible que la hayan seguido ese día simplemente porque se había preparado un sándwich de atún. para almorzar, solo para ella, ya que

Gillian fingía tener faringitis estreptocócica y estaba en casa en la cama, donde seguramente se quedaría la mayor parte de la semana, leyendo revistas y comiendo barras de chocolate sin preocupaciones cuando se trataba de comprar chocolate. En las sábanas, ya que Sally era la que se encargaba de lavar la ropa.

Esa mañana, Sally ni siquiera sabía que los gatos estaban detrás de ella, hasta que se sentó en su escritorio. Algunos de sus compañeros de clase se reían, pero tres niñas se habían subido al radiador y estaban chillando. Cualquiera hubiera pensado que una banda de demonios había entrado en la habitación, pero solo esas criaturas picadas por pulgas habían seguido a Sally a la escuela. Pasaron junto a sillas y escritorios, negros como la noche y aullando como banshees. Sally los ahuyentó, pero los gatos simplemente se acercaron. Caminaban de un lado a otro frente a ella, con la cola en el aire, maullando con voces tan horribles que el sonido podría haber cuajado la leche en la taza.

"Scat", susurró Sally cuando Magpie saltó a su regazo y comenzó a amasar sus garras en su hermoso vestido azul. "Vete", le rogó.

Pero incluso cuando la señorita Mullins entró y golpeó su escritorio con una regla y usó su voz más severa para sugerir que Sally debía deshacerse de los gatos de la habitación —*tout de suite*— o arriesgarse a ser detenida, las repugnantes bestias se negaron a ir. El pánico se había extendido y los compañeros de clase de Sally, más nerviosos, ya estaban susurrando brujería. Una bruja, después de todo, a menudo iba acompañada de un familiar, un animal para cumplir sus órdenes más malvadas. Cuantos más familiares había, más desagradable era la oferta, y aquí había una tropa entera de criaturas repugnantes. Varios niños se habían desmayado; algunos tendrían fobia a los gatos por el resto de sus vidas. El profesor de gimnasia fue llamado y agitó una escoba, pero los gatos aún no se iban.

Un niño en la parte de atrás de la habitación, que le había robado un paquete de cerillas a su padre esa misma mañana, ahora hizo uso del caos en el salón de clases y aprovechó la oportunidad para prenderle fuego a la cola de Magpie. El olor a piel quemada llenó rápidamente la habitación, incluso antes de que Magpie comenzara a gritar. Sally corrió

hacia el gato; sin detenerse a pensar, se arrodilló y sofocó las llamas con su vestido azul favorito.

—Espero que te pase algo horrible —le gritó al chico que prendió fuego a Magpie. Sally se puso de pie, el gato acunado en sus brazos como un bebé, su rostro y vestido sucios de hollín. "Verás cómo es entonces", le dijo al chico. "Sabrás cómo se siente".

En ese momento, los niños en el aula directamente arriba comenzaron a pisotear con los pies —de alegría, ya que se había revelado que sus exámenes de ortografía habían sido devorados por el bulldog inglés de su maestro— y una baldosa acústica cayó sobre la cabeza del horrible niño. Se derrumbó en el suelo en un montón, su rostro ceniciento a pesar de su tez pecosa.

"¡Ella lo hizo!" algunos de los niños lloraban y los que no hablaban en voz alta tenían la boca bien abierta y los ojos aún más abiertos.

Sally salió corriendo de la habitación con Magpie en brazos y los otros gatos siguiéndola. Los gatos zigzaguearon debajo y alrededor de sus pies todo el camino a casa, por las calles Endicott y Peabody, a través de la puerta principal y subiendo las escaleras, y toda la tarde arañaron la puerta del dormitorio de Sally, incluso después de que ella se encerró dentro.

Sally lloró durante dos horas seguidas. Amaba a los gatos, eso era lo que pasaba. Les sacó a escondidas platillos de leche y los llevó al veterinario en Endicott Street en una bolsa de tejido cuando se peleaban y se desgarraban el uno al otro y sus cicatrices se infectaban. Adoraba a esos gatos horribles, especialmente a Magpie, y sin embargo, sentada en su salón de clases, avergonzada más allá de lo creíble, con mucho gusto habría visto a cada uno de ellos ahogarse en un balde de agua helada o dispararse con una pistola de aire comprimido. A pesar de que salió a cuidar a Magpie tan pronto como se recuperó, limpiando su cola y envolviéndola en una gasa de algodón, sabía que lo había traicionado en su corazón. A partir de ese día, Sally pensó menos en sí misma. No les pidió favores especiales a las tías, ni siquiera les pidió esas pequeñas recompensas que se merecía. Sally no podría haber tenido un juez más

intratable e intransigente; se había encontrado carente de compasión y fortaleza, y el castigo fue la abnegación, a partir de ese momento.

Después del incidente del gato, Sally y Gillian se volvieron más temidas que ignoradas. Las otras chicas de la escuela ya no se burlaban; en cambio, se alejaron rápidamente cuando las hermanas Owens pasaron, y todas mantuvieron la mirada baja. Los rumores de brujería se difundieron en notas que iban pasando de un escritorio a otro; Se murmuraron acusaciones en pasillos y baños. Aquellos niños que tenían sus propios gatos negros rogaban a sus padres por una mascota diferente, un collie o un conejillo de indias o incluso un pez dorado. Cuando el equipo de fútbol perdió, cuando explotó un horno en la sala de arte, todos miraron hacia las chicas de Owens. Incluso los muchachos más ruidosos no se atrevieron a golpearlos con pelotas para esquivar en el recreo, o apuntar bolas de saliva en su dirección; ni uno tiró manzanas ni piedras. En fiestas de pijamas y reuniones de Girl Scouts había quienes juraban que Sally y Gillian podían inducir un trance hipnótico que te haría ladrar como un perro o saltar de un acantilado, si así lo deseaban. Podrían hechizarte con una sola palabra o con un movimiento de cabeza. Y si alguna de las hermanas estaba realmente enojada, todo lo que tenía que hacer era recitar la tabla de multiplicar del nueve al revés, y ese sería tu fin. Los ojos en tu cabeza se derretirían. La carne y los huesos se convertirían en pudín. Te servirían en la cafetería de la escuela al día siguiente, y nadie sería más sabio.

Los niños de la ciudad podían susurrar los rumores que quisieran, pero la verdad era que la mayoría de sus madres habían ido a ver a las tías al menos una vez en la vida. De vez en cuando, aparecía alguien que quería té de pimienta roja para un estómago irritable o hierba de mariposa para los nervios, pero todas las mujeres de la ciudad sabían cuál era el verdadero negocio de las tías: su especialidad era el amor. Las tías no fueron invitadas a cenas compartidas ni a eventos de recaudación de fondos en la biblioteca, sino cuando una mujer del pueblo se peleó con su amante, cuando se encontró embarazada de alguien que no era su marido o descubrió que el hombre con el que se había casado le era infiel. como un sabueso, ahí estaría ella, en la puerta trasera de Owens, justo después del crepúsculo, la hora en que las

sombras podrían ocultar tus rasgos para que nadie te reconociera mientras estabas bajo la glicina, una enredadera enredada que había crecido por encima de la puerta durante más tiempo del que hubiera vivido nadie en la ciudad.

No importaba si una mujer era la maestra de quinto grado en la escuela primaria, o si era la esposa del pastor, o quizás la novia del ortodoncista de Peabody Street. No importaba que la gente jurara pájaros negros que caían del cielo, listos para sacarte los ojos cuando te acercabas a la casa de Owens desde el este. El deseo tenía una forma de hacer que una persona fuera extrañamente valiente. En opinión de las tías, podría acercarse sigilosamente a una mujer adulta y convertirla de una criatura sensible en algo tan tonto como una pulga que sigue persiguiendo al mismo perro de siempre. Una vez que alguien había tomado la decisión de ir a la puerta trasera, estaba más que lista para beber té de poleo, preparado con ingredientes que ni siquiera se podían decir en voz alta, lo que seguramente provocaría sangrado esa noche. Ya había decidido dejar que una de las tías le pinchara el tercer dedo de la mano izquierda con una aguja plateada si eso era lo que hacía falta para recuperar a su amada una vez más.

Las tías cloqueaban como gallinas cada vez que una mujer caminaba por el sendero de piedra azul. Podían leer la desesperación a un kilómetro de distancia. Una mujer que estaba locamente enamorada y quería asegurarse de que su amor fuera devuelto estaría feliz de entregar un cameo que había estado en su familia durante generaciones. Aquel que hubiera sido traicionado pagaría aún más. Pero aquellas mujeres que querían al marido de otra persona, eran las peores. Harían absolutamente cualquier cosa por amor. Todos se retorcieron, como bandas de goma, solo por el calor de su deseo, y no les importaron un comino las convenciones y los buenos modales. Tan pronto como las tías vieron a una de esas mujeres caminando por el sendero, enviaron a las niñas directamente al desván, incluso en las noches de diciembre, cuando el crepúsculo llegaba mucho antes de las cuatro y media.

En esas noches turbias, las hermanas nunca protestaron porque era demasiado temprano o porque aún no estaban cansadas. Subieron de puntillas las escaleras, tomados de la mano. Desde el rellano, bajo el viejo y polvoriento retrato de Maria Owens, las chicas gritaban sus buenas noches; Fueron a sus habitaciones, se quitaron el camisón por la cabeza y luego fueron directamente a la escalera trasera, para poder volver a bajar sigilosamente, presionar las orejas contra la puerta y escuchar cada palabra. A veces, cuando era una noche extremadamente oscura y Gillian se sentía especialmente valiente, entreabría la puerta con el pie y Sally no se atrevía a cerrarla de nuevo, por miedo a que crujiera y los delatara.

“Esto es tan tonto”, susurraba Sally. “Es una absoluta tontería”, decretaba.

“Entonces vete a la cama”, le susurraba Gillian en respuesta. “Continúa”, sugería, sabiendo que Sally no se atrevería a perderse nada de lo que sucedió a continuación.

Desde el ángulo de las escaleras traseras, las niñas podían ver la vieja estufa negra y la mesa y la alfombra de ganchos, donde los clientes de las tías a menudo se paseaban de un lado a otro. Podían ver cómo el amor podría controlarte, desde la cabeza hasta los dedos de los pies, sin mencionar cada parte de ti en el medio.

Debido a esto, Sally y Gillian habían aprendido cosas que la mayoría de los niños de su edad no habían aprendido: que siempre era prudente recolectar recortes de uñas que alguna vez habían sido el tejido vivo de tu amado, por si acaso se lo tomaba en la cabeza para extraviarse; que una mujer pudiera desear tanto a un hombre que podría vomitar en el fregadero de la cocina o llorar con tanta fuerza que se le formaría sangre en las comisuras de los ojos.

En las tardes cuando la luna naranja se elevaba en el cielo y alguna mujer lloraba en su cocina, Sally y Gillian cerraban los meñiques y juraban que nunca se dejarían gobernar por sus pasiones.

“¡Qué asco!”, Se susurraban las chicas cuando un cliente de sus tías lloraba o le levantaba la blusa para mostrar las crudas marcas donde se

había cortado la piel con el nombre de su amado con una navaja.

"Nosotros no", juraban las hermanas, entrelazando sus dedos con más fuerza.

Durante el invierno, cuando Sally tenía doce años y Gillian casi once, se enteraron de que a veces lo más peligroso de todo en materia de amor era recibir el deseo de tu corazón. Ese fue el invierno cuando una joven que trabajaba en la droguería vino a ver a las tías. Durante días la temperatura había ido bajando. El motor de la camioneta Ford de las tías chisporroteó y se negó a girar y los neumáticos se congelaron en el piso de concreto del garaje. Los ratones no se aventurarían a salir del calor de las paredes del dormitorio; los cisnes en el parque recogieron la maleza helada y aún así pasaron hambre. La temporada era tan fría y el cielo tan despiadado y violeta que hacía temblar a las niñas solo para mirar hacia arriba.

La clienta que llegó una noche oscura no era bonita, pero era conocida por su amabilidad y dulce disposición. Entregaba comidas navideñas a los ancianos y cantaba en un coro con una voz como la de un ángel y siempre ponía un chorrito extra de almíbar en el vaso cuando los niños pedían Coca-Cola de vainilla en la fuente de refrescos. Pero cuando llegó al crepúsculo, esta chica sencilla y apacible estaba en tal agonía que se acurrucó en la alfombra de ganchos a mano; sus puños estaban tan apretados que parecían las garras de un gato. Echó la cabeza hacia atrás y su brillante cabello caía sobre su rostro como una cortina; se mordió el labio hasta que le sangró la carne. Estaba siendo devorada viva por el amor y ya había perdido treinta libras. Debido a esto, las tías parecían compadecerse de ella, algo que rara vez hacían. Aunque la chica no tenía mucho dinero, le dieron la poción más fuerte que pudieron, con instrucciones exactas sobre cómo hacer que el marido de otra mujer se enamorara de ella. Luego le advirtieron que lo hecho nunca se podría deshacer, por lo que debía estar segura.

"Estoy segura", dijo la niña, con su voz tranquila y hermosa, y las tías debieron estar satisfechas, porque le dieron el corazón de paloma, puesto en uno de sus mejores platillos, de esos con los sauces azules y el río de lágrimas.

Sally y Gillian se sentaron en las escaleras traseras en la oscuridad, sus rodillas tocándose, sus pies sucios y descalzos. Estaban temblando, pero aun así se sonrieron y susurraron junto con las tías un hechizo que conocían lo suficientemente bien como para recitar en sueños: "El corazón de mi amante sentirá este alfiler, y su devoción ganaré. No habrá forma de que descanse ni duerma hasta que venga a hablar conmigo. Solo cuando me ame más encontrará la paz y, con la paz, el descanso ". Gillian hizo pequeños movimientos de puñalada, que es lo que la niña le haría al corazón de la paloma cuando repitió estas palabras durante siete noches seguidas antes de irse a la cama.

"Nunca funcionará", susurró Sally después, mientras avanzaban a tientas en la oscuridad, subían las escaleras y recorrían el pasillo hasta sus habitaciones.

"Podría funcionar", susurró Gillian en respuesta. "A pesar de que no es bonita, todavía está dentro del ámbito de la posibilidad".

Sally se enderezó; ella era mayor y más alta y siempre sabía lo que era mejor. "Ya veremos eso".

Durante casi dos semanas, Sally y Gillian observaron a la chica enamorada. Como detectives contratados, se sentaron durante horas en el mostrador de la farmacia y gastaron todo su dinero de bolsillo en Coca-Cola y papas fritas para poder vigilarla. Le siguieron cuando se fue a casa al apartamento que compartía con otra chica, que trabajaba en la tintorería. Cuanto más seguían su horario, más comenzaba a sentir Sally que estaban invadiendo la privacidad de la niña, pero las hermanas seguían creyendo que estaban haciendo una investigación importante, aunque de vez en cuando Gillian estaba confundida en cuanto a cuál era realmente su objetivo.

"Es simple", le dijo Sally. "Necesitamos demostrar que las tías no tienen ningún poder".

"Si las tías están llenas de tonterías" —Gillian sonrió—, entonces seremos como todos los demás.

Sally asintió. No podía empezar a expresar lo profundamente que se sentía sobre este asunto, ya que ser como todos los demás era el deseo de su corazón personal. Por la noche, Sally soñaba con casas de campo y cercas de estacas blancas, y cuando se despertó por la mañana y miró hacia afuera para ver las púas de metal negro que las rodeaban, se le formaron lágrimas en los ojos. Otras chicas, ella sabía, se lavaban con barras de Ivory y Camay perfumado, mientras que ella y Gillian se veían obligadas a usar el jabón negro que preparaban las tías dos veces al año, en la parte trasera de la estufa. Otras chicas tenían madres y padres a los que les importaba un comino el deseo y el destino. En ninguna otra casa de su calle o de su pueblo había un cajón abarrotado de camafeos, entregados en pago por deseos cumplidos.

Todo lo que Sally podía esperar era que tal vez su vida no fuera tan anormal como parecía. Si el amuleto de amor no funcionó para la chica de la farmacia, entonces tal vez las tías solo fingieran sus poderes. Así que las hermanas esperaron y rezaron para que no pasara nada. Y cuando parecía seguro que nada lo haría, el director de su escuela, el Sr. Halliwell, estacionó su camioneta afuera del apartamento de la chica de la farmacia, justo cuando la luz se estaba apagando. Entró casualmente dentro, pero Sally notó que se aseguró de mirar por encima del hombro; sus ojos estaban nublados, como si no hubiera dormido en siete noches.

Esa noche las niñas no fueron a casa a cenar, a pesar de la promesa de Sally a las tías de que prepararía chuletas de cordero y frijoles horneados. El viento se levantó y una lluvia helada había comenzado a caer; todavía las chicas estaban al otro lado de la calle del apartamento de las chicas de la farmacia. El señor Halliwell no salió hasta pasadas las nueve y tenía una expresión extraña en el rostro, como si no supiera muy bien dónde estaba. Pasó por delante de su propio coche, sin reconocerlo, y hasta que estuvo a medio camino de casa no recordó que había aparcado en alguna parte, y luego le tomó casi una hora localizar el lugar olvidado. Después de eso, apareció todas las noches a la misma hora exacta. Una vez tuvo el descaro de ir a la farmacia a la hora del almuerzo y pedir una hamburguesa con queso y una Coca-Cola, aunque no comió un bocado y en su lugar miró con nostalgia a la chica que lo

había hechizado. Se sentó en el primer taburete, tan caliente y amoroso que la encimera de linóleo sobre la que apoyaba los codos comenzó a burbujear. Cuando finalmente se dio cuenta de que Sally y Gillian lo miraban, exigió que las hermanas regresaran a la escuela y tomó su hamburguesa, pero aún así no podía apartar los ojos de la niña. Había sido golpeado por algo, de acuerdo; las tías se habían acercado a él tan seguras como si lo hubieran matado con un arco y una flecha.

"Coincidencia", insistió Sally.

"No sé nada de eso". Gillian se encogió de hombros. Cualquiera podía ver que la chica de la farmacia parecía iluminada por dentro mientras preparaba helados de chocolate caliente y llamaba a recetas de antibióticos y jarabe para la tos. "Ella consiguió lo que ella quería. Sin embargo, sucedió".

Pero resultó que la niña no tenía exactamente lo que quería. Volvió con las tías, más angustiada que nunca. El amor era una cosa y el matrimonio otra muy distinta. Al parecer, el señor Halliwell no estaba seguro de poder dejar a su esposa.

"No creo que quieras ver esto", le susurró Gillian a Sally.

"¿Cómo lo sabes?"

Las chicas se susurraban al oído de la otra; tenían una sensación de miedo que no solían tener cuando espiaban desde la seguridad de las escaleras.

"Lo vi una vez". Gillian estaba particularmente pálida; su cabello rubio sobresalía de su cabeza en una nube.

Sally se apartó de su hermana. Ella entendió por qué la gente decía que la sangre se podía convertir en hielo. "¿Sin mí?"

Gillian solía ir a las escaleras traseras sin su hermana para ponerse a prueba, para ver qué tan valiente podía ser. "No pensé que quisieras. Algunas de las cosas que hacen son bastante asquerosas. No podrás aceptarlo".

Después de eso, Sally tuvo que permanecer junto a su hermana menor en las escaleras, aunque solo fuera para demostrar que podía. “Veremos quién puede tomarlo y quién no”, susurró.

Pero Sally nunca se habría quedado, habría corrido todo el camino hasta su habitación y habría cerrado la puerta con un cerrojo, si hubiera sabido que para obligar a un hombre a casarse contigo cuando no lo desea, algo horrible tiene que hacer. estar hecho. Cerró los ojos tan pronto como trajeron la paloma de luto. Se tapó los oídos con las manos para no tener que escuchar su chillido mientras la sostenían sobre la encimera. Se dijo a sí misma que había cocinado chuletas de cordero, que había asado pollo, y esto no era tan diferente. De todos modos, Sally nunca más comió carne o aves o incluso pescado después de esa noche, y tenía una sensación de escalofríos cada vez que una bandada de gorriones o reyezuelos encaramados en los árboles se asustaba y echaba a volar. Durante mucho tiempo después, tomó la mano de su hermana cuando el cielo comenzaba a oscurecerse.

Durante todo ese invierno, Sally y Gillian vieron a la chica de la farmacia con el Sr. Halliwell. En enero dejó a su esposa para casarse con ella y se mudaron a una pequeña casa blanca en la esquina de Third y Endicott. Una vez que fueron marido y mujer, rara vez se separaron. Dondequiera que fuera la niña, al mercado o a su clase de ejercicios, el Sr. Halliwell la seguiría, como un perro bien entrenado que no necesita correa. Tan pronto como terminara la escuela, se dirigía a la farmacia; se presentaba a horas extrañas, con un puñado de violetas o una caja de turrone, ya veces las hermanas podían escuchar a su nueva esposa arremeter contra él, a pesar de sus dotes. ¿No podía dejarla fuera de su vista por un minuto? Eso es lo que le siseó a su amado. ¿No podría darle un minuto de paz?

Para cuando la glicina había comenzado a florecer la primavera siguiente, la chica de la farmacia había vuelto. Sally y Gillian estaban trabajando en el jardín al anochecer, recogiendo cebolletas para un guiso de verduras. El tomillo de limón en la parte trasera del jardín había comenzado a desprender su delicioso aroma, como siempre lo hacía en esta época del año, y el romero era menos calcáreo y

quebradizo. La temporada era tan húmeda que los mosquitos salieron con toda su fuerza y Gillian estaba golpeando los insectos que se habían posado en su piel. Sally tuvo que tirar de su manga para que se diera cuenta de quién venía por el camino de piedra azul.

"Uh-oh", dijo Gillian. Ella dejó de golpearse a sí misma. "Se ve horrible".

La chica de la farmacia ya ni siquiera parecía una chica, parecía vieja. Su cabello no era brillante y su boca tenía una forma extraña, como si hubiera mordido algo amargo. Ella se frotó las manos; tal vez la piel estuviera agrietada, pero lo más probable es que estuviera nerviosa de alguna manera terrible. Sally recogió la cesta de mimbre con cebollas y vio cómo el cliente de sus tías llamaba a la puerta trasera. Nadie respondió, por lo que golpeó la madera, frenética y enojada. "¡Abrir!" gritó, una y otra vez. Siguió llamando a la puerta y el sonido resonó sin respuesta.

Cuando la niña notó a las hermanas y se dirigió hacia el jardín, Gillian se puso blanca como un fantasma y se aferró a su hermana. Sally se mantuvo firme, ya que, después de todo, no había ningún lugar adonde ir. Las tías habían clavado el cráneo de un caballo en la cerca, para mantener alejados a los niños del vecindario con gusto por las fresas y la menta. Ahora Sally se encontró esperando que también alejara a los malos espíritus, porque así se veía la chica de la droguería, así parecía ser mientras volaba hacia ellos, en ese jardín donde la lavanda, el romero y el ajo español ya crecían en abundancia. mientras que la mayoría de los patios de sus vecinos permanecían embarrados y desnudos.

"Mira lo que me hicieron", gritó la chica de la droguería. "No me dejará solo por un minuto. Ha quitado todas las cerraduras, incluso en la puerta del baño. No puedo dormir ni comer, porque siempre me está mirando. Quiere follarme constantemente. Estoy adolorido por dentro y por fuera".

Sally dio dos pasos hacia atrás, casi tropezando con Gillian, que todavía se aferraba a ella. Esta no era la forma en que la gente hablaba normalmente con los niños, pero a la chica de la farmacia obviamente

no le importaba un comino lo que estaba bien o mal. Sally pudo ver que sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. Su boca se veía malvada, como si solo pudieran salir malas palabras de entre esos labios.

"¿Dónde están las brujas que me hicieron esto?" dijo la niña.

Las tías miraban por la ventana, observando lo que la avaricia y la estupidez podían hacerle a una persona. Sacudieron la cabeza con tristeza cuando Sally miró por la ventana. No querían involucrarse más con la chica de la droguería. Algunas personas no pueden ser advertidas de un desastre. Puede intentarlo, puede poner todas las alertas, pero seguirán su propio camino.

"Nuestras tías se fueron de vacaciones", dijo Sally con una voz frágil y poco confiable. Nunca antes había dicho una mentira, y le dejó un sabor oscuro en la garganta.

"Ve a buscarlos", gritó la niña. Ya no era la persona que solía ser. En la práctica del coro, lloró durante sus solos y tuvo que ser conducida al estacionamiento para no interrumpir todo el programa. "Hazlo ahora, o te daré una bofetada".

"Déjanos en paz", dijo Gillian desde la seguridad de su escondite detrás de Sally. "Si no lo hace, le echaremos una maldición peor".

La chica de la farmacia estalló cuando escuchó eso. Agarró a Gillian y echó el brazo hacia adelante. Pero fue a Sally a quien abofeteó, y la golpeó con tanta fuerza que Sally se tambaleó hacia atrás y pisoteó el romero y la verbena. Detrás del cristal de la ventana, las tías recitaban las palabras que les enseñaron de niños para silenciar a las gallinas. Había habido un corral lleno de escuálidos especímenes marrones y blancos, pero cuando las tías terminaron con ellos ya no volvieron a chillar; de hecho, fue su silencio el que permitió que los perros callejeros se los llevaran en medio de la noche.

"Oh", dijo Gillian cuando se dio cuenta de lo que le había sucedido a su hermana. Una marca de color rojo sangre se estaba formando en la mejilla de Sally, pero Gillian fue la que comenzó a llorar. "Eres horrible", le dijo a la chica de la farmacia. "¡Eres horrible!"

“¿No me escuchaste? ¡Consígame sus tías! ” O al menos eso fue lo que trató de decir la chica de la droguería, pero nadie escuchó una palabra. No salió nada de su boca. Ni un grito ni un grito y, desde luego, no una disculpa. Se llevó la mano a la garganta, como si alguien la estrangulara, pero en realidad se estaba ahogando con todo ese amor que pensaba que necesitaba tanto.

Sally miró a la chica, cuyo rostro ya se había puesto blanco de miedo. Al final resultó que, la chica de la droguería nunca volvió a hablar, aunque a veces hacía pequeños ruidos de arrullo, como el llamado de una paloma o una paloma, o, cuando estaba realmente furiosa, un chillido áspero que no se diferenciaba del sonido de pánico. hacen los pollos cuando son perseguidos y luego atrapados para asarlos y asarlos. Sus amigos en el coro lloraron por la pérdida de su hermosa voz, pero con el tiempo comenzaron a evitarla. Su espalda se había arqueado, como la columna vertebral de un gato que ha pisado un carbón ardiendo. No podía oír una palabra amable sin taparse los oídos con las manos y golpear con el pie como un niño mimado.

Durante el resto de su vida, un hombre que la amaba demasiado la seguiría y ni siquiera sería capaz de decirle que se fuera. Sally sabía que las tías nunca abrirían la puerta a este cliente suyo, no si volvía mil veces. Esta chica no tenía derecho a exigir nada más. ¿Qué había pensado, que el amor era un juguete, algo fácil y dulce, solo para jugar? El amor real era peligroso, te atrapaba desde adentro y te sostenía con fuerza, y si no lo soltabas lo suficientemente rápido, podrías estar dispuesto a hacer cualquier cosa por su bien. Si la chica de la farmacia hubiera sido inteligente, habría pedido un antídoto, no un amuleto, en primer lugar. Al final, había obtenido lo que quería, y si todavía no había aprendido una lección de eso, había una persona en este jardín que sí. Había una chica que sabía lo suficiente como para entrar y cerrar la puerta tres veces, y no derramar una sola lágrima mientras cortaba las cebollas que estaban tan amargas que hubieran hecho llorar a cualquiera en toda la noche.

UNA VEZ al año, en la víspera de pleno verano, un gorrión llegaba hasta la casa de Owens. Por más que alguien intentara evitarlo, el pájaro siempre lograba entrar. Podían colocar platillos de sal en los alféizares de las ventanas y contratar a un personal de mantenimiento para que arreglara las canaletas y el techo, y aún así aparecería el pájaro. Entraba en la casa al anochecer, la hora del dolor, y siempre venía en silencio, pero con una extraña determinación, que desafiaba tanto la sal como los ladrillos, como si el pobre no tuviera más remedio que posarse en las cortinas y el polvo. candelabro, de la que caían gotas de vidrio como lágrimas.

Las tías mantuvieron sus escobas listas para perseguir al pájaro por la ventana, pero el gorrión voló demasiado alto para ser atrapado. Mientras rodeaba el comedor, las hermanas contaron, porque sabían que tres vueltas significaban problemas, y tres vueltas siempre lo eran. Los problemas, por supuesto, no eran nada nuevo para las hermanas Owens, especialmente a medida que crecían. En el instante en que las chicas comenzaron la escuela secundaria, los chicos que las habían evitado durante todos esos años de repente no pudieron mantenerse alejados de Gillian. Podría ir al mercado a comprar una lata de sopa de guisantes y regresar tranquilamente con el chico que surtió la caja de comida congelada. Cuanto mayor se hacía, peor se volvía. Tal vez fue el jabón negro con el que se lavó lo que hizo que su piel pareciera iluminada; Cualquiera sea la razón, estaba caliente al tacto e imposible de ignorar. Los niños la miraron y se marearon tanto que tuvieron que ser llevados de urgencia a la sala de emergencias para recibir una dosis de oxígeno o medio litro de sangre nueva. Los hombres que habían estado felizmente casados y tenían la edad suficiente para ser su padre, de repente se les metió en la cabeza proponerle matrimonio y ofrecerle el mundo, o al menos su versión del mismo.

Cuando Gillian vestía faldas cortas, provocó accidentes automovilísticos en Endicott Street. Cuando pasó, los perros atados a perreras con gruesas cadenas de metal se olvidaron de gruñir y morder. Un abrasador Día de los Caídos, Gillian se cortó la mayor parte de su cabello, por lo que era tan corto como el de un niño, y casi todas las niñas de la ciudad la copiaron. Pero ninguno de ellos pudo detener el

tráfico dejando al descubierto su bonito cuello. Ninguno de ellos pudo usar su brillante sonrisa para aprobar biología y estudios sociales sin tomar un solo examen o hacer los deberes de una noche. Durante el verano, cuando Gillian tenía dieciséis años, todo el equipo de fútbol universitario pasaba todos los sábados en el jardín de las tías. Allí se los podía encontrar, todos en fila, corpulentos y silenciosos y locamente enamorados, arrancando la maleza entre las hileras de solanáceas y verbena, con cuidado de evitar las cebolletas, que eran tan ardientemente potentes que quemaban la piel de los dedos de cualquier niño si era necesario. no estaba prestando atención.

Gillian rompió corazones de la misma manera que otras personas rompieron leña para hacer fuego. Para cuando estaba en el último año de la escuela secundaria, era tan rápida y experta en eso que algunos niños ni siquiera sabían lo que estaba sucediendo hasta que se quedaron en un gran montón emocional. Si te tomaras todos los problemas en los que se metieron la mayoría de las chicas cuando eran adolescentes y lo consumieras durante veinticuatro horas, terminarías con algo del tamaño de una barra de chocolate Snickers. Pero si disolvieras todos los problemas en los que se metió Gillian Owens, sin mencionar todo el dolor que causó, tendrías un lío pegajoso tan alto como la casa estatal de Boston.

Las tías no se preocuparon en lo más mínimo por la reputación de Gillian. Ni una sola vez pensaron en darle un toque de queda o una buena charla. Cuando Sally obtuvo su licencia, usó la camioneta para recoger alimentos y llevar la basura al basurero, pero tan pronto como Gillian pudo conducir, tomó el auto todos los sábados por la noche y no regresó a casa hasta el amanecer. Las tías oyeron a Gillian colarse por la puerta principal; encontraron botellas de cerveza escondidas en la guantera del Ford. Las niñas serían niñas, era la forma en que las tías lo pensaban, lo que era especialmente cierto para un Owens. El único consejo que ofrecieron las tías fue que un bebé era más fácil de prevenir que de criar, e incluso Gillian, tan temeraria como era, podía ver la verdad en eso.

Era Sally la que rondaban las tías. Sally, que cocinaba cenas nutritivas todas las noches y se lavaba después, que hacía marketing los martes y colgaba la ropa los jueves, para que las sábanas y las toallas tuvieran un olor fresco y dulce. Las tías intentaron animarla a que no fuera tan buena. La bondad, en su opinión, no era una virtud, sino simplemente la falta de valor y el miedo disfrazado de humildad. Las tías creían que había cosas más importantes de las que preocuparse que los conejitos de polvo debajo de las camas o las hojas caídas que se amontonaban en el porche. Las mujeres de Owens ignoraron las convenciones; eran testarudos y obstinados, y estaban destinados a ser así. Aquellos primos que se casaban siempre habían insistido en mantener su propio nombre, y sus hijas también eran Owenses. La madre de Gillian y Sally, Regina, había sido especialmente difícil de controlar. Las tías parpadeaban para contener las lágrimas cada vez que pensaban en cómo Regina caminaría por la barandilla del porche en calcetines en las noches cuando bebía un poco de whisky, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Puede que fuera una tonta, pero Regina sabía cómo divertirse, una habilidad de la que las mujeres de Owens estaban orgullosas. Gillian había heredado la racha salvaje de su madre, pero Sally no habría conocido un buen momento si se sentara y la mordiera.

“Sal”, instaban las tías los sábados por la noche, cuando Sally estaba acurrucada en el sofá con un libro de la biblioteca. “Diviértete”, sugirieron, con sus voces pequeñas y ásperas que podrían asustar a los caracoles y sacarlos de su jardín, pero no podían sacar a Sally del sofá.

Las tías intentaron ayudar a Sally a volverse más sociable. Comenzaron a reunir a los jóvenes caballeros de la misma manera que otras ancianas recolectaban gatos callejeros. Colocaron anuncios en periódicos universitarios y telefonearon a las fraternidades. Todos los domingos hacían fiestas al aire libre con sándwiches de ternera fríos y botellas de cerveza oscura, pero Sally simplemente se sentaba en una silla de metal con las piernas cruzadas y la mente en otra parte. Las tías le compraron tubos de pintalabios de color rosa y sales de baño de España. Pidieron por correo vestidos de fiesta, lencería de encaje y botas de gamuza suave, pero Sally se lo dio todo a Gillian, que podía

poner en práctica estos regalos, y ella seguía leyendo libros los sábados por la noche, como lavaba la ropa los jueves.

Esto no quiere decir que Sally no hizo todo lo posible para enamorarse. Era reflexiva y profunda, con asombrosos poderes de concentración, y por un tiempo aceptó ofertas para ir al cine y bailar y dar paseos alrededor del estanque en el parque. Los chicos que salieron con Sally en la escuela secundaria estaban asombrados por cuánto tiempo podía concentrarse en un solo beso, y no pudieron evitar preguntarse qué más podría ser capaz de hacer. Veinte años después, muchos de ellos seguían pensando en ella cuando no debían, pero a ella nunca le había importado uno solo y ni siquiera recordaba sus nombres. No saldría dos veces con el mismo chico, porque en su opinión eso no sería justo, y en ese entonces creía en cosas como la justicia, incluso en asuntos tan extraños e inusuales como el amor.

Ver a Gillian atravesar la mitad de la ciudad hizo que Sally se preguntara si tal vez solo tenía granito en el lugar donde debería haber estado su corazón. Pero cuando las hermanas terminaron la escuela secundaria, quedó claro que aunque Gillian podía enamorarse, no podía quedarse allí por más de dos semanas. Sally empezó a pensar que estaban igualmente maldecidas y, dados sus antecedentes y su educación, no era de extrañar que las hermanas tuvieran tan mala suerte. Las tías, después de todo, todavía conservaban fotografías en sus oficinas de los jóvenes que habían amado, hermanos que habían tenido demasiado orgullo como para refugiarse durante un tormentoso picnic. Los muchachos habían sido alcanzados por un rayo en el prado de la ciudad, que era donde ahora estaban enterrados, debajo de una piedra lisa y redonda donde las palomas de luto se reunían al amanecer y al anochecer. Cada agosto, volvían a caer relámpagos y los amantes se desafiaban mutuamente a correr por el verde cada vez que aparecían nubes negras de tormenta. Los novios de Gillian eran los únicos lo suficientemente enamorados como para correr el riesgo de ser golpeados, y dos de ellos se habían encontrado en el hospital después de sus carreras por el green, con el pelo de punta para siempre, los ojos bien abiertos desde ese momento en adelante, incluso mientras dormían.

Cuando Gillian tenía dieciocho años permaneció enamorada durante tres meses, el tiempo suficiente para decidir huir a Maryland y casarse. Tuvo que fugarse ya que las tías se habían negado a dar su bendición. En su opinión, Gillian era joven y estúpida y se quedaría embarazada en un tiempo récord, todos los requisitos previos para una vida miserable y ordinaria. Resultó que las tías solo tenían razón sobre su estupidez y juventud. Gillian no tuvo tiempo de quedar embarazada; dos semanas después de la boda, dejó a su esposo por el mecánico que arregló su Toyota. Fue el primero de muchos desastres matrimoniales, pero la noche en que se fugó todo parecía posible, incluso la felicidad. Sally ayudó a atar una línea de sábanas blancas para que Gillian pudiera escapar. Sally consideraba a su hermanita codiciosa y egoísta; Gillian pensaba en Sally como una mojigata y una mojigata, pero seguían siendo hermanas, y ahora que estaban a punto de separarse, se pararon frente a la ventana abierta y se abrazaron y lloraron, luego juraron que estarían separadas por solo un tiempo. un momentito.

"Ojalá vinieras con nosotros". La voz de Gillian había sido un susurro, como lo era durante las tormentas eléctricas.

"No tienes que hacer esto", había dicho Sally. "Si no estás seguro".

"Lo he tenido con las tías. Quiero una vida real Quiero ir a donde nadie haya oído hablar de los Owens ". Gillian llevaba un vestido blanco corto que tenía que seguir tirando hacia abajo contra sus muslos. En lugar de sollozar, rebuscó en su bolso hasta que encontró un paquete de cigarrillos arrugado. Ambas hermanas parpadearon cuando encendió la cerilla. Se quedaron en la oscuridad y observaron el brillo anaranjado del cigarrillo cada vez que Gillian inhalaba, y Sally ni siquiera se molestó en señalar que las cenizas calientes caían al suelo que había barrido ese mismo día.

"Prométeme que no te quedarás aquí", dijo Gillian. "Te arrugarás todo como un trozo de papel. Arruinarás tu vida ".

En el patio, el chico con el que Gillian estaba a punto de huir estaba nervioso. Se sabía que Gillian se echaba atrás cuando llegaba el momento de comprometerse; de hecho, ella era famosa por eso. Solo

este año, tres universitarios habían estado convencidos de que él era con quien Gillian se proponía casarse, y cada uno le había traído un anillo de diamantes. Durante un tiempo, Gillian usó tres anillos en una cadena de oro, pero al final se los devolvió, rompiendo corazones en Princeton, Providence y Cambridge, todo en la misma semana. Los otros estudiantes de su clase de graduación apostaron sobre quién sería su cita para el baile de graduación, ya que había estado aceptando y rompiendo invitaciones de varios pretendientes durante meses.

El niño del patio, que pronto sería el primer marido de Gillian, comenzó a arrojar piedras al techo y el eco sonó exactamente como una tormenta de granizo. Las hermanas se abrazaron; sentían como si el destino los estuviera recogiendo, sacudiéndolos y luego liberándolos en futuros completamente alternativos. Pasarían años antes de que se volvieran a ver. Para entonces serían mujeres adultas, demasiado mayores para susurrar secretos o trepar al tejado en medio de la noche.

"Ven con nosotros", dijo Gillian.

"No", dijo Sally. "Imposible." Ciertos hechos del amor que ella sabía con certeza. "Solo dos personas pueden fugarse".

Había decenas de piedras cayendo sobre el techo; había mil estrellas en el cielo.

"Te extrañaré demasiado", dijo Gillian.

"Continúa", dijo Sally. Ella sería la última en el mundo en detener a su hermana. "Ve ahora."

Gillian abrazó a Sally una última vez y luego desapareció por la ventana. Habían alimentado a las tías con sopa de cebada mezclada con una generosa cantidad de whisky, por lo que las ancianas dormían en el sofá. Nunca escucharon nada. Pero Sally podía oír a su hermana corriendo por el sendero de piedra azul, y lloró toda la noche e imaginó que oía pasos cuando nada se movía fuera más que los sapos del jardín. Por la mañana, Sally salió a recoger las sábanas blancas que Gillian había dejado en un montón junto a las glicinas. ¿Por qué Sally era la que siempre se quedaba atrás para lavar la ropa? ¿Por qué le importaba que

hubiera manchas de suciedad en la tela que necesitarían blanquear más? Nunca se había sentido más sola o sola. Si tan solo pudiera creer en la salvación del amor, pero el deseo se hubiera arruinado para ella. Veía el deseo como una obsesión, el fervor como una preocupación acalorada. Deseó no haberse escabullido nunca por las escaleras traseras para escuchar mientras los clientes de las tías lloraban, suplicaban y se ponían en ridículo. Todo eso solo había servido para hacerla resistente al amor y, francamente, pensó que probablemente nunca cambiaría.

Durante los dos años siguientes llegaban ocasionalmente postales de Gillian, con abrazos y besos y desearía que estuvieras aquí, pero sin una dirección de reenvío. Durante este tiempo, Sally tenía menos esperanzas de que su vida se abriera a algo más que cocinar comidas que las tías no querían y limpiar una casa donde la carpintería nunca necesitaba pulirse. Ella tenía veintiún años; la mayoría de las chicas de su edad estaban terminando la universidad o consiguiendo un aumento en el trabajo para poder mudarse a sus propios apartamentos, pero lo más emocionante que hizo Sally fue caminar hasta la ferretería. A veces le tomaba cerca de una hora elegir entre limpiadores.

"¿Qué opinas? ¿Qué es lo mejor para el piso de una cocina?" le preguntaba al empleado, un joven apuesto que estaba tan confundido por esta pregunta que simplemente señalaría el Lysol. El empleado medía dos metros y medio y Sally nunca pudo ver la expresión de su rostro cuando le indicó el producto de limpieza preferido. Si hubiera sido más alta, o se hubiera subido a la escalera de mano que se usa para llenar los estantes, Sally se habría dado cuenta de que cada vez que el empleado la miraba tenía la boca abierta, como si hubiera palabras que deseaba que se derramaran por su propia voluntad. transmitir lo que era demasiado tímido para hablar.

Caminando a casa desde la ferretería, Sally pateó piedras. Una banda de pájaros negros comenzó a seguirla, gritando y graznando por lo ridículo que era ella, y aunque se encogía cada vez que los pájaros volaban por encima de su cabeza, Sally estaba de acuerdo con ellos. Su destino parecía estar decidido. Siempre estaría fregando el piso y llamando a

las tías desde el jardín en las tardes que eran demasiado frías y húmedas para que tuvieran las manos y las rodillas en la tierra. De hecho, los días parecían cada vez más similares, incluso intercambiables; apenas notó la diferencia entre invierno y primavera. Pero el verano en la casa de Owens tenía su propia delimitación, ese pájaro espantoso que invadía su paz, y cuando llegó la siguiente noche de verano, Sally y las tías estaban listas para recibir a su invitado no deseado, como todos los años. Estaban esperando en el comedor a que apareciera el gorrión y no pasó nada. Pasaron las horas —podían oír el reloj en la sala— y aún así, sin llegada, sin aleteo, sin plumas. Sally, con su extraño miedo a los pájaros en vuelo, se había atado un pañuelo alrededor de la cabeza, pero ahora vio que no era necesario. Ningún pájaro entró por la ventana o por el agujero en el techo que el manitas no había logrado encontrar. No voló tres veces para anunciar la desgracia. Ni siquiera golpeó la ventana con su pequeño pico afilado.

Las tías se miraron perplejas. Pero Sally se rió a carcajadas. Ella, con su insistencia en la prueba, acababa de recibir una prueba poderosa: las cosas cambiaron. Ellos cambiaron. Un año no fue solo como el siguiente y el siguiente y el siguiente. Sally salió corriendo de la casa y siguió corriendo hasta que llegó al frente de la ferretería, donde chocó contra el hombre con el que se casaría. Tan pronto como lo miró, Sally se sintió mareada y tuvo que sentarse en la acera, con la cabeza gacha para no desmayarse, y el empleado que sabía tanto sobre lavar el piso de la cocina se sentó a su lado, a pesar de que su jefe le gritó que volviera al trabajo, ya que ya se había formado una fila en la caja registradora.

El hombre del que Sally se enamoró se llamaba Michael. Fue tan considerado y bondadoso que besó a las tías la primera vez que las conoció e inmediatamente les preguntó si necesitaban que llevaran la basura a la acera, lo que las convenció en ese mismo momento, sin hacer preguntas. Sally se casó con él rápidamente y se mudaron al ático, que de repente parecía el único lugar del mundo donde Sally deseaba estar.

Deje que Gillian viaje de California a Memphis. Que se case y se divorcie tres veces seguidas. Deje que ella bese a todos los hombres que se

cruce en su camino y rompa todas las promesas que hizo sobre volver a casa para las vacaciones. Que se compadezca de su hermana, encerrada en esa vieja casa. A Sally no le importó un poco. En opinión de Sally, era imposible existir en el mundo y no estar enamorado de Michael. Incluso las tías habían comenzado a escuchar el sonido de su silbato cuando llegaba a casa de la ferretería por las tardes. En otoño, cambió el jardín para las tías. En invierno, colocó las contraventanas y rellenó con masilla las grietas alrededor de las viejas ventanas empañadas. Desmontó la vieja camioneta Ford y la volvió a armar, y las tías quedaron tan impresionadas que le dieron el auto, así como su afecto permanente. Sabía lo suficiente para mantenerse fuera de la cocina, especialmente al atardecer, y si se fijaba en las mujeres que llegaban por la puerta trasera, nunca le preguntaba a Sally sobre ellas. Sus besos eran lentos y profundos y le gustaba quitarle la ropa a Sally con la luz de la mesita de noche encendida y siempre se aseguraba de perder cuando jugaba al gin rummy con una de las tías.

Cuando Michael se mudó, la casa en sí comenzó a cambiar, e incluso los murciélagos del ático lo sabían y empezaron a anidar junto al cobertizo del jardín. En junio siguiente, las rosas habían comenzado a crecer a lo largo de la barandilla del porche, ahogando la ambrosía, en lugar de al revés. En enero, la corriente de aire en la sala desapareció y no se formaría hielo en el camino de piedra azul. La casa se mantuvo alegre y cálida, y cuando nació Antonia, en casa, ya que afuera se estaba gestando una horrible tormenta de nieve, la lámpara de araña con las lágrimas de cristal se movía de un lado a otro por sí sola. Durante toda la noche, sonó como si un río atravesara la casa; el ruido era tan hermoso y tan real que los ratones salieron de las paredes para asegurarse de que la casa seguía en pie y que un prado no había ocupado su lugar.

A Antonia se le dio el apellido de Owens, por insistencia de las tías, de acuerdo con la tradición familiar. Las tías se dispusieron a malcriar a la niña de inmediato, agregando jarabe de chocolate a sus biberones de fórmula, permitiéndole jugar con perlas sin ensartar, llevándola al jardín para hacer pasteles de barro y recoger chokeberries tan pronto como pudo gatear. Antonia habría estado perfectamente feliz de ser hija

única para siempre, pero tres años y medio después, exactamente a la medianoche, nació Kylie, y todos notaron de inmediato lo inusual que era. Incluso las tías, que no podrían haber amado a otro niño más que a Antonia, predijeron que Kylie vería lo que otros no podrían. Incluyó la cabeza y escuchó la lluvia antes de que cayera. Señaló el techo momentos antes de que apareciera una libélula en el mismo lugar. Kylie era una bebé tan buena que las personas que se asomaban a su cochecito se sentían tranquilas y somnolientas con solo mirarla. Los mosquitos nunca la picaban y los gatos negros de las tías no la rascaban, incluso cuando ella les agarraba la cola. Kylie era una niña melocotón, tan dulce y tan suave que Antonia se volvía más codiciosa y egoísta día a día.

"¡Mírame!" lloraba cada vez que se vestía con los viejos vestidos de gasa de las tías o cuando terminaba cada guisante en su plato. Sally y Michael le acariciaron la cabeza y se dedicaron a cuidar al bebé, pero las tías sabían lo que Antonia quería oír. La llevaron al jardín a medianoche, una hora tarde para un niño tonto, y le mostraron cómo la solanácea florecía en la oscuridad, y cómo, si escuchaba atentamente con sus orejas de niña grande, que eran mucho más sensibles a sonido de lo que sería el de su hermana pequeña, podía oír las lombrices de tierra moviéndose a través del suelo.

Para celebrar la llegada del bebé, Michael había invitado a todos los que trabajaban en la ferretería, que ahora administraba, y a todas las personas de su cuadra a una fiesta. Para sorpresa de Sally, aparecieron todos. Incluso aquellos invitados que habían tenido miedo de pasar apresuradamente por la pasarela principal en las noches oscuras parecían ansiosos por venir y celebrar. Bebieron cerveza fría, comieron pasteles congelados y bailaron por el sendero de piedra azul. Antonia estaba vestida de organdí y encaje, y un círculo de admiradores aplaudió cuando Michael la subió a una vieja mesa de picnic para que pudiera cantar "The Old Grey Mare" y "Yankee Doodle".

Al principio las tías se negaron a participar e insistieron en ver la fiesta a través de la ventana de la cocina, como trozos de papel negro pegados al cristal. Eran viejas antisociales que tenían mejores cosas que hacer

con su tiempo, o eso sostenían. Pero incluso ellos no pudieron resistirse a unirse, y cuando por fin todos levantaron una copa de champán en homenaje al nuevo bebé, las tías los sorprendieron a todos cuando salieron al jardín para el brindis. Con ánimo de pasarlo bien, arrojaron sus vasos al camino, sin importarles que durante semanas aparecieran fragmentos en la tierra entre las hileras de coles.

No creerás cómo ha cambiado todo, le confió Sally a su hermana. Le escribía a Gillian al menos dos veces al mes, en papel azul pálido. A veces fallaba por completo, enviando sus cartas a St. Louis, por ejemplo, solo para descubrir que su hermana ya se había mudado a Texas. Parecemos tan normales, escribió Sally. *Creo que podría desmayarse si pudiera vernos. Realmente lo hago.*

Cenaban juntos todas las noches cuando Michael llegaba a casa del trabajo, y las tías ya no negaban con la cabeza cuando veían los saludables platos de verduras que Sally insistía en servir a sus hijas. Aunque no le dieron importancia a los buenos modales, no chasquearon la lengua cuando Antonia recogió la mesa. No se quejaron cuando Sally inscribió a Antonia en la guardería en el centro comunitario, donde le enseñaron a decir "Por favor" y "Gracias" cuando quería galletas y donde se sugirió que sería mejor no llevar lombrices. en sus bolsillos si quería que las otras niñas jugaran con ella. Las tías, sin embargo, pusieron su pie firme en las fiestas infantiles, ya que eso significaría monstruos alegres y alborotadores deambulando por la casa, riendo y bebiendo limonada rosada y dejando montones de caramelos de goma entre los cojines del sofá.

Para cumpleaños y días festivos, Sally solía dar fiestas en la trastienda de la ferretería, donde había una máquina de goma de mascar y un pony de metal que daría paseos gratis toda la tarde si supieras patearlo en las rodillas. Todos los niños de la ciudad codiciaban una invitación a una de estas fiestas. "No me olvides", le recordaban las chicas de la clase de Antonia cuando se acercaba el día de su cumpleaños. "Soy tu mejor amigo", susurraban mientras se acercaba Halloween y el 4 de julio. Cuando Sally y Michael sacaron a los niños a pasear, los vecinos los saludaron en lugar de cruzar rápidamente la calle. En poco tiempo, se

vieron invitados a cenas compartidas y fiestas de Navidad, y un año, Sally estuvo a cargo del puesto de pasteles en la Feria de la Cosecha.

Es justo lo que quería, escribió Sally. *Cada una de las cosas. Ven a visitarnos*, suplicó, pero sabía que Gillian nunca volvería por su propia voluntad. Gillian había confesado que cuando incluso pensó en el nombre de su ciudad, estalló en urticaria. El solo hecho de ver un mapa de Massachusetts le dio náuseas. El pasado era tan miserable que se negó a pensar en él; todavía se despertaba por la noche recordando lo patéticos pequeños huérfanos que habían sido. Olvídense de una visita. Olvídense de cualquier tipo de relación con las tías, que nunca entendieron lo que significaba para las hermanas ser tan ajenas. Alguien tendría que pagarle a Gillian un cuarto de millón, en efectivo, para que volviera a cruzar el Mississippi, sin importar cuánto le encantaría ver a sus queridas sobrinas, quienes, por supuesto, siempre estaban en sus pensamientos.

La lección que Sally había aprendido hacía tanto tiempo en la cocina, tener cuidado con lo que deseas, estaba tan lejana y tan descolorida que se había convertido en polvo amarillo. Pero era el tipo de polvo que nunca se puede barrer y, en cambio, espera en un rincón y sopla en los ojos de sus seres queridos cuando una corriente de aire atraviesa su casa. Antonia tenía casi cuatro años y Kylie estaba empezando a dormir toda la noche, y la vida parecía bastante maravillosa en todos los sentidos, cuando se encontró el escarabajo de la guardia de la muerte junto a la silla donde Michael se sentaba con mayor frecuencia a cenar. Este insecto, que marca el tiempo, haciendo clic como un reloj, emite el sonido que nadie quiere escuchar junto a su amado. La permanencia de un hombre en la tierra es bastante limitada, pero una vez que comienza el tic-tac del escarabajo, no hay forma de detenerlo; no hay enchufe para tirar, ningún péndulo para detener, ningún interruptor que restablezca el tiempo que alguna vez pensó que tenía.

Las tías escucharon el tic-tac durante varias semanas y finalmente llevaron a Sally a un lado para emitir una advertencia, pero Sally no prestó atención. "Tonterías", dijo, y se rió a carcajadas. Ella toleraba a los clientes que todavía llegaban a la puerta trasera al anochecer de vez

en cuando, pero no permitiría que las tonterías de las tías afectaran a su familia. La práctica de las tías era basura y nada más, una papilla mezclada para alimentar los delirios de los desesperados. Sally no quiso oír una palabra más al respecto. No miraba cuando las tías insistían en señalar que un perro negro se había acostumbrado a sentarse en la acera todas las noches. Ella no quiso escuchar cuando juraron que el perro siempre apuntaba su rostro hacia el cielo cada vez que Michael se acercaba, y que aullaba al verlo y rápidamente se alejaba de su sombra, con el rabo entre las piernas.

A pesar de la advertencia de Sally, las tías colocaron mirto debajo de la almohada de Michael y lo instaron a bañarse con acebo y una pastilla de su jabón negro especial. En el bolsillo de su chaqueta deslizaron la pata de un conejo que una vez habían atrapado comiendo lechuga.

Mezclaron romero en su cereal de desayuno, lavanda en su taza de té nocturna. Aún escucharon el escarabajo en el comedor. Finalmente dijeron una oración al revés, pero por supuesto que tuvo sus propias consecuencias: pronto todos en la casa contrajeron gripe e insomnio y un sarpullido que no desaparecía en semanas, ni siquiera cuando una mezcla de calamina y bálsamo. de Galaad se aplicó a la piel. Al final del invierno, Kylie y Antonia habían comenzado a llorar cada vez que su padre intentaba salir de la habitación. Las tías le explicaron a Sally que nadie que estuviera condenado podía oír el sonido del escarabajo de la guardia de la muerte, y por eso Michael insistió en que nada podía salir mal. De todos modos, debe haber sabido algo: dejó de usar reloj y retrasó todos los relojes. Luego, cuando el tic-tac se hizo más fuerte, bajó todas las cortinas de la casa y las mantuvo dibujadas contra el sol y la luna, como si eso pudiera detener el tiempo. Como si algo pudiera.

Sally no creyó ni una palabra de lo que dijeron las tías. Aun así, se puso nerviosa por toda esta charla sobre la muerte. Su piel se puso manchada; su cabello perdió su brillo. Dejó de comer y dormir y odiaba perder a Michael de su vista. Ahora, cada vez que la besaba, ella lloraba y deseaba no haberse enamorado nunca en primer lugar. La había dejado demasiado indefensa, porque eso es lo que hacía el amor. No había forma de evitarlo y no había forma de combatirlo. Ahora, si perdió, perdió todo. No es que suceda solo porque las tías lo hayan

dicho. Eran unos sabelotodo, de hecho. Sally había ido a la biblioteca pública y examinado todos los libros de consulta entomológica. El escarabajo de la Guardia de la Muerte comió madera y nada más. ¡Cómo les gustó eso a las tías! Los muebles y la artesanía en madera podrían estar en peligro, pero la carne y la sangre estaban a salvo, o eso creía Sally.

Una tarde lluviosa, mientras doblaba un mantel blanco, a Sally le pareció oír algo. El comedor estaba vacío y no había nadie más en casa, pero ahí estaba. Un clic, un traqueteo, como un latido o un reloj. Se tapó los oídos con las manos, permitiendo que el mantel cayera al suelo en un montón de ropa limpia. Se negó a creer en la superstición, no lo haría; sin embargo, la estaba reclamando, y fue entonces cuando vio que algo se precipitaba debajo de la silla de Michael. Una criatura sombría, demasiado veloz y demasiado ingeniosa para ser atrapada por el tacón de una bota.

Esa noche, al anochecer, Sally encontró a las tías en la cocina. Cayó de rodillas y les suplicó que la ayudaran, como habían hecho todas esas mujeres desesperadas antes que ella. Ofreció todo lo que tenía de valor: los anillos en los dedos, sus dos hijas, su sangre, pero las tías movieron la cabeza con tristeza.

"Haré cualquier cosa", gritó Sally. "Yo creeré en cualquier cosa. Solo dime que hacer."

Pero las tías ya habían hecho todo lo posible y el escarabajo seguía al lado de la silla de Michael. Algunos destinos están garantizados, sin importar quién intente intervenir. En una tarde de primavera que fue particularmente agradable y suave, Michael se bajó de la acera en su camino a casa desde la ferretería y fue asesinado por un automóvil lleno de adolescentes que, para celebrar su valentía y juventud, habían bebido demasiado.

Después de eso, Sally no habló durante todo un año. Simplemente no tenía nada que decir. No podía mirar a las tías; eran charlatanes lastimosos, en su opinión, ancianas que tenían menos poder que las moscas dejadas para morir en los alféizares de las ventanas, atrapadas

detrás de un vidrio, con alas translúcidas golpeando débilmente. Déjame salir. Déjame salir. Si escuchó el susurro de las faldas de las tías anunciando su entrada a una habitación, Sally salió. Si reconocía sus pasos en las escaleras, cuando venían a ver cómo estaba o le deseaban buenas noches, se levantaba de la silla junto a la ventana a tiempo para echar el cerrojo a la puerta y nunca los oía tocar; simplemente se tapó los oídos con las manos.

Siempre que Sally iba a la farmacia, por pasta de dientes o crema para la dermatitis del pañal, veía a la chica de la farmacia detrás del mostrador y sus ojos se bloqueaban. Sally comprendió ahora lo que el amor podía hacerle a una persona. Lo entendía demasiado bien como para dejar que le volviera a pasar. La pobre de la droguería no podía tener mucho más de treinta, pero parecía vieja, su cabello ya se había vuelto blanco; si necesitaba decirte algo —un precio, por ejemplo, o el helado especial de la semana— tendría que escribirlo en una libreta de papel. Su esposo se sentaba en el último taburete del mostrador casi todo el tiempo, tomando una taza de café durante horas. Pero Sally apenas lo notó; era la chica a la que no podía apartar los ojos; buscaba a esa persona que había aparecido por primera vez en la cocina de las tías, esa dulce niña rosada llena de esperanza.

Un sábado, cuando Sally estaba comprando vitamina C, la chica de la farmacia le pasó un papel blanco junto con su cambio. Ayúdame, había escrito ella, con un guión perfecto. Pero Sally ni siquiera pudo evitarlo. No podía ayudar a sus hijos ni a su marido ni a la forma en que el mundo se había salido de control. A partir de ese momento, Sally no compraría en la farmacia. En cambio, ella tenía todo lo que necesitaban entregado por un chico de secundaria, que dejó su orden en el camino de piedra azul — lluvia, aguanieve o nieve — negándose a ir a su puerta, incluso si eso significaba perder su propina.

Durante ese año, Sally dejó que las tías se ocuparan de Antonia y Kylie. Dejó que las abejas anidaran en las vigas en julio y permitió que la nieve se amontonara a lo largo de la pasarela en enero para que el cartero, que siempre había temido que se rompiera el cuello de una forma u otra entregando correo a los Owenses, no se atreviera. más allá

de su puerta. No se preocupó por las cenas y horas de comida saludables; Esperó hasta que se moría de hambre, luego comió guisantes enlatados de lata mientras se paraba cerca del fregadero. Su cabello quedó permanentemente enredado; tenía agujeros en los calcetines y los guantes. Rara vez salía afuera ahora, y cuando lo hacía, la gente se aseguraba de evitarla. Los niños tenían miedo de la mirada en blanco en sus ojos. Los vecinos que solían invitar a Sally a tomar un café ahora cruzaban la calle si la veían llegar y rápidamente murmuraban una oración; preferían mirar directamente al sol y cegarse temporalmente, en lugar de ver lo que le había sucedido.

Gillian llamaba una vez a la semana, siempre los martes por la noche, a las diez en punto, el único horario que había mantenido en años. Sally se acercaba el auricular al oído y escuchaba, pero seguía sin hablar. "No puedes desmoronarte", insistía Gillian con su voz rica y urgente. "Ese es mi trabajo", decía.

De todos modos, era Sally quien no se bañaba, ni comía ni jugaba al pastel con su bebé. Sally era la que lloraba tantas lágrimas que había mañanas en las que no podía abrir los ojos. Todas las noches buscaba en el comedor el escarabajo de la guardia de la muerte que, según se decía, había causado todo este dolor. Por supuesto que nunca lo encontró y por eso no creía en él. Pero esas cosas se esconden, en los pliegues de las faldas negras de una viuda y debajo de las sábanas blancas donde una persona duerme, soñando inquietamente con todo lo que nunca tendrá. Con el tiempo, Sally dejó de creer en cualquier cosa y luego el mundo entero se volvió gris. No podía ver el naranja ni el rojo, y ciertos tonos de verde —su suéter favorito y las hojas de los nuevos narcisos— se perdieron total y absolutamente.

"Despierta", decía Gillian cuando llamaba la noche señalada. "¿Qué tengo que hacer para sacarte de esto?"

Realmente, no había nada que Gillian pudiera decir, aunque Sally siguió escuchando cuando su hermana llamó. Pensó en las palabras de consejo de su hermana porque últimamente la voz de Gillian era el único sonido que quería escuchar; le traía un consuelo que nada más podía hacer, y

Sally se encontraba colocada junto al teléfono los martes, esperando la llamada de su hermana.

"La vida es para los vivos", le dijo Gillian. "La vida es lo que haces de ella. Vamos. Escuche lo que estoy diciendo. Por favor."

Sally pensaba mucho cada vez que colgaba el teléfono. Pensó en la chica de la droguería y en el sonido de los pasos de Antonia en las escaleras cuando se iba a la cama sin un abrazo de buenas noches. Pensó en la vida y muerte de Michael, y en cada segundo que habían pasado juntos. Consideró cada uno de sus besos y todas las palabras que le había dicho. Todo seguía siendo gris: las pinturas que Antonia trajo a casa de la escuela y se deslizó debajo de la puerta, el pijama de franela que Kylie usaba en las mañanas frías, las cortinas de terciopelo que mantenían al mundo a raya. Pero ahora Sally comenzó a ordenar las cosas en su mente: dolor y alegría, dólares y centavos, el llanto de un bebé y la expresión de su rostro cuando le lanzaste un beso en una tarde ventosa. Tales cosas pueden valer algo, una mirada, un vistazo, una mirada más profunda.

Y cuando había pasado un año, hasta el mismo día, desde el momento en que Michael se bajó de la acera, Sally vio hojas verdes fuera de su ventana. Era una enredadera delicada que siempre había subido por el desagüe, pero ese día Sally notó lo tierna que era cada hoja, lo absolutamente nueva, de modo que el verde era casi amarillo y el amarillo rico como mantequilla. Sally pasó buena parte de sus días en cama y ya era de tarde. Vio la luz dorada que se filtraba a través de las cortinas y la forma en que se extendía en barras a lo largo de la pared. Rápidamente, se levantó de la cama y se cepilló su largo cabello negro. Se puso un vestido que no se había puesto desde la primavera anterior, sacó el abrigo del gancho que había junto a la puerta trasera y salió a dar un paseo.

De nuevo era primavera, y el cielo estaba tan azul que te dejaba sin aliento. Era azul y ella podía verlo, el color de sus ojos, el color de las venas debajo de la piel, y de la esperanza y de las camisas prendidas con alfileres en un tendedero. Sally pudo distinguir casi todos los tonos y matices que habían faltado durante todo el año, aunque todavía no

podía ver el naranja, que era demasiado parecido al color de la señal de stop descolorida que los adolescentes nunca vieron el día en que Michael fue asesinado, y nunca lo haría de nuevo. Pero el naranja nunca fue un gran favorito de Sally, una pequeña pérdida, considerando todos los demás.

Siguió caminando por el centro de la ciudad, vestida con su viejo abrigo de lana y sus altas botas negras. Era un día cálido y ventoso, demasiado cálido para la ropa pesada de Sally, por lo que se cubrió el brazo con el abrigo. El sol atravesó la tela de su vestido, una mano caliente sobre carne y huesos. Sally se sentía como si hubiera estado muerta y ahora que estaba de regreso era particularmente sensible al mundo de los vivos: el roce del viento contra su piel, los mosquitos en el aire, el olor a barro y hojas nuevas, el dulzura de azules y verdes. Por primera vez en mucho tiempo, Sally pensó en lo agradable que sería volver a hablar, leer cuentos a sus hijas antes de dormir y recitar un poema y nombrar todas las flores que florecieron temprano en la temporada, lirio de los valles y jack-in. el púlpito y el jacinto púrpura. Pensaba en las flores, esas blancas con forma de campanas, cuando, sin ningún motivo en particular, giró a la izquierda en Endicott Street y se dirigió al parque.

En este parque había un estanque, donde reinaban un par de horribles cisnes, un patio de recreo con un tobogán y un columpio, y un campo verde donde los chicos mayores celebraban partidos de fútbol y de béisbol serios que se desarrollaban después del anochecer. Sally podía oír las voces de los niños que jugaban y entró al parque con entusiasmo. Sus mejillas estaban rosadas y su largo cabello negro volaba detrás de ella como una cinta; sorprendentemente, había descubierto que todavía era joven. Sally planeaba tomar el camino hacia el estanque, pero se detuvo cuando vio el banco de hierro forjado. Allí sentadas, como todos los días, estaban las tías. Sally nunca había pensado en preguntar qué hacían con los niños en todo el día mientras ella se quedaba en la cama, incapaz de arrastrarse de debajo de las sábanas hasta que las largas sombras de la tarde cayeron sobre su funda de almohada.

En la excursión de este día, las tías habían traído su tejido. Estaban trabajando en una manta para la cuna de Kylie, hecha de la mejor lana

negra, una colcha tan suave que cada vez que Kylie dormía debajo de ella, soñaba con corderitos negros y campos de hierba. Antonia estaba al lado de las tías, con las piernas cuidadosamente cruzadas. Kylie se había dejado caer sobre la hierba, donde estaba sentada inmóvil. Todos vestían abrigos de lana negra y su cutis parecía cetrino a la luz de la tarde. El cabello rojo de Antonia se veía especialmente brillante, un color tan profundo y sorprendente que parecía poco natural al sol. Las tías no se hablaban y las niñas ciertamente no jugaban. Las tías no veían ningún sentido en saltar la cuerda o lanzar una pelota de un lado a otro. En su opinión, esas cosas eran una tonta pérdida de tiempo. Es mejor observar el mundo que te rodea. Mejor mirar los cisnes, y el cielo azul, y los otros niños, que gritaban y reían durante los juegos salvajes de kickball y tag. Aprenda a estar tan callado como un ratón. Concéntrate hasta que estés tan silencioso como la araña en la hierba.

Una pelota estaba siendo golpeada por un grupo de muchachos rebeldes, y finalmente fue pateada con demasiada fuerza. Voló por el aire azul brillante, luego rodó por la hierba y pasó junto a un membrillo en flor. Antonia se había imaginado que era un arrendajo azul, libre entre las ramas de un abedul llorón. Ahora felizmente saltó del banco y recogió la pelota, luego corrió hacia un chico que había sido enviado a recuperarla. El niño no tenía más de diez años, pero aún estaba muerto, pálido como pasta, cuando Antonia se acercó. Ella le tendió la pelota.

"Aquí tienes", dijo Antonia.

Para entonces, todos los niños del parque habían dejado de jugar. Los cisnes batieron sus grandes y hermosas alas. Más de diez años después, Sally todavía sueña con esos cisnes, un macho y una hembra que custodiaban ferozmente el estanque, como si fueran Doberman. Sueña con la forma en que las tías chasqueaban la lengua, tristemente, ya que sabían lo que estaba a punto de suceder.

La pobre Antonia miró al niño, que no se había movido y ni siquiera parecía respirar. Ella ladeó la cabeza, como si tratara de imaginarse si era estúpido o simplemente educado.

"¿No quieres la pelota?" ella le preguntó.

Los cisnes tomaron vuelo lentamente mientras el niño corría hacia Antonia, agarraba la pelota y luego la empujaba hacia abajo. Su abrigo negro se ensanchó detrás de ella; sus zapatos negros volaron de sus pies.

"¡Para!" Sally gritó. Sus primeras palabras en un año.

Todos los niños en el patio de recreo la escucharon. Salieron corriendo juntos, lo más lejos posible de Antonia Owens, que podría hechizarte si la hacías mal, y de sus tías, que podrían hervir sapos de jardín y meterlos en tu estofado, y de su madre, que era tan enojada y protectora que podría congelarte a tiempo, asegurándote de que estuvieras atrapado para siempre en la hierba verde a la edad de diez u once años.

Sally empacó su ropa esa misma noche. Amaba a las tías y sabía que tenían buenas intenciones, pero lo que quería para sus hijas era algo que las tías nunca podrían proporcionar. Quería una ciudad donde nadie señalara cuando sus hijas caminaran por la calle. Quería su propia casa, donde las fiestas de cumpleaños se pudieran realizar en la sala de estar, con serpentinas y un payaso contratado y un pastel, y un barrio donde todas las casas fueran iguales y ninguna tuviera techo de pizarra donde anidaran ardillas, o murciélagos en el jardín o carpintería que nunca necesitó pulir.

Por la mañana, Sally llamó a un agente inmobiliario de Nueva York y luego sacó las maletas al porche. Las tías insistieron en que, pase lo que pase, el pasado seguiría a Sally. Terminaría como Gillian, un alma triste que solo se hacía más pesada en cada nueva ciudad. No podía huir, eso es lo que le dijeron, pero en opinión de Sally, no había pruebas de eso. Nadie había conducido la vieja camioneta durante más de un año, pero se puso en marcha de inmediato y chisporroteó como una tetera mientras Sally acomodaba a sus niñas en el asiento trasero. Las tías juraron que se sentiría miserable y le agitaron los dedos. Pero tan pronto como Sally despegó, las tías empezaron a encogerse, hasta que se convirtieron en pequeñas setas negras que se despiden con la mano en el otro extremo de la calle donde Sally y Gillian solían jugar a la rayuela en los calurosos días de agosto, cuando solo tenían una y otra

vez. otros en busca de compañía y el asfalto a su alrededor se estaba derritiendo en charcos negros.

Sally se subió a la Ruta 95 y se dirigió hacia el sur, y no se detuvo hasta que Kylie se despertó, sudorosa, confusa y extremadamente acalorada bajo la manta de lana negra que olía a lavanda, el aroma que siempre se adhería a la ropa de las tías. Kylie había estado soñando que la perseguía un rebaño de ovejas; gritó "*Baa, baa*" con voz de pánico, luego se subió al asiento para estar más cerca de su madre. Sally la tranquilizó con un abrazo y la promesa de un helado, pero no fue tan fácil lidiar con Antonia.

Antonia, que amaba a las tías y siempre había sido su favorita, se negó a ser consolada. Llevaba uno de los vestidos negros que le habían cosido en la modista de Peabody, y su cabello rojo sobresalía de su cabeza en rabiosos mechones. Emitía un olor agrio a limón, que era una mezcla de rabia y desesperación a partes iguales.

"Te desprecio", le informó a Sally mientras se sentaban en la cabina del ferry que los llevó a través de Long Island Sound. Fue uno de esos extraños y sorprendentes días de primavera que de repente se vuelven casi tan calurosos como el verano. Sally y sus hijos habían estado comiendo rebanadas pegajosas de mandarina y bebiendo las Coca-Colas que habían comprado en el bar, pero ahora que las olas se habían vuelto más salvajes, sus estómagos se tambaleaban. Sally acababa de terminar una postal que planeaba enviar a Gillian, aunque no estaba segura de si su hermana todavía estaba en su última dirección.

Finalmente lo he hecho, había garabateado con una letra más suelta de lo que nadie hubiera esperado de alguien tan ordenado. *¡He atado las sábanas y saltado!*

—Te odiaré por el resto de mi vida —prosiguió Antonia, y sus pequeñas manos formaron puños.

"Esa es tu prerrogativa", dijo Sally alegremente, aunque en el fondo estaba herida. Agitó la postal frente a su rostro para refrescarse. Antonia realmente podía llegar a ella, pero esta vez Sally no iba a permitir que eso sucediera. "Creo que cambiarás de opinión".

"No", dijo Antonia. "No lo haré. Nunca te perdonaré."

Las tías adoraban a Antonia porque era hermosa y desagradable. La alentaron a ser mandona y egocéntrica, y durante ese año, cuando Sally estaba demasiado triste y destrozada para hablar con sus hijos, o incluso interesarse por ellos, a Antonia se le permitió quedarse despierta hasta pasada la medianoche y dar órdenes a los adultos. . Se comió Butterfingers para la cena y golpeó a su hermanita con un periódico enrollado para divertirse. Había estado haciendo lo que quería durante algún tiempo, y era lo suficientemente inteligente como para saber todo lo que había cambiado a partir de ese mismo día. Tiró su mandarina al suelo y la aplastó bajo su pie, y cuando eso no funcionó, lloró y suplicó que la llevaran a casa.

"Por favor", le rogó a su madre. "Quiero a las tías. Llévame allí. Seré buena ", prometió.

Para entonces, Sally también estaba llorando. Cuando era niña, las tías eran las que se sentaban con ella toda la noche cuando tenía una infección de oído o gripe; le habían contado historias y le habían preparado caldo y té caliente. Ellos eran los que habían sacudido a Gillian cuando no podía conciliar el sueño, especialmente al principio, cuando las chicas vinieron a vivir a la casa de Magnolia Street, y Gillian no podía dormir ni un ojo.

Hubo una tormenta la noche en que a Sally y Gillian les dijeron que sus padres no regresarían, y fue su mala suerte que otra tormenta golpeará cuando estaban en el avión de camino a Massachusetts. Sally tenía cuatro años, pero recuerda el rayo a través del cual volaron; puede cerrar los ojos y conjurarlo sin ningún problema. Estaban en el cielo junto a esas feroces líneas blancas, sin lugar para esconderse. Gillian había vomitado varias veces y cuando el avión comenzó a aterrizar empezó a gritar. Sally tuvo que poner su mano sobre la boca de su hermana y prometerle chicles y palitos de regaliz si se quedaba callada por unos minutos más.

Sally había elegido sus mejores vestidos de fiesta para el viaje. El de Gillian era violeta pálido, el rosa de Sally adornado con encaje marfil.

Estaban tomados de la mano mientras caminaban por la terminal del aeropuerto, escuchando el gracioso sonido que hacían sus crinolinas cada vez que daban un paso, cuando veían a las tías esperándolos. Las tías se pusieron de puntillas para ver mejor por encima de las barricadas; tenían globos atados a sus mangas, para que los niños los reconocieran. Después de abrazar a las niñas y recoger sus pequeñas maletas de cuero, las tías envolvieron a Sally y Gillian en dos abrigo de lana negra, luego metieron la mano en sus carteras y sacaron bolas de chicle y regaliz rojo, como si supieran exactamente lo que las niñas necesitaban, o, en de todos modos, exactamente lo que podrían querer.

Sally estaba agradecida por todo lo que habían hecho las tías, realmente lo estaba. Aun así, había tomado una decisión. Conseguiría la llave en la inmobiliaria de la casa que luego compraría y luego conseguiría algunos muebles. Tendría que encontrar un trabajo eventualmente, pero tenía un poco de dinero de la póliza de seguro de Michael y, francamente, no iba a pensar en el pasado ni en el futuro. Pensaba en la autopista que tenía delante. Estaba pensando en las señales de tráfico y los giros a la derecha, y no podía permitirse escuchar cuando Antonia comenzó a aullar, lo que también enfureció a Kylie. En cambio, encendió la radio y cantó y se dijo a sí misma que a veces lo correcto se sentía mal hasta que terminaba y terminaba.

Para cuando entraron en el camino de entrada de su nueva casa, ya era tarde. Una banda de niños jugaba kickball en la calle, y cuando Sally salió del auto saludó con la mano y los niños respondieron con el saludo, todos y cada uno de ellos. Un petirrojo estaba en el césped delantero, tirando de la hierba y la maleza, y en todas partes de la calle, se encendían las luces y se preparaban las mesas para la cena. El olor a carne asada y pollo a la paprikash y lasaña flotaba en el aire templado. Las niñas de Sally se habían quedado dormidas en el asiento trasero, con la cara manchada de suciedad y lágrimas. Sally les había comprado conos de helado y piruletas; había contado historias durante horas y se detuvo en dos jugueterías. Aún así, pasarían años antes de que la perdonaran. Se rieron de la pequeña valla blanca que Sally puso en el borde de su césped. Antonia pidió pintar las paredes de su dormitorio de negro y Kylie suplicó por un gatito negro. Ambos deseos fueron

denegados. La habitación de Antonia estaba pintada de amarillo y Kylie recibió un pez dorado llamado Sunshine, pero eso no significaba que las chicas hubieran olvidado de dónde venían o que no lo añoraran todavía.

Todos los veranos, en agosto, visitaban a las tías. Respirarían tan pronto como doblaran la esquina hacia Magnolia y pudieran espiar la gran casa vieja con su cerca negra y ventanas teñidas de verde. Las tías siempre hacían un pastel de chocolate borracho y le daban a Antonia y Kylie demasiados regalos. Por supuesto, no había hora de dormir ni comidas bien equilibradas. No se establecieron reglas sobre dibujar en el papel tapiz o llenar la bañera tan alto que las burbujas y el agua tibia se derramaran por los lados y gotearan a través del techo de la sala. Cada año, las niñas eran más altas cuando llegaban para su visita, lo sabían porque las tías parecían más pequeñas todo el tiempo, y todos los años se volvían locas: bailaban por el jardín de hierbas y jugaban sóftbol en el jardín delantero y se quedaban despiertas. doce de la noche. A veces no comían nada más que Snickers y Milky Ways durante casi toda la semana, hasta que les empezó a doler el estómago y finalmente pidieron una ensalada o un vaso de leche.

Durante sus vacaciones de agosto, Sally insistió en sacar a las niñas de la casa, al menos por las tardes. Los llevó en excursiones de un día, a la playa de Plum Island, a los barcos cisne en Boston, a la bahía azul de Gloucester en veleros alquilados. Pero las chicas siempre suplicaban que volvieran a la casa de las tías. Hicieron pucheros e hicieron la vida de Sally miserable, hasta que ella cedió. No fue el mal genio de las chicas lo que convenció a Sally de regresar a la casa, fue que estaban unidas en algo. Esto fue tan inusual y tan agradable de ver que Sally simplemente no podía decir que no.

Sally había esperado que Antonia fuera una hermana mayor de la misma manera que ella misma, pero ese no era el estilo de Antonia. Antonia no se sentía responsable de nadie; ella era la cuidadora de nadie. Desde el principio se burlaba de Kylie sin piedad y podía hacer llorar a su hermana pequeña con una mirada. Fue solo en la casa de las tías donde las chicas se convirtieron en aliadas, tal vez incluso en amigas. Aquí, donde todo estaba gastado y deshilachado, a excepción de

la brillante carpintería, las chicas pasaban horas juntas. Recogieron lavanda y tuvieron picnics a la sombra del jardín. Se sentaron en el fresco salón a última hora del día, o se tumbaron en el rellano del segundo piso, donde había finas bandas de luz de limón, jugando al parchís y rondas interminables de gin rummy.

Su cercanía puede haber sido el resultado de compartir el dormitorio del ático, o solo porque las niñas no tenían elección de compañeras de juegos, ya que los niños en la ciudad todavía cruzaban al otro lado de la calle cuando pasaban por la casa de Owens. Cualquiera sea la razón, a Sally le dio una gran alegría ver a las niñas en la mesa de la cocina, con las cabezas inclinadas lo suficiente como para tocarlas mientras trabajaban en un rompecabezas o confeccionaban una tarjeta para enviársela a Gillian en su nueva dirección en Iowa o Nuevo México. Muy pronto, estarían en la garganta del otro, discutiendo sobre pequeños privilegios o algún truco desagradable de Antonia: un papá piernas largas dejadas debajo de la manta de bebé de Kylie, a la que ella seguía unida a la edad de once años e incluso a los doce, o tierra y piedras se deslizaron en la suela de sus botas. Y así, Sally permitió que las niñas hicieran lo que quisieran, durante esa semana de agosto, aunque sabía que, al final, no era para su beneficio.

Cada año, a medida que avanzaban sus vacaciones, las niñas siempre dormían más y más tarde en el día; Aparecieron círculos negros alrededor de sus ojos. Comenzaron a quejarse del calor, que los cansó demasiado para caminar hasta la farmacia a comprar helados y botellas de Coca-Cola fría, aunque encontraron fascinante a la anciana que trabajaba allí, ya que nunca decía una palabra y podía hacer un banana dividida en segundos, pelando la banana y vertiendo los jarabes y el látigo de malvavisco antes de que puedas parpadear. Después de un tiempo, Kylie y Antonia pasaban la mayor parte del tiempo en el jardín, donde la belladona y la digital siempre han crecido junto a la menta, y los gatos que las tías aman tanto, incluidas dos criaturas andrajosas de la infancia de Sally, Magpie y Raven, que simplemente se han negado a morir, todavía cavan en el montón de basura en busca de espinas y cabezas de pescado.

Siempre hay un momento en que Sally sabe que tienen que irse. Cada agosto, llega una noche en la que se despierta de un sueño profundo y cuando se acerca a la ventana ve que sus hijas están solas a la luz de la luna. Hay sapos entre las coles y las zinnias. Hay orugas verdes masticando las hojas, preparándose para convertirse en polillas blancas que se arrojarán contra las ventanas y las luces que arden intensamente junto a las puertas traseras. Hay el mismo cráneo de caballo clavado en la cerca, blanqueado ahora y cayendo al polvo, pero aún más que suficiente para mantener a la gente alejada.

Sally siempre espera a que sus hijas entren a la casa antes de volver a meterse en la cama. A la mañana siguiente, se excusará y se irá uno o dos días antes de lo programado. Despertará a sus hijas, y aunque se quejan de la madrugada y del calor, y seguramente estarán malhumoradas todo el día, se subirán al coche. Antes de irse, Sally besará a las tías y prometerá telefonear con frecuencia. A veces se le cierra la garganta cuando nota cómo están envejeciendo las tías, cuando ve todas esas malas hierbas en el jardín y la forma en que la glicina va cayendo, ya que a nadie se le ocurre nunca darle agua o un poco de mantillo. Sin embargo, nunca se siente como si hubiera cometido un error después de conducir por Magnolia Street; no se permite un solo lamento, ni siquiera cuando sus hijas lloran y se quejan. Sabe adónde va y qué tiene que hacer. Después de todo, podría encontrar el camino a la Ruta 95 Sur con los ojos vendados. Podía hacerlo en la oscuridad, con buen tiempo o con mal tiempo; puede hacerlo incluso cuando parece que se va a quedar sin gasolina. No importa lo que te diga la gente. No importa lo que digan. A veces tienes que salir de casa. A veces, huir significa que te diriges en la dirección correcta exacta.

PREMONICIONES

Los cuchillos CRUZADOS colocados sobre la mesa significa que seguramente habrá una pelea, pero también lo harán dos hermanas que viven bajo el mismo techo, particularmente cuando una de ellas es Antonia Owens. A la edad de dieciséis años, Antonia es tan hermosa que es imposible que cualquier extraño que la vea por primera vez

comience a adivinar lo miserables que puede hacer a los más cercanos a ella. Ella es más desagradable ahora que cuando era niña, pero su cabello es de un tono rojo más impresionante y su sonrisa es tan gloriosa que todos los chicos de la escuela secundaria quieren sentarse a su lado en clase, aunque una vez que lo hacen, estos chicos se congelan por completo, simplemente porque están tan cerca de ella, y no pueden evitar avergonzarse al mirarla, todos con ojos saltones y cara de luna, enamorados más allá de lo creíble.

Tiene sentido que la hermana pequeña de Antonia, Kylie, que pronto cumplirá trece años, pase horas encerrada en el baño, llorando por lo fea que es. Kylie tiene una pulgada menos de seis pies, un gigante, en su libro. Ella es tan delgada como una cigüeña, con rodillas que chocan entre sí cuando camina. Su nariz y sus ojos suelen estar rosados como los de un conejo por todos los sollozos que ha estado haciendo últimamente, y está a punto de renunciar a su cabello, que se ha encrespado por la humedad. Tener una hermana perfecta, al menos desde fuera, ya es bastante malo. Tener uno que pueda hacerte sentir como una mota de polvo con algunas palabras malas bien elegidas es casi más de lo que Kylie puede soportar.

Parte del problema es que Kylie nunca puede pensar en una respuesta inteligente cuando Antonia pregunta dulcemente si ha considerado dormir con un ladrillo en la cabeza o si pensó en comprarse una peluca. Lo ha intentado, incluso ha practicado varias humillaciones con su único amigo, un chico de trece años llamado Gideon Barnes, que es un maestro en el arte de hacer asquear a la gente, y todavía no puede hacerlo. Kylie es el tipo de espíritu tierno que llora cuando alguien pisa una araña; en su universo, herir a otra criatura es un acto antinatural. Cuando Antonia se burla de ella, todo lo que Kylie puede hacer es abrir y cerrar la boca como un pez arrojado a tierra firme, antes de encerrarse en el baño para llorar una vez más. En las noches tranquilas, se acurruca en su cama, agarrando su vieja manta de bebé, la de lana negra que todavía no tiene un solo agujero, ya que de alguna manera parece repeler las polillas. Por toda la calle, los vecinos pueden oírla llorar. Sacuden la cabeza y se compadecen de ella, y algunas de las mujeres de la cuadra, especialmente las que crecieron con hermanas

mayores, traen brownies caseros y galletas de chocolate, olvidando lo que un plato de dulces puede hacerle a la piel de una niña, pensando sólo de su propio alivio del sonido del llanto, que resuena a través de setos y vallas.

Estas mujeres del vecindario respetan a Sally Owens y, lo que es más, realmente les agrada. Tiene una expresión seria incluso cuando se ríe, y cabello largo y oscuro, y no tiene idea de lo bonita que es. Sally es siempre el primer padre en la lista de la cadena de nieve, ya que es mejor tener a alguien responsable de informar a otros padres cuando la escuela cerrará en un clima tormentoso, en lugar de una de esas madres tontas que tienden a creer que la vida funcionará. en sí mismo muy bien, sin ninguna intervención de alguien sensato. En todo el vecindario, Sally es bien conocida tanto por su amabilidad como por sus maneras prudentes. Si realmente la necesita, ella cuidará de su niño pequeño en cualquier momento un sábado por la tarde; ella recogerá a sus hijos en la escuela secundaria o le prestará azúcar o huevos. Ella se sentará allí contigo en tu porche trasero si encuentras el número de teléfono de alguna mujer escrito en un papelito en el cajón de la mesa de noche de tu esposo, y será lo suficientemente inteligente como para escuchar en lugar de ofrecerte un consejo a medias. . Más importante aún, nunca volverá a mencionar tus dificultades ni repetirá una palabra que digas. Cuando le preguntas sobre su propio matrimonio, ella tiene una expresión soñadora en su rostro que es completamente diferente a su expresión habitual. "Eso fue hace mucho tiempo", es todo lo que dice. "Esa fue otra vida".

Desde que dejó Massachusetts, Sally ha trabajado como asistente del subdirector en la escuela secundaria. En todo este tiempo, ha tenido menos de una docena de citas, y esos intentos de romance fueron organizados por vecinos, arreglos que no llegaron a ninguna parte más que a la puerta de su casa, mucho antes de que la esperaran en casa. Sally ahora descubre que a menudo está cansada y malhumorada, y aunque todavía tiene un aspecto increíble, no se está volviendo más joven. Últimamente, ha estado tan tensa que los músculos de su cuello se sienten como hilos de alambre que alguien ha estado torciendo.

Cuando su cuello comienza a moverse, cuando se despierta de un sueño profundo presa del pánico, y se siente tan sola que el antiguo conserje de la escuela secundaria comienza a verse bien, Sally se recuerda a sí misma lo duro que ha trabajado para tener una buena vida. para sus chicas. Antonia es tan popular que durante tres años consecutivos ha sido elegida para interpretar el papel principal en la obra de la escuela. Kylie, aunque parece no tener amigos cercanos más que Gideon Barnes, es la campeona de ortografía del condado de Nassau y la presidenta del club de ajedrez. Las chicas de Sally siempre han tenido fiestas de cumpleaños y clases de ballet. Ella se ha asegurado absolutamente de que nunca falten a sus citas con el dentista y de que estén en la escuela a tiempo todas las mañanas de los días laborables. Se espera que hagan su tarea antes de ver la televisión y no se les permite quedarse despiertos después de la medianoche o pasar el rato sin hacer nada en el Turnpike o en el centro comercial. Los hijos de Sally están arraigados aquí; los tratan como a cualquier otra persona, simplemente a niños normales, como a cualquier otro de la cuadra. Esta es la razón por la que Sally dejó Massachusetts y las tías en primer lugar. Es por eso que se niega a pensar en lo que podría faltar en su vida.

Nunca mires atrás, eso es lo que se dijo a sí misma. No pienses en cisnes o en estar solo en la oscuridad. No pienses en tormentas, relámpagos y truenos, o el verdadero amor que nunca tendrás. La vida es cepillarse los dientes y preparar el desayuno para sus hijos y no pensar en las cosas, y resulta que Sally es de primera en todo esto. Hace las cosas y las hace a tiempo. Aún así, a menudo sueña con el jardín de las tías. En el rincón más alejado había hierba de limón, tomillo de limón y bálsamo de limón. Cuando Sally se sentó allí con las piernas cruzadas y cerró los ojos, el aroma cítrico era tan intenso que a veces se mareaba. Todo en el jardín tenía un propósito, incluso las exuberantes peonías, que protegen contra el mal tiempo y el mareo por movimiento y se sabe que ahuyentan el mal. Sally no está segura de poder nombrar todas las variedades de hierbas que crecen allí, aunque cree que podría reconocer el pie de potro y la consuelda por la vista, la lavanda y el romero por sus aromas distintivos.

Su propio jardín es sencillo y poco entusiasta, que es como a ella le gusta. Hay un seto de lilas indiferentes, algunos bosques de perros y un pequeño huerto donde sólo crecen tomates amarillos y algunos pepinos larguiruchos. Las plántulas de pepino parecen polvorientas por el calor de esta última tarde de junio. Es genial tener los veranos libres. Vale la pena todo lo que tiene que aguantar en la escuela secundaria, donde siempre debes mantener una sonrisa en tu rostro. Ed Borelli, el subdirector y superior inmediato de Sally, ha sugerido que todos los que trabajan en la oficina tengan una sonrisa aplicada quirúrgicamente para estar listos cuando los padres entren y se quejen. La amabilidad cuenta, Ed Borelli les recuerda a las secretarias en días horribles, cuando los estudiantes rebeldes son suspendidos y las reuniones se superponen y la junta escolar amenaza con extender el año escolar debido a los días de nieve. Pero la falsa alegría es agotadora, y si finges el tiempo suficiente, siempre existe la posibilidad de que te conviertas en un autómatas. Al final del período escolar, Sally generalmente se encuentra diciendo "Sr. Borelli estará contigo "mientras duerme. Ahí es cuando empieza a contar los días que faltan para el verano; ahí es cuando no puede esperar a que suene la última campana.

Dado que el semestre terminó veinticuatro horas antes, Sally debería sentirse bien, pero no lo está. Todo lo que puede distinguir es el latido de su propio pulso y el ritmo de la radio a todo volumen en el dormitorio de Antonia, en el piso de arriba. Algo no está bien. No es nada aparente, nada que surja y te golpee en la cara; es menos como un agujero en un suéter que como un dobladillo deshilachado que se ha deshecho en un charco de hilo. El aire de la casa se siente cargado, de modo que el cabello de la nuca de Sally se eriza y su camisa blanca desprende pequeñas chispas.

Toda la tarde, Sally descubre que está esperando un desastre. Ella se dice a sí misma que debe salir de ella; ni siquiera cree que sea posible predecir desgracias futuras, ya que nunca ha habido documentación científica de que existan fenómenos tan visionarios. Pero cuando hace el marketing, agarra una docena de limones y antes de que pueda contenerse comienza a llorar, allí en el departamento de frutas y verduras, como si de repente sintiera nostalgia por esa vieja casa en

Magnolia Street, después de todos estos años. Cuando sale de la tienda, Sally pasa por el campo de la YMCA, donde Kylie y su amigo Gideon juegan al fútbol. Gideon es el vicepresidente del club de ajedrez, y Kylie sospecha que él pudo haber tirado el partido decisivo a su favor para que ella pudiera ser presidenta. Kylie es la única persona en la tierra que parece capaz de tolerar a Gideon. Su madre, Jeannie Barnes, fue a terapia dos semanas después de que él nació; así de difícil fue y sigue siendo. Simplemente se niega a ser como cualquier otra persona. Simplemente no lo permitirá. Ahora, por ejemplo, se ha afeitado todo el pelo y lleva botas de combate y una chaqueta de cuero negra, aunque debe ser de noventa a la sombra.

Sally nunca se siente cómoda con Gideon; lo encuentra grosero y desagradable y siempre lo ha considerado una mala influencia. Pero al verlo a él y a Kylie jugando al fútbol, siente una oleada de alivio. Kylie se ríe cuando Gideon tropieza con sus propias botas mientras persigue la pelota. No está herida ni secuestrada, está aquí en este campo de hierba, corriendo lo más rápido que puede. Es una tarde calurosa y perezosa, un día como cualquier otro, y Sally haría bien en relajarse. Es una tontería haber estado tan segura de que algo estaba a punto de salir mal. Eso es lo que se dice a sí misma, pero no es lo que cree. Cuando Antonia llega a casa, encantada de haber conseguido un trabajo de verano en la heladería de Turnpike, Sally sospecha tanto que insiste en llamar al propietario y averiguar cuáles serán las horas y responsabilidades de Antonia. También solicita el historial personal del propietario, incluida la dirección, el estado civil y el número de dependientes.

"Gracias por avergonzarme", dice Antonia con frialdad cuando Sally cuelga el teléfono. "Mi jefe pensará que soy muy maduro, y que mi madre me controle".

En estos días, Antonia viste solo de negro, lo que hace que su cabello rojo parezca aún más brillante. La semana pasada, para probar su lealtad a la ropa negra, Sally le compró un suéter de algodón blanco adornado con encaje, por el que sabía que muchas de las novias de Antonia habrían muerto. Antonia arrojó el suéter a la lavadora con un

paquete de tinte Rit, luego arrojó la cosa color carbón a la secadora. El resultado fue una prenda de vestir tan pequeña que cada vez que la usa, Sally se preocupa de que Antonia termine huyendo con alguien, tal como lo hizo Gillian. A Sally le preocupa pensar que una de sus hijas podría seguir los pasos de su hermana, un camino que solo ha llevado a la autodestrucción y a la pérdida de tiempo, incluidos tres matrimonios breves, ninguno de los cuales produjo un centavo de la pensión alimenticia.

Ciertamente, Antonia es codiciosa como a veces lo son las chicas guapas, y piensa bastante bien de sí misma. Pero ahora, en este caluroso día de junio, de repente se llena de dudas. ¿Qué pasa si ella no es tan especial como cree que es? ¿Qué pasa si su belleza se desvanece tan pronto como pasa de los dieciocho, como ocurre con algunas chicas, que no tienen idea de que han alcanzado su punto máximo hasta que todo termina y se miran en el espejo para descubrir que ya no se reconocen? Ella siempre ha asumido que algún día será actriz; irá a Manhattan o Los Ángeles el día después de la graduación y se le asignará un papel protagónico, tal como lo ha sido durante toda la escuela secundaria. Ahora no está tan segura. No sabe si tiene algún talento o si siquiera le importa. Francamente, nunca le gustó mucho actuar; tener a todos mirándola era tan atractivo. Sabía que no podían apartar los ojos de ella.

Cuando Kylie llega a casa, toda sudorosa, manchada de hierba y desgarrada, Antonia ni siquiera se molesta en insultarla.

"¿No querías decirme algo?" Kylie pregunta tentativamente cuando se encuentran en el pasillo. Su cabello castaño está pegado hacia arriba y sus mejillas están enrojecidas y manchadas por el calor. Ella es un objetivo perfecto y lo sabe.

"Puedes usar la ducha primero", dice Antonia con una voz tan triste y soñadora que ni siquiera suena como ella.

"¿Que se supone que significa eso?" Dice Kylie, pero Antonia ya ha recorrido el pasillo para pintarse las uñas de rojo y pensar en su futuro, algo que nunca antes había hecho.

A la hora de la cena, Sally casi ha olvidado la sensación de pavor que tenía al principio del día. Nunca creas lo que no puedes ver, ese siempre ha sido el lema de Sally. No tienes nada que temer excepto el miedo mismo, citó una y otra vez cuando sus hijas eran pequeñas y los monstruos convencidos residían en el segundo estante del armario de la lavandería en el pasillo. Pero justo cuando está lo suficientemente relajada como para considerar tomar una cerveza, las persianas de la cocina se cierran de golpe, como si hubiera una acumulación de energía en las paredes. Sally ha preparado una ensalada de frijoles y tofu, palitos de zanahoria y brócoli marinado en frío, con pastel de ángel de postre. El pastel, sin embargo, ahora es dudoso; cuando las cortinas se cierran de golpe, el pastel comienza a hundirse, primero por un lado y luego por el otro, hasta quedar tan plano como un plato para servir.

“No es nada”, dice Sally a sus hijas sobre la forma en que las cortinas parecen haber sido activadas por una fuerza extraña, pero su voz suena inestable, incluso para ella misma.

La noche es tan húmeda y densa que la ropa que queda en el tendedero solo se mojará más si se deja afuera durante la noche. El cielo es de un azul profundo, una cortina de calor.

“Es algo, está bien”, dice Antonia, porque una especie de viento extraño acaba de comenzar. Entra por la puerta mosquitera y las ventanas abiertas, haciendo sonar los cubiertos y los platos. Kylie tiene que correr y conseguir un suéter. Aunque la temperatura sigue subiendo, el viento le da escalofríos; hace que se le ponga la piel de gallina.

Afuera, en los patios traseros de los vecinos, los columpios son desarraigados y los gatos arañan las puertas traseras, desesperados por que los dejen entrar. A mitad de la cuadra, un álamo se parte en dos y cae al suelo, golpeando una boca de incendios y atravesando el ventana de un Honda Civic estacionado. Ahí es cuando Sally y sus hijas escuchan los golpes. Las niñas miran hacia el techo y luego se vuelven hacia su madre.

“Ardillas”, les asegura Sally. “Anidando en el ático”.

Pero los golpes continúan, y el viento también, y el calor aumenta cada vez más. Finalmente, cerca de la medianoche, el vecindario se calma. Por fin la gente puede dormir un poco. Sally es una de las pocas que se queda despierta hasta tarde para preparar una tarta de manzana, con sus ingredientes secretos, pimienta negra y nuez moscada, que congelará y tendrá lista para llevar a la fiesta del 4 de julio. Pero incluso Sally se duerme en poco tiempo, a pesar del clima; se estira bajo una fría sábana blanca y mantiene abiertas las ventanas del dormitorio para que la brisa entre y envuelva la habitación. El primero de los grillos de la temporada se ha calmado y los gorriones anidan en los arbustos, a salvo dentro de una enramada de ramas que son demasiado delicadas para soportar el peso de un gato. Y justo cuando la gente empieza a soñar, con pasto cortado y pastel de arándanos y leones que se acuestan junto a los corderos, aparece un anillo alrededor de la luna.

Un halo alrededor de la luna es siempre un signo de interrupción, ya sea un cambio en el clima, una fiebre por venir o una racha de mala suerte que no desaparecerá. Pero cuando es un anillo doble, todo enredado y gruñido, como un arco iris agitado o una historia de amor que sale mal, cualquier cosa puede suceder. En momentos como este, es aconsejable no contestar el teléfono. Las personas que saben lo suficiente para tener cuidado siempre cierran sus ventanas; cierran las puertas con llave y nunca se atreven a besar a sus novios sobre la verja de un jardín o extender la mano para acariciar a un perro callejero. El problema es como el amor, después de todo; llega sin previo aviso y se hace cargo antes de que haya tenido la oportunidad de reconsiderarlo, o incluso de pensar.

Muy por encima del vecindario, el anillo ya ha comenzado a girar sobre sí mismo, una serpiente iluminada de posibilidad, de doble bucle y apretada por la gravedad. Si las personas no hubieran estado profundamente dormidas, podrían haber mirado por la ventana y admirado el hermoso círculo de luz, pero siguieron durmiendo, inconscientes, sin notar la luna, ni el silencio, ni el Oldsmobile que ya había entrado en la casa de Sally Owens. entrada para estacionar detrás del Honda que Sally compró hace unos años para reemplazar la vieja camioneta de las tías. En una noche como esta, es posible que una

mujer salga de su auto tan silenciosamente que ninguno de los vecinos la oiga. Cuando hace tanto calor en junio, cuando el cielo está tan tintado y espeso, un golpe en la puerta mosquitera ni siquiera hace eco. Cae en tus sueños, como una piedra en un arroyo, de modo que te despiertas de repente, el corazón late demasiado rápido, el pulso se vuelve loco y te ahogas en tu propio pánico.

Sally se sienta en la cama, sabiendo que debe quedarse exactamente donde está. Ha vuelto a soñar con los cisnes; ella los ha estado viendo tomar vuelo. Durante once años, ha hecho todo lo correcto, ha sido concienzuda y digna de confianza, racional y amable, pero eso no significa que no pueda reconocer el olor sulfuroso de los problemas. Eso es lo que está fuera de la puerta de su casa ahora, problemas, puro y sin diluir. La está llamando, como una polilla chocando contra una pantalla, y ella simplemente no puede ignorarlo. Se pone unos vaqueros y una camiseta blanca y recoge su cabello oscuro en una cola de caballo. Ella se va a patear a sí misma por esto, y lo sabe. Se preguntará por qué no puede simplemente ignorar ese sentimiento tintineante que la invade y por qué siempre se ve obligada a intentar arreglar las cosas.

Aquellas personas que advierten que no puede huir porque su pasado lo rastrearán pueden estar en lo cierto. Sally mira por la ventana delantera. Allí, en el porche, está la chica que podría meterse en más problemas que nadie, toda adulta. Han pasado demasiados años, ha sido una eternidad, pero Gillian está tan hermosa como siempre, solo polvorienta y nerviosa y tan débil de rodillas que cuando Sally abre la puerta, Gillian tiene que apoyarse contra la pared de ladrillos.

"Oh, Dios mío, eres tú", dice Gillian, como si Sally fuera la visita inesperada. En dieciocho años se han visto sólo tres veces, cuando Sally se fue al oeste. Gillian nunca volvió a cruzar el Mississippi, tal como lo había prometido cuando salió de la casa de las tías por primera vez. "¡Eres realmente, realmente tú!"

Gillian se ha cortado el pelo rubio más corto que nunca; huele a azúcar y calor. Tiene arena en los bordes de sus botas rojas y una pequeña serpiente verde tatuada en su muñeca. Abraza a Sally rápido y fuerte, antes de que Sally pueda tener tiempo para considerar lo tarde que es

la hora y el hecho de que tal vez Gillian podría haber llamado, si no para decir que iba a llegar, en algún momento del mes pasado, solo para avisar a Sally. ella todavía estaba viva. Hace dos días, Sally envió una carta a la dirección más reciente de Gillian, en Tucson. Ella le dijo a Gillian un infierno en esa carta, sobre su rastro de planes rotos y oportunidades perdidas; habló con demasiada fuerza y dijo demasiado y ahora se siente aliviada de que sea una carta que Gillian nunca recibirá.

Pero su sensación de alivio seguramente no durará mucho. Tan pronto como Gillian comienza a hablar, Sally sabe que algo anda muy mal. La voz de Gillian es chillona, que no se parece en nada a ella. Gillian siempre ha podido pensar en una buena excusa o una coartada en segundos porque ha tenido que calmar los egos de todos sus novios; por lo general es tranquila y serena, pero ahora está saltando fuera de su piel.

"Tengo un problema", dice Gillian.

Mira por encima del hombro, luego se pasa la lengua por los labios. Está tan nerviosa como un insecto, aunque tener un problema no es nada nuevo. Gillian puede crear problemas con solo caminar por la calle. Ella sigue siendo el tipo de mujer que se corta el dedo mientras corta un melón, y luego es llevada de urgencia al hospital, donde el médico de urgencias que le ha cosido el dedo se enamora perdidamente de ella antes incluso de que la vuelvan a coser.

Gillian se detiene para mirar bien a Sally.

"No puedo creer lo mucho que te he echado de menos".

Gillian suena como si ella misma se sorprendiera al descubrir esto. Se mete las uñas en las palmas de las manos, como si despertara de un mal sueño. Si no estuviera desesperada, no estaría aquí, corriendo hacia su hermana mayor en busca de ayuda, cuando ha pasado toda su vida tratando de ser tan autosuficiente como una piedra. Todos los demás tenían familias y iban hacia el este o el oeste o simplemente por la cuadra para Pascua o Acción de Gracias, pero no Gillian. Siempre se podía contar con ella para tomar un turno de vacaciones, y después

siempre se sentía atraída por el mejor bar de la ciudad, donde se preparan entremeses especiales para ocasiones festivas, huevos duros teñidos de rosa pálido y aguamarina, o burritos de pavo y arándanos. Un día de Acción de Gracias, Gillian fue y se hizo el tatuaje en la muñeca. Era una tarde calurosa en Las Vegas, Nevada, y el cielo era del color de un plato de pastel, y el tipo de la sala de tatuajes le prometió que no le haría daño, pero lo hizo.

"Todo es un desastre", admite Gillian.

"¿Bien adivina que?" Sally le dice a su hermana. "Sé que no creerás esto, y sé que no te importará, pero en realidad tengo mis propios problemas".

La factura de la luz, por ejemplo, ha comenzado a reflejar el mayor uso de la radio por parte de Antonia, que nunca se apaga ni un instante. El hecho de que Sally no ha tenido una cita en casi dos años, ni siquiera con algún primo o amigo de su vecina Linda Bennett, y ya no puede pensar en el amor como una realidad, ni siquiera como una posibilidad, por remota que sea. . Durante todo el tiempo que han estado separados, viviendo vidas separadas, Gillian ha estado haciendo lo que ha querido, follando con quien quiera y despertando al mediodía. No ha tenido que pasar la noche sentada con niñas pequeñas que tienen varicela, ni negociar los toques de queda, ni poner la alarma a la hora adecuada porque alguien necesita desayunar o hablar bien. Naturalmente, Gillian se ve genial. Cree que el mundo gira a su alrededor.

"Créame. Tus problemas no se parecen en nada a los míos. Esta vez es realmente malo, Sally".

La voz de Gillian se hace cada vez más pequeña, pero sigue siendo la misma voz que ayudó a Sally a pasar ese año horrible en el que no se atrevía a hablar. Es la voz que la animaba todos los martes por la noche, pase lo que pase, con una devoción feroz, del tipo que adquieres solo cuando has compartido el pasado.

"Okey." Sally suspira. "Déjame tenerlo."

Gillian respira profundamente. "Tengo a Jimmy en el coche". Se acerca para poder susurrarle al oído a Sally. "El problema es ..." Este es uno difícil, realmente lo es. Tiene que sacarlo y decirlo, susurrado o no. "Él está muerto."

Sally inmediatamente se aleja de su hermana. Esto no es nada que nadie quiera escuchar en una calurosa noche de junio, cuando las luciérnagas están colgadas por el césped. La noche es profunda y de ensueño, pero ahora Sally se siente como si hubiera bebido una taza de café; su corazón late como loco. Cualquiera más podría asumir que Gillian está mintiendo o exagerando o simplemente haciendo el tonto. Pero Sally conoce a su hermana. Ella lo sabe mejor. Hay un hombre muerto en el auto. Garantizado.

"No me hagas esto", dice Sally.

"¿Crees que lo planeé?"

"¿Así que estabas conduciendo, te diriges a mi casa, pensando que finalmente nos veríamos, y él simplemente murió?"

Sally nunca ha conocido a Jimmy y no puede decir que alguna vez le haya hablado realmente. Una vez contestó el teléfono cuando ella llamó a Gillian en Tucson, pero ciertamente no era hablador. Tan pronto como escuchó la voz de Sally, le gritó a Gillian que viniera a recogerlo.

"Ven aquí, niña." Eso es lo que había dicho. Es tu maldita hermana al teléfono.

Todo lo que Sally puede recordar que Gillian le contó sobre él es que pasó un tiempo en la penitenciaría por un crimen que no cometió, y que era tan guapo y tan suave que podía meterse con cualquier mujer simplemente con mirarla de la manera correcta. . O al revés, dependiendo de cómo quisieras evaluar las consecuencias y de si estabas casado o no con esta mujer cuando Jimmy llegó y se la robó antes de que tuvieras una idea de lo que estaba pasando.

"Sucedio en un área de descanso en Nueva Jersey". Gillian está tratando de dejar de fumar, así que saca un chicle y se lo mete en la boca. Tiene una boca carnosa que es rosada y dulce, pero esta noche sus labios

están resecos. "Él era una mierda", dice pensativa. "Dios. No creerías las cosas que hizo. Una vez estábamos cuidando la casa de algunas personas en Phoenix, y tenían un gato que lo estaba molestando, creo que orinó en el suelo. Lo puso en el refrigerador ".

Sally se sienta. Está un poco mareada al escuchar toda esta información sobre la vida de su hermana, y la escalinata de concreto es genial y la hace sentir mejor. Gillian siempre tiene la capacidad de atraerla, incluso cuando intenta luchar contra la atracción. Gillian se sienta a su lado, rodilla con rodilla. Su piel es incluso más fría que el cemento.

"Incluso yo no podía creer que él realmente hiciera algo así", dice Gillian. "Tuve que levantarme de la cama en medio de la noche y sacarlo de la nevera o la cosa se habría congelado hasta morir. Tenía cristales de hielo en su pelaje".

"¿Por qué tuviste que venir aquí?" Sally dice con tristeza. "¿Por qué ahora? Vas a arruinarlo todo. Realmente he trabajado duro para todo esto".

Gillian mira la casa, sin impresionarse. Realmente odia estar en la costa este. Toda esta humedad y vegetación. Haría casi cualquier cosa para evitar el pasado. Lo más probable es que esta noche se encuentre soñando con las tías. Esa vieja casa en Magnolia Street, con su trabajo en madera y sus gatos, volverá a ella, y comenzará a ponerse nerviosa, tal vez incluso a entrar en pánico por escapar, que es como terminó en el suroeste en la primera. lugar. Se subió a un autobús tan pronto como dejó el mecánico de Toyota por el que había dejado a su primer marido. Tenía que tener calor y sol para contrarrestar su infancia enmohecida, con sus tardes oscuras llenas de largas sombras verdes y sus medianoche aún más oscuras. Tenía que estar muy, muy lejos.

Si hubiera tenido el dinero en efectivo, Gillian se habría quedado sin esa área de descanso en Nueva Jersey y habría seguido corriendo hasta llegar al aeropuerto de Newark y luego volar a algún lugar caluroso. Nueva Orleans, tal vez, o Los Ángeles. Desafortunadamente, justo antes de salir de Tucson, Jimmy le informó que no tenían un centavo. Él había gastado cada centavo que ella había ganado en los últimos cinco años, bastante fácil de hacer cuando estás invirtiendo en drogas y alcohol y cualquier joya que te guste, incluido el anillo de plata que siempre usaba, que había costado casi una semana del salario de Gillian. Lo único que tenían después de que él terminó de gastar fue el auto, y eso

estaba a su nombre. ¿Dónde más podría haber ido en una noche tan negra como esta? ¿Quién más la acogería, sin preguntas —o, al menos, ninguna para la que no pueda pensar en una respuesta— hasta que se recupere?

Gillian suspira y abandona su lucha contra la nicotina, al menos temporalmente. Saca uno de los Lucky Strikes de Jimmy del bolsillo de su camisa, luego se enciende e inhala tan profundamente como puede. Ella dejará de fumar mañana.

"Estábamos a punto de empezar una nueva vida, por eso nos dirigíamos a Manhattan. Iba a llamarte una vez que estuviéramos instalados. Fuiste la primera persona que planeé que visitara nuestro apartamento ".

"Claro", dice Sally, pero no cree una palabra. Cuando Gillian se deshizo de su pasado, también se deshizo de Sally. La última vez que se suponía que iban a estar juntos fue justo antes de que Jimmy y la mudanza a Tucson. Sally ya había comprado los boletos para ella y las niñas para volar a Austin, donde Gillian trabajaba como conserje en formación en el Hilton. El plan había sido pasar el Día de Acción de Gracias juntas, lo cual habría sido la primera vez, pero Gillian llamó a Sally dos días antes de que ella y las chicas se fueran a partir, y le dijo a Sally que simplemente lo olvidara. En dos días, ya ni siquiera estaría en Austin. A Gillian nunca le importó explicar qué salió mal, si era el Hilton o Austin, o simplemente una imperiosa necesidad de seguir adelante. Al tratar con Gillian, Sally se ha acostumbrado a la decepción. Ella se habría preocupado si no hubiera habido un problema.

"Bueno, estaba planeando llamarte", dice Gillian. "Por extraño que parezca. Pero teníamos que salir de Tucson muy rápido porque Jimmy estaba vendiendo jimsonweed a los niños de la universidad, diciéndoles que era peyote o LSD, y que había una especie de problema con la gente que se estaba muriendo, del cual no tenía ni idea hasta que dijo. , 'Empaca, pronto'. Habría llamado antes de llegar a su puerta. Me asusté cuando se derrumbó en esa área de descanso. No sabía a dónde ir ".

"Podrías haberlo llevado a un hospital. ¿O qué pasa con la policía? Podrías haberlos llamado ". Sally puede ver en la oscuridad que las

azaleas que plantó recientemente ya se están marchitando y sus hojas se están volviendo marrones. En su opinión, todo sale mal si le das el tiempo suficiente. Cierre los ojos, cuente hasta tres, y es probable que tenga algún tipo de desastre arrastrándose sobre usted.

"Sí claro. Como si pudiera ir a la policía ". Gillian exhala en pequeñas bocanadas entrecortadas. "Me darían de diez a veinte. Tal vez incluso la vida, considerando que sucedió en Nueva Jersey ". Gillian mira las estrellas con los ojos bien abiertos. "Si pudiera juntar suficiente dinero, me iría a California. Me habría ido antes de que ellos vinieran a por mí ".

No son solo las azaleas que Sally podría perder. Son once años de trabajo y sacrificio. Los anillos alrededor de la luna ahora son tan brillantes que Sally está convencida de que todos en el vecindario estarán despiertos en poco tiempo. Agarra el brazo de su hermana y clava sus uñas en la piel de Gillian. Tiene dos hijos que dependen de que ella duerma en la casa. Tiene una tarta de manzana que tiene que llevar a la fiesta del 4 de julio el próximo fin de semana.

"¿Por qué vendrían a por ti?"

Gillian hace una mueca y trata de alejarse, pero Sally no la deja ir. Finalmente, Gillian se encoge de hombros y baja los ojos, y en lo que respecta a Sally, esa no es una forma muy reconfortante de responder una pregunta.

"¿Estás tratando de decirme que eres responsable de la muerte de Jimmy?"

"Fue un accidente", insiste Gillian. "Más o menos", agrega cuando Sally hunde sus uñas más profundamente. "Está bien", admite cuando Sally comienza a sacar sangre. "Lo maté." Gillian se está poniendo bastante temblorosa, como si su presión hubiera comenzado a bajar un grado por segundo. "Ahora lo sabes. ¿Okey? Como de costumbre, todo es culpa mía ".

Tal vez sea solo la humedad, pero los anillos alrededor de la luna se están volviendo ligeramente verdes. Algunas mujeres creen que una luz verde en el este puede revertir el proceso de envejecimiento y,

efectivamente, Sally se siente como si tuviera catorce años. Tiene pensamientos que ninguna mujer adulta debería tener, especialmente una que ha pasado toda su vida siendo buena. Se da cuenta de que hay moretones en todos los brazos de Gillian; en la oscuridad parecen mariposas violetas, como algo bonito.

"Nunca me voy a involucrar con otro hombre", dice Gillian. Cuando Sally la mira, Gillian sigue insistiendo en que ha terminado con el amor. "He aprendido mi lección", dice. Ahora que es demasiado tarde. Ojalá pudiera tener esta noche y llamar a la policía mañana ". Su voz vuelve a sonar tensa, e incluso más pequeña que antes. "Podría cubrir a Jimmy con una manta y dejarlo en el auto. No estoy listo para entregarme. No creo que pueda hacerlo ".

Gillian realmente suena como si se estuviera partiendo de la risa ahora. Tiene un temblor en la mano que le impide encender otro cigarrillo.

"Tienes que dejar de fumar", dice Sally. Gillian sigue siendo su hermana pequeña, incluso ahora; ella es su responsabilidad.

"Oh, que se joda". Gillian logra encender el fósforo, luego su cigarrillo. "Probablemente recibiré una sentencia de por vida. Los cigarrillos solo acortarán el tiempo que tengo para servir. Debería fumar de dos en dos ".

Aunque las niñas no eran mucho más que bebés cuando sus padres murieron, Sally tomó decisiones rápidas que parecían lo suficientemente contundentes como para llevarlas a las dos. Después de que la niñera con la que se habían quedado se puso histérica y Sally tuvo que hablar por teléfono con el oficial de policía para escuchar la noticia de la muerte de sus padres, le dijo a Gillian que eligiera sus dos peluches favoritos y tirara a todos los demás. , porque a partir de ese momento tendrían que viajar ligeros y llevarse solo lo que pudieran cuidar de sí mismos. Ella fue quien le dijo a la tonta niñera que buscara el número de teléfono de las tías en la agenda de su madre, e insistió en que se le permitiera llamar y anunciar que ella y Gillian estarían bajo la tutela del estado a menos que un pariente por muy distante que fuera,

se adelantó para reclamarlos. Tenía la misma expresión en su rostro entonces que ahora, una combinación poco probable de sueño y hierro.

"La policía no tiene que saberlo", dice Sally. Su voz suena extrañamente segura.

"¿En realidad?" Gillian examina el rostro de su hermana, pero en momentos como este, Sally nunca revela nada. Es imposible leerla. "¿En serio?" Gillian se acerca a Sally para mayor comodidad. Mira el Oldsmobile. "¿Quieres verlo?"

Sally estira el cuello; hay una forma en el asiento del pasajero, de acuerdo.

"Realmente era lindo". Gillian apaga su cigarrillo y comienza a llorar. "Oh, chico", dice ella.

Sally no puede creerlo, pero en realidad quiere verlo. Quiere ver cómo es un hombre así. Quiere saber si una mujer tan racional como ella podría sentirse atraída por él, aunque solo sea por un segundo.

Gillian sigue a Sally hasta el coche y se inclinan hacia delante para ver bien a Jimmy a través del parabrisas. Alto, moreno, guapo y muerto.

"Tienes razón", dice Sally. "Él era lindo".

Es, de lejos, el tipo más guapo que Sally haya visto, vivo o muerto. Ella puede decir, por el arco de sus cejas y la sonrisa que todavía está en sus labios, que seguro que él lo sabía. Sally pone su rostro en el cristal. El brazo de Jimmy se coloca sobre el asiento y Sally puede ver el anillo en el anular de su mano izquierda; es un gran trozo de plata con tres paneles: un cactus saguaro está grabado en un panel lateral, una serpiente de cascabel enrollada en el otro, y en el centro hay un vaquero a caballo. Incluso Sally entiende que no querrías que te golpearan si un hombre tuviera ese anillo; la plata te abriría el labio, cortaría bastante profundo.

A Jimmy le importaba su aspecto, eso está claro. Incluso después de horas hundido en el coche, sus vaqueros azules están tan impecables que parece que alguien se esforzó por plancharlos correctamente. Sus

botas son de piel de serpiente y obviamente cuestan una fortuna. Han sido muy bien cuidados; si alguien derramara una cerveza en esas botas por accidente, o levantara demasiado polvo, habría problemas, puedes verlo mirando el cuero pulido. Puedes saberlo con solo mirar la cara de Jimmy. Vivo o muerto, es quien es: alguien con quien no quieres meterte. Sally se aleja del coche. Tendría miedo de estar a solas con él. Tendría miedo de que una palabra equivocada lo hiciera enojar, y entonces no sabría qué hacer.

"Se ve un poco malo".

"Oh, Dios, sí", dice Gillian. "Pero solo cuando estaba bebiendo. El resto del tiempo estuvo genial. Era lo suficientemente bueno para comer, y no estoy bromeando. Así que tuve la idea de una manera de evitar que se comportara mal; comencé a darle un poco de solanácea en su comida todas las noches. Le hizo irse a dormir antes de que pudiera empezar a beber. Estuvo perfectamente bien todo este tiempo, pero debió haberse acumulado en su torrente sanguíneo, y luego simplemente se desmayó. Estábamos sentados en el área de descanso y él estaba mirando a través de la guantera en busca de su encendedor, que le compré en el mercado de pulgas en Sedona el mes pasado, y se inclinó y parecía que no podía volver a enderezarse. Luego dejó de respirar".

En el patio trasero de alguien, un perro ladra; es un sonido ronco y frenético que ya ha comenzado a filtrarse en los sueños de la gente.

"Deberías haber llamado a las tías y preguntarles cuál era la dosis correcta", dice Sally.

"Las tías me odian". Gillian se pasa la mano por el cabello para darle un poco de plenitud, pero con esta humedad queda bastante flácido. "Los he decepcionado en todos los sentidos".

"Yo también", dice Sally.

Sally creía que las tías la consideraban demasiado corriente para ser de interés real. Gillian estaba segura de que la consideraban común. Debido a esto, las chicas siempre se sintieron temporales. Tenían la sensación de que era mejor que tuvieran cuidado con lo que decían y

revelaban. Ciertamente, nunca compartieron su miedo a las tormentas con las tías, como si después de pesadillas y virus estomacales, fiebres y alergias a los alimentos, esa fobia pudiera ser la última gota para las tías, que nunca habían deseado especialmente tener hijos. Una queja más podría hacer que las tías corrieran a recoger las maletas de las hermanas, que estaban guardadas en el desván, cubiertas de telarañas y polvo, pero hechas de cuero italiano y lo suficientemente decentes como para darles un buen uso. En lugar de volverse hacia las tías, Sally y Gillian se miraron la una a la otra. Susurraron que no pasaría nada malo siempre que pudieran contar hasta cien en treinta segundos. No podía pasar nada si permanecían bajo las mantas, si no respiraban cada vez que el trueno estallaba sobre ellos.

"No quiero ir a la cárcel". Gillian saca otro Lucky Strike y lo enciende. Debido a su historial familiar, tiene una verdadera ansiedad por el abandono, por lo que siempre es la primera en irse. Ella lo sabe, ha pasado suficiente tiempo en terapia y ha pagado suficiente dinero para discutirlo en profundidad, pero eso no significa que nada haya cambiado. No hay un solo hombre que haya dado el salto y haya roto con ella primero. Ese es su reclamo a la fama. Francamente, Jimmy es el que más se acerca. Él se ha ido, y ella todavía está, pensando en él y pagando el precio por hacerlo.

"Si me envían a la cárcel, me volveré loco. Ni siquiera he vivido todavía. Realmente no. Quiero conseguir un trabajo y tener una vida normal. Quiero ir a barbacoas. Quiero tener un bebé."

"Bueno, deberías haber pensado en eso antes." Este es exactamente el consejo que Sally le ha estado dando a Gillian todo el tiempo, razón por la cual sus conversaciones telefónicas han pasado de ser breves a inexistentes en los últimos años. Esto es lo que escribió en su carta más reciente, la que Gillian nunca recibió. "Deberías haberlo dejado".

Gillian asiente. "Nunca debí haberle saludado. Ese fue mi primer error."

Sally examina cuidadosamente el rostro de su hermana a la luz de la luna verde. Gillian puede ser hermosa, pero tiene treinta y seis años y se ha enamorado con demasiada frecuencia.

"¿Te golpeó?" Pregunta Sally.

"¿Realmente hace una diferencia?" De cerca, Gillian ciertamente no parece joven. Ha pasado demasiado tiempo bajo el sol de Arizona y sus ojos están llorosos, aunque ya no llora.

"Sí", dice Sally. "Lo hace. Eso marca la diferencia para mí".

"Aquí está la cosa." Gillian le da la espalda al Oldsmobile, porque si no lo hace, recordará que Jimmy estaba cantando una cinta de Dwight Yoakam hace solo unas horas. Era esa canción que podía escuchar una y otra vez, la de un payaso y, en su opinión, Jimmy la cantó un millón de veces mejor que Dwight, lo cual es decir mucho, ya que está loca por Dwight. . "Estaba realmente enamorado de este. En el fondo de mi corazón. Es muy triste, de verdad. Es patética. Lo deseaba todo el tiempo, como si estuviera loca o algo así. Como si fuera una de esas mujeres".

En la cocina, al anochecer, esas mujeres se arrodillaban y mendigaban. Jurarían que nunca más querrían nada en sus vidas, si pudieran tener lo que querían ahora. Fue entonces cuando Gillian y Sally solían cerrar sus meñiques y jurar que nunca serían tan miserables y desafortunados. Nada podía hacerles eso, eso es lo que solían susurrar mientras se sentaban en las escaleras traseras, en la oscuridad y el polvo, como si el deseo fuera una cuestión de elección personal.

Sally considera el césped de su casa y la noche cálida y gloriosa. Todavía tiene la piel de gallina en la parte posterior de su cuello, pero ya no la molestan. Con el tiempo, puede acostumbrarse a cualquier cosa, incluido el miedo. Después de todo, esta es su hermana, la niña que a veces se negaba a irse a dormir a menos que Sally cantara una canción de cuna o susurrara los ingredientes de una de las pociones o hechizos de las tías. Esta es la mujer que la llamó todos los martes por la noche, exactamente a las diez, durante todo un año.

Sally piensa en la forma en que Gillian la tomó de la mano cuando siguieron a las tías por la puerta trasera de la vieja casa en Magnolia Street. Los dedos de Gillian estaban pegajosos por las bolas de chicle y

fríos de miedo. Ella se negó a dejarlo ir; incluso cuando Sally amenazó con pellizcarla, se agarró con más fuerza.

"Vamos a llevarlo por la parte de atrás", dice Sally.

Lo arrastran hasta donde crecen las lilas y se aseguran de no tocar ninguna de las raíces, como les enseñaron las tías. A estas alturas, los pájaros que anidan en los arbustos están todos dormidos. Los escarabajos están acurrucados en las hojas del membrillo y la forsitia. Mientras las hermanas trabajan, el sonido de sus palas tiene un ritmo suave, como el de un bebé aplaudiendo o las lágrimas cayendo. Solo hay un momento verdaderamente malo. No importa cuánto lo intente Sally, no puede cerrar los ojos de Jimmy. Ella ha escuchado que esto sucede cuando un hombre muerto desea ver quién le sigue. Debido a esto, Sally insiste en que Gillian mire hacia otro lado mientras comienza a palear la tierra sobre él. Al menos de esta manera, solo uno de ellos lo tendrá mirándola todas las noches en sus sueños.

Cuando terminan y devuelven las palas al garaje, y no hay nada más que tierra recién removida debajo de las lilas, Gillian tiene que sentarse en el patio trasero y poner la cabeza entre las piernas para no desmayarse. Sabía exactamente cómo golpear a una mujer, de modo que las marcas apenas se veían. Él también sabía cómo besarla, para que su corazón comenzara a acelerarse y ella comenzara a pensar en el perdón con cada respiración. Es asombroso los lugares a los que el amor te llevará. Es asombroso descubrir qué tan lejos estás dispuesto a llegar.

Algunas noches es mejor dejar de pensar en el pasado y en todo lo que se ha ganado y perdido. En noches como esta, simplemente meterse en la cama, gatear entre las limpias sábanas blancas, es un gran alivio. Es solo una noche de junio como cualquier otra, excepto por el calor, la luz verde en el cielo y la luna. Y, sin embargo, lo que les sucede a las lilas mientras todos duermen es extraordinario. En mayo había algunos cogollos caídos, pero ahora las lilas vuelven a florecer, fuera de temporada y de la noche a la mañana, en una sola y exquisita ráfaga, con flores tan fragantes que el aire mismo se vuelve púrpura y dulce. En poco tiempo, las abejas se marearán. Los pájaros no recordarán continuar hacia el norte. Durante semanas, la gente se verá atraída por

la acera frente a la casa de Sally Owens, sacada de sus propias cocinas y comedores por el aroma de las lilas, recordando el deseo y el amor real y mil otras cosas que habían olvidado hace mucho tiempo. ya veces ahora desearían haberlo olvidado.

En la mañana del decimotercer cumpleaños de Kylie Owens, el cielo es infinitamente dulce y azul, pero mucho antes de que salga el sol, antes de que suenen los despertadores, Kylie ya está despierta. Lo ha estado durante horas. Es tan alta que fácilmente podría pasar por dieciocho si tomara prestada la ropa de su hermana y el lápiz labial moka de su madre y las botas rojas de vaquero de su tía Gillian. Kylie sabe que no debería apresurar las cosas, tiene toda su vida por delante; de todos modos, ha estado viajando a este momento exacto a la velocidad de la deformación durante la duración de su existencia, ha estado completamente concentrada en él, como si esta mañana de julio fuera el centro del universo. Ciertamente va a ser una adolescente mucho mejor de lo que alguna vez fue una niña; ella medio creyó esto toda su vida, y ahora su tía le ha leído las cartas del tarot y le auguran una gran suerte. Después de todo, la estrella era su carta de destino y ese símbolo asegura el éxito en cada empresa.

La tía de Kylie, Gillian, ha estado compartiendo su dormitorio durante las últimas dos semanas, por lo que Kylie sabe que Gillian duerme como una niña, escondida bajo una pesada colcha a pesar de que la temperatura ha estado en los noventa desde que llegó, como si hubiera traído algo del suroeste que ama tanto junto con ella en el maletero de su coche. Han arreglado el lugar como lo harían dos compañeros de cuarto, todo en el medio, excepto que Gillian necesita más espacio en el armario y le ha pedido a Kylie que haga un poquito de redecoración. La manta de bebé negra que siempre se ha mantenido a los pies de la cama de Kylie ahora está doblada y guardada en una caja en el sótano, junto con el tablero de ajedrez que, según Gillian, ocupaba demasiado espacio. El jabón negro que las tías envían como regalo todos los años se ha sacado del plato de jabón y se ha sustituido por una pastilla de jabón transparente con aroma a rosas procedente de Francia.

Gillian tiene gustos y disgustos muy particulares y una opinión sobre todo. Duerme mucho, toma prestadas cosas sin pedirlo y hace excelentes brownies con M & M's mezclados con la masa. Es hermosa y se ríe mil veces más que la madre de Kylie, y Kylie quiere ser exactamente como ella. Sigue a Gillian y la estudia y está pensando en cortarle todo el pelo, si tiene agallas, claro. Si a Kylie se le concediera un solo deseo, sería despertar y descubrir que su cabello castaño de ratón se ha convertido milagrosamente en el mismo rubio glorioso que Gillian tiene la suerte de tener, como heno dejado al sol o piezas de oro.

Lo que hace que Gillian sea aún más maravillosa es que ella y Antonia no se llevan bien. Con el tiempo suficiente, pueden llegar a despreciarse unos a otros. La semana pasada, Gillian tomó prestada la falda negra corta de Antonia para usarla en la fiesta del 4 de julio, derramó una Coca-Cola Light por accidente y luego le dijo a Antonia que era intolerante cuando se atrevía a quejarse. Ahora Antonia le ha pedido a su madre si puede poner un candado en la puerta de su armario. Ella le ha informado a Kylie que su tía no es nada, una perdedora, una criatura patética.

Gillian ha aceptado un trabajo en Hamburger Shack en Turnpike, donde todos los adolescentes se han enamorado locamente de ella, pidiendo hamburguesas con queso que no quieren y galones de ginger ale y Coca-Cola solo para estar cerca de ella.

"Trabajar es lo que la gente tiene que hacer para tener dinero para la fiesta", anunció Gillian anoche, una actitud que ya ha obstaculizado su plan de viajar a California, ya que se siente atraída por los centros comerciales, en particular las zapaterías. llamarla, y parece que no puedo ahorrar un centavo.

Esa noche estaban comiendo perritos calientes hechos con tofu y una especie de frijol que se supone que es bueno para ti, aunque sabe, en opinión de Kylie, como los neumáticos de un camión. Sally se niega a tener carne, pescado o aves en su mesa a pesar de las quejas de sus hijas. Tiene que cerrar los ojos cuando pasa junto a las piernas de pollo empaquetadas en el mercado, y aún así siempre recuerda a la paloma que usaban las tías para su amuleto de amor más serio.

"Dile eso a un neurocirujano", había respondido Sally al comentario de su hermana sobre el valor limitado del trabajo. "Dile eso a un físico nuclear o un poeta".

"Okey." Gillian seguía fumando, aunque hacía nuevos planes para dejar de fumar todas las mañanas, y era muy consciente de que el humo volvía locos a todos menos a Kylie. Resopló rápidamente, como si eso pudiera disminuir el disgusto de cualquiera. "Continúe y búsqieme un poeta o un físico. ¿Hay alguno en este barrio?"

A Kylie le agradó esta degradación de su suburbio informe, un lugar sin principio ni fin, pero con muchos chismes. Todo el mundo siempre le está haciendo pasar un mal rato a su amigo Gideon, más ahora que se ha rapado la cabeza. Dijo que le importaba un bledo e insistió en que la mayoría de sus vecinos tenían mentes tan pequeñas como las de las comadreas, pero últimamente se ponía nervioso cuando alguien le hablaba directamente, y cuando caminaban junto a la autopista de peaje y el claxon de un coche tocaba la bocina, a veces saltó, como si de alguna manera lo hubieran insultado.

La gente buscaba hablar, por cualquier motivo. Cualquier cosa diferente o ligeramente inusual serviría. La mayoría de la gente en su calle ya había hablado del hecho de que Gillian no usaba la mitad superior de su traje de baño cuando tomaba el sol en el patio trasero. Todos sabían exactamente cómo se veía el tatuaje en su muñeca, y que ella había tenido al menos un paquete de seis en la fiesta de la cuadra, tal vez incluso más, y luego había ido y derribó a Ed Borelli cuando él la invitó a salir. a pesar de que él era el subdirector y también el jefe de su hermana. La vecina de los Owenses, Linda Bennett, se negó a que el optometrista con el que salía fuera a su casa a recogerla antes de que cayera la noche, así de nerviosa estaba por tener a alguien que se parecía a Gillian viviendo justo al lado. Todos estuvieron de acuerdo en que la hermana de Sally era confusa. Hubo momentos en los que te encontrabas con ella en el supermercado y ella insistía en que vinieras y la dejaras jugar con sus cartas del tarot para ti, y otras veces en las que la saludabas en la calle solo para tener su mirada a través de ti,

como si estuviera a un millón de millas de distancia, digamos en un lugar como Tucson, donde la vida era mucho más interesante.

En lo que a Kylie se refería, Gillian tenía la habilidad de hacer que cualquier lugar fuera interesante; incluso un basurero como su bloque podría lucir brillante con la luz adecuada. Las lilas se habían vuelto absolutamente salvajes desde la llegada de Gillian, como si estuvieran rindiendo homenaje a su belleza y su gracia, y se habían derramado desde el patio trasero hacia el frente, una glorieta púrpura colgando sobre la cerca y el camino de entrada. Se suponía que las lilas no florecerían en julio, eso era un simple hecho botánico, al menos lo había sido hasta ahora. Las chicas del vecindario habían comenzado a susurrar que si besabas al chico que amabas debajo de las lilas de los Owenses, él sería tuyo para siempre, quisiera o no. La Universidad Estatal, en Stony Brook, había enviado a dos botánicos para estudiar las formaciones de cogollos de estas increíbles plantas que se volvían locas fuera de temporada, crecían más altas y más exuberantes con cada hora que pasaba. Sally se había negado a dejar entrar a los botánicos en el patio; los había rociado con la manguera del jardín para que se fueran, pero de vez en cuando los científicos se estacionaban frente al camino de entrada, observando los especímenes a los que no podían llegar, debatiendo si era ético correr por el césped con unas tijeras de jardinería. y tomar lo que quisieran.

De alguna manera, las lilas han afectado a todos. Anoche, tarde, Kylie se despertó y escuchó un llanto. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Allí, junto a las lilas, estaba su tía Gillian, llorando. Kylie observó durante un rato, hasta que Gillian se secó los ojos y sacó un cigarrillo del bolsillo. Mientras volvía a la cama, Kylie se sintió segura de que algún día ella también estaría llorando en un jardín a la medianoche, a diferencia de su madre, que siempre estaba en la cama a las once y que no parecía tener nada en su vida que fuera. incluso vale la pena llorar. Kylie se preguntó si su madre había llorado alguna vez por su padre, o si quizás el momento de su muerte fue cuando ella perdió la capacidad de llorar.

En el patio, noche tras noche, Gillian seguía llorando por Jimmy. Ella simplemente no parecía poder detenerse, incluso ahora. Ella, que había jurado nunca dejar que la pasión la controlara, estaba enganchada, pero era buena. Había estado tratando de reunir el coraje y el valor para salir por la puerta durante tanto tiempo, casi todo este año. Había escrito el nombre de Jimmy en una hoja de papel y lo había quemado el primer viernes de cada mes cuando había cuarto de luna, para tratar de deshacerse de su deseo por él. Pero eso no la ayudó a dejar de desearlo. Después de más de veinte años de coqueteos y jodidas y negándose a comprometerse nunca, tuvo que ir y enamorarse de alguien como él, alguien tan malo que el día que mudaron sus muebles a su casa alquilada en Tucson, los ratones se habían enamorado. todos huyeron, porque incluso los ratones de campo tenían más sentido común que ella.

Ahora que está muerto, Jimmy parece mucho más dulce. Gillian sigue recordando lo abrasadores que fueron sus besos, y solo el recuerdo puede ponerla del revés. Podría quemarla viva; podría hacerlo en un minuto y eso no es fácil de olvidar. Ella ha estado esperando que las malditas lilas dejen de florecer, porque el olor se filtra por la casa y a lo largo de la cuadra, y a veces jura que incluso puede olerlo en el Hamburger Shack, un buen kilómetro por la autopista de peaje. La gente del vecindario está entusiasmada con las lilas (ya ha habido una fotografía en la portada del *News Day*), pero el olor empalagoso está volviendo loca a Gillian. Se está metiendo en su ropa y en su cabello, y tal vez por eso ha estado fumando tanto, para reemplazar ese aroma a lila por uno más sucio y más lleno de fuego.

No puede dejar de pensar en cómo Jimmy solía mantener los ojos abiertos cuando la besaba; se sorprendió al darse cuenta de que la estaba mirando. Un hombre que no cierra los ojos, ni siquiera para un beso, es un hombre que quiere mantener el control en todo momento. Los ojos de Jimmy tenían pequeñas motas frías en el centro, y cada vez que lo besaba, Gillian se preguntaba si lo que estaba haciendo no era como hacer un pacto con el diablo. Eso es lo que se sentía a veces, especialmente cuando veía a una mujer que podía ser ella misma en público sin temer que su esposo o novio la criticara. “Te dije que no

estacionaras allí”, le decía una mujer a su esposo afuera de un cine o un mercado de pulgas, y esas palabras harían llorar a Gillian. Qué maravilloso decir lo que quisieras sin tener que repasarlo en tu mente, una y otra vez, para asegurarte de que no lo enfadaría.

Ella se dará crédito por pelear la mejor batalla que pudo contra lo que simplemente no pudo vencer por su cuenta. Intentó todo para evitar que Jimmy bebiera, tanto las viejas curas como las nuevas. Huevos de lechuga, revueltos y disfrazados con salsa tabasco y ají picante como huevos rancheros. Ajo dejado debajo de su almohada. Una pasta de semillas de girasol en su cereal. Escondiendo las botellas, sugiriendo AA, atreviéndose a pelear con él, cuando sabía que no podía ganar. Incluso había probado el favorito particular de las tías de esperar hasta que él estuviera bien y enyesado, luego deslizó un diminuto pececillo vivo en su botella de bourbon. Las branquias del pez se detuvieron en el instante en que la pobrecita golpeó el licor, y Gillian se sintió atormentada por la culpa por ello, pero Jimmy ni siquiera había notado nada extraño. Bebió ese pececillo de un gran trago, sin siquiera pestañear, luego estuvo muy enfermo durante el resto de la noche, aunque después su gusto por el alcohol pareció duplicarse. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea de la solanácea, que parecía un plan tan modesto en ese momento, solo una pequeña cosa para calmarlo y hacer que se durmiera antes de que se sintiera bien y bebiera.

Cuando se sienta junto a las lilas por la noche, Gillian está tratando de decidir si siente que ha cometido un asesinato o no. Bueno, ella no lo hace. No hubo intención ni premeditación. Si Gillian pudiera retirarlo todo, lo haría, aunque cambiaría algunas cosas mientras estaba en ello. De hecho, se siente más amigable con Jimmy de lo que se ha sentido en años; hay una cercanía y una ternura que seguro que no existían antes. No quiere dejarlo solo en la tierra fría. Quiere estar cerca y contarle cómo fue su día y escuchar los chistes que solía contar cuando estaba de buen humor. Odiaba a los abogados, ya que ninguno lo había salvado nunca de pasar tiempo en la cárcel, y coleccionaba chistes de abogados. Tenía un millón de ellos, y nada podía evitar que se lo contara cuando tenía ganas de hacerlo. Justo antes de que llegaran al área de descanso

en Nueva Jersey, Jimmy le había preguntado qué era marrón y negro y le quedaba bien a un abogado. "Un rottweiler", le había dicho. Parecía tan feliz en ese momento, como si hubiera tenido toda la vida por delante. "Piensa en ello", había dicho. "¿Usted lo consigue?"

A veces, cuando Gillian se sienta en el césped y cierra los ojos, podría jurar que Jimmy está a su lado. Casi puede sentirlo alcanzándola, como solía hacerlo cuando estaba borracho y enojado y quería golpearla o follarla; nunca supo cuál sería hasta el último momento. Pero tan pronto como él comenzara a torcer ese anillo de plata en su dedo, supo que era mejor que tuviera cuidado. Cuando se siente demasiado corpulento en el jardín, y Gillian comienza a pensar en cómo solían ser las cosas, en realidad, la presencia de Jimmy ya no se siente amistosa. Cuando eso sucede, Gillian entra corriendo y cierra la puerta trasera y mira las lilas desde detrás de la seguridad del vidrio. Solía asustarla bastante bien; solía obligarla a hacer cosas que ni siquiera diría en voz alta.

A decir verdad, está contenta de haber estado compartiendo habitación con su sobrina; tiene miedo de dormir sola, por lo que está feliz de hacer la compensación de no tener mucha privacidad. Esta mañana, por ejemplo, cuando Gillian abre los ojos, Kylie ya está sentada en el borde de la cama, mirándola. Son solo las siete en punto y Gillian no tiene que presentarse a trabajar hasta la hora del almuerzo. Ella gime y se tapa la cabeza con la colcha.

"Tengo trece", dice Kylie con sorpresa, como si ella misma estuviera desconcertada de que esto le haya sucedido. Es lo único que ha querido toda su vida, y ahora lo tiene.

Gillian inmediatamente se sienta en la cama y abraza a su sobrina. Recuerda exactamente la sorpresa que fue crecer, lo inquietante y emocionante que fue, lo repentino que fue.

"Me siento diferente", susurra Kylie.

"Por supuesto que sí", dice Gillian. "Usted está."

Su sobrina le ha confiado cada vez más, tal vez porque comparten una habitación y pueden susurrar entre ellos, a altas horas de la noche, después de que se apagan las luces. A Gillian le conmueve la forma en que Kylie la estudia, como si fuera un libro de texto sobre cómo ser mujer. No recuerda que nadie la haya admirado antes, y la experiencia es embriagadora y desconcertante al mismo tiempo.

"Feliz cumpleaños", anuncia Gillian. "Será el mejor hasta ahora".

El aroma de esas malditas lilas se ha mezclado con el desayuno que Sally ya está cocinando en la cocina. Pero también hay café, así que Gillian se levanta de la cama y recoge la ropa que dejó esparcida por el suelo anoche.

"Espera hasta más tarde", le dice Gillian a su sobrina. "Cuando recibas tu regalo de mí, estarás completamente transformado. Ciento cincuenta por ciento. La gente te verá en la calle y se volverán loca".

En honor al cumpleaños de Kylie, Sally preparó panqueques y jugo de naranja fresco y ensalada de frutas con coco y pasas. Más temprano en la mañana, antes de que los pájaros se despertaran, salió al fondo del jardín y cortó algunas de las lilas, que puso en un jarrón de cristal. Las flores parecen brillar, como si cada pétalo emitiera un rayo de luz color ciruela. Son hipnotizantes, si miras demasiado. Sally se sentó a la mesa mirándolos, y antes de darse cuenta tenía lágrimas en los ojos y su primer lote de panqueques se había quemado en la plancha.

Anoche, Sally soñó que el suelo debajo de las lilas se volvía rojo como la sangre, y la hierba soltaba un llanto cuando se levantaba el viento. Soñó que los cisnes que la atormentan en las noches inquietas iban arrancando sus plumas blancas, uno a uno; estaban construyendo un nido lo suficientemente grande para un hombre. Sally se despertó y descubrió que sus sábanas estaban empapadas de sudor; su frente se sentía como si hubiera estado encerrada en un tornillo de banco. Pero eso no fue nada comparado con la noche anterior, cuando soñó que había un hombre muerto aquí en su mesa, y no estaba contento con lo que le había servido para la cena, que era lasaña vegetariana. Con un aliento feroz, sopló todos los platos de la mesa; en un instante había

porcelana rota por todas partes, una alfombra afilada y salvaje, esparcida por el suelo.

Ha estado soñando tanto con Jimmy, viendo sus ojos claros y fríos, que a veces no puede pensar en otra cosa. Ella está llevando a este tipo con ella, cuando ni siquiera lo conoció en primer lugar, y simplemente no parece justo. Lo terrible es que su relación con este hombre muerto es más profunda que cualquier otra cosa que haya tenido con cualquier otro hombre en los últimos diez años, y eso es aterrador.

Esta mañana, Sally no está segura de si está temblando por sus sueños con Jimmy, o si es el café que ya ha tomado lo que la está afectando, o si es simplemente porque su bebé ha cumplido trece años. Puede ser la potencia de los tres factores combinados. Bueno, trece es todavía joven, no significa que Kylie haya crecido. Al menos eso es lo que Sally se está diciendo a sí misma. Pero cuando Kylie y Gillian entran a desayunar, abrazados, Sally estalla en lágrimas. Hay un factor que se olvidó de figurar en su ecuación de ansiedad, y son los celos.

"Bueno, buenos días a ti también", dice Gillian.

"Feliz cumpleaños", le dice Sally a Kylie, pero suena francamente triste.

"Énfasis en lo 'feliz'", le recuerda Gillian a Sally mientras se sirve una gran taza de café.

Gillian ve su reflejo en la tostadora; esta no es una buena hora para ella. Alisa la piel cerca de sus ojos. De ahora en adelante no se levantará hasta las nueve o las diez como mínimo, aunque sería preferible después del mediodía.

Sally le entrega a Kylie una pequeña caja envuelta con una cinta rosa. Sally ha sido especialmente cuidadosa, monitoreando sus gastos en comestibles y evitando los restaurantes para poder pagar este corazón de oro en una cadena. No puede evitar notar que antes de que Kylie se permita una reacción, mira a Gillian.

"Lindo." Gillian asiente. "¿Oro de verdad?" ella pregunta.

Sally puede sentir que algo caliente y rojo comienza a moverse por su pecho y su garganta. ¿Y si Gillian hubiera dicho que el relicario era una basura? ¿Qué habría hecho Kylie entonces?

"Gracias, mamá", dice Kylie. "Es realmente bueno."

"Lo cual es asombroso, ya que tu mamá generalmente no tiene gusto cuando se trata de joyas. Pero esto es realmente bueno ". Gillian sostiene la cadena hasta su cuello y deja que el corazón cuelgue sobre sus pechos. Kylie ha comenzado a apilar panqueques en un plato. "¿Te los vas a comer?" Pregunta Gillian. "¿Todos esos carbohidratos?"

Tiene trece años. Un panqueque no la matará ". A Sally le gustaría estrangular a su hermana. "Es demasiado joven para pensar en los carbohidratos".

"Bien", dice Gillian. "Ella puede pensar en eso cuando tenga treinta años. Después de que sea demasiado tarde ".

Kylie va por la ensalada de frutas. A menos que Sally se equivoque, lleva el lápiz azul de Gillian rayado debajo de los ojos. Kylie coloca con cuidado dos miserables cucharadas de fruta en un tazón y toma pequeños, pequeños bocados, a pesar de que mide casi seis pies de altura y pesa solo ciento dieciocho libras.

Gillian toma un plato de fruta para ella. Pasa por Hamburger Shack a las seis. Eso nos dará algo de tiempo antes de la cena ".

"Genial", dice Kylie.

La espalda de Sally está muy arriba. "¿Tiempo para qué?"

"Nada", dice Kylie, hosca como una adolescente en toda regla.

"Charla de chicas." Gillian se encoge de hombros. "Oye", dice, metiendo la mano en el bolsillo de sus jeans. "Casi lo olvido."

Gillian saca un brazalete de plata que compró en una casa de empeño al este de Tucson por solo doce dólares, a pesar del impresionante trozo de turquesa en su centro. Alguien debe haber sido un desastre para

renunciar a esto tan fácilmente. Ella debe haber tenido suerte en absoluto.

"Oh, Dios mío", dice Kylie cuando Gillian le entrega el brazalete. "Es totalmente fabuloso. Nunca me lo quitaré".

"Necesito verte afuera", le informa Sally a Gillian.

La cara de Sally está sonrojada hasta la línea del cabello, y está retorcida en nudos de celos, pero Gillian no se da cuenta de que algo anda mal. Lentamente vuelve a llenar su taza de café, agrega mitad y mitad, luego deambula hacia el patio detrás de Sally.

"Quiero que te metas", dice Sally. "¿Entiendes lo que te estoy diciendo? ¿Te está llegando?"

Anoche llovió y la hierba está blanda y llena de gusanos. Ninguna de las hermanas lleva zapatos, pero es demasiado tarde para dar media vuelta y entrar en la casa.

"No me grites", dice Gillian. "No puedo soportarlo. Me volveré loco, Sally. Soy demasiado frágil para esto".

"No estoy gritando. ¿Está bien? Simplemente digo que Kylie es mi hija".

"¿Crees que no soy consciente de eso?" Gillian suena helada ahora, excepto por el temblor en su voz, que la delata.

En opinión de Sally, Gillian es realmente frágil, esa es la parte horrible. O al menos ella cree que lo es, y eso es más o menos lo mismo.

"Quizás pienses que soy una mala influencia", dice Gillian ahora. "Quizás de eso se trata todo esto".

El temblor empeora. Gillian suena como solía hacerlo cuando tenían que caminar a casa desde la escuela a fines de noviembre. Ya estaría oscuro y Sally la esperaría para que no se perdiera, como lo hizo una vez en el jardín de infancia. Esa vez se alejó y las tías no la encontraron hasta pasada la medianoche, sentada en un banco fuera de la biblioteca cerrada, llorando tan fuerte que no pudo recuperar el aliento.

"Mira", dice Sally. "No quiero pelear contigo".

"Si tu puedes." Gillian está bebiendo un sorbo de café. Sally recién ahora se está dando cuenta de lo delgada que está su hermana. "Todo lo que hago está mal. ¿Crees que no lo sé? He arruinado toda mi existencia, y todos los que están cerca de mí se arruinan conmigo ".

"Oh vamos. No lo hagas ".

Sally quiere decir algo sobre la culpabilidad, así como sobre todos los hombres que Gillian ha jodido a lo largo de los años, pero se calla cuando Gillian se hunde en la hierba y comienza a llorar. Los párpados de Gillian siempre se vuelven azules cuando llora, lo que la hace parecer frágil y perdida e incluso más hermosa de lo habitual. Sally se agacha a su lado.

"No creo que estés jodida", le dice Sally a su hermana. Una mentira piadosa no cuenta si cruzas los dedos a la espalda o si la dices para que alguien a quien amas deje de llorar.

"Decir ah." La voz de Gillian se parte en dos, como un trozo de azúcar.

"Estoy muy feliz de que estés aquí". Esto no es una mentira descarada. Nadie te conoce como una persona con la que has compartido una infancia. Nadie te entenderá nunca de la misma manera.

"Oh, sí, claro". Gillian se suena la nariz con la manga de su blusa blanca. La blusa de Antonia, en realidad, que pidió prestada ayer y que, como le queda tan bien, Gillian ya ha empezado a considerar suya.

"En serio", insiste Sally. "Quiero que estés aquí. Quiero que te quedes. Solo, a partir de ahora, piensa antes de actuar ".

"Entendido", dice Gillian.

Las hermanas se abrazan y se levantan de la hierba. Quieren entrar a la casa, pero su mirada queda atrapada por el seto de lilas.

"Eso es algo en lo que no quiero pensar", susurra Gillian.

"Simplemente tenemos que sacárnoslo de la cabeza", dice Sally. "Bien", acepta Gillian, como si pudiera dejar de pensar en él.

Las lilas han crecido tan alto como los cables telefónicos, con flores tan abundantes que algunas de las ramas han comenzado a inclinarse hacia el suelo.

"Ni siquiera estuvo aquí", dice Sally. Probablemente sonaría más segura de sí misma si no fuera por todos esos malos sueños que sigue teniendo y la línea de tierra debajo de sus uñas que se niega a aclararse. Esto, más el hecho de que no puede dejar de pensar en la forma en que él la miró desde ese agujero en el suelo.

"Jimmy, ¿quién?" Gillian dice alegremente, a pesar de que los moretones que dejó en sus brazos todavía están allí, como pequeñas sombras.

Sally entra para despertar a Antonia y lavar los platos del desayuno, pero Gillian se queda donde está por un tiempo. Inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos claros para protegerse del sol, y piensa en lo loco que puede ser el amor. Así está, descalza en la hierba, con la marca de sal de las lágrimas en las mejillas y una sonrisa divertida en el rostro, cuando el profesor de biología del instituto abre la puerta trasera para que él pueda pasar. y darle a Sally el aviso sobre la reunión en la cafetería el sábado por la noche. Sin embargo, nunca traspasa la puerta; se queda atrapado en el camino tan pronto como ve a Gillian, y de ahí en adelante, cada vez que huele lilas, pensará en este momento. Cómo las abejas daban vueltas sobre él, qué púrpura parecía de repente la tinta de los folletos que había estado distribuyendo, cómo se dio cuenta, de repente, de lo hermosa que puede ser una mujer.

TODOS los adolescentes en el Hamburger Shack dicen, "Sin cebollas", cuando Gillian toma sus órdenes. La salsa de tomate está bien, al igual que la mostaza y el condimento. Los encurtidos a un lado también están bien. Pero cuando estás enamorado, cuando estás tan obsesionado que ni siquiera puedes parpadear, no quieres cebollas y no es para asegurar que tu beso sea dulce. Las cebollas te despiertan, te sacuden, te atraviesan y te dicen que seas real. Ve a buscar a alguien que te ame. Sal y baila toda la noche, luego camina por la oscuridad, de la mano, y olvídate de quien sea que te esté volviendo loco.

Los chicos del mostrador son demasiado jóvenes y soñadores para hacer otra cosa que babear mientras miran a Gillian. Y, para su crédito, Gillian es especialmente amable con ellos, incluso cuando Ephraim, el cocinero, sugiere que los eche. Ella comprende que los de ellos podrían ser los últimos corazones que romperá. Cuando tienes treinta y seis años y estás cansado, cuando has estado viviendo en lugares donde la temperatura sube a ciento diez y el aire es tan seco que tienes que usar galones de crema hidratante, cuando te han golpeado tarde por la noche, por un hombre que ama el bourbon, comienzas a darte cuenta de que todo es limitado, incluido tu propio atractivo. Empiezas a mirar a los chicos jóvenes con ternura, ya que saben tan poco y creen que saben tanto. Observas a las adolescentes y sientes escalofríos por los brazos; esas pobres criaturas no saben nada sobre el tiempo, la agonía o el precio que tendrán que pagar por casi todo.

Y entonces Gillian ha decidido que vendrá al rescate de su sobrina. Ella será la mentora de Kylie cuando deje atrás la infancia. Gillian nunca antes se había sentido tan apegada a un niño; para ser honesta, ella nunca ha conocido a ninguno, y ciertamente nunca ha estado interesada en el futuro o el destino de nadie más. Pero Kylie saca a relucir un extraño instinto de proteger y guiar. Hay momentos en los que Gillian se ha encontrado pensando que si hubiera tenido una hija, hubiera querido que fuera como Kylie. Solo un poco más atrevida y atrevida. Un poco más como la propia Gillian.

Aunque suele llegar tarde, la noche del cumpleaños de su sobrina, Gillian tiene todo listo antes de que Kylie llegue al Hamburger Shack; incluso ha hablado con Ephraim sobre irse temprano para que puedan llegar a Del Vecchio's para la cena de cumpleaños a tiempo. Pero primero, está la cuestión del otro regalo de Gillian, el que contará mucho más que el brazalete de turquesas. Este regalo tomará unas buenas dos horas y, como la mayoría de las cosas en las que Gillian está involucrada, también hará un gran lío.

Kylie, que lleva pantalones cortos y una camiseta vieja de los Knicks, sigue obedientemente a Gillian al baño de mujeres, aunque no tiene la menor idea de lo que está por suceder. Lleva el brazalete que le dio

Gillian, así como el relicario que su madre guardó durante tanto tiempo; ella tiene una sensación extraña en sus piernas. Desearía tener tiempo para correr alrededor de la cuadra una o dos veces; tal vez entonces no se sentiría como si estuviera a punto de arder o romperse.

Gillian enciende la luz, cierra la puerta y busca debajo del fregadero una bolsa de papel. "Los ingredientes secretos", le dice a Kylie, mientras saca un par de tijeras, una botella de champú y un paquete de lejía. "¿Qué dices?" pregunta cuando Kylie se acerca a ella. "¿Quieres saber lo hermosa que eres en realidad?"

Kylie sabe que su madre la matará. La castigará por el resto de su vida y le quitará sus privilegios: sin películas los fines de semana, sin radio, sin televisión. Peor aún, su madre tendrá esa horrible expresión de decepción en su rostro. *Mira lo que ha sucedido*, eso es lo que dirá su expresión. *Después de haber trabajado tan duro para apoyarte a ti y a Antonia y criarte bien.*

"Claro", dice Kylie, fácilmente, como si su corazón no estuviera a cien millas por hora. "Hagámoslo", le dice a su tía, como si toda su vida no estuviera a punto de cambiar por completo.

Se necesita mucho tiempo para hacer casi cualquier cosa que valga la pena en el cabello de alguien, incluso más para un cambio tan radical como este, por lo que Sally, Antonia y Gideon Barnes esperan casi una hora en una cabina en Del Vecchio's, bebiendo Coca-Cola light y echando humo.

"Me perdí la práctica de fútbol por esto", dice Gideon con tristeza.

"Oh, a quién le importa", dice Antonia.

Antonia ha estado trabajando en la heladería todo el día y le duele el hombro derecho por todo lo que ha hecho. Ni siquiera se siente ella misma esta noche, aunque no tiene idea de quién más podría ser. No le han invitado a salir en una cita desde hace semanas. De repente, los chicos que estaban tan locos por ella parecen estar interesados en chicas más jóvenes, que pueden no ser tan bonitas como Antonia pero que pueden quedar impresionadas por la más mínima cosa, un premio

estúpido del club de informática o un trofeo de el equipo de natación, y se ponen con los ojos saltones si un chico les hace el cumplido más pequeño, o en una mujer mayor, como su tía Gillian, que ha tenido muchas más experiencias sexuales que una chica de la edad de Antonia que un chico de secundaria podría tener difícil sólo tratando de adivinar qué podría enseñarle en la cama.

Este verano no ha funcionado como esperaba Antonia. Ya puede decir que esta noche es otra causa totalmente perdida. Su madre la apresuró para que pudieran llegar a tiempo a la cena, y Antonia tenía tanta prisa que tomó su ropa del cajón de la cómoda sin mirar. Y ahora, lo que pensaba que era una camiseta negra ha resultado ser una horrible cosa verde oliva en la que normalmente no la atraparían muerta. Por lo general, los camareros aquí le guiñan un ojo a Antonia y le traen cestas extra de panecillos y pan de ajo. . Esta noche ninguno de ellos se ha dado cuenta de que está viva, a excepción de un ayudante de camarero espeluznante que le preguntó si quería un ginger ale o una Coca-Cola.

"Esto es tan típico de la tía Gillian", le dice a su madre cuando han estado esperando lo que parece una eternidad. "Es tan desconsiderado".

Sally, quien no está completamente segura de que Gillian no alentaría a Kylie a tomar un tren de carga o hacer autostop a Virginia Beach sin ninguna razón en particular que no sea un buen momento, ha estado bebiendo vino, algo que rara vez hace.

"Bueno, al diablo con los dos", dice ahora.

"¡Mamá!" Antonia dice, sorprendida.

"Vamos a ordenar", sugiere Sally a Gideon. "Consigamos dos pizzas de pepperoni".

"No comes carne", le recuerda Antonia.

"Entonces tomaré otro vaso de Chianti", dice Sally. Y unos champiñones rellenos. Quizás un poco de pasta ".

Antonia se vuelve para hacer una señal al camarero, pero inmediatamente se vuelve. Tiene las mejillas enrojecidas y empieza a sudar. Su profesor de biología, el Sr. Frye, está en una de las pequeñas mesas del fondo, tomando una cerveza y discutiendo las virtudes del rollatini de berenjena con el camarero. Antonia está loca por el Sr. Frye. Es tan brillante que Antonia consideró reprobar Biología I solo para poder volver a tomarla, hasta que descubrió que él estaría enseñando Biología II en el otoño. No importa que sea demasiado mayor para ella; es tan increíblemente guapo que si todos los chicos de la clase de último año estuvieran enrollados y atados con un gran lazo, no se acercarían. El Sr. Frye sale a correr todos los días al anochecer y siempre da tres vueltas alrededor del embalse al otro lado de la escuela secundaria. Antonia intenta asegurarse de estar allí justo cuando se pone el sol, pero él nunca parece darse cuenta de ella. Ni siquiera saluda.

Naturalmente, tiene que reunirse con él la única noche en que no se ha molestado en maquillarse y lleva esta horrible prenda verde oliva que, ahora se da cuenta, no le pertenece. Ella es ridícula. Incluso ese estúpido Gideon Barnes está mirando su camisa.

"¿A que estas mirando?" Antonia pregunta tan salvajemente que Gideon echa la cabeza hacia atrás, como si esperara ser golpeado. "¿Cual es tu problema?" llora cuando Gideon sigue mirando. Dios, ella no lo soporta. Parece una paloma cuando parpadea y, a menudo, hace un sonido extraño con la garganta, como si estuviera a punto de escupir.

"Creo que esa es mi camisa", dice Gideon en tono de disculpa, y de hecho, lo es. Lo compró en un viaje a St. Croix la Navidad pasada y lo dejó en la casa de Owens la semana pasada, y así fue como lo arrojaron al lavado. Antonia estaría total y absolutamente mortificada al saber que SOY UNA VIRGEN está impreso en su espalda con letras negras.

Sally llama a un camarero y pide dos pizzas, simples, sin pepperoni, tres pedidos de champiñones rellenos, un pedido de crostini, un poco de pan de ajo y dos insalatas.

"Genial", dice Gideon, ya que se muere de hambre como de costumbre. "Por cierto", le dice a Antonia, "no tienes que devolverme la camiseta hasta mañana".

"Vaya, gracias." Antonia no puede soportar mucho más de esto. "Como si lo quisiera en primer lugar".

Se atreve a mirar por encima del hombro. El Sr. Frye está mirando el ventilador de techo como si fuera la cosa más fascinante del mundo. Antonia asume que esto tiene que ver con algún tipo de estudio científico de la velocidad o la luz, pero de hecho está directamente relacionado con las experiencias de la juventud de Ben Frye, cuando salió a San Francisco a visitar a un amigo y se quedó por casi diez años, durante momento en el que trabajó para un conocido fabricante de LSD. Tal fue su introducción a la ciencia. También es la razón por la que hay momentos en los que tiene que ralentizar el mundo. Ahí es cuando se detiene y mira, cosas como ventiladores de techo y gotas de lluvia en el vidrio de la ventana. Ahí es cuando se pregunta qué diablos ha estado haciendo con su vida.

Ahora, mientras ve girar el ventilador, está pensando en la mujer que vio ese mismo día, en el patio trasero de Sally Owens. Retrocedió, como siempre lo hace, pero no volverá a suceder. Si alguna vez la vuelve a ver, se acercará a ella y le pedirá que se case con él, eso es lo que hará. Está harto de dejar que el destino pase a su lado. Durante años, se ha parecido mucho a este fanático de los restaurantes, dando vueltas y sin llegar a ningún lugar. ¿Cuál es, en definitiva, la diferencia entre él y una efímera, que vive toda una maldita existencia adulta en veinticuatro horas? De la forma en que Ben lo ve, está pasando por la hora diecinueve en este momento, dadas las estadísticas de longevidad de un hombre. Si cinco horas más es lo que le queda, bien podría vivir, bien podría decir al diablo con eso y, por una vez, simplemente salir y hacer lo que le plazca.

Ben Frye está considerando todo esto, además de decidir si pedir o no un capuchino, ya que significará que estará despierto la mitad de la noche, cuando Gillian entre por la puerta. Lleva la mejor camisa blanca de Antonia y un par de jeans viejos y tiene la sonrisa más hermosa en

su rostro. Su sonrisa podría derribar una paloma de un árbol. Podría voltear la cabeza de un hombre tan completamente que podría derramar su cerveza y ni siquiera notar que un charco se estaba extendiendo por el mantel y por el suelo.

"Prepárense", dice Gillian, mientras se acerca al puesto donde esperan tres clientes muy descontentos con niveles bajos de azúcar en la sangre y sin paciencia.

"Hemos estado listos durante cuarenta y cinco minutos", le dice Sally a su hermana. "Si tienes una excusa, será mejor que sea buena".

"¿No ves?" Dice Gillian.

"Vemos que no piensas en nadie más que en ti mismo", dice Antonia.

"¿Ah, de verdad?" Gillian, dice. "Bueno, seguro que sabrías acerca de esas cosas. Lo sabrías mejor que nadie".

"Mierda", dice Gideon Barnes.

En este momento ha olvidado su estómago vacío y rugiente. Ya no le importa que sus piernas tengan calambres por haber estado aplastado en esta cabina durante tanto tiempo. Alguien que se parece mucho a Kylie camina hacia ellos, solo que esta persona es un golpe de gracia. Esta persona tiene el pelo corto y rubio y es delgada, no como las cigüeñas, sino al estilo de las mujeres que pueden hacer que te enamores de ellas incluso cuando las conoces desde hace una eternidad aunque no eres mucho. más que un niño tú mismo.

"Santa mierda", dice Gideon mientras esta persona se acerca. De hecho, es Kylie. Debe serlo, porque cuando sonrío, Gideon puede ver el diente que se partió el verano pasado cuando se lanzó a por la pelota durante la práctica de fútbol.

Tan pronto como se da cuenta de la forma en que todos la miran, con la boca abierta, como peces de colores en cuya pecera acaba de caer, Kylie siente un hormigueo que se parece a la vergüenza, o tal vez es arrepentimiento. Se desliza en la cabina junto a Gideon.

"Estoy muerta de hambre", dice. "¿Estamos comiendo pizza?"

Antonia tiene que beber un poco de agua y todavía siente que se va a desmayar. Ha ocurrido algo horrible. Algo ha cambiado tan intensamente que el mundo ya no parece girar en el mismo eje. Antonia puede sentir que se desvanece bajo la luz amarilla de Del Vecchio; ya se está convirtiendo en la hermana de Kylie Owens, la del cabello demasiado pelirrojo que trabaja en la heladería y tiene arcos caídos y un hombro mal que le impide jugar al tenis o tirar de su propio peso.

"Bueno, ¿nadie va a decir nada?" Pregunta Gillian. "¿Nadie va a decir, 'Kylie! ¡Te ves increíble! ¡Eres hermosa! Feliz cumpleaños'?"

"¿Como pudiste hacer esto?" Sally se pone de pie para enfrentar a su hermana. Puede que haya estado bebiendo Chianti durante casi una hora, pero ahora está sobria. "¿Alguna vez pensaste en pedirme permiso? ¿Alguna vez pensaste que podría ser demasiado joven para comenzar a teñirse el cabello y maquillarse y hacer cualquier otra cosa que la lleve por el mismo camino espantoso que has estado en toda tu vida? ¿Alguna vez pensaste que no quiero que ella sea como tú, y si tuvieras cerebro, tampoco querrías eso para ella, especialmente considerando lo que acabas de pasar, y sabes exactamente a qué me refiero? A estas alturas, Sally está histérica y no está dispuesta a bajar la voz. "¿Como pudiste?" ella pregunta. "¡Cómo te atreves!" ella llora.

"No te enojas tanto". Definitivamente, esta no es la reacción que esperaba Gillian. Aplausos, quizás. Una palmadita en la espalda. Pero no este tipo de acusación. "Podemos ponerle un tinte marrón, si es tan importante".

"Es un gran problema." Sally tiene problemas para respirar. Ella mira a la chica en la cabina que es Kylie, o que solía ser Kylie, y siente que le atravesó el corazón. Ella inhala por la nariz y exhala por la boca, tal como le enseñaron en la clase de Lamaze hace tanto tiempo. "Robarle a alguien su juventud e inocencia, lo llamaría mayor. Yo diría que es un gran problema".

"Madre", suplica Antonia.

Antonia nunca antes había experimentado una humillación como esta. El Sr. Frye los mira como si su familia estuviera jugando. Y no es el

único. Probablemente no haya otra conversación en todo el restaurante. Para escuchar mejor a los Owenses. Es mejor ver el espectáculo secundario.

"¿Podemos simplemente comer?" Antonia suplica.

El camarero les ha traído su pedido, que coloca tentativamente sobre la mesa. Kylie está haciendo todo lo posible por ignorar a los adultos. Se imaginó que su madre estaría loca, pero esta reacción es en una dimensión completamente diferente.

"¿No te mueres de hambre?" le susurra a Gideon. Kylie espera que Gideon sea la única persona cuerda en la mesa, pero tan pronto como ve la expresión en su rostro, sabe que no es comida en lo que está pensando. "¿Qué sucede contigo?" ella pregunta.

"Eres tú", dice, y suena como una acusación. "Todos ustedes son diferentes".

"No lo soy", dice Kylie. "Es solo mi cabello".

"No", dice Gideon. La conmoción se está desvaneciendo y siente que se ha cometido un robo. ¿Dónde está su compañero y amigo?

"Simplemente no eres el mismo. ¿Cómo pudiste ser tan estúpido?"

"Vete al infierno", dice Kylie, herida más allá de lo creíble.

"Bien", responde Gideon. "¿Te importaría dejarme salir para que pueda llegar?"

Kylie se mueve para que Gideon pueda deslizarse fuera de la cabina.

"Eres un idiota", le dice mientras él se va, y suena tan genial que se sorprende a sí misma. Incluso Antonia la mira con algo parecido al respeto.

"¿Así es como tratas a tu mejor amigo?" Sally le pregunta a Kylie. "¿Ves lo que has hecho?" le dice a Gillian.

"Es un idiota", dice Gillian. "¿Quién abandona una fiesta antes de que suceda?"

"Ha sucedido", dice Sally. "¿No ves? Se acabó." Busca en su bolso su billetera, luego arroja algo de dinero en efectivo sobre la mesa para pagar la comida no consumida. Kylie ya ha agarrado un trozo de pizza, que rápidamente deja caer cuando ve lo sombría que se ve su madre. "Vamos", Sally les dice a sus chicas.

Ben Frye tarda tanto en darse cuenta de que tiene otra oportunidad. Sally y sus chicas se han levantado y Gillian está sola en la mesa. Ben se acerca casualmente, como un hombre cuya sangre no se ha calentado hasta un punto peligroso.

"Hola, Sally", dice. "¿Cómo estás?"

Ben es uno de los pocos profesores que trata a Sally como a una igual, a pesar de que ella es solo una secretaria. No todo el mundo es tan amable: Paula Goodings, la profesora de matemáticas, le da órdenes a Sally, convencida de que es un zángano detrás del escritorio, disponible para hacer recados para cualquiera que pase por allí. Ben y Sally se conocen desde hace años y consideraron salir cuando Ben fue contratado por primera vez en la escuela secundaria, antes de decidir que lo que realmente les vendría bien a ambos era un amigo. Desde entonces, a menudo han almorzado juntos y son aliados en las reuniones escolares; les gusta salir a beber cerveza y chismorrear sobre la facultad y el personal.

"Lo estoy haciendo muy mal", le dice Sally ahora antes de darse cuenta de que él se ha ido sin esperar una respuesta. "Ya que estás preguntando", agrega.

"Hola", le dice Antonia a Ben Frye mientras pasa junto a ella. Brillante, pero es lo mejor que puede hacer en este momento.

Ben le sonríe sin comprender, pero sigue adelante, hasta que está en la mesa donde Gillian está mirando la comida sin comer.

"¿Hay algún problema con tu pedido?" Ben le pregunta. "¿Hay algo que pueda hacer?"

Gillian lo mira. Hay lágrimas cayendo de sus ojos grises claros. Ben da un paso hacia ella. Se ha ido tanto que no podría volver aunque

quisiera.

"No hay nada de malo", le asegura Sally mientras recoge a sus niñas y comienza a caminar hacia la puerta.

Si el corazón de Sally no estuviera tan cerrado en ese momento, sentiría lástima por Ben. Ella lo compadecería. Ben ya se ha sentado frente a Gillian. Le ha quitado las cerillas de la mano, que vuelve a tener ese maldito temblor, y le enciende el cigarrillo. Mientras Sally saca a sus hijas del restaurante, cree oírle decirle a su hermana: "Por favor, no llores". Incluso puede escucharlo decir: "Cásate conmigo. Podemos hacerlo esta noche ". O tal vez solo está imaginando que eso es lo que él dijo, ya que sabe que es hacia donde se dirige. Todos los hombres que alguna vez miraron a Gillian de la forma en que Ben mira ahora, han hecho una propuesta de un tipo u otro.

Bueno, tal como lo ve Sally, Ben Frye es un hombre adulto, puede cuidar de sí mismo o, al menos, puede intentarlo. Sus chicas son otro asunto completamente diferente. Sally no está dispuesta a dejar que Gillian llegue de la nada, con tres divorcios y un cadáver en su historia reciente, para empezar a jugar con el bienestar de sus hijas. Chicas como Kylie y Antonia son demasiado vulnerables; se parten en dos solo con palabras crueles, se les hace creer fácilmente que no son lo suficientemente buenos. Solo ver la parte de atrás del cuello de Kylie mientras caminan por el estacionamiento hace que Sally quiera llorar. Pero ella no lo hace. Y, lo que es más, no lo hará.

"Mi cabello no está tan mal", dice Kylie una vez que están en el Honda. "No veo qué tiene de horrible lo que hicimos". Está sentada sola en el asiento trasero y se siente tan rara. No hay espacio para sus piernas, y para adaptarse tiene que doblarse. Casi se siente como si pudiera saltar del coche y alejarse. Ella podría comenzar una nueva vida y nunca volver a mirar atrás.

"Tal vez si lo piensas, lo harás", le dice Sally. "Tienes más sentido común que tu tía, por lo que tienes más posibilidades de comprender tu error. Piénsalo."

Eso es lo que hace Kylie, y todo se traduce en despecho. Nadie quiere que ella sea feliz, excepto Gillian. A nadie le importa un carajo.

Conducen a casa en silencio, pero después de entrar en el camino de entrada y caminar hacia la puerta principal, Antonia ya no puede contener la lengua. "Te ves tan de mal gusto", le susurra a Kylie. "¿Y sabes cuál es la peor parte?" Lo alarga, como si estuviera a punto de pronunciar una maldición. "Te pareces a ella."

Los ojos de Kylie arden, pero no tiene miedo de responderle a su hermana. ¿Por qué debería estarlo? Antonia luce extrañamente pálida esta noche, y su cabello se ha secado, un manojo de paja color sangre atrapado en pasadores. Ella no es tan bonita. No es tan superior como siempre pretendió.

"Bueno, bien", dice Kylie. Su voz es miel, tan fácil y dulce. "Si soy como la tía Gillian, me alegro".

Sally escucha algo peligroso en la voz de su hija, pero, por supuesto, trece es una edad peligrosa. Es el momento en que una chica puede romperse, cuando lo bueno puede volverse malo sin razón aparente, y puedes perder a tu propio hijo si no tienes cuidado.

"Iremos a la farmacia por la mañana", dice Sally. "Una vez que consigamos un paquete de tinte marrón, te verás perfectamente bien".

"Creo que esa es mi decisión". Kylie está sorprendida de sí misma, pero eso no significa que esté a punto de ceder.

"Bueno, no estoy de acuerdo", dice Sally. Tiene un nudo en la garganta. Le gustaría hacer algo más que quedarse aquí, golpear a Kylie, tal vez, o abrazarla, pero sabe que ninguna de estas cosas es posible.

"Bueno, eso es una lástima", responde Kylie. "Porque es mi cabello".

Al ver todo esto, Antonia tiene una gran sonrisa en su rostro.

"¿Esto es asunto tuyo?" Sally le dice. Espera a que Antonia entre antes de volverse hacia Kylie. "Habla de esto mañana. Entra en la casa".

El cielo es oscuro y profundo. Las estrellas han comenzado a salir. Kylie niega con la cabeza. "No lo haré".

"Bien", dice Sally. Hay una trampa en su voz, pero su postura es recta e implacable. Durante semanas ha temido perder a su hija, que Kylie favorecería las formas descuidadas de Gillian, que crecería demasiado pronto. Sally había planeado ser comprensiva, considerar ese comportamiento como una fase pasajera, pero ahora que realmente sucedió, Sally se sorprende al descubrir lo enojada que está. *Después de todo lo que he hecho por ti*, está alojado en algún lugar de su cerebro y, lo que es peor, también está en su corazón. "Si esta es la forma en que quieres pasar tu cumpleaños, está bien".

Después de que Sally entra, la puerta se cierra con un pequeño silbido y luego se cierra de golpe. Kylie ha estado viva bajo este cielo durante trece años, y solo esta noche realmente mira todas esas estrellas sobre ella. Se quita los zapatos, los deja en el porche delantero y luego se dirige al patio trasero. Las lilas nunca antes habían florecido en su cumpleaños, y lo toma como un signo de suerte. Los arbustos son tan frondosos y descuidados que tiene que agacharse para pasarlos. Durante toda su vida se ha estado comparando con su hermana y ya no va a hacer eso. Ese es el regalo que Gillian le ha dado esta noche, y por eso siempre estará agradecida.

Cualquier cosa puede suceder. Kylie lo ve ahora. Por todo el césped hay luciérnagas y olas de calor. Kylie extiende una mano y las luciérnagas se acumulan en su palma. Mientras se las sacude y se elevan en el aire, se pregunta si tiene algo que otras personas no tienen. Intuición o esperanza, no sabría cómo llamarlo. Quizás lo que tiene es la simple habilidad de saber que algo ha cambiado y sigue cambiando, bajo este cielo oscuro y estrellado.

Kylie siempre ha sido capaz de leer a las personas, incluso a las que se cierran con fuerza. Pero ahora que ha cumplido trece años, su magro talento se ha intensificado. Toda la noche ha estado viendo colores alrededor de las personas, como si estuvieran iluminados desde adentro, como luciérnagas. El borde verde de los celos de su hermana, el aura negra de miedo cuando su madre vio que parecía una mujer, no

una niña. Estas bandas de color le parecen tan reales a Kylie que ha intentado extender la mano y tocarlas, pero los colores sangran en el aire y desaparecen. Y ahora, mientras está de pie en su propio patio trasero, ve que las lilas, esas cosas hermosas, tienen un aura propia, y está sorprendentemente oscuro. Es violeta, pero parece una reliquia manchada de sangre y se eleva hacia arriba como humo.

De repente, Kylie no se siente tan adulta. Ella tiene el deseo de estar en su propia cama, incluso se encuentra deseando que el tiempo retroceda, al menos un poco. Pero eso nunca sucede. Las cosas no se pueden deshacer. Es ridículo, pero Kylie podría jurar que había un extraño aquí en el patio. Ella retrocede hacia la puerta y gira la manija, y justo antes de entrar, mira al otro lado del césped y lo ve. Kylie parpadea, pero seguro que todavía está allí, bajo el arco de las lilas, y parece el tipo de hombre con el que nadie en su sano juicio querría encontrarse en una noche tan oscura como esta. Tiene mucho valor para estar en una propiedad privada, para tratar este patio como si fuera suyo. Pero, claramente, le importan un carajo cosas como el decoro y el buen comportamiento. Está sentado esperando, y no importa mucho si Kylie o cualquier otra persona aprueba o desaprueba. Él está allí, admirando la noche a través de sus hermosos ojos fríos, listo para hacer que alguien pague.

CLARIVIDENCIA

Si una mujer está en problemas, siempre debe vestirse de azul para protegerse. Zapatos azules o un vestido azul. Un suéter del color del huevo de un petirrojo o un pañuelo a la sombra del cielo. Una fina cinta de raso, cuidadosamente enhebrada a través del dobladillo de encaje blanco de una combinación. Cualquiera de estos servirá. Pero si una vela arde en azul, eso es algo completamente diferente, no es suerte en absoluto, porque significa que hay un espíritu en tu casa. Y si la llama parpadea, luego se hace más fuerte cada vez que se enciende la vela, el espíritu se está asentando. Su esencia es envolver los muebles y las tablas del piso, está reclamando los gabinetes y los armarios y pronto vibrarán las ventanas y puertas.

A veces pasa un buen rato antes de que alguien en una casa se dé cuenta de lo que ha sucedido. La gente quiere ignorar lo que no puede entender. Buscan lógica a cualquier precio. Una mujer puede pensar fácilmente que es lo suficientemente tonta como para perder sus aretes todas las noches. Puede convencerse a sí misma de que una cuchara de madera perdida es la razón por la que el lavavajillas se atasca constantemente y que el inodoro se sigue inundando debido a las tuberías defectuosas. Cuando las personas se atacan entre sí, cuando se golpean las puertas en la cara y se insultan, cuando no pueden dormir por la noche debido a la culpa y las pesadillas, y el mismo acto de enamorarse les revuelve el estómago. en lugar de mareado y alegre, entonces es mejor considerar todas las posibles causas de tanta mala fortuna.

Si Sally y Gillian hubieran estado hablando, en lugar de evitarse en el pasillo y en la mesa de la cena, donde uno ni siquiera le pediría al otro que pasara la mantequilla, los panecillos o los guisantes, habrían descubierto que julio vestía adelante, con calor blanco y silencio, que tuvieron la misma mala suerte. Las hermanas podían encender una lámpara, salir de la habitación por un segundo y regresar a la oscuridad total. Podían encender sus autos, conducir media cuadra y descubrir que se quedarían sin gasolina, incluso si hubiera estado casi lleno el tanque apenas unas horas antes. Cuando cualquiera de las hermanas entró en la ducha, el agua tibia se convirtió en hielo, como si alguien hubiera jugado con el grifo. La leche cuajaría al verterla del recipiente. Tostada quemada. Las cartas que el cartero había entregado cuidadosamente se partieron por la mitad y sus bordes se volvieron negros, como una vieja rosa marchita.

Al poco tiempo, cada hermana estaba perdiendo lo que era más importante para ella. Una mañana, Sally se despertó y descubrió que la fotografía de sus hijas, que siempre guardaba en su escritorio, había desaparecido de su marco plateado. Los pendientes de diamantes que le habían regalado las tías el día de su boda ya no estaban en su joyero; buscó en todo su dormitorio y todavía no pudo encontrarlos por ningún lado. Las facturas que se suponía que debía pagar antes de fin de mes, una vez apiladas en la encimera de la cocina, parecían haber

desaparecido, aunque estaba convencida de que había escrito los cheques y sellado todos los sobres.

A Gillian, a quien ciertamente se le podría acusar de olvido y desorden, le faltaban cosas que parecían casi imposibles de perder, incluso para ella. Sus preciadas botas de vaquero rojas, que siempre guardaba junto a la cama, simplemente no estaban allí cuando se despertó una mañana, como si hubieran decidido simplemente marcharse. Sus cartas del tarot, que guardaba atadas en un pañuelo de raso, y que sin duda la habían ayudado a salir de un aprieto o dos, especialmente después de su segundo matrimonio, cuando no tenía un centavo y tenía que prepararse para una tarjeta. mesa en un centro comercial, adivinando fortunas por \$ 2.95 — se había evaporado como humo, todo excepto el Colgado, que puede representar sabiduría o egoísmo, dependiendo de su posición.

Las pequeñas cosas habían desaparecido, como las pinzas de Gillian y su reloj, pero también faltaban elementos importantes. Ayer, había salido por la puerta principal todavía medio dormida, y cuando fue a entrar en el Oldsmobile, no estaba a la vista. Llegó tarde al trabajo y pensó que un adolescente le había robado el coche y llamaría a la policía cuando llegara al Hamburger Shack. Pero cuando llegó allí, sus pies la mataban porque no llevaba zapatos para caminar, allí estaba el Oldsmobile, estacionado justo enfrente, como si la estuviera esperando, impulsado por una mente propia.

Cuando Gillian interrogó a Ephraim, que había estado trabajando detrás de la parrilla desde temprano esa mañana, exigiendo saber si había visto a alguien bajar de su auto, sonaba nerviosa, tal vez incluso histérica.

“Es una broma pesada”, supuso Ephraim. “O alguien lo robó y luego se enfrió”.

Bueno, los pies fríos eran ciertamente algo que Gillian sabía últimamente. Cada vez que sonaba el teléfono, en el trabajo o en la casa de Sally, Gillian pensaba que era Ben Frye. Le dio escalofríos solo de pensar en él; los consiguió hasta la punta de los pies. Ben le había

enviado flores, rosas rojas, la mañana después de que se conocieron en Del Vecchio's, pero cuando llamó por teléfono, ella le dijo que no podía aceptarlas, ni nada más.

"No me llames", le dijo. "Ni siquiera pienses en mí", gritó.

¿Qué diablos le pasaba a Ben Frye? ¿No la veía por la perdedora que era? Últimamente, todo lo que tocaba se derrumbaba: animal, vegetal, mineral, no importaba en lo más mínimo. Todo se derrumbó igualmente bajo su toque. Abrió el armario de Kylie y la puerta se desprendió de sus bisagras. Puso una lata de sopa de tomate y arroz para cocinar en el quemador trasero y las cortinas de la cocina se incendiaron. Salió al patio, para fumar un cigarrillo en paz, solo para pisar un cuervo muerto, que parecía haber caído directamente del cielo en su camino.

Tuvo mala suerte, desdichada y desafortunada como la peste. Cuando se atrevió a mirarse en el espejo, tenía el mismo aspecto: pómulos altos, ojos grises muy abiertos, boca generosa, todo eso familiar y, muchos dirían, hermoso. Aun así, una o dos veces había visto su imagen con demasiada rapidez, y luego no le gustó lo que encontró mirándola. Desde ciertos ángulos, con cierto tipo de luz, vio lo que imaginaba que Jimmy debía haber visto, a altas horas de la noche, cuando estaba enyesado y ella se alejaba de él, con las manos en alto, para protegerse la cara. Esa mujer era una criatura tonta y vanidosa que no se detuvo a pensar antes de abrir la boca. Esa mujer creía que podía cambiar a Jimmy o, si empeoraba, reorganizarlo de alguna manera. El tonto absoluto. No es de extrañar que no pudiera encender la estufa o encontrar sus botas. No era de extrañar que hubiera logrado matar a Jimmy, cuando todo lo que realmente deseaba era un poco de ternura.

Gillian había estado loca por sentarse en el reservado de Del Vecchio con Ben Frye en primer lugar, pero estaba tan molesta que se había quedado hasta la medianoche. Al final de esa noche, habían comido todo lo que Sally había pedido y se habían enamorado tanto el uno del otro que no se dieron cuenta de que cada uno había consumido una pizza entera. Incluso entonces, no fue suficiente. Comieron como lo habrían hecho las personas que habían sido hipnotizadas, sin

molestarse en mirar los trozos de ensalada y champiñones que pinchaban con los tenedores, no queriendo dejar la mesa si eso significaba dejarse el uno al otro.

Gillian todavía no puede creer que Ben Frye sea real. No se parece a ningún otro hombre con el que haya estado. Él la escucha, para empezar. Es tan bondadoso que la gente se siente atraída por él. La gente simplemente asume que es digno de confianza; cada vez que visita ciudades en las que nunca ha estado antes, siempre le preguntan cómo llegar, incluso los nativos. Tiene un título en biología de Berkeley, pero también ofrece espectáculos de magia en la sala de niños del hospital local todos los sábados por la tarde. Los niños no son los únicos que se reúnen cuando llega Ben, con sus pañuelos de seda, su cartón de huevos y sus barajas de cartas. Es imposible llamar la atención de ninguna de las enfermeras en el piso; algunos de ellos juran que Ben Frye es el hombre soltero más guapo del estado de Nueva York.

Debido a todo esto, Gillian Owens definitivamente no es la primera en tener a Ben en su mente. Hay mujeres en la ciudad que lo han perseguido durante tanto tiempo que han memorizado su horario diario y todos los hechos de su vida, y están tan obsesionadas que cuando se les pide su número de teléfono, a menudo recitan el suyo. Hay profesores del instituto que le traen cazuelas todos los viernes por la noche, y vecinos recién divorciados que lo llaman tarde en la noche porque se les han fundido todos los fusibles e insisten en que tienen miedo de electrocutarse sin su conocimiento científico.

Estas mujeres darían cualquier cosa por que Ben Frye les enviara rosas. Dirían que Gillian necesita que le examinen la cabeza para enviarlos de regreso. Tienes suerte, eso es lo que le dirían. Pero es una suerte perversa: en el momento en que Ben Frye se enamoró de ella, Gillian supo que nunca podría permitir que alguien tan maravilloso como él se involucrara con una mujer como ella. Teniendo en cuenta los líos que ha hecho, enamorarse ahora está permanentemente fuera de discusión. La única forma en que alguien podría obligarla a convertirse en esposa de nuevo sería encadenándola a la pared de una capilla y apuntar con una escopeta a la cabeza. Cuando llegó a casa de Del Vecchio's la noche en

que conoció a Ben, hizo el voto de no volver a casarse nunca más. Se encerró en el baño, encendió una vela negra y trató de recordar algunos de los encantamientos de las tías. Cuando no pudo, repitió tres veces "Soltera para siempre", y eso parece haber funcionado porque sigue rechazándolo, a pesar de cómo se siente por dentro.

"Vete", le dice a Ben cada vez que llama. Ella no piensa en la forma en que se ve, o en la sensación de los callos en sus dedos, los causados por practicar nudos para su acto de magia casi todos los días. "Encuentra a alguien que te haga feliz".

Pero eso no es lo que quiere Ben. Él la quiere a ella. Él telefonea y telefonea, hasta que todos asumen que es él quien llama cada vez. Ahora, cada vez que suena el teléfono en la casa de Owens, quien agarra el auricular no dice una palabra, ni siquiera un hola. Cada uno de ellos simplemente respira y espera. Se ha conseguido que Ben pueda discernir sus estilos de respiración: la ingesta práctica de aire de Sally. El bufido de Kylie, como un caballo que no tiene paciencia con el idiota del otro lado de la cerca. La inhalación triste y agitada de Antonia. Y, por supuesto, el sonido que siempre ha estado deseando: el hermoso y exasperado suspiro que se escapa de la boca de Gillian antes de que ella le diga que la deje en paz, que consiga una vida, que se pierda. Haz lo que quieras, simplemente no me llames más.

Aún así, hay un tono en su voz, y Ben se da cuenta de que cuando le cuelga, está triste y desconcertada. Realmente no puede soportar la idea de su infelicidad. La sola idea de las lágrimas en sus ojos lo pone tan frenético que duplica las millas que suele correr. Vaga por el embalse con tanta frecuencia que los patos han comenzado a reconocerlo y ya no alzan el vuelo cuando pasa. Es tan familiar como el crepúsculo y el pan blanco en cubos. A veces canta "Heartbreak Hotel" mientras corre, y luego sabe que está metido en un grave problema. Un adivino en una convención de magos en Atlantic City le dijo una vez que cuando se enamorara sería para siempre, y se rió de la idea, pero ahora ve que la lectura fue completamente acertada.

Ben está tan confundido que ha comenzado a hacer trucos de magia involuntariamente. Cogió su tarjeta de crédito en la gasolinera y sacó la

reina de corazones. Hizo desaparecer su factura de luz y prendió fuego al rosal de su patio trasero. Tomó una moneda de veinticinco centavos detrás de la oreja de una anciana mientras la ayudaba a cruzar la autopista de peaje y casi la envía a un paro cardíaco. Lo peor de todo es que ya no se le permite entrar al Owl Café en el extremo norte de la autopista de peaje, donde suele desayunar, ya que últimamente pone a girar todos los huevos pasados por agua y arranca los manteles de cada mesa que pasa de camino a casa. su stand habitual.

Ben no puede pensar en nada más que en Gillian. Ha comenzado a llevar una cuerda para atar y desatar los nudos de Tom Fool y Jacoby, un mal hábito que vuelve a él cuando está nervioso o cuando no puede conseguir lo que quiere. Pero ni siquiera la cuerda ayuda. Él la desea tanto que se la está follando dentro de su cabeza cuando debería estar haciendo cosas como frenar en un semáforo o discutir la afluencia de escarabajos japoneses con su vecina de al lado, la Sra. Fishman. Está tan acalorado que los puños de sus camisas están chamuscados. Es duro constantemente, listo para algo que parece que nunca va a suceder.

Ben no sabe qué hacer para ganarse a Gillian, no tiene idea, así que va a ver a Sally, listo para rogarle su ayuda. Pero Sally ni siquiera le abre la puerta. Habla a través de la pantalla, con un tono distante, como si él hubiera aparecido en su escalinata con una aspiradora para vender, en lugar de llegar con el corazón en la mano.

"Sigue mi consejo", sugiere Sally. Olvídate de Gillian. Ni siquiera pienses en ella. Cásate con una buena mujer ".

Pero Ben Frye tomó una decisión en el momento en que vio a Gillian de pie debajo de las lilas. O tal vez no fue su mente la que se vio tan intensamente afectada, pero ahora cada parte de él la desea. Entonces, cuando Sally le dice que se vaya a casa, Ben se niega a irse. Se sienta en el porche como si tuviera algo de qué protestar o todo el tiempo del mundo. Está allí todo el día, y cuando suena el silbato de las seis en la estación de bomberos de la autopista de peaje, todavía no se ha movido. Gillian ni siquiera le habla cuando llega a casa del trabajo. Hoy ya ha perdido su reloj y su pintalabios favorito. En el trabajo, dejó caer tantas hamburguesas al suelo que podría haber jurado que alguien le estaba

tirando los platos de las manos. Ahora, Ben Frye está aquí y está enamorado de ella y ni siquiera puede besarla o abrazarlo, porque es veneno y lo sabe, que es solo su suerte.

Ella pasa corriendo junto a él y se encierra en el baño, donde deja correr el agua para que nadie pueda oírla llorar. Ella no merece su devoción. Ella desea que se evapore en el aire. Tal vez entonces no tendría este sentimiento en el fondo, un sentimiento que puede negar todo lo que quiere, pero eso no evitará que sea deseo. Aún así, a pesar de sus constantes negativas, no puede evitar mirar por la ventana del baño, solo para ver a Ben. Allí está, en la luz que se desvanece, seguro de lo que quiere, seguro de ella. Si Gillian estuviera hablando con su hermana, o, más correctamente, si Sally estuviera hablando con ella, Gillian la llevaría hacia la ventana para echar un vistazo. *¿No es hermoso?* Eso es lo que habría dicho si ella y Sally hubieran estado hablando. *Ojalá me lo mereciera*, le habría susurrado al oído a su hermana.

A Antonia le da escalofríos ver al Sr. Frye en el porche delantero, tan obviamente enamorado que parece que ha puesto su orgullo y su autoestima en el cemento para que cualquiera pueda pisotearlo. Antonia encuentra esta muestra de devoción extremadamente repugnante, realmente lo hace. Cuando pasa junto a él, de camino al trabajo, ni siquiera se molesta en saludarlo. Sus venas están llenas de agua helada en lugar de sangre. Últimamente Antonia no se molesta en elegir cuidadosamente su ropa. No se cepilla el pelo mil veces por la noche, ni se depila las cejas, ni se baña con aceite de sésamo para que su piel se mantenga tersa. En un mundo sin amor, ¿qué sentido tiene todo eso? Rompió su espejo y guardó sus sandalias de tacón. A partir de ahora se concentrará en trabajar tantas horas como pueda en la heladería. Al menos las cosas son tangibles allí: dedicas tu tiempo y recoges tu cheque de pago. Sin expectativas ni decepciones, y ahora mismo eso es lo que quiere Antonia.

"¿Estás teniendo un ataque de nervios?" Scott Morrison pregunta cuándo la ve en la heladería más tarde esa noche.

Scott está en casa de Harvard para las vacaciones de verano y está entregando jarabe de chocolate y cobertura de malvavisco, así como chispas, cerezas marrasquino y nueces húmedas. Había sido el chico más inteligente que se había graduado de la escuela secundaria y el único que había sido aceptado en Harvard. ¿Y qué? Durante todo el tiempo que estuvo creciendo en este barrio, fue tan inteligente que nadie le hablaba, y mucho menos Antonia, que lo consideraba un goteo lastimoso.

Antonia ha estado limpiando metódicamente las cucharas de helado, que ha alineado todas en una fila. Ni siquiera se ha molestado en mirar a Scott mientras le entregaba baldes de almíbar. Ciertamente parece diferente de lo que solía ser: era hermosa y presumida, pero esta noche parece algo que se ha quedado fuera en una tormenta. Cuando le hace la pregunta completamente inocente sobre el ataque de nervios, Antonia rompe a llorar. Ella se disuelve en ellos. Ella no es más que agua. Se deja caer al suelo, con la espalda contra el congelador. Scott deja su carrito de metal y se arrodilla a su lado.

"Un simple sí o no hubiera estado bien", dice.

Antonia se suena la nariz con su delantal blanco. "Sí."

"Puedo ver eso", le dice Scott. "Definitivamente eres material psiquiátrico".

"Pensé que estaba enamorada de alguien", explica Antonia. Las lágrimas continúan goteando de sus ojos.

"Amor", dice Scott con desprecio. Sacude la cabeza, disgustado. "El amor vale la suma de sí mismo, y nada más".

Antonia deja de llorar y lo mira. "Exactamente", está de acuerdo.

En Harvard, Scott se sorprendió al descubrir que había cientos, si no miles, de personas tan inteligentes como él. Se había estado saliendo con la suya durante años, usando una décima parte de su poder cerebral, y ahora tenía que trabajar. Había estado tan ocupado compitiendo todo el año que no había tenido tiempo para la vida diaria; había repudiado cosas como el desayuno y los cortes de pelo, cuyas

consecuencias son que ha perdido diez kilos y tiene el pelo hasta los hombros, que su jefe hace. atar con un trozo de cuero para no ofender a los clientes.

Antonia lo mira fijamente, con dureza, y descubre que Scott se ve completamente diferente y exactamente igual. En el estacionamiento, el compañero de verano de Scott, que ha estado manejando esta ruta de entrega durante veinte años y nunca antes había tenido un asistente que recibió un 790 en sus SAT verbales, se apoya en la bocina.

"Trabaja", dice Scott con pesar. "Al diablo con un cheque de pago".

Eso lo hace. Antonia lo sigue cuando va a recoger su carrito de metal. Su cara se siente caliente, a pesar de que el aire acondicionado está encendido.

"Nos vemos la semana que viene", dice Scott. "Estás bajo de chocolate caliente".

"Podrías entrar antes de eso", le dice Antonia. Hay algunas cosas que no ha olvidado, a pesar de su depresión y este lío con su tía Gillian y el Sr. Frye.

"Podría", reconoce Scott, dándose cuenta, antes de dirigirse al camión, que Antonia Owens es mucho más profunda de lo que jamás hubiera imaginado.

Esa noche Antonia corre todo el camino a casa después del trabajo. De repente se llena de energía; ella está absolutamente cargada. Cuando dobla la esquina hacia su calle, puede oler las lilas, y el olor la hace reír de las reacciones tontas causadas por algunas ridículas flores fuera de temporada. La mayoría de la gente del barrio se ha acostumbrado al increíble tamaño de las flores. Ya no se dan cuenta de que hay horas enteras del día en las que toda la calle resuena con el zumbido de las abejas y la luz se vuelve especialmente púrpura y dulce. Sin embargo, algunas personas regresan una y otra vez. Hay mujeres que se paran en la acera y lloran al ver las lilas sin ningún motivo, y otras que tienen muchas razones para llorar en voz alta, aunque ninguna admitirían si se les preguntara.

Un viento caliente se abre paso entre los árboles, sacude las ramas y han comenzado a aparecer relámpagos de calor en el este. Es una noche curiosa, tan calurosa y tan pesada que parece más apta para el trópico, pero a pesar del clima Antonia ve que dos mujeres, una de pelo blanco y la otra que no es mucho más que una niña, han venido a ver el lilas. Cuando Antonia pasa a toda prisa, puede oír el llanto, acelera el paso, entra y cierra la puerta detrás de ella.

"Patético", decreta Antonia mientras ella y Kylie se asoman por la ventana delantera para ver llorar a las mujeres en la acera.

Kylie ha estado más retraída de lo habitual desde su cena de cumpleaños. Echa de menos a Gideon; ella tiene que esforzarse para no derrumbarse y llamarlo. Se siente terrible, pero, en todo caso, se ha vuelto aún más hermosa. Su cabello rubio cortado ya no es tan impactante. Ha dejado de encorvarse para ocultar lo alta que es, y ahora que reclamó su postura completa, su barbilla generalmente se inclina hacia arriba, por lo que parece estar considerando el cielo azul o las grietas en el techo de la sala de estar. Entrecierra los ojos de color verde grisáceo para ver a través del cristal. Tiene un interés particular en estas dos mujeres, ya que han venido a pararse en la acera todas las noches durante semanas. La mujer mayor tiene un aura blanca a su alrededor, como si la nieve cayera sobre ella sola. La niña, que es su nieta y que acaba de graduarse de la universidad, tiene pequeñas chispas rosadas de confusión saliendo de su piel. Están aquí para llorar por el mismo hombre, el hijo de la mujer mayor, el padre de la niña, alguien que pasó de la niñez a la madurez sin cambiar jamás de actitud, convencido hasta el final de que el universo giraba solo en torno a él. Las mujeres en la acera lo mimaron, a ambos, y luego se culparon a sí mismas cuando fue lo suficientemente descuidado como para suicidarse en una lancha en Long Island Sound. Ahora, se sienten atraídos por las lilas porque las flores les recuerdan una noche de junio, hace años, cuando la niña todavía era tierna y torpe y la mujer todavía tenía el pelo negro y espeso.

Aquella noche había una jarra de sangría sobre la mesa, y las lilas del jardín de la abuela estaban todas en flor, y el hombre que ambos

amaban, tanto que lo arruinaron, tomó a su hija en sus brazos y bailó con ella. el césped. En ese momento, bajo las lilas y el cielo despejado, era todo lo que podría haber sido, si no se hubieran rendido día y noche, si alguna vez le hubieran sugerido que consiguiera un trabajo o actuara con amabilidad o pensara en alguien que no sea él mismo. Están llorando por todo lo que pudo haber sido, y todo lo que pudieron haber sido en su presencia y a su lado. Mirándolos, sintiendo que han perdido lo que tenían por un breve tiempo, Kylie llora junto a ellos.

"Oh, por favor", dice Antonia.

Desde su encuentro con Scott, no puede evitar sentirse un poco satisfecha. El amor no correspondido es tan aburrido. Llorar bajo un cielo negro azulado es para tontos o maníacos.

"¿Serás real?" aconseja a su hermana. "Son dos completos desconocidos que probablemente estén completamente locos. Ignóralos. Baje la persiana de la ventana. Crecer."

Pero eso es exactamente lo que le ha pasado a Kylie. Ha crecido para descubrir que sabe y siente demasiado. No importa a dónde vaya, al mercado a hacer un recado o a la piscina de la ciudad para darse un baño por la tarde, se enfrenta a las emociones más íntimas de la gente, que se filtran de su piel para hincharse y flotar sobre ellos, como nubes. Ayer mismo, Kylie se cruzó con una anciana que paseaba a su antiguo caniche, que estaba lisiado por la artritis y apenas podía moverse. El dolor de esta mujer era tan abrumador (llevaría al perro al hospital de animales al final de la semana para sacarlo de su miseria) que Kylie descubrió que no podía dar un paso más. Se sentó en la acera y permaneció allí hasta el anochecer, y cuando finalmente regresó a casa se sintió mareada y débil.

Ella desea poder salir a jugar fútbol con Gideon y no sentir el dolor de otras personas. Desearía volver a tener doce años y que los hombres no griten por las ventanillas de sus coches cada vez que camina por la autopista de peaje sobre lo mucho que les gustaría follar con ella. Desearía tener una hermana que actuara como un ser humano y una tía

que no llorara hasta quedarse dormida tan a menudo como para tener que escurrir la almohada todas las mañanas.

Sobre todo, Kylie desea que el hombre de su patio trasero se vaya. Él está ahí afuera ahora mismo, mientras Antonia se dirige a la cocina, tarareando, para ir a buscar un bocadillo. Kylie puede verlo desde la ventana que permite ver tanto el patio delantero como el lateral. El mal tiempo nunca le afecta; en todo caso, disfruta de los cielos negros y el viento. La lluvia no le molesta en lo más mínimo. Parece atravesarlo, y cada gota se vuelve de un azul luminoso. Sus botas pulidas tienen la más mínima película de suciedad. Su camisa blanca parece almidonada y planchada. De todos modos, ha estado haciendo un lío con las cosas. Cada vez que respira salen cosas horribles de su boca: ranitas verdes. Gotas de sangre. Chocolates envueltos en un bonito papel de aluminio, pero con centros venenosos que desprenden un mal olor cada vez que rompe uno por la mitad. Está destrozando cosas con solo chasquear los dedos. Está haciendo que las cosas se derrumben. Dentro de las paredes, las tuberías se están oxidando. El suelo de baldosas del sótano se está convirtiendo en polvo. Las bobinas del refrigerador se han torcido y nada se mantendrá fresco; los huevos se están echando a perder dentro de la cáscara, los quesos se han vuelto verdes.

Este hombre en el jardín no tiene aura propia, pero a menudo estira las manos para sumergir sus manos en la sombra rojo púrpura sobre él, luego se unta el aura de las lilas por todo su cuerpo. Nadie más que Kylie puede verlo, pero aún puede llamar a todas estas mujeres para que salgan de sus casas. Él es quien les susurra a altas horas de la noche mientras duermen en sus camas. Cariño, les dice, incluso a los que nunca pensaron que volverían a escuchar a un hombre hablarles así. Se mete en la mente de una mujer, y se queda ahí, hasta que ella se encuentra llorando en la acera, loca por el aroma de las lilas, y aun así no se irá a ningún lado. Al menos no a corto plazo. Definitivamente no ha terminado.

Kylie lo ha estado mirando desde su cumpleaños. Ella entiende que nadie más puede verlo, aunque los pájaros lo sienten y evitan las lilas, y las ardillas se detienen en seco cuando se acercan demasiado. Las

abejas, por otro lado, no le temen. Parecen atraídos por él; se ciernen cerca, y cualquiera que se acerque demasiado a él seguramente se arriesgaría a recibir una picadura, tal vez incluso dos. El hombre del jardín es más fácil de ver en los días de lluvia, o bien entrada la noche, cuando aparece de la nada como una estrella que has estado mirando pero que solo ahora ves, justo en el centro del cielo. No come ni duerme ni bebe, pero eso no significa que no haya cosas que quiera. Su deseo es tan fuerte que Kylie puede sentirlo, como bandas de electricidad sacudiendo el aire a su alrededor. Recientemente, ha empezado a mirarla fijamente. Ella se aterroriza cuando él hace esto. Ella se enfría a través de su piel. Lo hace cada vez más, mirando y mirando. No importa dónde esté, detrás de la ventana de la cocina o en el camino hacia la puerta trasera. Puede vigilarla las veinticuatro horas del día si quiere, ya que nunca tiene que parpadear, ni siquiera por un segundo, ya no.

Kylie ha comenzado a poner platos de sal en los alféizares de las ventanas. Ella rocía romero afuera de todas las puertas. Aún así, se las arregla para entrar a la casa cuando todos están dormidos. Kylie se queda despierta después de que todos los demás están en la cama, pero no puede permanecer despierta para siempre, aunque no es por no intentarlo. A menudo se duerme cuando todavía está vestida, con un libro abierto a su lado, la luz del techo encendida, ya que su tía Gillian, que todavía comparte su habitación, se niega a dormir en la oscuridad y últimamente ha insistido en que se cierren las ventanas. apretado también, incluso en noches sofocantes, para mantener fuera el olor de esas lilas.

Algunas noches, todos en la casa tienen una pesadilla en el mismo instante. Otras noches todos duermen tan profundamente que sus despertadores no pueden sacarlos de la cama. De cualquier manera, Kylie siempre sabe que ha estado cerca cuando se despierta y descubre que Gillian está llorando mientras duerme. Ella sabe cuando va por el pasillo al baño y ve que el inodoro está atascado y cuando se tira el cuerpo de un pájaro muerto o un murciélago se levanta en el agua. Hay babosas en el jardín y chinches en el sótano, y los ratones han comenzado a anidar en un par de tacones altos de Gillian, los de charol negro que compró en Los Ángeles. Mírate en un espejo y la imagen

comienza a cambiar. Pase por una ventana y el vidrio sonará. Es el hombre en el jardín el responsable cuando la mañana comienza con una maldición murmurada entre dientes, o un golpe en un dedo del pie, o un vestido favorito rasgado tan metódicamente que pensarías que alguien ha cortado la tela con un par de tijeras o una cacería. cuchillo.

Esta mañana, la mala suerte que surge del jardín es particularmente desagradable. Sally no solo descubrió los aretes de diamantes que le regalaron el día de su boda metidos en el bolsillo de la chaqueta de Gillian, sino que Gillian encontró su cheque de pago del Hamburger Shack roto en mil pedazos, esparcidos por el tapete de encaje sobre la mesa de café.

El silencio que Sally y Gillian acordaron mutuamente en la cena de cumpleaños de Kylie, cuando cerraron la boca con furia y desesperación, ha terminado. Durante estos días de silencio, ambas hermanas han tenido migrañas. Han tenido expresiones amargas y ojos hinchados, y ambos han perdido peso, ya que ahora pasan por alto el desayuno para no tener que enfrentarse primero. Pero dos hermanas no pueden vivir en la misma casa e ignorarse por mucho tiempo. Tarde o temprano se derrumbarán y tendrán la pelea que deberían haber tenido al principio. La impotencia y la ira crean un comportamiento predecible: los niños seguramente se empujarán y tirarán del cabello, los adolescentes se insultarán y llorarán, y las mujeres adultas que son hermanas dirán palabras tan crueles que cada sílaba tomará la forma de una serpiente, aunque una serpiente así a menudo gira sobre sí misma para comerse su propia cola una vez que se dicen las palabras en voz alta.

"Eres un pedazo de basura deshonesto", le dice Sally a su hermana, que ha entrado a trompicones en la cocina en busca de café.

"¿Oh sí?" Dice Gillian. Ella está más que lista para esta pelea. Tiene el cheque de pago roto en la palma de su mano, y ahora lo deja caer al suelo, como confeti. "En el fondo, debajo de todas esas cosas bonitas, hay una perra de grado A".

"Eso es todo", dice Sally. "Te quiero fuera. Te quería fuera desde el momento en que llegaste. Nunca te pedí que te quedaras. Yo nunca te invité. Tomas lo que quieres, tal como siempre lo has hecho ".

"Estoy desesperado por ir. Estoy contando los segundos. Pero sería más rápido si no rompiera mis cheques ".

"Escucha", dice Sally. "Si necesitas robar mis aretes para pagar tu partida, bueno, entonces bien. Multa." Abre el puño y los diamantes caen sobre la mesa de la cocina. "No creas que me estás engañando".

"¿Por qué diablos iba a quererlos?" Dice Gillian. "¿Qué tan estúpido puedes ser? Las tías te dieron esos aretes porque nadie más usaría cosas tan horribles ".

"Vete a la mierda", dice Sally. Se deshace de las palabras, tan fácil como la mantequilla en la boca, pero de hecho no cree que alguna vez haya maldecido en voz alta en su propia casa antes.

"Vete a la mierda dos veces", dice Gillian. "Lo necesitas más".

Ahí es cuando Kylie baja de su habitación. Su rostro está pálido y su cabello está peinado hacia arriba. Si Gillian se parara frente a un espejo estirado para presentar a alguien más joven, más alto y más hermoso, estaría mirando a Kylie. Cuando tienes treinta y seis años y te enfrentas a esto, muy temprano en la mañana, tu boca puede sentirse repentinamente seca, tu piel puede sentirse irritada y desgastada, sin importar la cantidad de humectante que hayas estado usando.

"Tienes que dejar de pelear". La voz de Kylie es práctica y mucho más profunda que la de la mayoría de las chicas de su edad. Solía pensar en marcar goles y ser demasiado alta; ahora está pensando en la vida y la muerte y en los hombres, será mejor que no te atrevas a dar la espalda.

"¿Dice quién?" Gillian contraataca con altivez, habiendo decidido, quizás un poco tarde, que sería mejor que Kylie siguiera siendo una niña, al menos durante unos años más.

"Esto no es asunto tuyo", le dice Sally a su hija.

"¿No lo entiendes? Lo haces feliz cuando peleas. Es justo lo que quiere ".

Sally y Gillian se callaron de inmediato. Intercambian una mirada de preocupación. La ventana de la cocina ha estado abierta toda la noche, y la cortina se agita de un lado a otro, empapada por el aguacero de anoche.

"¿De qué estás hablando?" Sally pregunta en un tono tranquilo y firme, como si no estuviera hablando con alguien que podría haber abierto la tapa.

"El hombre debajo de las lilas", dice Kylie.

Gillian empuja a Sally con el pie descalzo. A ella no le gusta cómo suena esto. Además, Kylie tiene una mirada divertida, como si hubiera visto algo y no lo estuviera diciendo, y ellos simplemente tendrán que jugar a este juego de adivinanzas con ella hasta que lo hagan bien.

"Este hombre que quiere que peleemos, ¿es alguien malo?" Pregunta Sally.

Kylie resopla, luego saca la cafetera y un filtro. "Es vil", dice ella, una palabra de vocabulario del semestre pasado que está dando un buen uso por primera vez.

Gillian se vuelve hacia Sally. "Suena como alguien que conocemos".

Sally no se molesta en recordarle a su hermana que solo Gillian conoce a este hombre. Ella es la que lo arrastró a sus vidas simplemente porque no tenía a dónde ir. Sally no puede empezar a adivinar hasta dónde llegará el mal juicio de su hermana. Desde que comparte habitación con Kylie, ¿quién sabe qué le ha confiado?

"Le hablaste de Jimmy, ¿no?" La piel de Sally se siente demasiado caliente; en poco tiempo su rostro se enrojecerá y se pondrá rojo, su garganta se secará de furia. "No podías mantener la boca cerrada".

"Muchas gracias por confiar en mí". Gillian está realmente insultada. "Para tu información, no le dije nada. Ni una palabra", insiste Gillian, aunque en este momento no está segura. No puede enojarse con las sospechas de Sally, porque ni siquiera confía en sí misma. Tal vez ha

estado hablando en sueños, tal vez lo ha estado contando todo mientras, en la cama de al lado, Kylie escucha cada palabra.

"¿Estás hablando de un hombre de verdad?" Sally le pregunta a Kylie.
"¿Alguien que está merodeando por nuestra casa?"

"No sé si es real o no. Él está ahí".

Sally observa a su hija verter descafeinado en el filtro de papel blanco. En este momento, Kylie parece una extraña, una mujer adulta con secretos que guardar. A la luz oscura de la mañana, sus ojos grises se ven completamente verdes, como si pertenecieran a un gato que puede ver en la oscuridad. Todo lo que Sally quería para ella, una vida buena y ordinaria, se ha esfumado. Kylie es cualquier cosa menos ordinaria. No hay forma de evitar eso. Ella no es como las otras chicas de la cuadra.

"Dime si lo ves ahora", dice Sally.

Kylie mira a su madre. Tiene miedo, pero reconoce el tono de voz de su madre como alguien a quien hay que obedecer y se acerca a la ventana a pesar del miedo. Sally y Gillian se colocan a su lado. Pueden ver sus reflejos en el cristal y el césped mojado. Afuera están las lilas, más altas y exuberantes de lo que parece posible.

"Debajo de las lilas". Pequeñas protuberancias de miedo se elevan en los brazos y piernas de Kylie y en todas partes intermedias. "Donde la hierba es más verde. Él está ahí".

Es el lugar exacto.

Gillian está de pie detrás de Kylie y entrecierra los ojos, pero todo lo que puede distinguir son las sombras de las lilas. "¿Alguien más puede verlo?"

"Las aves." Kylie parpadea para contener las lágrimas. Lo que no habría dado por mirar y descubrir que se había ido. "Las abejas."

Gillian está pálido. Ella es la que debería ser castigada. Ella se lo merece, no Kylie. Jimmy debería estar persiguiéndola; cada vez que cierra los ojos, debe ser su rostro lo que ve. "Oh, joder", le dice a nadie en particular.

"¿Era tu novio?" Kylie le pregunta a su tía.

"Una vez", dice Gillian. "Si puedes creerlo".

"¿Es por eso que nos odia tanto?" Pregunta Kylie.

"Cariño, él simplemente odia", dice Gillian. "No importa si somos nosotros o ellos. Ojalá hubiera aprendido eso cuando todavía estaba vivo".

"Y ahora no se marchará". Kylie entiende eso. Incluso las niñas de trece años pueden darse cuenta de que el fantasma de un hombre refleja quién era y todo lo que ha hecho. Hay mucho despecho debajo de esas lilas. Hay un montón de compensaciones.

Gillian asiente. "Él no irá".

"Estás hablando de esto como si fuera real", dice Sally. "Y simplemente no lo es. ¡No puede ser! No hay nadie ahí fuera".

Kylie se vuelve para mirar afuera. Quiere que su madre tenga razón. Sería un gran alivio mirar y ver solo la hierba y los árboles, pero eso no es todo lo que hay en el jardín.

"Está sentado y encendiendo un cigarrillo. Simplemente arrojó la cerilla encendida al césped".

La voz de Kylie suena frágil y hay lágrimas en sus ojos. Sally se ha vuelto muy fría y muy callada. Es Jimmy con quien su hija está en contacto, de acuerdo. De vez en cuando, la propia Sally ha sentido algo en el jardín, pero ha rechazado la forma oscura que se ve con el rabillo del ojo, se ha negado a reconocer el frío en sus huesos cuando va a regar los pepinos en el jardín. No es nada, eso es lo que se dijo a sí misma. Una sombra, una brisa fresca, nada más que un hombre muerto que no puede lastimar a nadie.

Ahora, mientras considera su propio patio trasero, Sally accidentalmente se muerde el labio, pero no presta atención a la sangre que le extraen. En la hierba hay una espiral de humo y el olor de algo acre y quemado, como si, de hecho, alguien hubiera arrojado descuidadamente una cerilla sobre el césped mojado. Podría incendiar

la casa, si quisiera. Podría hacerse cargo del patio trasero, dejándolos demasiado asustados para hacer otra cosa que mirar por la ventana. El césped está plagado de crabgrass y malezas, y no se corta con la frecuencia suficiente. Aún así, las luciérnagas vienen aquí en julio. Los petirrojos siempre encuentran gusanos después de una tormenta. Este es el jardín donde crecieron sus hijas, y Sally estará condenada si deja que Jimmy la obligue a salir, considerando que él no valía ni dos centavos ni siquiera cuando estaba vivo. No se sentará en su jardín y amenazará a sus hijas.

"No tienes que preocuparte por esto", le dice Sally a Kylie. "Nosotros nos encargaremos de eso". Ella va a la puerta trasera y la abre, luego asiente con la cabeza hacia Gillian.

"¿Me?" Gillian ha estado tratando de sacar un cigarrillo del paquete con las manos temblando como las alas de un pájaro. No tiene intención de entrar en ese patio.

"Ahora", dice Sally, con esa extraña autoridad que tiene en estos momentos, los peores momentos, momentos de pánico y confusión cuando el primer instinto de Gillian es siempre correr en la otra dirección, lo más rápido y descuidadamente posible.

Salen juntos, tan cerca que cada uno puede sentir el latido del corazón del otro. Llovió toda la noche y ahora el aire pegajoso se mueve en espesas olas de color malva. Los pájaros no cantan esta mañana, está demasiado oscuro para eso. Pero la humedad ha alejado a los sapos del riachuelo detrás de la escuela secundaria, y tienen una especie de canción, un zumbido profundo que se eleva por el tranquilo vecindario. Los sapos están locos por los Snickers, que los adolescentes a veces les lanzan a la hora del almuerzo. Son dulces lo que buscan mientras recorren el vecindario, saltando por el césped blando y por los charcos de agua de lluvia que se han acumulado en las alcantarillas. Hace menos de media hora, el repartidor de periódicos pasó alegremente en bicicleta por encima de uno de los sapos más grandes, solo para descubrir que su bicicleta se dirigía directamente hacia un árbol, que arruinó su rueda delantera y se rompió dos huesos en su tobillo

izquierdo y se aseguró de que no hubiera No habría más entregas de periódicos por hoy.

Uno de los sapos del arroyo está a mitad de camino a través del césped, en un camino hacia el seto de lilas. Ahora que están afuera, las dos hermanas sienten frío; se sienten como antes en los días de invierno, cuando se envolvían en una vieja colcha en el salón de las tías y miraban por las ventanas cómo se formaba el hielo dentro de los cristales. Solo mirar las lilas hace que la voz de Sally baje naturalmente.

"Son más grandes de lo que eran ayer. Los está haciendo crecer. Lo está haciendo con odio o despecho, pero seguro que está funcionando ".

"Maldito seas, Jimmy", susurra Gillian.

"Nunca hables mal de los muertos", le dice Sally. Además, somos nosotros los que lo pusimos aquí. Ese pedazo de mierda ".

La garganta de Gillian se seca como el polvo. "¿Crees que deberíamos desenterrarlo de nuevo?"

"Oh, eso es bueno", dice Sally. "Eso es brillante. Entonces, ¿qué hacemos con él? Lo más probable es que hayan pasado por alto un millón de detalles. Un millón de formas para que él los haga pagar. "¿Y si alguien viene a buscarlo?"

"Nadie lo hará. Es el tipo de chico que evitas. A nadie le importa lo suficiente Jimmy como para buscarlo. Créame. Estamos a salvo cuando se trata de eso ".

"Lo buscaste", le recuerda Sally. "Lo encontraste."

Afuera, en un patio trasero vecino, una mujer cuelga sábanas blancas y jeans azules en un tendedero. Ya no lloverá, eso es lo que dicen en la radio. Será hermoso y soleado durante toda la semana, hasta finales de julio.

"Obtuve lo que pensé que me merecía", dice Gillian.

Es una declaración tan profunda y verdadera que Sally no puede creer que las palabras hayan salido de la boca descuidada de Gillian. Ambas

se midieron a sí mismas con dureza, y todavía lo hacen, como si nunca hubieran sido nada más que esas dos niñas sencillas, esperando en el aeropuerto a que alguien las reclamara.

"No te preocupes por Jimmy", le dice Sally a su hermana.

Gillian quiere creer que esto es posible, le pagaría un buen dinero, si tuviera alguno, pero niega con la cabeza, no convencida.

"Ya se ha ido", le asegura Sally. "Espera y verás."

El sapo en medio del césped se ha acercado. Honestamente, es bastante bonito, con la piel suave y llorosa y los ojos verdes. Es atento y paciente, y eso es más de lo que se puede decir de la mayoría de los seres humanos. Hoy, Sally seguirá el ejemplo del sapo y usará la paciencia como arma y escudo. Ella se ocupará de sus asuntos; pasará la aspiradora y cambiará las sábanas de las camas, pero mientras hace estas cosas estará esperando que Gillian, Kylie y Antonia salgan por el día.

Tan pronto como finalmente está sola, Sally se dirige al patio trasero. El sapo todavía está ahí; ha estado esperando junto con Sally. Se asienta más profundamente en la hierba cuando Sally va al garaje por las podadoras de setos, y está allí cuando las trae, junto con la escalera de mano que usa cuando quiere cambiar bombillas o buscar en los estantes superiores de la despensa.

Las tijeras están oxidadas y viejas, las dejaron los dueños anteriores de la casa, pero ciertamente harán el trabajo. El día ya se está volviendo caluroso y bochornoso, con el vapor saliendo de los charcos de lluvia a medida que se evaporan. Sally espera interferencia. Nunca antes había tenido experiencia con espíritus inquietos, pero asume que quieren aferrarse al mundo real. Casi espera que Jimmy se estire a través de la hierba y la agarre por el tobillo; no se sorprendería si se cortara la punta del pulgar o se cayera de la escalera. Pero su trabajo avanza con sorprendente facilidad. A un hombre como Jimmy, después de todo, nunca le va bien en este tipo de clima. Prefiere el aire acondicionado y varios paquetes de seis. Prefiere esperar a que caiga la noche. Si una mujer quiere trabajar bajo el sol, nunca será él quien la detenga; estaría

tumbado de espaldas, relajado a la sombra, antes de que ella tuviera tiempo de colocar la escalera.

Sin embargo, Sally está acostumbrada al trabajo duro, especialmente en pleno invierno, cuando pone la alarma a las cinco de la mañana para poder levantarse lo suficientemente temprano para quitar la nieve y hacer al menos una carga de ropa antes de que ella y las niñas salgan. . Se consideraba afortunada de conseguir el trabajo en la escuela secundaria para poder pasar tiempo con sus hijos. Ahora ve que era inteligente. Los veranos siempre le han pertenecido y siempre lo serán. Por eso puede tomarse su tiempo cortando los setos. Puede tomarse todo el día, si es necesario, pero para el crepúsculo esas lilas se habrán ido.

En la parte más alejada del patio, solo quedarán unos pocos tocones, tan oscuros y nudosos que no servirán más que para el hogar de un sapo. El aire estará tan quieto que será posible oír un solo mosquito; la última llamada del ruiseñor resonará y luego se desvanecerá. Cuando cae la noche, habrá un montón de ramas y flores en la calle, todas cuidadosamente atadas con una cuerda, listas para la recolección de basura por la mañana. Las mujeres que son llamadas a las lilas llegarán para ver que los setos han sido cortados al suelo, sus gloriosas flores no son más que basura esparcida por la cuneta y la calle. Ese es el momento en que se abrazarán y elogiarán las cosas simples y, por fin, se considerarán libres.

Hace doscientos años, la gente creía que un julio caluroso y húmedo significaba un invierno frío y miserable. La sombra de una marmota se estudió cuidadosamente como indicador del mal tiempo. La piel de una anguila se usaba comúnmente para prevenir el reumatismo. A los gatos nunca se les permitía entrar en una casa, ya que era bien sabido que podían succionar el aliento de un bebé, matando al pobre bebé en su cuna. La gente creía que había razones para todo y que podían adivinar estas razones fácilmente. Si no pudieron, entonces algo perverso debe estar actuando. No solo fue posible conversar con el diablo, sino que algunos entre ellos realmente hicieron tratos con él. Cualquiera que lo

hiciera siempre se descubriría al final, expuesto por su propia mala suerte o la terrible suerte de los cercanos.

Cuando un esposo y una esposa no podían tener un hijo, el esposo colocaba una perla debajo de la almohada de su esposa, y si ella aún no podía concebir, se hablaba de ella y se preocupaba por la verdadera naturaleza de su carácter. Si todas las fresas de cada parcela eran devoradas por tijeretas, de repente y de la noche a la mañana, entonces la anciana del camino, que estaba bizca y bebía hasta quedar inamovible como una piedra, era llevada al ayuntamiento para interrogarla. Incluso después de que una mujer demostró ser inocente de cualquier delito, si lograba caminar a través del agua y no se disolvía en humo y cenizas o si se descubría que las fresas en toda la Commonwealth habían sido afectadas, eso todavía no significaba que lo hubiera hecho. ser bienvenida en la ciudad o que alguien creyera que ella no era culpable de algo.

Éstas eran las actitudes predominantes cuando Maria Owens llegó por primera vez a Massachusetts con solo una pequeña cartera de pertenencias, su hija pequeña y un paquete de diamantes cosidos en el dobladillo de su vestido. María era joven y bonita, pero vestía toda de negro y no tenía marido. A pesar de esto, poseía suficiente dinero para contratar a los doce carpinteros que construyeron la casa en Magnolia Street, y estaba tan segura de sí misma y de lo que quería que pasó a asesorar a estos hombres en cuestiones tales como qué madera utilizar. la repisa de la chimenea en el comedor y cuántas ventanas se necesitaban para presentar la mejor vista del jardín trasero. La gente empezó a sospechar, ¿y por qué no deberían serlo? La bebé de Maria Owens nunca lloró, ni siquiera cuando fue mordida por una araña o picada por una abeja. El jardín de María nunca estuvo infestado de tijeretas o ratones. Cuando azotó un huracán, todas las casas de Magnolia Street resultaron dañadas, excepto la construida por los doce carpinteros; ninguna de las contraventanas se rompió, e incluso la ropa que se había olvidado en la línea permaneció en su lugar, ni una sola media se perdió.

Si Maria Owens decidió hablar contigo, te miró directamente a los ojos, incluso si eras mayor o mejor. Se sabía que hacía lo que quería, sin detenerse a deliberar sobre las consecuencias. Hombres que no deberían haberse enamorado de ella y estaban convencidos de que ella acudía a ellos en medio de la noche, encendiendo sus apetitos carnales. Las mujeres se sintieron atraídas por ella y quisieron confesar sus propios secretos en las sombras de su porche, donde la glicina había comenzado a crecer y ya se enrollaba alrededor de las barandillas pintadas de negro.

Maria Owens no prestó atención a nadie más que a ella misma, a su hija ya un hombre de Newburyport que ninguno de sus vecinos sabía que existía, aunque era muy conocido y muy respetado en su propia ciudad. Tres veces al mes, María abrigó a su bebé dormido, luego se puso su abrigo largo de lana y caminó por los campos, pasando por los huertos y los estanques llenos de gansos. Atraída por el deseo, viajó rápidamente, sin importar el clima. Algunas noches, la gente pensaba que la veían, con el abrigo ondeando detrás de ella, corriendo tan rápido que parecía que ya no tocaba el suelo. Puede haber hielo y nieve, puede haber flores blancas en cada manzano; era imposible saber cuándo caminaría María por los campos. Algunas personas ni siquiera sabían que ella pasaba por sus casas; simplemente oían algo más allá de donde vivían, donde crecían las frambuesas, donde dormían los caballos, y una oleada de deseo se filtraba sobre sus propias pieles, las mujeres en camión, los hombres agotados por el trabajo duro y el aburrimiento. de sus vidas. Siempre que veían a María a la luz del día, en la carretera o en una tienda, la miraban atentamente y no confiaban en lo que tenían ante ellos: la cara bonita, los ojos grises fríos, el abrigo negro, el aroma de algunos. flor que nadie en su ciudad supo nombrar.

Y luego, un día, un granjero puso alas a un cuervo en su maizal, una criatura que le había estado robando descaradamente durante meses. Cuando Maria Owens apareció a la mañana siguiente con el brazo en cabestrillo y la mano derecha envuelta en una venda blanca, la gente tuvo la certeza de conocer la razón. Fueron lo suficientemente educados cuando ella entró en sus tiendas, para comprar café o melaza o té, pero tan pronto como le dio la espalda, hicieron la señal del zorro,

levantando el meñique y el índice en el aire, ya que se sabía que este movimiento se deshacía. un hechizo. Observaron el cielo nocturno en busca de algo extraño; colgaban herraduras en las puertas, martilladas con tres fuertes clavos, y algunas personas guardaban ramos de muérdago en sus cocinas y salones para proteger a sus seres queridos del mal.

Todas las mujeres de Owens desde María han heredado esos ojos grises claros y el conocimiento de que no existe una defensa real contra el mal. María no estaba interesada en acosar a los agricultores y sus campos. Era el amor lo que la había herido. El hombre que era el padre de su hijo, a quien María había seguido a Massachusetts en primer lugar, había decidido que había tenido suficiente. Su ardor se había enfriado, al menos por María, y le había enviado una gran suma de dinero para mantenerla callada y fuera del camino. María se negó a creer que la trataría de esa manera; todavía no había podido reunirse con ella tres veces, y ella no podía esperar más. Fue a su casa en Newburyport, algo que él había prohibido absolutamente, y se había magullado el brazo y se había roto un hueso de la mano derecha al golpear la puerta. El hombre que amaba no respondía a sus gritos; en cambio, le gritó que se fuera, con una voz tan distante que cualquiera hubiera adivinado que eran poco más que extraños. Pero María no quiso irse, llamó y llamó, y ni siquiera notó que tenía los nudillos ensangrentados; ya habían comenzado a aparecer ronchas en su piel.

Finalmente, el hombre que amaba María envió a su esposa a la puerta, y cuando María vio a esta mujer sencilla en su camisón de franela, dio media vuelta y corrió todo el camino a casa, cruzando los campos a la luz de la luna, rápida como un ciervo, incluso más rápido, entrando en los sueños de la gente. A la mañana siguiente, la mayoría de la gente en la ciudad se despertó sin aliento, con las piernas temblando por el esfuerzo, tan cansada que parecía como si no hubieran pegado un ojo. María ni siquiera se dio cuenta de lo que se había hecho hasta que trató de mover su mano derecha y no pudo, y pensó que era apropiado que la hubieran marcado de esta manera. A partir de entonces, mantuvo las manos quietas.

Por supuesto, la mala suerte debe evitarse siempre que sea posible, y María siempre fue prudente cuando se trataba de cuestiones de suerte. Plantó árboles frutales en la oscuridad de la luna, y algunas de las plantas perennes más resistentes que ella cuidaba continuaban brotando entre las hileras del jardín de las tías; las cebollas siguen siendo tan ardientes y fuertes que es fácil entender por qué se pensaba que eran la mejor cura para las mordeduras de perro y los dolores de muelas. María siempre se aseguraba de llevar algo azul, incluso cuando era una anciana y no podía levantarse de la cama. El chal sobre sus hombros era azul como el paraíso, y cuando se sentó en el porche en su mecedora, era difícil saber dónde terminaba y dónde comenzaba el cielo.

Hasta el día de su muerte, María usó un zafiro que le había regalado el hombre que amaba, solo para recordarse a sí misma lo que era importante y lo que no. Durante mucho tiempo después de que ella se fue, algunas personas insistieron en que vieron una figura azul helado en los campos, a altas horas de la noche, cuando el aire estaba frío y tranquilo. Juraron que pasó por delante de los huertos, viajando hacia el norte, y que si estabas muy callado, si no te movías en absoluto, pero te quedabas sobre una rodilla junto a los viejos manzanos, su vestido rozaría contra ti, y desde ese día en adelante tendrías suerte en todos los asuntos, al igual que tus hijos después de ti, y sus hijos también.

En el pequeño retrato que las tías enviaron a Kylie por su cumpleaños, que llega en una caja de embalaje con dos semanas de retraso, María lleva su vestido azul favorito y su cabello oscuro está recogido con una cinta de raso azul. Este cuadro al óleo estuvo colgado en la escalera de la casa de Owens durante ciento noventa y dos años, en el rincón más oscuro del rellano, junto a las cortinas de damasco. Gillian y Sally pasaron junto a él mil veces mientras se dirigían a la cama, sin darle una segunda mirada. Antonia y Kylie jugaron juegos de parchís en el rellano durante sus vacaciones de agosto y ni siquiera notaron que había algo en la pared, aparte de telarañas y polvo.

Se dan cuenta ahora. Maria Owens está colgada sobre la cama de Kylie. Ella está tan viva en el lienzo, es obvio que el pintor estaba enamorado de ella cuando terminó este retrato. Cuando es tarde y la noche muy

tranquila, es casi posible verla inhalando y exhalando. Si un fantasma se planteara trepar por la ventana o filtrarse a través del yeso, podría pensarlo dos veces antes de enfrentarse a María. Se puede decir con solo mirarla que nunca se echó atrás ni valoró la opinión de nadie por encima de la suya. Ella siempre creyó que la experiencia no era simplemente la mejor maestra, era la única, por eso insistió en que el pintor incluyera el bulto en su mano derecha, donde nunca había sanado del todo.

El día que llegó el cuadro, Gillian llegó a casa del trabajo oliendo a patatas fritas y azúcar. Desde que Sally había cortado las lilas, cada día era mejor que el anterior. El cielo era más azul, la mantequilla puesta en la mesa era más dulce y era posible dormir toda la noche sin pesadillas ni miedos a la oscuridad. Gillian cantaba mientras limpiaba los mostradores del Hamburger Shack; silbó de camino a la oficina de correos o al banco. Pero cuando subió las escaleras y abrió la puerta de la habitación de Kylie para encontrarse cara a cara con María, dejó escapar un chillido que asustó a todos los gorriones en los patios de los vecinos y puso a los perros aullando.

"Qué sorpresa más terrible", le dijo a Kylie.

Gillian se acercó tanto a Maria Owens como se atrevió. Sintió la necesidad de cubrir el retrato con una toalla o de reemplazarlo por algo alegre y corriente, un cuadro de cachorros jugando al tira y afloja en tonos brillantes, o niños en una fiesta de té preparando pasteles para sus ositos de peluche. ¿Quién necesitaba el pasado allí mismo en la pared? ¿Quién necesitaba algo que alguna vez estuvo en la casa de las tías, en el rellano lúgubre, junto a las cortinas raídas?

"Esto es demasiado espeluznante para tenerlo en el dormitorio", le informó Gillian a su sobrina. "Lo estamos eliminando".

"María no es espeluznante", dijo Kylie. El cabello de Kylie estaba creciendo, dejándola con una raya marrón de media pulgada de ancho en el centro de su cabeza. Debería haberse visto extraña e inacabada; en cambio, se estaba volviendo aún más hermosa. De hecho, se parecía

a María; uno al lado del otro, incluso podrían parecer gemelos. "Me gusta", le dijo Kylie a su tía, y como era su dormitorio, eso fue todo.

Gillian afirmó que estaría demasiado nerviosa para dormir con María colgando encima de ellos, tendría pesadillas y tal vez incluso temblores, pero no es así como resultó. Ha dejado de pensar en Jimmy por completo y ya no le preocupa que alguien venga a buscarlo; si debía dinero o había hecho un mal trato, los hombres que habían sido agraviados ya habrían estado allí, habrían venido y tomado lo que querían y ya se habían ido. Ahora que el retrato de María está en la pared, Gillian ha estado durmiendo aún más profundamente. Cada mañana se despierta con una sonrisa en su rostro. No le tiene tanto miedo al patio trasero como solía estarlo, aunque de vez en cuando arrastra a Kylie hasta la ventana, solo para asegurarse de que Jimmy no ha regresado. Kylie siempre insiste en que no tiene nada de qué preocuparse. El jardín es claro y verde. Las lilas han sido cortadas tan cerca de sus raíces que pueden pasar años antes de que vuelvan a brotar. De vez en cuando algo proyecta una sombra sobre el césped, pero probablemente sea el sapo el que se ha instalado en las raíces de las lilas. Sabrían si fuera Jimmy, ¿no? Se sentirían más amenazados y mucho más vulnerables.

"No hay nadie ahí fuera", ha prometido Kylie. "El se fue." Y tal vez realmente lo esté, porque Gillian ya no llora, ni siquiera mientras duerme, y esos moretones que le dejó en los brazos han desaparecido, y ha comenzado a salir con Ben Frye.

La decisión de arriesgarse con Ben se le ocurrió de repente, mientras conducía a casa desde el trabajo en el Oldsmobile de Jimmy, que todavía tenía latas de cerveza traqueteando en algún lugar debajo del asiento. Ben continuó llamando varias veces al día, pero eso no podía continuar para siempre, a pesar de que tenía una paciencia increíble. Cuando era niño, había tardado ocho meses en aprender por sí mismo a escapar de un par de esposas de hierro. Antes de dominar el arte de poner un fósforo debajo de la lengua, se quemó el paladar una y otra vez, de modo que durante semanas no pudo consumir nada más que suero de leche y pudín. Las ilusiones que duraban solo unos segundos en un

escenario tardaban meses o incluso años en comprender y ejecutar. Pero el amor no se trataba de práctica y preparación, era pura casualidad; si se tomaba su tiempo con él, corría el riesgo de que se evaporara antes de que hubiera comenzado. Tarde o temprano, Ben estaba destinado a darse por vencido. Iría de camino a verla, tendría un libro bajo el brazo para pasar el tiempo mientras la esperaba en el porche, y de repente pensaría: No, así, sin más. el azul. Todo lo que Gillian tenía que hacer era cerrar los ojos y podía ver la expresión de duda que se extendía por su rostro. *Hoy no*, él decidiría y se daría la vuelta para ir a casa y probablemente nunca volvería.

Espechar sobre el momento en que Ben finalmente dejó de perseguirla hizo que Gillian se sintiera mal del estómago. El mundo sin él, sin sus llamadas telefónicas y su fe, no le interesaba en lo más mínimo. ¿Y de quién lo estaba protegiendo, en realidad? Esa chica descuidada que rompía el corazón de la gente y no pedía nada más que un buen rato se había ido. Jimmy se había encargado de eso. Esa chica estaba hace tanto tiempo y estaba tan lejos que Gillian ni siquiera podía recordar por qué había pensado que alguna vez había estado enamorada antes, o qué había pensado que estaba obteniendo de todos esos hombres, que nunca supieron de quién era. estaba en primer lugar.

Esa noche, cuando el cielo estaba pálido y azul y las latas de cerveza rodaban cada vez que pisaba el freno, Gillian hizo un giro en U ilegal y condujo hasta la casa de Ben Frye antes de que le fallaran los nervios. Se dijo a sí misma que era una adulta y que podía manejar un encuentro de adultos. No era necesario que ella se escapara, o que protegiera a alguien por su propia cuenta, o que hiciera algo más que dar un pequeño paso a la vez en la dirección que eligiera. De todos modos, pensó que podría desmayarse cuando Ben fue a abrir la puerta. Había planeado decirle que no estaba buscando un compromiso ni nada serio, no estaba segura de si iba a besarlo, y mucho menos a meterse en la cama con él, pero nunca llegó a decir nada de eso. , porque una vez que entró en el pasillo principal, Ben no estaba dispuesto a esperar.

Había pasado suficiente tiempo con paciencia, había cumplido su condena, ahora no tenía la intención de mirar más allá de lo que quería.

Comenzó a besar a Gillian antes de que ella pudiera mencionar que todavía lo estaba pensando. Sus besos la hacían sentir cosas que no quería sentir, al menos no todavía. La puso contra la pared y deslizó las manos por debajo de su blusa, y eso fue todo. Ella no dijo "Basta", no dijo "Espera", le devolvió el beso hasta que estuvo demasiado lejos para pensar en algo. Ben la estaba volviendo loca, y también la estaba probando; cada vez que la excitaba mucho, se detenía solo para ver qué haría y cuánto lo deseaba. Si no la llevaba al dormitorio pronto, se encontraría rogándole que la follara. Terminaba diciendo: *Por favor, cariño*, que es lo que solía decirle a Jimmy, aunque en realidad nunca lo decía en serio. No en ese entonces. Nunca es posible que una mujer se concentre en hacer el amor cuando está tan asustada. Demasiado asustado para respirar, demasiado asustado para pensar en decir: *No así. Duele demasiado cuando lo haces así.*

Le habló sucio a Jimmy porque sabía que eso ayudaba a ponerlo duro. Si hubiera estado bebiendo toda la noche y no pudiera levantarse, se volvería contra ella tan rápido que ella se tambalearía. Un minuto todo estaría bien, y al siguiente segundo el aire a su alrededor se incendiaría por la furia de lo que fuera que estuviera dentro de él. Cuando esto sucediera, él comenzaría a abofetearla o ella tendría que comenzar a decirle cuánto lo deseaba dentro de ella. Al menos tendría algo que ver con su enojo cuando Gillian le dijo que quería que se la follara toda la noche, lo deseaba tanto que haría cualquier cosa, él podía obligarla a hacer cualquier cosa. ¿Y no tenía perfecto derecho a estar enojado y hacer lo que quisiera? ¿No era tan mala que necesitaba ser castigada, y solo él podía hacerlo, él podía hacerlo bien?

La conversación y la violencia siempre excitaban a Jimmy, por lo que Gillian siempre comenzaba a hablar de inmediato. Ella fue lo suficientemente inteligente como para ponerlo duro rápidamente, para hablar mal y chuparle la polla, antes de que él comenzara a enojarse mucho. Entonces se la follaría, pero podía ser malo y egoísta también, y le gustaba cuando ella lloraba. Cuando ella lloró, supo que había ganado y, por alguna razón, eso era importante para él. No parecía saber que había ganado desde el principio, cuando ella lo vio por primera vez, cuando lo miró a los ojos por primera vez.

Tan pronto como terminaran con el sexo, Jimmy volvería a ser amable con ella, y valía casi cualquier cosa tenerlo cuando estaba así. Cuando se sentía bien y no tenía nada que demostrar, era el hombre del que ella se había enamorado tanto, era el que podía hacer que casi cualquier mujer creyera lo que quisiera. Es fácil olvidar lo que haces en la oscuridad, si es necesario. Gillian sabía que otras mujeres pensaban que tenía suerte y estuvo de acuerdo con ellas. Se había confundido, eso es lo que había sucedido. Había empezado a aceptar que el amor tenía que ser así, y en cierto modo tenía razón, porque con Jimmy tenía que ser así.

Gillian estaba tan acostumbrada a que alguien la pusiera sobre sus manos y rodillas a primera hora; estaba tan lista para que la golpearan y luego le dijeran que sería mejor chupar fuerte, que no podía creer que Ben estuviera pasando tanto tiempo besándola. Todos estos besos la estaban volviendo loca; le recordaba lo que podía sentir y cómo podía ser cuando deseabas a alguien tanto como él te deseaba a ti. Ben era tan diferente de Jimmy como cualquiera podría serlo. No estaba interesado en hacer llorar a nadie y luego hablar dulcemente con ella, como solía hacer Jimmy, y no necesitaba ayuda como Jimmy siempre lo hacía. Para cuando Ben le quitó las bragas, Gillian estaba completamente débil en las rodillas. Le importaba un comino ir al dormitorio, lo quería allí, lo quería ahora. Ya no tenía que debatir la posibilidad de estar con Ben Frye; esta relación ya había sucedido, había entrado directamente en ella y no estaba dispuesta a empezar a alejarse.

Hicieron el amor todo el tiempo que pudieron, allí mismo, en el pasillo, y luego fueron a la cama de Ben y durmieron durante horas, como si los

hubieran drogado. Mientras se estaban quedando dormidos, Gillian podría haber jurado que escuchó a Ben decir *Destino*, como si estuvieran destinados a estar juntos desde el principio y cada cosa que habían hecho en sus vidas los hubiera conducido a este momento. Si pensaras de esa manera, podrías quedarte dormido sin arrepentirte. Podrías poner toda tu vida en su lugar, con toda la tristeza y el dolor, y aún sentir que por fin tenías todo lo que siempre quisiste. A pesar de las pésimas probabilidades y todos los giros equivocados, es posible que descubra que fue usted quien ganó.

Cuando Gillian se despertó, era de noche y la habitación estaba a oscuras, excepto por algo que parecía ser una nube blanca a los pies de la cama. Gillian se preguntó si estaba soñando, si tal vez se había levantado de su cuerpo para flotar sobre sí misma y la cama que había estado compartiendo con Ben Frye. Pero cuando se pellizcó, le dolió. Esta seguía siendo ella, de acuerdo. Pasó la mano por la espalda de Ben, solo para asegurarse de que él también fuera real. De hecho, era lo suficientemente real como para asustarla; sus músculos y su piel y el calor de su cuerpo dormido hicieron que ella lo deseara de nuevo, y se sintió tonta, como una colegiala que no se detiene a considerar las consecuencias.

Gillian se sentó, la sábana blanca la envolvió y descubrió que la nube al pie de la cama no era más que el conejo mascota de Ben, Buddy, que saltó a su regazo. Hace solo unas semanas, Gillian había estado en el desierto de Sonora, tapándose las orejas con las manos, mientras Jimmy y dos de sus amigos disparaban contra los perros de la pradera. Mataron a trece de ellos, y Gillian pensó que era una suerte terrible. Se había puesto temblorosa y pálida, demasiado alterada para ocultarlo. Afortunadamente, Jimmy estaba de muy buen humor, ya que había atrapado más perros de la pradera que sus amigos, disparando a ocho, si incluía a los dos bebés. Se acercó y rodeó a Gillian con sus brazos. Cuando la miró de esta manera, ella entendió por qué se había sentido tan atraída por él y por qué estaba quieta. Podía hacer que pareciera que eras la única persona en el universo; podría caer una bomba, podría caer un rayo, simplemente no quitaba los ojos de ti.

"El único roedor bueno es un roedor muerto", le había dicho Jimmy. Olía a cigarrillos y calor y estaba tan vivo como podría estarlo un ser humano. "Confía en mí en esto. Cuando veas uno, dispara a matar".

Jimmy se habría reído mucho al verla en la cama con un roedor. Gillian apartó al conejo, luego se levantó y se dirigió a la cocina por un vaso de agua. Estaba desorientada y confundida. No sabía qué estaba haciendo en la casa de Ben, aunque era sorprendentemente cómoda, con bonitos muebles de pino viejo y estanterías llenas de libros. La mayoría de los hombres con los que Gillian había estado involucrada habían evitado la cocina, algunos ni siquiera parecían ser conscientes de que sus propias casas tenían esas habitaciones, con estufas y fregaderos, pero aquí la cocina estaba bien utilizada: había una mesa de pino desgastado, repletos de libros de texto de ciencias y menús de restaurantes chinos, y cuando miró, Gillian descubrió que en realidad había comida en el refrigerador: varias cazuelas de lasaña y soufflé de brócoli con queso, un cartón de leche, embutidos, embotellados agua, racimos de zanahorias. Justo antes de que tuvieran que salir de Tucson con tanta prisa, no había nada en su refrigerador más que seis paquetes de Budweiser y Diet Coke. Un paquete de burritos congelados estaba encajado en la parte trasera cerca de las bandejas de hielo, pero todo lo que quedaba en el congelador siempre se descongelaba, luego se volvía a congelar y era mejor dejarlo solo.

Gillian se sirvió una botella de agua elegante y, cuando se volvió, vio que el conejo la había seguido.

"Vete", le dijo, pero él no lo haría.

Buddy había tomado a Gillian de una manera importante. Se golpeó la pierna, como siempre hacen los conejos enamorados. No le prestó atención a su ceño fruncido, ni al hecho de que ella le agitara las manos, como si fuera un gato al que ahuyentar. La siguió hasta la sala de estar. Cuando Gillian se detuvo, Buddy se sentó en la alfombra y la miró.

"Deja esto ahora mismo", dijo Gillian.

Ella movió el dedo y lo miró, pero Buddy se quedó donde estaba. Tenía grandes ojos marrones bordeados de rosa. Se veía serio y digno, incluso

cuando se lavaba las patas con la lengua.

"Solo eres un roedor", le dijo Gillian. "Eso es todo lo que eres".

Gillian sintió ganas de llorar, ¿y por qué no debería hacerlo? Ella nunca podría estar a la altura de la versión que Ben tenía de ella; tenía todo un secreto y un horrible pasado que esconder. Solía follar con hombres en coches aparcados sólo para demostrar que le importaba un comino; solía contar sus conquistas y reír. Se sentó en el sofá que Ben había encargado de un catálogo cuando el viejo se quedó raído. Era un sofá muy bonito, hecho con una tela de pana de color ciruela. Justo el tipo de sofá que Gillian habría visto en una revista y hubiera deseado para ella, si tuviera una casa, dinero o incluso una dirección permanente a la que enviar catálogos y revistas. Ni siquiera estaba segura de poder tener una relación normal. ¿Y si se cansaba de que alguien fuera amable con ella? ¿Y si ella no podía hacerlo feliz? ¿Y si Jimmy hubiera tenido razón y ella hubiera pedido que la golpearan? Tal vez no en voz alta, pero de alguna manera anónima de la que ella no estaba al tanto. ¿Y si lo hubiera arreglado para que ella realmente lo necesitara ahora?

El conejo saltó y se sentó a sus pies.

"Estoy jodido", le dijo Gillian.

Se acurrucó en el sofá y lloró, pero ni siquiera eso asustó al conejo. Buddy había pasado mucho tiempo en la sala de niños del hospital de Turnpike. Todos los sábados, durante el acto de magia de Ben, lo sacaban de un sombrero viejo que olía a alfalfa y sudor. Buddy estaba acostumbrado a las luces brillantes y a la gente llorando, y siempre se portaba bien. Nunca había mordido a un niño ni una sola vez, ni siquiera cuando lo habían empujado o molestado. Ahora, se incorporó sobre sus patas traseras y se equilibró con cuidado, tal como le habían enseñado.

"No trates de animarme", dijo Gillian, pero de todos modos lo hizo. Cuando Ben salió del dormitorio, Gillian estaba sentada en el suelo con Buddy, dándole de comer uvas sin semillas.

"Este es un personaje inteligente", dijo Gillian. La sábana que había tomado de la cama la envolvía descuidadamente y su cabello sobresalía como un halo. Ahora se sentía más tranquila y más ligera de lo que se había sentido durante bastante tiempo. "Vaya, puede encender la lámpara de pie saltando el interruptor. Puede sostener esta botella de agua entre sus patas y beber un poco sin derramar una gota. Nadie que no lo hubiera visto lo creería. Lo siguiente que sé es que me dirás que está entrenado para usar la arena como un gato".

"Él es."

Ben estaba de pie junto a la ventana y, bajo la pálida luz nueva, parecía haber dormido el profundo sueño de los ángeles; nadie adivinaría cómo había entrado en pánico cuando se despertó y descubrió que Gillian se había ido de su cama. Había estado dispuesto a correr calle abajo, llamar a la policía y exigir un grupo de búsqueda. En esos momentos en que se había levantado de la cama, había adivinado que de alguna manera se las había arreglado para perderla, como había perdido todo lo demás en su vida, pero aquí estaba ella, envuelta en la sábana de su cama. Si fuera honesto consigo mismo, tendría que admitir que tenía un miedo real de que la gente desapareciera sobre él, razón por la cual recurrió a la magia en primer lugar. En el acto de Ben Frye, lo que desaparecía siempre reaparecía, ya fuera un anillo o una moneda de veinticinco centavos o el propio Buddy. A pesar de todo esto, Ben se había enamorado de la mujer más impredecible que había conocido. Y no pudo luchar contra eso; ni siquiera quería intentarlo. Deseó poder atarla en su habitación, con cuerdas de seda; deseaba no tener que dejarla ir nunca. Se agachó junto a Gillian con pleno conocimiento de que él era el que estaba atado. Quería pedirle que se casara con él, que nunca lo abandonara; en lugar de eso, buscó debajo de la almohada del sofá, luego agitó el brazo y sacó una zanahoria de la nada. Por primera vez, Buddy ignoró la comida; se acercó más a Gillian.

"Veo que tengo un rival", dijo Ben. "Puede que tenga que cocinarlo".

Gillian tomó al conejo en sus brazos. Todo el tiempo que Ben había estado durmiendo, ella había estado diseccionando su pasado. Ahora, ella había terminado con eso. No iba a dejar que la niña sentada en los

polvorientos escalones traseros de la cocina de las tías la controlara. No iba a permitir que ese idiota que se había enredado con Jimmy dominara su vida. "Buddy es probablemente el conejito más inteligente de todo el país. Es tan inteligente que probablemente me invitará a cenar mañana por la noche".

Ben tenía claro que le debía al conejo una deuda de gratitud. Si no fuera por Buddy, tal vez Gillian se habría ido sin decir adiós; en cambio, se quedó, lloró y reconsideró. Y así, en honor a Buddy, Ben preparó sopa de zanahoria la noche siguiente, una ensalada de lechuga y una olla de conejo galés, que Gillian se sintió extremadamente aliviada al escuchar que no era más que queso derretido servido con pan. Un plato de ensalada y un tazón pequeño de sopa habían sido colocados en el suelo para Buddy. El conejo fue acariciado y agradecido, pero después de la cena lo llevaron a su jaula de carga para pasar la noche. No querían que rascara la puerta del dormitorio; no querían ser molestados, ni por Buddy ni por nadie más.

Desde entonces, han estado juntos todas las noches. Justo en el momento en que Gillian sale del trabajo, Buddy se dirige a la puerta principal y camina, agitado, hasta que llega Gillian, que huele a papas fritas y jabón de hierbas. Los adolescentes de Hamburger Shack la siguen a mitad de camino por la autopista de peaje, pero se detienen cuando gira hacia la calle de Ben. En el otoño, estos chicos se inscribirán en el curso de biología de Ben Frye, incluso los perezosos y estúpidos que siempre han reprobado ciencias antes. Se dan cuenta de que el Sr. Frye sabe algo y que es mejor que aprendan lo que sea y aprendan rápido. Pero estos chicos pueden estudiar todo el semestre, pueden llegar a tiempo a todos los laboratorios, todavía no aprenderán lo que Ben sabe hasta que se enamoren perdidamente. Cuando no les importa si hacen el ridículo, cuando arriesgarse parece lo más seguro y caminar sobre la cuerda floja o lanzarse a rápidos de aguas bravas se siente como un juego de niños en comparación con un solo beso, entonces lo harán. comprender.

Pero por ahora, estos chicos no saben nada sobre el amor, y seguro que no conocen a las mujeres. Nunca hubieran imaginado que la razón por

la que Gillian deja caer tazas humeantes de café caliente mientras espera a la gente en el Hamburger Shack es que no puede dejar de pensar en las cosas que Ben le hace cuando están en su cama. Se pierde conduciendo a casa cada vez que piensa en la forma en que él le susurra; ella está tan caliente y confundida como una adolescente.

Gillian siempre se ha considerado una forastera, por lo que ha sido un gran alivio descubrir que Ben no es tan normal como pensaba originalmente. Puede pasar fácilmente tres horas en el Owl Café un domingo por la mañana, pidiendo platos de panqueques y huevos; la mayoría de las camareras han salido con él y se ponen soñadoras cuando viene a desayunar, llevándole café gratis e ignorando a quien sea que sea su compañero. Se mantiene hasta tarde; es increíblemente rápido debido a toda su práctica con cartas y bufandas, y puede atrapar un gorrión o un carbonero en medio del vuelo con solo alcanzar el aire.

Las inesperadas facetas de la personalidad de Ben realmente han sorprendido a Gillian, quien nunca hubiera imaginado que un profesor de biología de secundaria sería tan fanático de los nudos, y que querría atarla a la cama o que después de su experiencia anterior, ella lo haría. considerar, luego aceptar, y finalmente encontrarse suplicando por ello. Cada vez que Gillian ve un paquete de cordones de zapatos o una bola de hilo en la ferretería, se emociona por completo. Tiene que correr a casa de Sally para poder sacar algunos cubitos de hielo del congelador y pasarlos por sus brazos y dentro de sus muslos solo para enfriar su deseo.

Después de que encontró varios pares de esposas en el armario de Ben, que a menudo usa en su acto de magia, los cubitos de hielo no fueron suficientes. Gillian tuvo que ir al patio, abrir la manguera y hacer correr una ducha de agua sobre su cabeza. Estaba ardiendo al pensar en lo que Ben podría hacer con esas esposas. Ella desearía haber visto su sonrisa cuando entró en la habitación y descubrió que los había dejado en su escritorio, pero él captó la indirecta. Esa noche se aseguró de que la llave estuviera lo suficientemente lejos para que ninguno de los dos pudiera alcanzarla desde la cama. Le hizo el amor durante tanto tiempo que le dolió, y aun así no habría pensado en pedirle que se detuviera.

Ella quiere que él nunca se detenga, eso es lo que pasa, eso es lo que la pone nerviosa, ya que siempre era al revés. Incluso con Jimmy, era el hombre quien la deseaba, y así le gustaba a ella. Cuando quieres a alguien estás en su poder. Sintién dose como lo hace, Gillian ha ido a la escuela secundaria, donde Ben ha estado preparando su salón de clases para el otoño, para pedirle que le haga el amor. No puede esperar a que vuelva a casa, no puede esperar a que caiga la noche, a los dormitorios y las puertas cerradas. Ella viene a abrazarlo y luego le dice que lo quiere ahora mismo. No es como Jimmy; ella realmente lo dice en serio. Lo dice tanto que ni siquiera recuerda haberle dicho estas mismas palabras a nadie más. En lo que a ella respecta, nunca lo hizo.

Todos en el distrito escolar conocen a Ben y Gillian; la noticia ha atravesado el barrio como un incendio de hierba. Incluso el conserje ha felicitado a Ben por su buena suerte. Son la pareja vigilada por los vecinos y comentada en la ferretería y en el bar de Bruno's Tavern. Los perros los siguen cuando salen a pasear; los gatos se congregan en el patio trasero de Ben a la medianoche. Cada vez que Gillian se sienta en una roca en el embalse con un cronómetro para cronometrar a Ben mientras corre, los sapos salen del barro para cantar su canción profunda y sin sangre, y cuando Ben termina su carrera, tiene que pasar por encima una masa de cuerpos húmedos de color gris verdoso para ayudar a Gillian a bajar de su roca.

Si salen juntos y Ben se encuentra accidentalmente con uno de sus estudiantes, se pone serio y comienza a hablar sobre el examen final del año pasado o el nuevo equipo que instalará en el laboratorio o en la feria de ciencias del condado en octubre. Las chicas que han estado en sus clases se quedan boquiabiertas y mudas en su presencia; los chicos están tan ocupados mirando a Gillian que no prestan atención a una palabra de lo que dice. Pero Gillian lo escucha. Le encanta escuchar a Ben hablar de ciencia. Le da un vuelco el estómago de deseo cuando empieza a hablar de células. Si menciona el páncreas o el hígado, es todo lo que puede hacer para mantener sus manos fuera de él. Es tan inteligente, pero eso no es lo único que le afecta a Gillian, él también actúa como si lo fuera. Él asume que ella puede entender de qué diablos está hablando, y como un milagro, lo hace. Por primera vez capta la

diferencia entre una vena y una arteria. Conoce todos los órganos principales y, lo que es más, puede recitar la función de cada uno, sin mencionar su ubicación en el cuerpo humano.

Un día, Gillian se sorprende por completo conduciendo hasta el colegio comunitario e inscribiéndose en dos clases que comienzan en el otoño. Ni siquiera sabe si estará aquí en septiembre, pero si se queda, estudiará ciencias de la tierra y biología. Por la noche, cuando llega a casa después de estar con Ben, Gillian va a la habitación de Antonia y toma prestado su libro de texto de Biología I. Lee sobre sangre y huesos. Traza el sistema digestivo con la punta de su dedo. Cuando llega al capítulo de genética, se queda despierta toda la noche. La noción de que hay una progresión y una secuencia de posibilidades cuando se trata de quién puede ser y será un humano es emocionante. El retrato de Maria Owens sobre la cama de Kylie parece ahora tan seguro y tan claro como una ecuación matemática; algunas noches Gillian se encuentra mirándolo y tiene la sensación de que se está mirando en un espejo. *Por supuesto*, ella siempre piensa entonces. Matemáticas más deseo es igual a quien eres. Por primera vez ha comenzado a apreciar sus propios ojos grises.

Ahora, cuando ve a Kylie, que se parece lo suficiente a ella como para que los extraños asuman que son madre e hija, Gillian siente la conexión en su sangre. Lo que siente por Kylie es ciencia y afecto a partes iguales; haría cualquier cosa por su sobrina. Se pararía frente a un camión y cambiaría varios años de su vida para asegurar la felicidad de Kylie. Y, sin embargo, Gillian está tan ocupada con Ben Frye que no se da cuenta de que Kylie apenas le habla a pesar de todo este afecto. Nunca adivinaría que Kylie se ha sentido usada y rechazada desde que Ben entró en escena, lo cual es especialmente doloroso para ella, desde que se puso del lado de su tía contra su madre en la debacle del cumpleaños. A pesar de que Gillian también se puso de su lado y es la única en la tierra que trata a Kylie como a una adulta en lugar de a una bebé, Kylie se ha sentido traicionada.

En secreto, Kylie ha hecho cosas malas, trucos desagradables dignos de la malicia de Antonia. Puso cenizas en los zapatos de Gillian, para que

los dedos de los pies de su tía estuvieran sucios y manchados, e incluso agregó un poco de pegamento por si acaso. Vertió una lata de atún por el desagüe de la bañera y Gillian terminó bañándose en agua aceitosa que tenía un olor tan fuerte que cuatro gatos callejeros saltaron por la ventana abierta.

"¿Hay algo mal?" Gillian preguntó un día cuando se volvió y vio a Kylie mirándola.

"¿Equivocado?" Kylie parpadeó. Sabía lo inocente que podía parecer si quisiera. Podría ser una chica extremadamente buena, tal como solía ser. "¿Qué te haría preguntar eso?"

La misma noche, Kylie recibió cinco pizzas de anchoas en la casa de Ben Frye. Estar resentido era un sentimiento terrible; quería estar feliz por Gillian, de verdad lo quería, pero parecía que no podía manejarlo hasta que un día vio a Gillian y Ben caminando juntos por la escuela secundaria. Kylie se dirigía a la piscina de la ciudad, con una toalla sobre el hombro, pero se detuvo donde estaba, en la acera frente a la casa de la Sra. Jerouche, aunque se sabía que la Sra. Jerouche venía detrás de ti con una manguera si caminaba por su césped y tenía un cocker spaniel malvado, una perra premiada llamada Mary Ann, que comía gorriones y babeaba y mordía a los niños pequeños en los tobillos y las rodillas.

Un círculo de luz amarillo pálido parecía flotar alrededor de Ben y Gillian; la luz se elevó más y luego se extendió en abanico, cruzando la calle y por encima de los tejados. El aire mismo se había vuelto a limón, y cuando Kylie cerró los ojos sintió que estaba en el jardín de las tías. Si te sentaras a la sombra durante el calor de agosto y frotaste el tomillo de limón entre tus dedos, el aire se volvía tan amarillo que juraría que un enjambre de abejas se había reunido sobre ti, incluso en los días en que no había hecho nada más que llover. . En ese jardín, en los días calurosos y tranquilos, era fácil pensar en posibilidades que nunca antes se le habían pasado por la cabeza. Era como si la esperanza hubiera aparecido de la nada, para instalarse a tu lado, y no iba a ninguna parte, no te iba a abandonar ahora.

La tarde en que Kylie se paró frente a la casa de la Sra. Jerouche, ella no fue la única que sintió algo inusual en el aire. Un grupo de niños que jugaban kickball se detuvo, aturdidos por el dulce aroma que llegaba desde los tejados, y se frotaron la nariz. El más joven se volvió y corrió a casa y le suplicó a su madre que le diera un bizcocho de limón, calentado y untado con miel. Las mujeres se asomaban a las ventanas, apoyaban los codos en los alféizares y respiraban más profundamente que en años. Ya ni siquiera creían en la esperanza, pero aquí estaba, en las copas de los árboles y en las chimeneas. Cuando estas mujeres miraron hacia la calle y vieron a Gillian y Ben, abrazados, algo dentro de ellas comenzó a doler y sus gargantas se secaron tanto que solo la limonada podía saciar su sed, e incluso después de una jarra entera, todavía querían. más.

Fue difícil enfadarse con Gillian después de eso, era imposible resentirse con ella o incluso sentirse menospreciado. Gillian era tan intensa cuando se trataba de Ben Frye que la mantequilla en la casa de Sally seguía derritiéndose, como sucede cuando el amor está bajo un techo. Incluso las barras de mantequilla en el refrigerador se derretirían, y cualquiera que quisiera un poco tendría que verterlo sobre una tostada o medirlo con una cucharada.

En las noches en que Gillian se acuesta en la cama y lee biología, Kylie se estira en su propia cama y hojea revistas, pero en realidad está mirando a Gillian. Se siente afortunada de estar aprendiendo sobre el amor de alguien como su tía. Ha escuchado a la gente hablar; incluso aquellos que sienten la necesidad de señalar que Gillian es basura parecen envidiarla de alguna manera. Gillian puede ser mesera en Hamburger Shack, puede tener pequeñas arrugas alrededor de los ojos y la boca debido a todo ese sol de Arizona, pero ella es de la que está enamorado Ben Frye. Ella es la que tiene esa sonrisa en su rostro, día y noche.

"Adivina cuál es el órgano más grande del cuerpo humano", le pregunta Gillian a Kylie una noche cuando ambos están en la cama leyendo.

"Piel", dice Kylie.

"Sabio", le dice Gillian. "Saberlo todo."

"Todo el mundo está celoso de que tengas al Sr. Frye", dice Kylie.

Gillian sigue leyendo su libro Bio I, pero eso no significa que no esté escuchando. Tiene la capacidad de hablar de una cosa y concentrarse en otra. Lo aprendió de todo el tiempo que pasó con Jimmy.

"Eso lo hace sonar como si fuera algo que compré en una tienda. Como si fuera una toronja, o algo en oferta, y lo conseguí a mitad de precio ". Gillian arruga la nariz. "De todos modos, no fue suerte".

Kylie se pone boca abajo para poder estudiar el rostro soñador de su tía. "Entonces, ¿qué fue?"

"Destino." Gillian cierra su libro de texto de biología. Tiene la mejor sonrisa del mundo, Kylie sin duda se lo concederá. "Destino."

Kylie piensa en el destino toda la noche. Piensa en su padre, a quien sólo recuerda de una sola fotografía. Piensa en Gideon Barnes, porque podría enamorarse de él si se lo permitiera, y sabe que él también podría enamorarse de ella. Pero Kylie no está tan segura de que eso sea lo que quiere. No está segura de si está lista todavía o si alguna vez lo estará. Últimamente, es tan sensible y sintonizada que puede captar los sueños de Gillian mientras duerme en la cama de al lado, sueños tan escandalosos y calientes que Kylie se despierta excitada, y luego se siente más avergonzada y confundida que nunca.

Tener trece años no es lo que esperaba. Es solitario y nada divertido. A veces siente que se ha topado con un mundo secreto que no comprende. Cuando se mira a sí misma en el espejo, simplemente no puede decidir quién es. Si alguna vez lo averigua, sabrá si debería teñirse el pelo de rubio o castaño, pero por ahora, está en el medio. Ella está en el medio de todo. Echa de menos a Gideon; va al sótano y saca su tablero de ajedrez, que siempre le recuerda a él, pero no se atreve a llamarlo. Cuando se encuentra con alguna de las chicas con las que va a la escuela y la invitan a nadar o al centro comercial, Kylie no está interesada. No es que a ella no le gusten; es solo que no quiere que vean quién es ella en realidad, cuando ella misma no lo sabe.

Lo que sí sabe es que pueden suceder cosas horribles si no tienes cuidado. El hombre del jardín le ha enseñado esto, y es una lección que no olvidará pronto. El dolor está por todas partes; es simplemente invisible para la mayoría de la gente. La mayoría de las personas encontrarán una manera de evitar ser conscientes de la agonía: tomarán un buen trago fuerte, nadarán cien vueltas o no comerán nada en todo el día, excepto una pequeña manzana pulida y una lechuga. pero Kylie no es así. Es demasiado sensible y su capacidad para sentir el dolor de los demás es cada vez más fuerte. Si pasa a un bebé en su cochecito y él llora hasta ponerse rojo de frustración y negligencia, la propia Kylie estará de mal humor por el resto del día. Si un perro pasa cojeando con una piedra incrustada en la pata, o una mujer que compra fruta en el supermercado cierra los ojos y se detiene para recordar a un niño que se ahogó hace quince años, al que amaba tanto, Kylie comienza a sentirse como si estuviera se va a desmayar.

Sally mira a su hija y se preocupa. Ella sabe lo que sucede cuando reprimes tu dolor, sabe lo que se ha hecho a sí misma, los muros que ha construido, la torre que ha construido, piedra por piedra. Pero son muros de dolor, y la torre está empapada en mil lágrimas, y eso no es una protección; todo caerá al suelo con un solo toque. Cuando ve a Kylie subir las escaleras hacia su dormitorio, Sally siente que se está construyendo otra torre, tal vez una sola piedra, pero es suficiente para enfriarla. Intenta hablar con Kylie, pero cada vez que se acerca a ella, Kylie sale corriendo de la habitación y cierra la puerta detrás de ella.

"¿No puedo tener privacidad?" es lo que Kylie responde a casi cualquier pregunta que hace Sally. "¿No puedes dejarme en paz?"

Las madres de otras niñas de trece años le aseguran a Sally que ese comportamiento es normal. Linda Bennett, vecina, insiste en que esta tristeza adolescente es temporal, a pesar de que su hija Jessie, a quien Kylie siempre ha evitado, describiéndola como una perdedora y una nerd, recientemente cambió su nombre a Isabella y le ha perforado el ombligo y la nariz. Pero Sally no esperaba pasar por esto con Kylie, quien siempre ha sido tan abierta y bondadosa. Trece con Antonia no fue una gran sorpresa, ya que ella siempre había sido egoísta y grosera.

Incluso Gillian no se volvió loca hasta la escuela secundaria, cuando los chicos se dieron cuenta de lo hermosa que era, y Sally nunca se dio permiso para mostrarse malhumorada e irrespetuosa. No creía que tuviera el lujo de contestar; que ella supiera, nada era legal. Las tías no tenían que quedarse con ella. Tenían todo el derecho a expulsarla, y ella no estaba dispuesta a darles una razón para hacerlo. A los trece, Sally preparó la cena, lavó la ropa y se fue a la cama a tiempo. Nunca pensó en si tenía privacidad o felicidad o cualquier otra cosa. Ella nunca se atrevió a hacerlo.

Ahora, con Kylie, Sally se detiene, pero no es fácil de hacer. Mantiene la boca cerrada y todas sus opiniones y buenos consejos para sí misma. Ella se estremece cuando Kylie golpea las puertas; ella llora al ver su dolor. A veces, Sally escucha fuera de la habitación de su hija, pero Kylie ya no se molesta en confiar en Gillian. Incluso eso sería un alivio, pero Kylie se ha alejado de todos. Lo máximo que puede hacer Sally es ver cómo el aislamiento de Kylie se convierte en un círculo: cuanto más solo estás, más te alejas, hasta que los humanos parecen una raza alienígena, con costumbres y un lenguaje que no puedes empezar a entender. Esta Sally lo sabe mejor que la mayoría. Lo sabe a altas horas de la noche, cuando Gillian está en casa de Ben Frye, y las polillas golpean contra las pantallas de las ventanas, y se siente tan separada de la noche de verano que esas pantallas también podrían ser piedras.

Parece que Kylie pasará todo el verano sola en su habitación, cumpliendo condena con la misma certeza que si estuviera en prisión. Julio termina con temperaturas en los noventa, día tras día. El calor ha provocado que aparezcan manchas blancas detrás de los párpados de Kylie cada vez que parpadea. Las manchas se convierten en nubes, y las nubes se elevan, y la única forma de deshacerse de ellas es hacer algo. De repente ella lo sabe. Si no hace algo, podría quedarse atrapada aquí. Otras chicas seguirán, seguirán adelante y tendrán novios y cometerán errores, y ella estará exactamente igual, congelada. Si no hace un movimiento pronto, todos la pasarán de largo y ella seguirá siendo una niña, con miedo de salir de su habitación, con miedo de crecer.

Al final de la semana, cuando el calor y la humedad hacen imposible cerrar puertas o ventanas, Kylie decide hornear un pastel. Es una pequeña concesión, un pequeño paso hacia atrás en el mundo. Kylie sale a comprar los ingredientes y cuando llega a casa son noventa y seis a la sombra, pero eso no la detiene. Ella está motivada por este proyecto suyo, casi como si creyera que se salvará con este pastel. Gira el horno a cuatrocientos grados y se pone a trabajar, pero no es hasta que la masa está lista y los moldes engrasados que se da cuenta de que está a punto de hornear el pastel favorito de Gideon.

Toda la tarde, el pastel permanece en la encimera de la cocina, helado y sin tocar, en una bandeja azul. Cuando cae la noche, Kylie todavía no sabe qué hacer. Gillian está en casa de Ben, pero nadie contesta el teléfono cuando Kylie llama para preguntarle a Gillian si cree que es una tontería por su parte ir a casa de Gideon. ¿Por qué quiere ella siquiera? ¿Qué le importa a ella? Él fue el que fue grosero; ¿No debería ser él quien dé el primer paso? Debería traerle el maldito pastel, de hecho, un bizcocho con chispas de chocolate con glaseado de arce, o moka si eso es lo mejor que puede hacer.

Kylie va a sentarse junto a la ventana de su dormitorio en busca de aire fresco y, en cambio, descubre un sapo sentado en el alféizar. Un manzano silvestre crece justo afuera de su ventana, un espécimen miserable que casi nunca florece. El sapo debió encontrar su camino a lo largo del tronco y las extremidades, luego saltó a su ventana. Es más grande que la mayoría de los sapos que puedes encontrar cerca del arroyo y es increíblemente tranquilo. No parece asustado, ni siquiera cuando Kylie lo levanta y lo sostiene en su mano. Este sapo le recuerda a los que ella y Antonia solían encontrar en el jardín de las tías cada verano. Les encantaba el repollo y la lechuga de hoja y saltaban detrás de las niñas, pidiendo golosinas. A veces, Antonia y Kylie salían corriendo, solo para ver qué tan rápido podían ir los sapos; Corrían hasta derrumbarse de la risa, en el polvo o entre las hileras de frijoles, pero no importa qué tan lejos hubieran llegado, cuando se dieran la vuelta, los sapos les pisarían los talones, con los ojos abiertos y sin parpadear.

Kylie deja el sapo en su cama, luego se dirige a buscar un poco de lechuga. Se siente culpable y tonta por haber escuchado a Antonia todas esas veces que obligaron a los sapos a perseguirlos. Ella ya no es tan tonta; tiene más sentido común y mucha más compasión. Todo el mundo está fuera y la casa está más tranquila que de costumbre. Sally está en una reunión que Ed Borelli ha convocado para planificar la apertura de la escuela en septiembre, una realidad que ninguno de los miembros del personal de la oficina se preocupa por reconocer como inevitable. Antonia está en el trabajo, mirando el reloj y esperando que aparezca Scott Morrison. Abajo, en la cocina, está tan silencioso que el agua del grifo que gotea hace eco. El orgullo es algo divertido; puede hacer que lo que realmente no tiene valor parezca un tesoro. Tan pronto como lo sueltas, el orgullo se reduce al tamaño de una mosca, pero sin cabeza, sin cola y sin alas con las que levantarse del suelo.

De pie en la cocina, Kylie apenas puede recordar algo de lo que importaba tanto hace tan solo unas horas. Todo lo que sabe es que si espera mucho más, el pastel comenzará a ponerse rancio, o las hormigas lo comerán, o alguien entrará y cortará un trozo. Ella irá a casa de Gideon ahora mismo, antes de que pueda cambiar de opinión.

No hay lechuga en el refrigerador, por lo que Kylie toma el primer comestible interesante que espía: la mitad de un Snickers sin comer que Gillian dejó para derretir en la encimera. Kylie está a punto de subir corriendo las escaleras, pero cuando se da vuelta ve que el sapo la ha seguido.

Demasiado hambriento para esperar, adivina Kylie.

Toma el sapo en su mano y rompe una pequeña astilla de la barra de chocolate. Pero entonces sucede lo más extraño: cuando va a alimentar al sapo, éste abre la boca y escupe un anillo.

"Caramba." Kylie se ríe. "Gracias."

El anillo es pesado y frío cuando lo sostiene en su mano. El sapo debe haberlo encontrado en el barro; Hay una capa de tierra húmeda sobre la banda tan espesa que es imposible para Kylie ver este regalo por lo que realmente es. Si se detuviera a examinarlo, si lo sostuviera a

contraluz y lo mirara bien, descubriría que el plateado tiene un extraño tinte púrpura. Gotas de sangre se esconden bajo la pátina de tierra. Si no hubiera tenido tanta prisa por llegar a Gideon, si se hubiera dado cuenta de lo que tenía, habría llevado ese anillo al patio trasero y lo habría enterrado, debajo de las lilas, donde pertenece. En cambio, Kylie sigue adelante y lo arroja al pequeño platillo Fiestaware en el que su madre guarda un ejemplo patético de un cactus. Agarra el pastel y empuja la puerta mosquitera para abrirla con la cadera, y tan pronto como está afuera, se inclina para colocar el sapo en la hierba.

"Ahí tienes", le dice, pero el sapo todavía está allí, inmóvil en el césped, cuando Kylie ya ha doblado la esquina hacia la siguiente cuadra.

Gideon vive al otro lado de Turnpike, en un desarrollo que pretende ser más elegante de lo que es. Las casas en su vecindario tienen terrazas y sótanos terminados y puertas francesas que conducen a jardines bien cuidados. Por lo general, Kylie tarda doce minutos en llegar desde su casa, pero eso es si está corriendo y no lleva un gran pastel de chocolate. Esta noche, no quiere dejar caer el pastel, por lo que su ritmo se mide mientras pasa por la gasolinera y el centro comercial, donde hay un supermercado, un restaurante chino y una tienda de delicatessen, uno al lado del otro, así como la heladería donde trabaja Antonia. Entonces ella tiene una opción; puede pasar por Bruno's, la taberna al final del centro comercial, que tiene un letrero de neón rosa y una sensación desagradable, o puede cruzar la autopista de peaje y tomar un atajo por el campo cubierto de maleza, donde todos dicen que hay un gimnasio pronto se construirá, con una piscina olímpica.

Dado que hay dos tipos que salen de Bruno's, hablando entre ellos en voz demasiado alta, Kylie opta por el campo. Ella puede cortar y estar a dos cuadras de Gideon's. Las malas hierbas son tan altas y ásperas que Kylie desearía estar usando jeans en lugar de pantalones cortos. Aún así, es una noche bonita, y el olor fétido de los charcos en el otro extremo del campo, donde los mosquitos se han estado reproduciendo durante todo el verano, es reemplazado por el aroma del glaseado de chocolate del pastel que Kylie está a punto de entregar. Kylie se pregunta si será demasiado tarde para quedarse y jugar un partido de

uno contra uno: Gideon tiene un aro de baloncesto reglamentario instalado en la entrada de su casa, un regalo de la culpa de su padre, justo después de que se divorció de la madre de Gideon. —Cuando se da cuenta de que el aire a su alrededor se vuelve turbio y frío. Hay un borde negro en este campo. Algo está mal. Kylie comienza a caminar más rápido y ahí es cuando sucede. Ahí es cuando le piden que espere despierta.

Ve exactamente quiénes son y qué quieren cuando mira por encima del hombro. Los dos hombres de la taberna han cruzado la autopista de peaje y la siguen; son grandes y sus sombras tienen un tinte carmesí y la llaman Baby. Están diciendo: “Oye, ¿no entiendes inglés? Espera. Solo espera ”.

Kylie ya puede sentir que su corazón late con demasiada fuerza, incluso antes de que empiece a correr. Ella sabe qué tipo de hombres son; son como el que tuvieron que deshacerse en el jardín. Se enojan como él, sin ninguna razón, excepto un dolor en el fondo del que ni siquiera son conscientes, y quieren lastimar a alguien. Quieren hacerlo ahora mismo. El pastel golpea contra el pecho de Kylie; las malas hierbas son espinosas y la raspan. Los hombres dejan escapar un grito cuando ella comienza a correr, como si hubiera hecho más divertido seguirla. Si están destrozados, no se molestarán en correr tras ella, pero aún no están tan borrachos. Kylie tira el pastel y salpica cuando golpea el suelo, donde será comida para los ratones de campo y las hormigas. Sin embargo, todavía puede oler el glaseado; está en sus manos. Nunca más podrá comer chocolate. El olor hará que su corazón se acelere. El sabor le revolverá el estómago.

La están siguiendo, obligándola a correr hacia la parte más oscura del campo, donde están los charcos, donde nadie de la autopista de peaje puede verla. Uno de los hombres es gordo y se ha quedado atrás. La está maldiciendo, pero ¿por qué debería escucharla? Sus largas piernas valen algo para ella ahora. Por el rabillo del ojo ve las luces del centro comercial, y sabe que si sigue en la dirección en la que se dirige ahora, el que todavía la persigue la alcanzará. Eso es lo que le ha estado diciendo, y cuando la atrape, le va a joder los sesos. Él se asegurará de

que ella nunca vuelva a huir de nadie. Él se ocupará de ese pequeño coño suyo y ella nunca lo olvidará.

Le ha estado gritando cosas horribles todo el tiempo, pero de repente deja de hablar, está en silencio y Kylie sabe que es así. Está corriendo muy rápido, ella puede sentirlo; la va a conseguir ahora, o no la va a conseguir en absoluto. La respiración de Kylie es superficial y llena de pánico, pero toma una sola respiración profunda y luego se gira. Ella se da vuelta rápidamente, casi corre hacia él, y él extiende los brazos para agarrarla, pero ella da la vuelta, hacia la autopista de peaje. Sus piernas son tan largas que podría esquivar estanques y lagos. Con un buen salto, podría estar allí donde hay estrellas, donde hace frío, claro y constante, y cosas como esta nunca suceden.

Para cuando él está lo suficientemente cerca para extender la mano y agarrar su camisa, Kylie ha llegado a la autopista de peaje. Un hombre que camina con su golden retriever está al final de la calle. En la esquina, una pandilla de chicos de dieciséis años se dirige a casa desde la piscina del pueblo después de la práctica del equipo de natación. Seguramente escucharían a Kylie si gritaba, pero no tiene por qué hacerlo. El hombre que la ha estado siguiendo se queda donde está, luego se retira, de regreso a la maleza. Ahora nunca la atrapará, porque Kylie todavía está corriendo. Corre a través del tráfico y por el lado opuesto de la calle; pasa corriendo por la taberna y el supermercado. No siente que pueda detenerse, ni siquiera reducir la velocidad, hasta que está dentro de la heladería y el timbre de la puerta suena para indicar que la puerta se ha abierto y ahora está cerrada con fuerza detrás de ella.

Tiene las piernas cubiertas de barro y su respiración es tan superficial que cada vez que inhala resopla de alguna manera estrangulada, como conejos cuando perciben el olor de un coyote o un perro. Una pareja de ancianos que comparte un helado mira hacia arriba y parpadea. Las cuatro mujeres divorciadas sentadas a la mesa junto a la ventana evalúan el lío que es Kylie, luego piensan en las dificultades que han tenido con sus propios hijos y deciden, de una vez, que es mejor que se vayan a casa.

Antonia no ha prestado mucha atención a los clientes. Ella está sonriendo y apoyando los codos en el mostrador, para mirar mejor a los ojos de Scott Morrison mientras explica la diferencia entre el nihilismo y el pesimismo. Está aquí todas las noches, comiendo helado de Rocky Road y enamorándose más profundamente. Han pasado horas besándose en los asientos delanteros y traseros del auto de la madre de Scott, besándose hasta que sus labios están febriles y magullados, metiéndose las manos en los pantalones del otro, deseándose tanto el uno al otro que no están pensando en nada más. En la última semana, Scott y Antonia tuvieron incidentes en los que cruzaron la calle sin mirar a ambos lados y se asustaron de regreso a la acera con un claxon a todo volumen. Están en su propio mundo, un lugar tan soñador y completo que no tienen que prestar atención al tráfico, ni siquiera al hecho de que existen otros seres humanos.

Esta noche, Antonia tarda un rato en darse cuenta de que es su hermana la que está allí, chorreando barro y maleza sobre el suelo de linóleo que Antonia es responsable de mantener limpio.

"¿Kylie?" ella dice, solo para asegurarse.

Scott se vuelve para mirar y luego comprende que el ruido extraño que ha estado escuchando detrás de él, que pensó que era el ruido del aire acondicionado, es la respiración entrecortada de alguien. Los rasguños a lo largo de las piernas de Kylie han comenzado a sangrar. El glaseado de chocolate está manchado sobre su camisa y sus manos.

"Jesús", dice Scott. Ha estado pensando de forma intermitente en la escuela de medicina, pero, cuando se trata de eso, no le gustan las sorpresas que los seres humanos pueden lanzarte. La ciencia pura es más su velocidad. Es mucho más seguro y exacto.

Antonia sale de detrás del mostrador. Kylie simplemente la mira fijamente, y en ese instante, Antonia sabe exactamente lo que sucedió.

"Vamos." Agarra la mano de Kylie y la lleva a la habitación trasera, donde se guardan las latas de almíbar, las fregonas y las escobas. Scott lo sigue.

"Tal vez sea mejor que la llevemos a la sala de emergencias", dice.

"¿Por qué no vas detrás del mostrador?" Sugiere Antonia. "Por si acaso hay clientes".

Cuando Scott duda, Antonia no tiene ninguna duda de que se ha enamorado de ella. Otro niño se daría la vuelta y correría. Agradecería que lo liberaran de una escena como esta.

"¿Está seguro?" Pregunta Scott.

"Oh si." Antonia asiente. "Muy." Lleva a Kylie al almacén. "¿Quién fue?" ella pregunta. "¿Te lastimó?"

Kylie puede oler el chocolate y le da tantas náuseas que apenas puede mantenerse erguida. "Corrí", dice ella. Su voz es divertida. Suena como si tuviera unos ocho años.

"¿No te tocó?" La voz de Antonia también suena divertida.

Antonia no ha encendido la luz del almacén. La luz de la luna se filtra a través de la ventana abierta en ondas, volviendo a las chicas plateadas como un pez.

Kylie mira a su hermana y niega con la cabeza. Antonia considera las innumerables cosas horribles que ha dicho y hecho, por razones que ella misma no comprende, y su garganta y su rostro se ponen rojos de vergüenza. Ni siquiera pensó en ser generosa o amable. Le gustaría consolar a su hermana y darle un abrazo, pero no lo hace. Está pensando, lo siento, pero no puede decir las palabras en voz alta. Se le clavan en la garganta porque debería haberlas dicho hace años.

De todos modos, Kylie entiende lo que quiere decir su hermana, y esa es la razón por la que finalmente puede llorar, que es lo que quería hacer desde que comenzó a correr en el campo. Cuando termina de llorar, Antonia cierra la tienda. Scott los lleva a casa, a través de la noche oscura y húmeda. Los sapos han salido del arroyo y Scott tiene que desviarse mientras conduce, y aún así no puede evitar golpear a algunas de las criaturas. Scott sabe que ha sucedido algo importante, aunque no tiene claro qué. Se da cuenta de que Antonia tiene una banda

de pecas en la nariz y las mejillas. Si la viera todos los días por el resto de su vida, todavía estaría sorprendido y emocionado cada vez que la mirara. Cuando llegan a la casa, Scott siente la urgencia de arrodillarse y pedirle que se case con él, a pesar de que le queda otro año de secundaria. Antonia no es la chica que él pensaba que era, una niña malcriada y malcriada. En cambio, ella es alguien que puede hacer que su pulso se vuelva loco simplemente apoyando su mano en su pierna.

"Apaga las luces", le dice Antonia a Scott mientras se detiene en el camino de entrada. Ella y Kylie intercambian una mirada. Su madre ha llegado a casa y les ha dejado la luz del porche encendida, y no tienen forma de saber que se ha ido a la cama exhausta. Por lo que saben, ella puede estar esperándolos y no quieren enfrentarse a alguien cuya preocupación superará su propio miedo. No quieren tener que dar explicaciones. "Estamos evitando tratar con nuestra mamá", le dice Antonia a Scott.

Ella lo besa rápidamente, luego abre con cuidado la puerta del auto, para que no cruje como de costumbre. Hay un sapo atrapado debajo de una de las llantas de Scott, y el aire se siente acuoso y verde mientras las hermanas corren por el césped y luego se cuelan en la casa. Suben las escaleras en la oscuridad, luego se encierran en el baño, donde Kylie puede lavarse el barro y el chocolate de los brazos y la cara, y la sangre de las piernas. Su camisa está arruinada y Antonia la esconde en la papelera, debajo de unos pañuelos de papel y una botella de champú vacía. La respiración de Kylie todavía está apagada; hay una oleada de pánico cuando inhala.

"¿Estás bien?" Antonia susurra.

"No", responde Kylie en un susurro, y eso los hace reír a ambos. Las niñas se taparon la boca con las manos para asegurarse de que sus voces no llegaran al dormitorio de su madre; terminan doblados y sin aliento, con lágrimas en los ojos.

Puede que nunca hablen de esta noche y, sin embargo, cambiará todo. Dentro de unos años, pensarán el uno en el otro en las noches oscuras; se llamarán por teléfono sin ningún motivo en particular y no querrán

colgar, incluso cuando no haya nada más que decir. No son las mismas personas que eran hace una hora, y nunca lo serán. Se conocen demasiado bien como para volverse atrás ahora. A la mañana siguiente, ese borde de los celos que Antonia había estado arrastrando con ella desaparecerá, dejando solo un leve contorno verde en su almohada, en el lugar donde descansa la cabeza.

En los días siguientes, Kylie y Antonia se ríen cuando se encuentran accidentalmente, en el pasillo o en la cocina. Ni acapara el baño ni llama a los demás. Todas las noches, después de la cena, Kylie y Antonia limpian la mesa y lavan los platos juntas, una al lado de la otra, sin ni siquiera que se lo pidan. En las noches en que las dos están en casa, Sally puede oírlas hablar entre ellas. Siempre que piensan que alguien podría estar escuchando, dejan de hablar de una vez y, sin embargo, parece que se están comunicando entre sí. A altas horas de la noche, Sally podría jurar que escriben secretos en las paredes de su dormitorio en código Morse.

"¿Qué crees que está pasando?" Sally le pregunta a Gillian.

"Algo extraño", dice Gillian.

Esa misma mañana, Gillian notó que Kylie llevaba una de las camisetas negras de Antonia. "Si te descubre con eso, te lo arrancará de la espalda", le informó Gillian a Kylie.

"No lo creo." Kylie se encogió de hombros. "Tiene demasiadas camisas negras. Y de todos modos, ella me dio este".

"¿Qué quieres decir con raro?" Sally le pregunta a Gillian. Estuvo despierta la mitad de la noche haciendo listas de lo que podría estar afectando a las chicas. Cultos, sexo, actividad delictiva, miedo al embarazo: ha pasado por todas las posibilidades en las últimas horas.

"Tal vez no sea nada", dice Gillian, sin querer que Sally se preocupe.

"Quizás solo estén creciendo".

"¿Qué?" Dice Sally. La simple sugerencia la hace sentir nerviosa y la trastorna de una manera que los embarazos y las sectas simplemente no pueden. Ésta es la posibilidad que ha evitado considerar. No puede

creer el talento de Gillian para decir siempre exactamente las cosas equivocadas. "¿Qué diablos se supone que significa eso? Son niños".

"Tienen que crecer, eventualmente", dice Gillian, tropezando más profundamente. "Antes de que te des cuenta, saldrán de aquí".

"Bueno, gracias por su experto consejo para padres".

Gillian no capta el sarcasmo; ahora que ha comenzado, tiene otra recomendación para su hermana. "Tienes que dejar de concentrarte tanto en ser solo una madre, antes de convertirte en polvo y tener que barrerte con una escoba. Deberías empezar a tener citas. ¿Qué te detiene? Tus hijos van a salir, ¿por qué no tú?"

"¿Más palabras de sabiduría?" Sally es hielo tan puro que incluso Gillian no puede dejar de notar que se está congelando.

"Ni uno." Gillian retrocede ahora. "Ni una sílaba".

Gillian siente la necesidad de un cigarrillo, luego se da cuenta de que no ha fumado en casi dos semanas. Lo curioso es que dejó de intentar dejar de fumar. Está mirando todas esas ilustraciones del cuerpo humano. Es ver esos dibujos de pulmones.

"Mis niñas son bebés", dice Sally. "Para tu información."

Suena un poco histérica. Durante los últimos dieciséis años, a excepción del año en que Michael murió y ella se hundió tanto que no pudo encontrar la salida, ha estado pensando en sus hijos. De vez en cuando ha pensado en las tormentas de nieve y el costo de la calefacción y la electricidad y en el hecho de que a menudo tiene urticaria cuando se acerca septiembre y sabe que tiene que volver al trabajo. Pero sobre todo ha estado preocupada por Antonia y Kylie, con fiebre y calambres, con zapatos nuevos para comprar cada seis meses y asegurándose de que todos reciban comidas bien balanceadas y al menos ocho horas de sueño cada noche. Sin esos pensamientos, no está segura de seguir existiendo. Sin ellos, ¿qué es exactamente lo que le queda?

Esa noche Sally se acuesta y duerme como una piedra, y no se levanta por la mañana.

“La gripe”, adivina Gillian.

Desde debajo de su edredón, Sally puede escuchar a Gillian haciendo café. Puede escuchar a Antonia hablando con Scott por teléfono y a Kylie corriendo por la ducha. Todo ese día, Sally se queda donde está. Está esperando que alguien la necesite, está esperando un accidente o una emergencia, pero nunca sucede. Por la noche se levanta para ir al baño y lavarse la cara con agua fría, y a la mañana siguiente sigue durmiendo, y todavía está durmiendo al mediodía, cuando Kylie le trae algo de comer en una bandeja de madera.

“Un virus estomacal”, sugiere Gillian cuando llega a casa del trabajo y se le informa que Sally no tocará su sopa de pollo con fideos o su té y ha pedido que se corran las cortinas de su habitación.

Sally todavía puede oírlos; ella puede oírlos ahora mismo. Cómo susurran y cocinan la cena, riendo y cortando zanahorias y apio con cuchillos afilados. Cómo lavan toda la ropa y cuelgan las sábanas para que se sequen en el tendedero del patio. Cómo se peinan y se cepillan los dientes y continúan con sus vidas.

En su tercer día en la cama, Sally deja de abrir los ojos. No considerará tostadas con mermelada de uva, Tylenol y agua, ni almohadas adicionales. Su cabello negro está enredado; su piel pálida como el papel. Antonia y Kylie están asustadas; se paran en la puerta y miran a su madre dormir. Temen que cualquier charla la moleste, por lo que la casa se vuelve cada vez más silenciosa. Las chicas se culpan a sí mismas, por no portarse bien cuando deberían haberlo hecho, por todos esos años de discutir y actuar como mocosos egoístas y mimados. Antonia llama al médico, pero él no hace visitas domiciliarias y Sally se niega a vestirse e ir a su oficina.

Son casi las dos de la madrugada cuando Gillian llega a casa de la casa de Ben. Es la última noche del mes y la luna es fina y plateada; el aire se convierte en niebla. Gillian siempre regresa a la casa de Sally; es como una red de seguridad. Pero esta noche Ben le dijo que estaba cansado de la forma en que ella siempre se marchaba tan pronto como terminaban en la cama. Quería que ella se mudara con él.

Gillian pensó que estaba bromeando, realmente lo hizo. Ella se rió y dijo: "Apuesto a que les dirás eso a todas las chicas, después de que las hayas follado veinte o treinta veces".

"No", dijo Ben. No estaba sonriendo. "Nunca lo había dicho antes".

Durante todo el día, Ben había tenido la sensación de que estaba a punto de perder o de ganar, y no sabía cuál sería. Hizo un espectáculo en el hospital esta mañana, y uno de los niños, un niño de ocho años, lloró cuando Ben hizo desaparecer a Buddy en una gran caja de madera.

"Regresará", aseguró Ben a este miembro más angustiado de su audiencia.

Pero el niño estaba convencido de que el resurgimiento de Buddy era imposible. Una vez que alguien se había ido, le dijo a Ben, ese era su fin. Y en el caso de este chico, la teoría era irrefutable. Llevaba en el hospital la mitad de su vida y esta vez no volvería a casa. Ya estaba dejando su cuerpo; Ben podía verlo con solo mirarlo. Estaba desapareciendo por centímetros.

Y así Ben hizo lo que un mago casi nunca hace: llevó al niño a un lado y le reveló cómo Buddy estaba sentado en silencio y cómodamente dentro de un falso fondo de la caja que desaparecía. Pero el niño se negó a ser consolado. Quizás este ni siquiera era el mismo conejo; después de todo, no había pruebas. Un conejo blanco era algo cotidiano, se podía comprar una docena en una tienda de mascotas. Y así el niño continuó llorando, y Ben podría haber llorado junto con este niño si no hubiera tenido la suerte de poseer los trucos de su oficio. Rápidamente, extendió la mano para sacar un dólar de plata de detrás de la oreja del niño.

"Ver." Ben sonrió. "Presto", anunció.

El niño dejó de llorar de una vez; se sobresaltó de sus lágrimas. Cuando Ben le dijo que tenía que quedarse con el dólar de plata, este chico se veía, por un breve instante, como podría haberlo hecho si no le hubieran sucedido cosas horribles. Al mediodía, Ben salió del hospital y se dirigió al Owl Café, donde tomó tres tazas de café solo. No almorzó;

no pidió el picadillo y los huevos que le gustaban, ni el tocino, la lechuga y el tomate con pan integral. Las camareras lo observaban atentamente, esperando que pronto estuviera a la altura de sus viejos trucos, poniendo los saleros en el extremo, prendiendo fuego en los ceniceros con un chasquido de sus dedos, arrebatando los manteles de debajo de los cubiertos, pero Ben simplemente continuó. bebiendo café. Después de pagar y dejar una gran propina, condujo durante horas. No dejaba de pensar en la vida útil de una efímera y en todo el tiempo que había perdido, y francamente no estaba dispuesto a perder más.

Ben se ha pasado toda la vida temiendo que desaparezca quien ama, y nadie la encontrará: ni detrás de los velos, ni en el falso fondo de la caja de madera más grande, la laca roja que guarda en el sótano pero que no puede. valerse por sí mismo, a pesar de que le han asegurado que puede clavar espadas a través de la madera sin causar una sola herida. Bueno, eso había cambiado. Quería una respuesta, en ese momento, antes de que Gillian se vistiera y corriera de regreso a la seguridad de la casa de su hermana.

"Es muy simple", dijo. "¿Sí o no?"

"Esto no es un tipo de cosa de sí o no", dijo Gillian.

"Oh, sí", dijo Ben con absoluta certeza. "Es."

"No", insistió Gillian. Al mirar su rostro solemne, deseó entonces haberlo conocido desde siempre. Deseó que él hubiera sido el primero en besarla y el primero en hacerle el amor. Deseó poder decir que sí.

"Es más una especie de reflexión".

Gillian sabía adónde conduciría este argumento. Empieza a vivir con alguien y, antes de que te des cuenta, estabas casado, y esa era una condición humana que Gillian planeaba evitar repetir. En esa arena, ella era una especie de maldición. Tan pronto como decía "Sí, quiero", siempre se daba cuenta de que no lo hacía en absoluto, y que nunca lo había hecho, y era mejor que se fuera rápido.

"¿No entiendes?" Gillian le dijo a Ben. "Si no te quisiera, me mudaría hoy. No lo pensaría dos veces".

En realidad, ha estado pensando en eso desde que lo dejó, y seguirá pensando en eso, lo quiera o no. Ben no comprende lo peligroso que puede ser el amor, pero Gillian ciertamente lo hace. Ella está perdida en esto demasiadas veces para sentarse y relajarse. Ella tiene que mantenerse alerta y debe permanecer soltera. Lo que realmente necesita es un baño caliente y algo de paz y tranquilidad, pero cuando se cuela por la puerta trasera se encuentra con Antonia y Kylie esperándola. Están frenéticos y listos para llamar a una ambulancia. Están fuera de sí por la preocupación. Algo le ha pasado a su madre y no saben qué.

El dormitorio es tan oscuro que a Gillian le toma un tiempo darse cuenta de que el bulto debajo de las mantas es de hecho una forma de vida humana. Si hay algo que sabe Gillian, es la autocompasión y la desesperación. Puede hacer ese diagnóstico en particular en dos segundos, ya que ella misma ha estado allí unas mil veces, y también sabe cuál es la cura. Ella ignora las protestas de las niñas y las manda a la cama, luego va a la cocina y prepara una jarra de margaritas. Lleva la jarra, junto con dos vasos mojados en sal gruesa, al patio trasero y lo deja todo junto a las dos sillas de jardín colocadas cerca del pequeño jardín donde los pepinos están haciendo todo lo posible por crecer.

Esta vez, cuando va a pararse en la puerta de Sally, el revoltijo de mantas no la engaña. Hay una persona escondida ahí.

"Levántate de la cama", dice Gillian.

Sally mantiene los ojos cerrados. Ella va a la deriva a algún lugar tranquilo y blanco. Desearía poder cerrar sus oídos también, porque puede escuchar a Gillian acercándose. Gillian baja la sábana y agarra el brazo de Sally.

"Fuera", dice ella.

Sally se cae de la cama. Abre los ojos y parpadea.

"Vete", le dice a su hermana. "No me molestes".

Gillian ayuda a Sally a ponerse de pie y la guía fuera de la habitación y baja las escaleras. Liderar a Sally es como arrastrar un manojo de palos;

ella no se resiste, pero es un peso muerto. Gillian empuja la puerta trasera para abrirla, y una vez que están afuera, la ráfaga de aire húmedo golpea a Sally en la cara.

"Oh", dice ella.

Realmente se siente débil y se siente aliviada de hundirse en una silla de jardín. Echa la cabeza hacia atrás y está a punto de cerrar los ojos, pero luego se da cuenta de cuántas estrellas son visibles esta noche. Hace mucho tiempo, solían subir al techo de la casa de las tías en las noches de verano. Podrías salir por la ventana del ático, si no tuvieras miedo a las alturas o te asustaran fácilmente los pequeños murciélagos marrones que venían a darse un festín con las nubes de mosquitos que flotaban en el aire. Ambos siempre se aseguraron de desear a la primera estrella, siempre el mismo deseo, que por supuesto nunca podrían decir.

"No te preocupes", dice Gillian. "Todavía te necesitarán después de que hayan crecido".

"Sí claro."

"Todavía te necesito."

Sally mira a su hermana, que les está sirviendo margaritas a las dos.
"¿Para qué?"

"Si no hubieras estado aquí por mí cuando todo lo que pasó con Jimmy, estaría en la cárcel ahora mismo. Solo quería que supieras que no podría haberlo hecho sin ti".

"Eso es porque era pesado", dice Sally. "Si hubieras tenido una carretilla, no me habrías necesitado".

"Lo digo en serio", insiste Gillian. "Te debo una para siempre".

Gillian levanta su copa en dirección a la tumba de Jimmy. "Adiós, bebé", dice Gillian. Ella se estremece y toma un sorbo de su bebida.

"Adiós y buenas noches", le dice Sally al aire húmedo y húmedo.

Después de tanto tiempo encerrado, es bueno estar afuera. Es bueno estar juntos en el césped a esta hora, cuando los grillos han comenzado su lenta llamada de finales de verano.

Gillian tiene sal en los dedos de su margarita. Tiene esa hermosa sonrisa en su rostro y parece más joven esta noche. Tal vez la humedad de Nueva York sea buena para su piel, o tal vez sea la luz de la luna, pero algo en ella parece nuevo. "Nunca creí en la felicidad. No pensé que existiera. Ahora mirame. Estoy dispuesto a creer en casi cualquier cosa".

Sally desea poder extender la mano y tocar la luna y ver si se siente tan genial como parece. Últimamente, se ha estado preguntando si quizás cuando los vivos se convierten en muertos dejan un espacio vacío, un hueco que nadie más puede llenar. Tuvo suerte una vez, por un tiempo muy breve. Tal vez debería estar agradecida por eso.

"Ben me pidió que me mudara con él", dice Gillian. "Le dije que no".

"Hazlo", le dice Sally.

"¿Así?" Dice Gillian.

Sally asiente con certeza.

"Podría considerarlo", admite Gillian. "Por un momento. Siempre que no haya compromisos".

"Te mudarás con él", le asegura Sally.

"Probablemente solo estás diciendo todo esto porque quieres deshacerte de mí".

"No me desharía de ti. Estarías a tres cuadras de distancia. Si quisiera deshacerme de ti, te diría que regreses a Arizona".

Un círculo de polillas blancas se ha reunido alrededor de la luz del porche. Sus alas son tan pesadas y húmedas que las polillas parecen volar a cámara lenta. Son tan blancos como la luna, y cuando vuelan, de repente, dejan un rastro blanco polvoriento en el aire.

"Al este del Mississippi". Gillian se pasa la mano por el pelo. "¡Ay!"

Sally se estira en la silla de jardín y mira al cielo. "En realidad", dice, "me alegro de que estés aquí".

Ambos siempre desearon lo mismo cuando estaban sentados en el techo de la casa de las tías en esas noches calurosas y solitarias. En algún momento en el futuro, cuando ambos fueran mayores, querían mirar las estrellas y no tener miedo. Esta es la noche que habían deseado. Este es ese futuro, ahora mismo. Y pueden permanecer afuera todo el tiempo que quieran, pueden permanecer en el césped hasta que todas las estrellas se hayan desvanecido y seguir allí para ver el cielo azul perfecto al mediodía.

LEVITACIÓN

SIEMPRE mantenga menta en el alféizar de su ventana en agosto, para asegurarse de que las moscas zumbadoras se queden afuera, donde pertenecen. No crea que el verano ha terminado, incluso cuando las rosas caen y se vuelven marrones y las estrellas cambian de posición en el cielo. Nunca suponga que agosto es una época del año segura o confiable. Es la temporada de las reversiones, cuando los pájaros ya no cantan por la mañana y las tardes están formadas por partes iguales de luz dorada y nubes negras. Lo sólido como una roca y lo tenue pueden intercambiar fácilmente lugares hasta que todo lo que sabes pueda ser cuestionado y puesto en duda.

En los días especialmente calurosos, cuando quieras asesinar a quien se te cruce, o al menos darle una buena bofetada, bebe limonada en su lugar. Sal y compra un ventilador de techo de primera. Asegúrate de no pisar nunca uno de los grillos que puedan haberse refugiado en un rincón oscuro de tu sala de estar, o tu suerte empeorará. Evita a los hombres que te llaman bebé, a las mujeres que no tienen amigos y a los perros que se rascan la barriga y se niegan a acostarse a tus pies. Use anteojos oscuros; báñese con aceite de lavanda y agua fresca y fresca. Busque refugio del sol al mediodía.

La intención de Gideon Barnes es ignorar por completo a August y dormir durante cuatro semanas, negándose a despertar hasta septiembre, cuando la vida está asentada y la escuela ya ha comenzado.

Pero menos de una semana después de este mes difícil, su madre le informa que se va a casar, con un tipo del que Gideon apenas ha sido consciente.

Se moverán varias millas por la autopista de peaje, lo que significa que Gideon irá a una nueva escuela, junto con los tres nuevos hermanos que conocerá en una cena que ofrecerá su madre el próximo fin de semana. Temerosa de cuál podría ser la reacción de su hijo, Jeannie Barnes ha pospuesto este anuncio por algún tiempo, pero ahora que se lo ha dicho, Gideon solo asiente. Lo piensa mientras su madre espera nerviosa una respuesta, y finalmente dice: "Genial, mamá. Estoy feliz por ti."

Jeannie Barnes no puede creer que la haya escuchado correctamente, pero no tiene tiempo para pedirle a Gideon que repita lo mismo, porque entra en su habitación y treinta segundos después se ha ido. Se va de allí, pronto, tal como lo estará en cinco años, solo entonces será de verdad. Luego estará en Berkeley o UCLA, en lugar de correr por la Turnpike, desesperado por irse. Lo impulsa el instinto; no hay necesidad de pensar, porque por dentro sabe dónde quiere estar. Llega a la casa de Kylie menos de diez minutos después, empapado de sudor, y la encuentra sentada en una vieja colcha india bajo el manzano, bebiendo un vaso de té helado. No se han visto desde el cumpleaños de Kylie, sin embargo, cuando Gideon la mira, ella le resulta increíblemente familiar. El arco de su cuello, sus hombros, sus labios, la forma de sus manos, Gideon ve todo esto y se le seca la garganta. Debe ser un idiota para sentirse así, pero no hay nada que pueda hacer. Ni siquiera sabe si podrá hablar.

Hace tanto calor que los pájaros no vuelan, tan húmedo que ni una sola abeja puede elevarse en el aire. Kylie se sorprende al ver a Gideon; el cubo de hielo que ha estado masticando cae de su boca y se desliza por su rodilla. Ella no le presta atención. No se da cuenta del avión que sobrevuela, ni de la oruga que se abre paso a través de la colcha, ni del hecho de que su piel se siente aún más caliente que hace un minuto.

"Veamos qué tan rápido puedo ponerte bajo control", dice Gideon. Lleva consigo su tablero de ajedrez, el viejo de madera que le regaló su padre

en su octavo cumpleaños.

Kylie se muerde el labio, considerándolo. "Diez dólares para el ganador", dice.

"Seguro." Gideon sonríe. Ha vuelto a afeitarse la cabeza y su cuero cabelludo está liso como una piedra. "Me vendría bien el dinero".

Gideon se deja caer en la hierba al lado de Kylie, pero no se atreve a mirarla. Ella puede pensar que esto es solo un juego que están a punto de jugar, pero es mucho más. Si Kylie no va por la yugular, si no hace todos sus mejores movimientos, él sabrá que ya no son amigos. No quiere que sea así, pero si no pueden ser ellos mismos el uno con el otro, es mejor que se vayan ahora.

Este tipo de prueba puede poner nerviosa a una persona, y no es hasta que Kylie está considerando su tercer movimiento que Gideon tiene las agallas para mirarla. Su cabello no es tan rubio como antes. Tal vez ella se lo tiñó, o tal vez la cosa rubia se lavó; es un bonito color ahora, como la miel.

"¿Mirando algo?" Kylie dice cuando lo pilla mirándolo.

"Muere", dice Gideon, y mueve su alfil.

Él toma su vaso de té helado y traga un poco, como solía hacer cuando eran amigos.

"Mis sentimientos exactamente", responde Kylie.

Tiene una gran sonrisa en su rostro y se le ve el diente astillado. Ella sabe lo que está pensando, pero entonces, ¿quién no? Es casi tan transparente como un trozo de vidrio. Quiere que todo sea igual y que todo haya cambiado. Bueno, ¿quién no? La diferencia entre él y Kylie es que ella ya sabe que no pueden tener las dos cosas, mientras que Gideon todavía no tiene ni idea.

"Te extrañé." La voz de Kylie es brusca.

"Sí claro." Cuando Gideon mira hacia arriba, ve que ella lo está mirando. Rápidamente, cambia su mirada hacia el lugar donde solían crecer las

lilas. Solo hay algunas cosas con aspecto de ramitas con corteza negra. En cada ramita hay una hilera de espinas diminutas tan afiladas que incluso las hormigas no se atreven a acercarse.

"¿Qué diablos le pasó a tu jardín?" Pregunta Gideon.

Kylie mira las ramas. Crecen tan rápido que en poco tiempo alcanzarán la altura de un manzano de buen tamaño. Pero por ahora parecen inofensivos, solo tenues brotes de zarzas. Es muy fácil ignorar lo que crece en el propio jardín; si mira hacia otro lado durante demasiado tiempo, puede aparecer cualquier cosa: una enredadera, una maleza, un seto de espinos.

"Mi mamá cortó las lilas. Demasiada sombra ". Kylie se muerde el labio con más fuerza. "Cheque."

Ha tomado a Gideon por sorpresa, moviendo un peón al que no le había prestado mucha atención. Ella lo tiene rodeado, permitiéndole un último giro por amabilidad antes de que ella se mueva para matar.

"Vas a ganar", dice Gideon.

"Eso es correcto", dice Kylie. La expresión de su rostro le da ganas de llorar, pero no va a perder a propósito. Ella simplemente no puede hacer eso.

Gideon hace el único movimiento que puede, sacrificar a su reina, pero no es suficiente para salvarlo, y cuando Kylie le da jaque mate, la saluda. Esto es lo que quería, pero de todos modos está confundido.

"¿Tienes el diez contigo?" Pregunta Kylie, a pesar de que no podría importarle menos.

"En mi casa", dice Gideon.

"No queremos ir allí".

En esto ambos están de acuerdo. La madre de Gideon nunca los deja solos, constantemente les pregunta si quieren algo de comer o beber; tal vez se imagina que si los deja solos por un segundo se encontrarán en un gran problema.

"Puedes deberme hasta mañana", dice Kylie. "Tráelo entonces."

"Vamos a dar un paseo", sugiere Gideon. Entonces la mira, finalmente. "Salgamos de aquí por un tiempo".

Kylie vierte el resto del té helado en la hierba y deja la vieja colcha donde está. No le importa si Gideon no es como los demás. Tiene tanta energía y tantas ideas filtrándose dentro de su cabeza que una banda de luz naranja se eleva sobre él. No tiene sentido tener miedo de ver a las personas como realmente son, porque de vez en cuando ves a alguien como Gideon. El engaño y la deshonestidad le son ajenos; Tarde o temprano tendrá que tomar un curso intensivo sobre el abecé de la mierda para asegurarse de que no se lo comerán vivo en el mundo en el que está tan ansioso por entrar.

"Mi mamá se va a casar con un chico y nos mudaremos al otro lado de la autopista de peaje". Gideon tose una vez, como si algo se le hubiera atorado en la garganta. "Tengo que cambiar de escuela. Suerte la mía. Puedo matricularme con todo un edificio lleno de imbéciles come mierda".

"La escuela no importa". Kylie se asusta cuando está tan segura de las cosas. En este momento, por ejemplo, está absolutamente segura de que Gideon no encontrará un amigo mejor que el que encontró en ella. Apostaría sus ahorros y aún estaría dispuesta a agregar su radio reloj y el brazalete que Gillian le regaló por su cumpleaños en el trato.

Han comenzado a caminar por la calle, en dirección al campo de la YMCA.

"¿A dónde voy a la escuela no importa?" Gideon está complacido y no sabe muy bien por qué. Tal vez sea solo que Kylie no parece pensar que se verán menos, eso es lo que él espera que ella crea. "¿Estás seguro de eso?"

"Positivo", le dice Kylie. "Cien por ciento."

Cuando lleguen al campo encontrarán sombra y pasto verde y tendrán tiempo para pensar las cosas. Por un momento, cuando doblan la esquina, Kylie tiene la sensación de que debería quedarse en su propio

jardín. Ella mira hacia atrás a la casa. Por la mañana se habrán marchado, de camino a casa de las tías. Han intentado convencer a Gillian para que venga, pero ella simplemente se niega.

“No podías pagarme para ir. Bueno, estaría de acuerdo en hacerlo por un millón de dólares, pero nada menos”. Eso es lo que les dijo. “E incluso entonces tendrías que romperme ambas rótulas para que no pudiera saltar del coche y escapar. Tendrías que anestesiarme, tal vez realizar una lobotomía, y aún reconocería la calle y saltaría por la ventana antes de que llegaras a la casa”.

Aunque las tías no tienen idea de que Gillian está al este de las Montañas Rocosas, Kylie y Antonia insisten en que quedarán devastadas cuando descubran lo cerca que está Gillian y que ella decidió no visitarla.

“Créanme”, les dice Gillian a las chicas, “a las tías no les importará si estoy allí o no. No lo hicieron entonces y ciertamente no lo harían ahora. Ellos dirán, ‘¿Gillian quién?’ si mencionas mi nombre. Apuesto a que no recuerdan cómo me veo. Probablemente podríamos pasar por la calle y ser nada más que extraños. No te preocupes por las tías y yo. Nuestra relación es exactamente lo que queremos que sea: cero absoluto y absoluto, y así nos gusta.”

Así que mañana se irán de vacaciones sin Gillian. Prepararán un almuerzo campestre de queso crema y sándwiches de aceitunas, bolsitas de pita rellenas de ensalada, termos llenos de limonada y té helado. Empacarán el auto como lo hacen cada agosto y entrarán en la autopista antes de las siete para evitar el tráfico. Solo este año Antonia ha prometido que llorará todo el camino hasta Massachusetts. Ya le ha confiado a Kylie que no sabe qué hará cuando Scott regrese a Cambridge. Probablemente pasará la mayor parte de su tiempo estudiando, ya que necesita ingresar a una escuela en algún lugar del área de Boston, Boston College, tal vez, o, si puede mejorar sus calificaciones, Brandeis. En el viaje a la casa de las tías, insistirá en detenerse en las áreas de descanso para comprar postales, y después de que se instalen en la casa de las tías, planea pasar todas las mañanas acostada sobre una manta de lana áspera colocada en el jardín. Se

frotará protector solar en los hombros y las piernas, luego se pondrá a trabajar, y cuando Kylie mire el mensaje que su hermana le está escribiendo a Scott verá que te *amo* garabateado una docena de veces.

Este año, Gillian se despedirá de ellos desde el porche delantero, si no se ha mudado a la casa de Ben Frye para entonces. Se ha estado moviendo lentamente, temerosa de que Ben entre en estado de shock cuando se dé cuenta de que tiene un trillón y uno de malos hábitos; No pasará mucho tiempo antes de que él se dé cuenta de que ella nunca enjuaga sus tazones de cereal ni se molesta en hacer la cama. Tarde o temprano descubrirá que el helado siempre desaparece del congelador porque Gillian se lo está dando a Buddy como un regalo especial. Verá que los suéteres de Gillian a menudo se arrugan en ovillos de lana y felpilla en el suelo de un armario o debajo de la cama. Y si Ben se disgusta, si decide echarla, decirle adiós, reconsiderar sus opciones, bueno, entonces déjalo. No hay licencia de matrimonio ni compromiso, y Gillian quiere mantenerlo así. Opciones, eso es lo que ella siempre quiso. Una salida.

"Quiero que entiendas una cosa", le dijo a Kylie. "Sigues siendo mi niño favorito. De hecho, si hubiera tenido una hija, hubiera querido que ella fuera usted".

Kylie estaba tan afectada por el amor y la admiración que casi se sintió lo suficientemente culpable como para admitir que había sido ella quien había enviado todas esas pizzas de anchoas a la casa de Ben, cuando se había sentido tan traicionada; ella había sido la que había puesto cenizas en los zapatos de Gillian. Sin embargo, es mejor guardar algunos secretos para uno mismo, sobre todo cuando encubren un acto tonto de resentimiento infantil. Así que Kylie no dijo nada, ni siquiera sobre cuánto extrañaría a Gillian. Abrazó a su tía y luego ayudó a cargar otra caja de ropa para llevarla a la casa de Ben.

"¡Más ropa!" Ben se llevó una mano a la frente como si sus armarios no pudieran soportar más adiciones, pero Kylie pudo ver lo encantado que estaba. Metió la mano en la caja y sacó unas pantimedias de encaje negro, y con tres rápidos nudos las convirtió en un perro salchicha. Kylie estaba tan sorprendida que aplaudió.

Gillian había llegado con otra caja, esta llena de zapatos, que mantuvo en equilibrio sobre su cadera para poder aplaudir también. "Ya ves por qué me enamoré de él", le susurró a Kylie. "¿Cuántos hombres pueden hacer eso?"

Cuando se vayan por la mañana, Gillian saludará con la mano hasta que doblan la esquina, y luego, Kylie está segura, conducirá hasta Ben's. Para entonces se dirigirán a Massachusetts; empezarán a cantar con la radio, como siempre. Nunca hay dudas sobre cómo pasarán sus vacaciones de verano, entonces, ¿por qué Kylie de repente tiene la idea de que ni siquiera pueden llevar sus maletas al auto?

Caminando hacia el campo con Gideon en este día despejado y caluroso, Kylie intenta imaginar que se va a casa de las tías, pero no puede. Por lo general, puede imaginarse cada parte de las vacaciones, desde hacer las maletas hasta ver las tormentas desde la seguridad del porche de las tías, pero hoy, cuando intenta imaginar su semana en Massachusetts, todo se queda en blanco. Y luego, cuando Kylie mira hacia atrás en su casa, tiene la sensación más extraña. La casa le parece perdida de alguna manera, como si estuviera mirando un recuerdo, un lugar en el que solía vivir y que nunca olvidará pero al que no puede volver, ya no.

Kylie tropieza con una grieta en la acera y Gideon automáticamente se acerca, en caso de que se caiga.

"¿Estás bien?" él pide.

Kylie piensa en su madre, cocinando en la cocina, con el cabello negro recogido hacia atrás, para que nadie adivine lo grueso y hermoso que es. Piensa en las noches en las que tenía fiebre y su madre se sentaba a su lado en la oscuridad, con las manos frescas y vasos de agua. Piensa en esos momentos en los que se encerraba en el baño porque era demasiado alta, y su madre le hablaba tranquilamente desde el otro lado de la puerta sin llamarla ni una vez tonta, tonta o vanidosa. Sobre todo, recuerda el día en que Antonia fue empujada en el parque y los cisnes blancos, asustados por la conmoción, extendieron sus alas y volaron directamente hacia Kylie. Puede recordar la expresión del rostro de su madre mientras Sally corría por la hierba, agitando los

brazos y gritando con tanta fuerza que los cisnes no se atrevieron a acercarse. En cambio, se elevaron en el aire, volando tan bajo hacia el estanque que sus alas rompieron el agua en ondas, y nunca regresaron, ni nunca, ni una vez.

Si Kylie continúa caminando por esta calle arbolada, las cosas nunca volverán a ser las mismas. Ella siente esto tan profundamente como alguna vez sintió algo. Ella está pasando por encima de una grieta en el concreto hacia su propio futuro, y no habrá vuelta atrás. El cielo está despejado y blanco por el calor. La mayoría de la gente está adentro, con ventiladores o acondicionadores de aire al máximo. Kylie sabe que hace calor en la cocina donde su madre está preparando una cena especial para esta noche. Lasaña vegetariana y ensalada de judías verdes con almendras y tarta de queso de cereza de postre, todo casero. Antonia ha invitado a su dulce pastel, Scott, a una comida de despedida, ya que estará fuera por una semana entera, y Ben Frye estará allí, y Kylie puede que también le pregunte a Gideon. Estos pensamientos hacen que Kylie se sienta triste, no por la cena, sino por la imagen de su madre en la estufa. Su mamá siempre frunce los labios cuando lee una receta; lo lee dos veces, en voz alta, para asegurarse de no cometer ningún error. Cuanto más triste se siente Kylie, más convencida está de que no debería volver atrás. Ha estado esperando todo el verano para sentirse así, ha estado esperando encontrar su futuro y no va a esperar ni un segundo más, sin importar a quién tenga que dejar atrás.

"Competir contigo", dice Kylie, y se echa a correr; ella está al final de la cuadra antes de que Gideon recupere el sentido y la persiga. Kylie es increíblemente rápida, siempre lo ha sido, aunque ahora ni siquiera parece tocar el suelo. Siguiéndola, Gideon se pregunta si alguna vez la alcanzará, pero por supuesto que lo hará, aunque solo sea porque Kylie se arrojará sobre la hierba en el otro extremo del campo, donde los altos y frondosos arces proyectan profundos charcos de sombra.

Para Kylie estos árboles son reconfortantes y familiares, pero para cualquiera que esté acostumbrado al desierto, para un hombre que está acostumbrado a ver millas, más allá del saguaro y el crepúsculo púrpura, estos arces pueden parecer un espejismo, elevándose sobre el

campo verde desde afuera. de las olas de calor y el suelo rico y oscuro. Los nativos dicen que ocurren más rayos en Tucson, Arizona, que en cualquier otro lugar de la tierra; si ha crecido cerca del desierto, puede trazar fácilmente una tormenta por la ubicación del rayo; usted sabe cuánto tiempo tiene antes de que sea mejor que llame a su perro, cuide de su caballo y se ponga bajo un techo seguro y conectado a tierra.

El rayo, como el amor, nunca se rige por la lógica. Los accidentes ocurren y siempre sucederán. Gary Hallet conoce personalmente a dos hombres que han sido alcanzados por un rayo y han vivido para contarlo, y en eso es en quien ha estado pensando mientras navega por la autopista de Long Island en la hora punta, luego trata de encontrar su camino a través de un laberinto. de calles suburbanas, pasando el campo Y cuando hace un desvío equivocado en la Turnpike. Gary fue a la escuela con uno de estos sobrevivientes, un niño que solo tenía diecisiete años cuando lo golpearon, y eso arruinó su vida a partir de ese día. Salió de su casa y lo siguiente que supo fue que estaba tirado en el camino de entrada, mirando el cielo índigo. La bola de fuego había pasado a través de él, y sus manos estaban tan carbonizadas como un bistec a la parrilla. Escuchó un traqueteo, como el tintineo de las teclas o el tamborileo de alguien, y tardó un rato en darse cuenta de que estaba temblando con tanta fuerza que sus huesos lo hacían al chocar contra el asfalto.

Este compañero se graduó de la escuela secundaria el mismo año que Gary, pero solo porque los maestros le permitieron pasar sus cursos por amabilidad. Había sido un campocorto estupendo y esperaba intentarlo en las menores, pero ahora estaba demasiado nervioso para eso. Ya no jugaría béisbol en el campo. Demasiado espacio abierto. Demasiadas posibilidades de que fuera la cosa más alta si un rayo decidiera golpear dos veces. Ese fue el final para él; terminó trabajando en una sala de cine, vendiendo entradas y barriendo palomitas de maíz y negándose a devolver el dinero a los clientes si no les gustaba la película que habían pagado por ver.

El otro tipo que fue golpeado estaba aún más afectado; un rayo cambió su vida y todo lo relacionado con él. Lo levantó, justo en el suelo, y lo

hizo girar, y cuando lo dejó en el suelo, estaba listo para casi cualquier cosa. Este hombre era el abuelo de Gary, Sonny, y habló de ser golpeado por lo que él llamaba "la serpiente blanca" todos los días hasta el día en que murió, hace dos años, a la edad de noventa y tres. Mucho antes de que Gary viniera a vivir con él, Sonny había estado en el patio donde crecían los álamos, y estaba tan borracho que no se dio cuenta de la tormenta que se avecinaba. Estar borracho era su estado natural en ese momento. No podía recordar lo que se sentía estar sobrio, y eso por sí solo era razón suficiente para que pensara que sería mejor que siguiera evitándolo, al menos hasta que lo metieran en la tumba. Quizás entonces consideraría la abstinencia; pero sólo si le hubieran echado encima un buen pie de tierra, para mantenerlo en el suelo y fuera de la tienda de paquetes de Speedway.

"Allí estaba", le dijo a Gary, "ocupándome de mis propios asuntos, cuando el cielo se vino abajo y me abofeteó".

Lo abofeteó y lo arrojó a las nubes, y por un segundo sintió que nunca volvería a la tierra. Lo golpearon con suficiente voltaje para que su ropa se quemara a cenizas mientras la usaba, y si no hubiera tenido la presencia de ánimo para saltar al sucio estanque verde donde tenía dos patos domésticos, se habría quemado. viva. Sus cejas nunca volvieron a crecer, y nunca más tuvo que afeitarse, pero después de ese día nunca volvió a beber. Ni un solo trago de whisky. Ni una cerveza corta y fría. Sonny Hallet se apegó al café, nunca menos de dos jarras de cosas negras y gruesas al día, y debido a esto estaba listo, dispuesto y capaz de acoger a Gary cuando sus padres ya no pudieran cuidarlo.

Los padres de Gary tenían buenas intenciones, pero eran jóvenes y adictos a los problemas y al alcohol; ambos terminaron muertos mucho antes de lo debido. La madre de Gary se había ido durante un año cuando llegaron las noticias sobre su padre, y ese mismo día Sonny entró en el palacio de justicia del centro y anunció al secretario del condado que su hijo y su nuera se habían suicidado, que era más o menos menos la verdad, si considera que una muerte relacionada con la bebida es un suicidio, y que él deseaba convertirse en el tutor legal de Gary.

Mientras Gary conduce por este barrio suburbano, piensa que a su abuelo no le habría gustado mucho esta zona de Nueva York. Un rayo podría llegar y sorprenderte aquí. Hay demasiados edificios, son infinitos, bloquean lo que debes ver, que, en opinión de Sonny, y también de Gary, debería ser siempre el cielo.

Gary está trabajando en una investigación preliminar iniciada por la oficina del fiscal general, donde ha sido investigador durante siete años. Antes de eso, tenía antecedentes de elecciones equivocadas. Era alto y larguirucho y podría haber considerado el baloncesto como una posibilidad, pero aunque era lo suficientemente obstinado, no tenía la agresividad cruda necesaria para los deportes profesionales. Al final, volvió a la universidad, pensó en la facultad de derecho y luego decidió no pasar todos esos años estudiando en salas cerradas. El resultado es que está haciendo lo que mejor sabe hacer, que es resolver las cosas. Lo que lo distingue de la mayoría de sus colegas es que le gusta el asesinato. Le gusta tanto que sus amigos lo burlan y lo llaman el Buitre de Turquía mexicano, una criatura carroñera que caza por olor. A Gary no le importan las bromas y no le importa que la mayoría de las personas tengan una respuesta fácil que les permita creer que han logrado entender la razón por la que está tan interesado en el homicidio. Apuntan directamente a su historia familiar: su madre murió de insuficiencia hepática, y su padre probablemente también lo habría hecho, si no hubiera sido asesinado primero, en Nuevo México. El tipo que lo hizo nunca fue encontrado y, francamente, nadie pareció buscarlo mucho. Pero las circunstancias del pasado de Gary no son lo que lo impulsa, sin importar lo que piensen sus amigos. Es averiguar el por qué de las cosas; el factor final que hace que una persona actúe puede ser muy difícil de alcanzar, pero siempre puedes encontrar alguna motivación, si miras lo suficiente. La palabra equivocada dicha en el momento equivocado, un arma en la mano equivocada, la mujer equivocada que te besa bien. Dinero, amor o furia: esas son las causas de casi todo. Por lo general, puede descubrir la verdad, o una versión de ella, si hace suficientes preguntas; si cierra los ojos e imagina la forma en que podría haber sido, cómo podría haber reaccionado si hubiera

tenido suficiente, si simplemente no pudiera encontrar lo que le importaba.

El por qué en el caso en el que está trabajando es claramente por dinero. Tres chicos de la universidad han muerto porque alguien quería tanto dinero como para venderles semillas de cascabel y jimsonweed sin preocuparse ni una sola vez por las consecuencias. Los niños comprarán cualquier cosa, especialmente los niños de la costa este que no han sido advertidos en toda su vida sobre lo que crece en el desierto. Una semilla de hierba de serpiente de cascabel te pone eufórico, es como si el LSD creciera libre. El problema es que dos pueden causar tu muerte. A menos, por supuesto, que el primero ya haya hecho bien ese trabajo, como fue el caso de uno de los niños, un estudiante de historia de Filadelfia que acababa de cumplir diecinueve años. Gary fue llamado temprano por su amigo Jack Carillo en homicidio, y vio al estudiante de historia en el piso de su dormitorio. El niño había tenido espantosas convulsiones antes de morir; todo el lado izquierdo de su rostro estaba negro y azul, y Gary sugirió que nadie consideraría alterar la evidencia si le ponían algo de maquillaje al niño antes de que llegaran sus padres.

Gary ha leído el expediente de James Hawkins, que vende drogas en Tucson desde hace veinte años. Gary tiene treinta y dos años y recuerda vagamente a Hawkins, un chico mayor del que solían susurrar las chicas. Después de abandonar la escuela secundaria, Hawkins se metió en problemas en varios estados, Oklahoma por un tiempo, luego Tennessee, antes de regresar a su ciudad natal y ser enviado a la cárcel por cargos de agresión criminal, que, junto con las drogas, parece ser su culpa. fuerte. Cuando no podía salir de una mala situación con tonterías, se sabía que Hawkins iba por los ojos de su oponente, usando el pesado anillo de plata que usaba para perforar y cavar. Actuó como si nadie pudiera detenerlo, pero ahora es prácticamente el final de la carrera criminal del Sr. Hawkins. El compañero de cuarto del mayor de historia lo identificó positivamente, desde sus botas de piel de serpiente hasta el anillo de plata decorado con un cactus y una serpiente de cascabel y el vaquero que tal vez se había imaginado que era, y no son los únicos que han elegido su foto. Otros siete estudiantes, que tuvieron la suerte de no tomar las drogas falsas que le compraron, también identificaron a

este perdedor, y eso debería ser así, excepto que nadie puede encontrar a Hawkins. Tampoco pueden encontrar a su novia que vive con él, según todos los informes, una mujer guapa que parece haber sido anfitriona en todos los restaurantes medio decentes de la ciudad. Revisaron los bares que Hawkins frecuentaba e interrogaron a sus tres supuestos amigos, y nadie lo ha visto desde fines de junio, cuando la universidad terminó.

Gary se ha estado metiendo en la vida de Hawkins, tratando de entenderlo. Ha estado frecuentando Pink Pony, que era el lugar favorito de Hawkins para emborracharse, y sentado en el patio delantero de la última casa que alquiló Hawkins, razón por la cual Gary estaba allí cuando llegó la carta. Estaba sentado en una silla de metal, con las largas piernas estiradas para poder apoyar los pies en la barandilla de metal blanco del patio, cuando el cartero se acercó y dejó caer la carta en su regazo y exigió el franqueo debido, ya que la estampilla había terminado. caído en algún lugar del camino.

La carta estaba arrugada y rasgada en una esquina, y si la solapa no hubiera estado abierta, Gary la habría llevado a la oficina. Pero una carta abierta es difícil de resistir, incluso para alguien como Gary, que se ha resistido mucho en su vida. Sus amigos saben lo suficiente como para no ofrecerle una cerveza, al igual que saben que no deben preguntarle por la chica con la que estuvo casado, brevemente, justo después de la secundaria. Están dispuestos a hacer esto porque su amistad lo vale. Saben que Gary nunca los engañará ni los decepcionará, esa es la forma en que ha construido; así es como lo crió su abuelo. Pero esta carta era otra cosa; lo tentó, y cedió, y, si va a ser honesto, todavía no se arrepiente.

El verano en Tucson es muy caluroso, y hacía ciento siete grados cuando Gary se sentó en el patio de la casa que Hawkins solía alquilar y leyó la carta dirigida a Gillian Owens. La planta de creosota que crecía al lado del patio estaba casi a punto de estallar por el calor, pero Gary se sentó allí y leyó la carta que Sally le había escrito a su hermana, y cuando terminó la leyó de nuevo. Cuando el calor de la tarde finalmente comenzó a amainar, Gary se quitó el sombrero y dejó caer las botas de

la barandilla de metal. Es un hombre que está dispuesto a correr riesgos, pero tiene el coraje de alejarse de probabilidades imposibles. Sabe cuándo retroceder y cuándo seguir intentándolo, pero nunca antes se había sentido así. Sentado en ese patio en el crepúsculo púrpura, había pasado mucho tiempo considerando las probabilidades.

Hasta la muerte de Sonny, Gary siempre había compartido una casa con su abuelo, a excepción de su breve matrimonio y los primeros ocho años con sus padres, que no recuerda por pura fuerza de voluntad. Pero recuerda todo sobre su abuelo. Sabía a qué hora se levantaría Sonny por la mañana, cuándo se iría a dormir y qué desayunaría, que era invariablemente trigo triturado entre semana y panqueques los domingos, untados con melaza y mermelada. . Gary ha estado cerca de la gente y tiene toda una ciudad llena de amigos, pero nunca sintió que conocía a nadie de la forma en que sintió que conocía a la mujer que escribió esta carta. Era como si alguien le hubiera arrancado la coronilla y enganchado un trozo de su alma. Estaba tan involucrado con las palabras que ella había escrito que cualquiera que pasara podría haberlo empujado de la silla con un dedo. Un buitre de pavo podría haber aterrizado en el peldaño trasero de la silla en la que estaba sentado, haber gritado en su oído y Gary no habría escuchado ningún sonido.

Luego se fue a casa y empacó su maleta. Llamó para decirle a su amigo Arno en la oficina del fiscal general que había encontrado una gran pista y que iba a perseguir a la novia de Hawkins, pero, por supuesto, esa no era toda la verdad. La novia de Hawkins no era en la que estaba pensando cuando le pidió al hijo de doce años de su vecino más cercano que pasara por allí todas las mañanas y dejara algo de comida y agua para los perros, y luego llevó sus caballos al rancho de los Mitchell. donde saldrían con un grupo de árabes mucho más bonitos que ellos, y tal vez aprenderían una lección o dos.

Gary estaba en el aeropuerto esa noche. Cogió el de las 7:17 a Chicago, y pasó la noche con sus largas piernas dobladas en un banco en O'Hare, donde tuvo que cambiar de avión. Leyó la carta de Sally dos veces más en el aire, y luego otra vez mientras almorzaba huevos y salchichas en

un restaurante de Elmhurst, Queens. Incluso cuando lo vuelve a doblar en su sobre y lo coloca en el fondo del bolsillo de su chaqueta, la carta sigue regresando a él. Oraciones completas que Sally ha escrito se forman dentro de su cabeza, y por alguna razón está lleno de una extraña sensación de aceptación, no por nada de lo que ha hecho, sino por lo que podría estar a punto de hacer.

Gary recogió direcciones y una lata fría de Coca-Cola en una gasolinera en Turnpike. A pesar de su giro equivocado cerca del campo Y, logra encontrar la dirección correcta. Sally Owens está en la cocina cuando estaciona su auto alquilado. Ella está revolviendo una olla de salsa de tomate en el quemador trasero cuando Gary da la vuelta al Honda en el camino de entrada, ve bien el Oldsmobile estacionado en el frente y hace coincidir su número de placa de Arizona con el de sus archivos. Ella está vertiendo agua caliente y fideos en un colador cuando él llama a la puerta.

"Espera", dice Sally en su forma práctica y sensata, y el sonido de su voz golpea a Gary. Podría tener problemas aquí, eso es seguro. Podría estar entrando en algo que no puede controlar.

Cuando Sally abre la puerta, Gary la mira a los ojos y se ve a sí mismo al revés. Se encuentra en un charco de luz gris, ahogándose, cayendo por tercera vez, y no hay nada que pueda hacer al respecto. Su abuelo le dijo una vez que las brujas te atraparon de esta manera: sabían cuánto se ama la mayoría de los hombres y cuán profundamente se dejarán atraer, solo para vislumbrar su propia imagen. Si alguna vez te encuentras cara a cara con una mujer así, le dijo su abuelo, date la vuelta y corre, y no te juzgues cobarde. Si viene detrás de ti, si tiene un arma o grita tu nombre como un maldito asesinato, agárrala rápidamente por el cuello y sacúdela. Pero, por supuesto, Gary no tiene ninguna intención de hacer algo así. Tiene la intención de seguir ahogándose durante mucho tiempo.

El cabello de Sally se ha salido de su goma elástica. Lleva unos pantalones cortos de Kylie y una camiseta negra sin mangas de Antonia y huele a salsa de tomate y cebolla. Está de mal humor e impaciente, como todos los veranos cuando tiene que hacer las maletas para el viaje

a casa de las tías. Ella es hermosa, de acuerdo, al menos en la estimación de Gary Hallet; ella es exactamente como está escrita en su carta, solo que mejor y aquí mismo, frente a él. Gary tiene un nudo en la garganta con solo mirarla. Ya está pensando en las cosas que podrían hacer si los dos estuvieran solos en una habitación. Podría olvidar la razón por la que vino aquí en primer lugar si no tiene cuidado. Podría cometer un error muy estúpido.

"¿Puedo ayudarte?" Este hombre que ha llegado a su puerta con botas de vaquero cubiertas de polvo es delgado y alto, como un espantapájaros que cobra vida. Tiene que inclinar la cabeza para ver su rostro. Una vez que ve cómo la está mirando, da dos pasos hacia atrás. "¿Qué quieres?" Dice Sally.

"Soy de la oficina del fiscal general. En Arizona. Acabo de llegar en avión. Tuve que transferirme en Chicago ". Gary sabe que todo esto suena terriblemente estúpido, pero la mayoría de las cosas que diría en este momento probablemente lo harían.

Gary no ha tenido una vida fácil y eso se nota en su rostro. Hay líneas profundas que es demasiado joven para tener; hay mucha soledad, a la vista, para que cualquiera la vea. No es el tipo de hombre que esconde cosas, y no está ocultando su interés en Sally en este momento. De hecho, Sally no puede creer la forma en que la está mirando. ¿Alguien realmente tendría el descaro de pararse en su puerta y mirarla así?

"Creo que debes estar en la dirección equivocada", le dice. Suena nerviosa, incluso para ella misma. Es lo oscuros que son sus ojos, ese es el problema. Es la forma en que puede hacer que alguien sienta que está siendo vista desde adentro hacia afuera.

"Tu carta llegó ayer", dice Gary, como si fuera a él a quien realmente le hubiera escrito en lugar de a su hermana, quien, por lo que Gary puede deducir por los consejos que Sally le dio, no tiene cerebro en ella. cabeza o, si lo hace, no es una a la que le preste mucha atención.

"No sé de qué estás hablando", dice Sally. "Nunca te escribí. Ni siquiera sé quién eres ".

"Gary Hallet", se presenta. Busca en su bolsillo su carta, aunque odia renunciar a ella. Si examinaran esta carta en forense, encontrarían sus huellas dactilares por todas partes; lo ha doblado y desplegado más veces de las que puede contar.

"Se lo envié por correo a mi hermana hace mucho tiempo". Sally mira la carta, luego a él. Tiene la extraña sensación de que le espera más de lo que puede soportar. "Lo abriste."

"Ya estaba abierto. Debe haberse perdido en la oficina de correos".

Mientras Sally está decidiendo si juzgarlo o no como un mentiroso, Gary puede sentir su corazón dando vueltas como un pez dentro de su pecho. Se ha enterado de que esto le pasa a otros hombres. Se ocupan de sus asuntos un minuto, y de repente no hay esperanza para ellos. Se enamoran tanto que nunca más se ponen de rodillas.

Gary niega con la cabeza, pero eso no aclara el asunto. Todo lo que hace es hacerle ver doble. Momentáneamente hay dos Sally antes que él, y cada una le hace desear no estar aquí oficialmente. Se obliga a pensar en el chico de la universidad. Piensa en los hematomas de arriba abajo en la cara del niño y en la forma en que su cabeza debe haber golpeado el marco de la cama de metal y el piso de madera mientras se agitaba en convulsiones. Si hay algo en este mundo que Gary sabe a ciencia cierta, es que hombres como Jimmy Hawkins nunca eligen peleas limpias.

"¿Sabrías dónde podría estar tu hermana?"

"¿Mi hermana?" Sally entrecierra los ojos; tal vez esto sea solo un corazón más que Gillian rompió, llegando para suplicar misericordia. No habría tomado a este tipo por tan tonto. Ella no habría imaginado que él fuera el tipo de su hermana. "¿Estás buscando a Gillian?"

"Como dije, estoy trabajando para la oficina del fiscal general. Es una investigación que concierne a una de las amigas de su hermana".

Sally siente algo mal en sus dedos de manos y pies que se parece mucho al borde del pánico. "¿De donde dijiste que eras?"

"Bueno, originalmente, Bisbee", dice Gary, "pero he estado en Tucson durante casi veinticinco años".

Es el pánico lo que está sintiendo Sally, eso es seguro, y se arrastra a lo largo de su columna vertebral, se extiende por sus venas, avanza hacia sus órganos vitales.

"Prácticamente crecí en Tucson", dice Gary. "Supongo que se podría decir que soy chovinista, porque estoy convencido de que es el mejor lugar del mundo".

"¿De qué se trata tu investigación?" Sally interrumpe antes de que Gary pueda decir más sobre su amada Arizona.

"Bueno, hay un sospechoso que estamos buscando". Gary odia hacer esto. La alegría que obtiene de una investigación de asesinato no le está sucediendo esta vez. "Lamento informarle de esto, pero su coche está aparcado en la entrada de su casa".

La sangre sale de la cabeza de Sally de una vez, dejándola desmayarse. Se apoya en la puerta e intenta respirar. Ella ve manchas ante sus ojos, y cada mancha está roja, caliente como una ceniza. Ese maldito Jimmy simplemente no lo suelta. Sigue regresando y regresando, tratando de arruinar la vida de alguien.

Gary Hallet se inclina hacia Sally. "¿Estás bien?" pregunta, aunque sabe por su carta que Sally es el tipo de mujer que no te diría de inmediato si algo anda mal. Después de todo, le tomó casi dieciocho años antes de que le dijera a su hermana lo que pensaba.

"Me voy a sentar", dice Sally, casualmente, como si no estuviera a punto de colapsar.

Gary la sigue a la cocina y la observa mientras bebe un vaso de agua fría del grifo. Es tan alto que tiene que agacharse para pasar por la puerta de la cocina, y cuando se sienta tiene que estirar las piernas para que sus rodillas quepan debajo de la mesa. Su abuelo siempre dijo que tenía los ingredientes para preocuparse, y esta declaración resultó ser cierta.

"No quise molestarte", le dice a Sally.

"No me molestaste". Sally se abanica con la mano y todavía está sonrojada. Gracias a Dios que las chicas están fuera de la casa; ella tiene eso por lo que estar agradecida al menos. Si se ven arrastrados a esto, ella nunca perdonará a Gillian, y nunca se perdonará a sí misma. ¿Cómo pensaron que podrían salirse con la suya? Qué idiotas, qué idiotas, qué tontos autodestructivos. "No me molestaste un poco".

Se necesita todo lo que tiene para mantener los nervios y mirar a Gary. Él la mira directamente, por lo que rápidamente baja la mirada al suelo. Tienes que tener mucho cuidado cuando miras a ojos como los suyos. Sally bebe más agua; ella sigue abanicándose. En una situación como esta, es mejor parecer normal. Sally lo sabe desde su infancia. No regales nada. No les dejes saber lo que sientes en tu interior.

"¿Café?" Dice Sally. "Tengo algunos que están calientes".

"Seguro", dice Gary. "Estupendo." Tiene que hablar con la hermana y lo sabe, pero no tiene que apresurarse. Tal vez la hermana se fue con el auto, pero es muy probable que sepa dónde está Hawkins, y Gary puede esperar para lidiar con eso.

"¿Estás buscando a uno de los amigos de Gillian?" Dice Sally. "¿Es eso lo que dijiste?"

Tiene una voz tan dulce; son las vocales de Nueva Inglaterra que nunca pierde del todo, es la forma en que frunce los labios después de cada palabra, como si probara la última sílaba.

"James Hawkins". Gary asiente.

"Ah", dice Sally pensativa, porque si dice algo más gritará, maldecirá a Jimmy ya su hermana ya todos los que alguna vez vivieron o viajaron por el estado de Arizona.

Sirve el café, luego se sienta y empieza a pensar en cómo diablos va a sacarlos de esto. Ella ya ha lavado la ropa para su viaje a Massachusetts; ella puso gasolina en el auto y le revisaron el aceite. Tiene que sacar a sus chicas de aquí; tiene que inventarse una historia realmente buena. Algo sobre cómo compraron el Oldsmobile en una subasta, o cómo lo

encontraron abandonado en un área de descanso, o tal vez simplemente lo dejaron en el camino de entrada en medio de la noche.

Sally mira hacia arriba, lista para empezar a mentir, y ahí es cuando ve que este hombre en su mesa está llorando. Gary es demasiado alto para ser cualquier cosa menos incómodo en la mayoría de las situaciones, pero tiene una forma elegante de llorar. Simplemente deja que suceda.

"¿Qué ocurre?" Dice Sally. "¿Qué pasa?"

Gary niega con la cabeza; siempre pasa un tiempo antes de que pueda hablar. Su abuelo solía decir que contener las lágrimas las hace escurrir hacia arriba, más y más, hasta que un día te explota la cabeza y te quedas con un trozo de cuello y nada más. Gary ha llorado más que la mayoría de los hombres. Lo ha hecho en rodeos y tribunales; se paró al costado de la carretera y lloró al ver un halcón que alguien había disparado desde el cielo, antes de ir a buscar una pala de la parte trasera de su camioneta para enterrar el cadáver. Llorar en la cocina de una mujer no lo avergüenza; ha visto los ojos de su abuelo llenarse de lágrimas casi cada vez que miraba a un hermoso caballo o a una mujer de cabello oscuro.

Gary se seca los ojos con una de sus grandes manos. "Es el café", explica.

"¿Es tan malo?" Sally toma un sorbo. Es su mismo café de siempre que no ha matado a nadie todavía.

"Oh, no", dice Gary. "El café es genial". Sus ojos son tan oscuros como las plumas de un cuervo. Tiene la capacidad de atrapar a alguien por la forma en que la mira y hacer que ella desee que él siga mirando. "Es el café en general lo que me hace esto. Recuerdo a mi abuelo, que murió hace dos años. Seguro que era adicto al café. Tomó tres tazas antes de abrir los ojos por la mañana".

Algo está realmente mal con Sally. Puede sentir una opresión dentro de su garganta y su vientre y su pecho. Esto bien podría ser lo que se siente un ataque al corazón; por lo que ella sabe, podría terminar inconsciente en el suelo en segundos, con la sangre hirviendo y el cerebro frito.

"¿Me disculpas un minuto?" Dice Sally. "Vuelvo enseguida."

Corre escaleras arriba a la habitación de Kylie y enciende la luz. Era casi el amanecer cuando Gillian llegó a casa de Ben's, donde la mitad de sus pertenencias ocupaban la mayor parte de su armario. Dado que hoy tiene libre, su plan era dormir el mayor tiempo posible, ir a comprar zapatos y luego pasar por la biblioteca para comprar un libro sobre la estructura celular. En cambio, las cortinas se abren y la luz del sol se derrama por la habitación en gruesas franjas amarillas. Gillian se retuerce debajo de la colcha; si ella está lo suficientemente callada, tal vez todo esto desaparezca.

"Despierta", le dice Sally a Gillian y ella le da una buena sacudida. "Alguien está aquí buscando a Jimmy".

Gillian se sienta tan rápido que se golpea la cabeza con el poste de la cama. "¿Tiene muchos tatuajes?" pregunta, pensando en la última persona de la que Jimmy pidió prestado demasiado dinero, un tipo llamado Alex Devine, de quien se decía que era la forma de vida humana singular capaz de existir sin corazón.

"Ojalá", dice Sally.

Las hermanas se miran fijamente.

"Oh Dios." Gillian susurra ahora. "Es la policía, ¿no? Ay Dios mío." Se inclina hacia el suelo para agarrar la pila de ropa más cercana.

"Es un investigador de la oficina del fiscal general. Encontró la última carta que le envié y lo rastreó hasta aquí".

"Eso es lo que pasa cuando escribes cartas". Gillian está fuera de la cama ahora, poniéndose unos jeans y una blusa beige suave. "¿Quieres comunicarte? Usa el maldito teléfono".

"Le di un poco de café", dice Sally. "El está en la cocina."

"No me importa en qué habitación esté". Gillian mira a su hermana. A veces, Sally realmente no lo entiende. Ella ciertamente no parece entender lo que significa enterrar un cuerpo en tu patio trasero. "¿Qué le vamos a decir?"

Sally se agarra el pecho y se pone blanca. "Puede que esté teniendo un ataque al corazón", anuncia.

"Oh, genial. Eso es todo lo que necesitamos ". Gillian se pone un par de chanclas y luego se detiene para considerar a su hermana. Sally puede tener una fiebre de ciento tres antes de pensar en quejarse. Puede pasar toda la noche en el baño, arrodillada por un virus estomacal, y estar alegre con la primera luz de la mañana, en la cocina, preparando ya una ensalada de frutas o unos waffles de arándanos. "Estás teniendo un ataque de pánico", decide Gillian. "Superalo. Tenemos que ir a convencer a ese maldito investigador de que no sabemos nada ".

Gillian pasa un peine por su cabello, luego se dirige a la puerta. Se vuelve cuando siente que Sally no la sigue.

"¿Bien?" Dice Gillian.

"Aquí está la cosa", dice Sally. "No creo que pueda mentirle".

Gillian se acerca a su hermana. "Sí tu puedes."

"No sé. Es posible que no pueda sentarme allí y simplemente acostarme. Es la forma en que te mira ... "

"Escúchame." La voz de Gillian es fina y aguda. "Iremos a la cárcel a menos que mientas, así que creo que podrás hacerlo. Cuando te hable, no lo mires ". Toma las manos de Sally entre las suyas. "Hará algunas preguntas, luego regresará a Arizona y todos estarán felices".

"Bien", dice Sally.

"Recuerda. No lo mires ".

"Okey." Sally asiente. Cree que puede hacer esto, o al menos puede intentarlo.

"Sólo sigue mi ejemplo", le dice Gillian.

Las hermanas cruzan sus corazones y esperan morir, luego juran que están juntas en esto, para siempre, hasta el final absoluto. Le darán a Gary Hallet hechos simples; no dirán demasiado ni muy poco. Para cuando han resuelto su historia y bajan las escaleras, Gary ha

terminado su tercera taza de café y ha memorizado todos los elementos de los estantes de la cocina. Cuando escucha a las mujeres en las escaleras, se seca los ojos con el dorso de la mano y aparta la taza de café.

"Hola", dice Gillian.

Ella es buena en esto, eso es seguro. Cuando Gary se pone de pie para saludarla, ella le tiende la mano para que la estreche, como si fuera un evento social habitual. Pero cuando ella realmente lo mira, cuando siente su agarre en su mano, Gillian se pone nerviosa. Este tipo no será fácil de engañar. Ha visto muchas cosas y escuchado muchas historias, y es inteligente. Ella puede darse cuenta de eso con solo mirarlo. Puede que sea demasiado inteligente.

"Escuché que quieres hablarme sobre Jimmy", dice Gillian. Su corazón se siente demasiado grande para su pecho.

"Me temo que sí". Gary evalúa a Gillian rápidamente: el tatuaje en su muñeca, la forma en que ella da un paso atrás cuando él se dirige a ella, como si esperara ser golpeada. "¿Lo has visto recientemente?"

"Me escapé en junio. Cogí su coche y salí a la carretera y no he sabido nada de él desde entonces".

Gary asiente y toma algunas notas, pero las notas son solo garabatos, nada más que palabras sin sentido. *Ivory Snow*, está escrito en la parte superior de la página. *Glotion*. Pie de manzana. *Dos más dos es igual a cuatro*. *Querida*. Está anotando cualquier cosa para parecer concentrado en asuntos oficiales. De esta manera, Sally y su hermana no podrán mirarlo a los ojos y sentir que él no le cree a Gillian. No habría tenido el descaro de despegar con el coche de su novio, y Hawkins no lo habría dejado ir tan fácilmente. De ninguna manera. La habría alcanzado antes de que llegara a la frontera estatal.

"Probablemente sea una decisión inteligente", dice Gary. Él ha hecho esto antes, suavizó la duda para que no se filtre a través de su voz. Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta, saca el registro legal de Hawkins y lo extiende sobre la mesa para que Gillian lo vea.

Gillian se sienta para ver mejor. "Vaya", dice ella.

El primer arresto de Jimmy por drogas fue hace tantos años que no podía tener más de quince años. Gillian recorre con el dedo una lista de delitos que sigue y sigue; los delitos menores se vuelven más violentos con cada año, hasta que se convierten en delitos graves. Parece que vivían juntos cuando lo detuvieron para su último asalto agravado, y nunca se molestó en mencionarlo. A menos que Gillian se equivoque, Jimmy le dijo que había ido a Phoenix para ayudar a su primo a mover algunos muebles el día de su cita en la corte.

No puede creer lo idiota que fue durante todos esos años. Sabía más sobre Ben Frye después de dos horas de lo que sabía sobre Jimmy después de cuatro años. Jimmy parecía misterioso en ese entonces, con profundos secretos que tenía que guardar. Ahora los hechos son evidentes; él era un ladrón y un mentiroso, y ella fue y se quedó quieta durante más tiempo de lo que parecía humanamente posible.

"No tenía ni idea", dice Gillian. "Te lo juro. Durante todo ese tiempo, nunca le hice preguntas sobre adónde fue y qué hizo ". Sus ojos se sienten calientes y cuando parpadea no sirve de nada. "No es que sea una excusa".

"No tienes que poner ninguna excusa por quién amas", dice Gary. "No te disculpes".

Gillian tendrá que prestar aún más atención a este investigador. Tiene una forma particular de observar las cosas que te atrapa. Por qué, antes de que él presentara la idea de que el amor era intachable, Gillian ni una sola vez se detuvo a considerar que ella podría no ser responsable de todo lo que salió mal. Ella mira hacia arriba para evaluar la reacción de Sally, pero Sally está mirando a Gary y tiene una expresión divertida en su rostro. Es una mirada que preocupa a Gillian, porque es totalmente diferente a Sally. Allí de pie, con la espalda apoyada en el frigorífico, Sally parece demasiado vulnerable. ¿Dónde está su armadura, dónde está su guardia, dónde está la lógica que puede volver a armarlo todo?

"La razón por la que estoy buscando al Sr. Hawkins", le explica Gary a Gillian, "es que parece que vendió algunas plantas venenosas a varios estudiantes universitarios, lo que ha sido la causa de tres muertes. Les ofreció LSD, luego fue y les proporcionó las semillas de algunas malas hierbas altamente alucinógenas y altamente tóxicas".

"Tres muertes". Gillian niega con la cabeza. Jimmy le dijo que había habido dos. Le dijo que no era culpa suya; los niños eran codiciosos y estúpidos y trataron de engañarlo para sacarle el dinero que merecía. "Malditos mocosos mimados", así los había llamado. "Bebés universitarios". Podía mentir sobre cualquier cosa, como si fuera un deporte. Gillian se siente mal al pensar en cómo automáticamente le creyó a Jimmy y se puso de su lado. Esos chicos *deben haber estado buscando problemas*. Recuerda haber pensado eso. "Esto es horrible", le dice a Gary Hallet sobre las muertes en la universidad. "Es horrible."

"Su amigo ha sido identificado por varios testigos, pero ha desaparecido".

Gillian está escuchando a Gary, pero también está pensando en cómo solían ser las cosas. Agosto en Tucson puede llevar el suelo del desierto hasta 125 grados. Una semana ardiente, poco después de conocerse por primera vez, ella y Jimmy ni siquiera salieron de la casa; simplemente encendieron el aire acondicionado, bebieron cerveza y se follaron entre sí de todas las formas en que Jimmy podía pensar, lo que principalmente tenía que ver con su gratificación inmediata.

"No lo llamemos mi amigo", dice Gillian.

"Bien", asiente Gary. "Pero nos gustaría ponernos al día con él antes de que venda más de esta basura. No queremos que esto vuelva a suceder".

Gary mira a Gillian con sus ojos oscuros, lo que hace que sea difícil apartar la mirada o manejar una mentira medio decente. Tal vez esta chica sabía sobre la muerte de los universitarios, y tal vez ella no, pero ciertamente sabía algo. Gary ve eso dentro de ella, lo puede decir por la forma en que mira al suelo. Hay culpa en su expresión, pero eso podría deberse solo a que ella fue a la que James Hawkins volvió a casa la

noche en que el estudiante de historia tuvo convulsiones. Tal vez sea porque acaba de darse cuenta de con quién estaba follando y llamando cariño todo ese tiempo.

Gary está esperando que Gillian se declare de alguna manera, pero Sally es la que no puede mantener la boca cerrada. Ha estado intentando, se ha estado diciendo a sí misma que no debe hablar, que debe seguir el ejemplo de Gillian, pero no puede hacerlo. ¿Podría ser que se vea obligada a hablar solo porque quiere la atención de Gary Hallet? ¿Podría ser que ella quiera sentirse exactamente como lo hace cuando él se vuelve hacia ella?

"No volverá a suceder", le dice Sally.

Gary encuentra su mirada. "Suenas bastante seguro de eso." Pero, por supuesto, él sabe por su carta lo segura que puede estar de sí misma. *Algo no está bien allí*, le escribió a Gillian. *Abandonarlo. Consiga su propio lugar, una casa que sea solo suya. O simplemente vuelve a casa. Ven a casa ahora mismo.*

"Quiere decir que Jimmy nunca volverá a Tucson", se apresura a decir Gillian. Créame, si lo persigue, él lo sabe. Es estúpido, pero no idiota. No va a seguir vendiendo drogas en el mismo pueblo donde ha estado muriendo su clientela ".

Gary saca su tarjeta y se la da a Gillian. "No quiero asustarte, pero estamos tratando con una persona peligrosa. Le agradecería que me llamara si intenta ponerse en contacto con usted ".

"Él no la contactará", dice Sally.

No puede mantener la boca cerrada. Es simplemente imposible. ¿Qué está mal con ella? Eso es lo que pregunta la mirada de Gillian, y eso es lo que Sally se pregunta a sí misma. Es solo que este investigador tiene una mirada tan preocupada cuando se concentra en algo. Es un hombre preocupado, ella lo ve. Es el tipo de hombre que nunca querrías perder una vez que finalmente lo encontraras.

"Jimmy sabe que hemos terminado", anuncia Gillian. Va a servirse una taza de café y, mientras lo hace, mete un codo en las costillas de Sally.

"¿Qué sucede contigo?" ella susurra. "¿Quieres callarte?" Se vuelve hacia Gary. "Le dejé perfectamente claro a Jimmy que nuestra relación era finita. Por eso no me contacta. Somos historia".

"Voy a tener que confiscar el coche", dice Gary.

"Naturalmente", dice Gillian amablemente. Si tienen suerte, este tipo se irá en menos de dos minutos. "Ve siempre derecho."

Gary se pone de pie y se pasa las manos por el pelo oscuro. Se supone que debe irse ahora. Él lo sabe. Pero está arrastrando los pies. Quiere seguir mirando a Sally a los ojos y ahogarse mil veces al día. En cambio, lleva su taza de café al fregadero.

"No tienes que preocuparte por eso", le dice Gillian cálidamente, desesperada por deshacerse de él.

Sally sonríe cuando ve la forma en que coloca la taza y la cuchara con tanto cuidado.

"Si ocurre algo, estaré en la ciudad hasta mañana por la mañana".

"No pasará nada", le asegura Gillian. "Créeme."

Gary toma el cuaderno que guarda para recordar los detalles y lo abre. "Estaré en el Motel Hide-A-Way". Él mira hacia arriba y no ve nada más que los ojos grises de Sally. "Alguien en el mostrador de alquiler de coches lo recomendó".

Sally conoce el lugar, un vertedero al otro lado de la autopista de peaje, cerca de un puesto de verduras y una franquicia de pollo frito conocida por sus excelentes aros de cebolla. No podría importarle menos si él se queda en un motel pésimo como ese. A ella le importa un bledo que se vaya mañana. De hecho, ella también se irá. Ella y sus chicas saldrán de aquí en poco tiempo. Si se despiertan temprano y no se detienen a tomar un café, pueden llegar a Massachusetts antes del mediodía. Pueden abrir las cortinas de las habitaciones oscuras de las tías para dejar entrar un poco de luz solar justo después del almuerzo.

"Gracias por el café", dice Gary. Ve el cactus medio muerto en el alféizar de la ventana. "Esto definitivamente no es representativo de la especie."

Está en muy mal estado, te lo diré ".

El invierno pasado, Ed Borelli le dio a cada una de las secretarias de la escuela secundaria un cactus para Navidad. "Colócalo en el alféizar de tu ventana y olvídalo", había advertido Sally cuando surgieron quejas sobre quién diablos querría tal cosa, y aparte de derramar un poco de agua en su platillo de vez en cuando, eso es exactamente lo que ella misma ha hecho. Pero Gary le está prestando mucha atención al cactus. Tiene esa mirada preocupada y está buscando algo atascado entre el platillo sobre el que descansa el cactus y su maceta. Cuando se vuelve para mirar a Sally y Gillian, parece tan dolorido que el primer pensamiento de Sally es que se ha pinchado el dedo.

"Maldita sea", susurra Gillian.

Es el anillo de plata de Jimmy al que Gary se aferra, y eso es lo que le causa tanto dolor. Le van a mentir y él lo sabe. Le dirán que nunca han visto este anillo antes, o que lo compraron en una tienda de antigüedades, o que debe haber caído del cielo.

"Bonito anillo", dice Gary. "Realmente inusual".

Ni Sally ni Gillian pueden imaginarse cómo esto puede ser posible; saben a ciencia cierta que el anillo estaba en el dedo de Jimmy, está enterrado atrás y, sin embargo, aquí está en la mano del investigador. Y ahora está mirando a Sally; está esperando una explicación. ¿Por qué no debería estarlo? ha leído una descripción de este anillo en tres deposiciones: un cascabel en un lado, lo recuerda. Una serpiente enroscada, que es exactamente lo que tiene ahora.

Sally vuelve a sentir ese ataque al corazón; hay algo mal en el centro de su pecho, como un atizador al rojo vivo, como un trozo de vidrio, y no hay nada que pueda hacer al respecto. No podría mentirle a este hombre si su vida dependiera de ello, y así es, y esa es la razón por la que no dice una palabra.

"Bueno, mira eso." Gillian es toda maravilla y azúcar. Es tan fácil para ella hacer esto que no tiene que pensarlo dos veces. "Esa cosa vieja probablemente ha estado allí durante un millón de años".

Sally todavía no habla, pero apoya todo su peso en el frigorífico, como si necesitara ayuda para ponerse de pie.

"¿Es eso así?" Gary dice, todavía ahogándose.

"Déjame ver." Gillian se acerca a él, le quita el anillo de las manos y lo estudia como si nunca lo hubiera visto antes. "Genial", dice ella, devolviéndolo. "Probablemente deberías quedártelo". Este es un toque tan agradable que está realmente orgullosa de sí misma. "Es demasiado grande para cualquiera de nosotros".

"Pues, genial." A Gary le palpita la cabeza. Joder. Que se joda todo.
"Gracias."

Mientras se guarda el anillo en el bolsillo, piensa que la hermana de Sally es muy buena en esto; Probablemente ella esté al tanto del paradero de James Hawkins a partir de este mismo segundo. Sally, sin embargo, es otra historia; tal vez no sepa nada, tal vez nunca antes había visto este anillo. Su hermana podría haberla engañado por completo, podría estar desviando dinero, comestibles, reliquias familiares a Hawkins mientras ve la televisión en algún apartamento del sótano en Brooklyn, esperando que el calor se apague.

Pero Sally no lo está mirando, esa es la cuestión. Su hermoso rostro se aparta porque sabe algo. Gary lo ha visto antes, innumerables veces. Las personas que son culpables de algo creen que pueden ocultarlo sin mirarte a los ojos; suponen que puedes leer su vergüenza, que puedes ver a través de sus ojos hasta su alma, y en cierto modo tienen razón.

"Supongo que hemos terminado", dice Gary. "A menos que haya algo en lo que hayas pensado de repente que debería saber".

Nada. Gillian sonríe y se encoge de hombros. Sally traga con fuerza. Gary prácticamente puede sentir lo seca que está su garganta, cómo le palpita el pulso en la base del cuello. No está seguro de hasta dónde llegaría para cubrir a alguien. Nunca antes había estado en esa posición, y no le gusta la sensación, sin embargo, aquí está, parado en la cocina de un extraño en Nueva York en un húmedo día de verano, preguntándose si podría mirar para otro lado. Y luego piensa en su

abuelo caminando hacia el juzgado para reclamarlo legalmente en un día en que eran ciento doce en la sombra. El aire empezó a chisporrotear; el mezquite y el cardo ruso estallaron en llamas, pero Sonny Hallet había pensado en llevar un recipiente con agua fresca de manantial y ni siquiera estaba cansado cuando entró en el juzgado. Si va en contra de lo que cree, no es nada de todos modos, por lo que es mejor que se ciña a sus armas. Gary volará a casa mañana y entregará este caso a Arno. Ni siquiera puede fingir que todo saldrá bien: que Hawkins se rendirá, y se demostrará que Sally y su hermana son inocentes de ayudar a un sospechoso de asesinato, y el propio Gary comenzará a escribirle a Sally. Si lo hiciera, tal vez ella no podría tirar sus cartas; tendría que leer cada una y otra vez, exactamente como lo hizo él cuando le entregaron el suyo, y antes de que se diera cuenta, estaría perdida, como él parece estar en este mismo momento.

Como nada de esto va a suceder, Gary asiente y se dirige hacia la puerta. Siempre ha sabido cuándo hacerse a un lado y cuándo sentarse en la carretera y esperar a que suceda lo que suceda a continuación. Vio un puma una tarde porque decidió sentarse en el parachoques de su camioneta y beber un poco de agua antes de cambiar una llanta rota. El puma se acercó al asfalto, como si fuera dueño de la carretera y de todo lo demás, y miró bien a Gary, que nunca antes había estado agradecido por un pinchazo.

“Haré que recojan el Oldsmobile el viernes”, dice Gary ahora, pero no mira hacia atrás hasta que está en el porche. No sabe que Sally podría haberlo seguido fácilmente, si su hermana no la hubiera pellizcado y le hubiera susurrado que se quedara donde estaba. No sabe cuánto le duele esta cosa dentro del pecho de Sally, pero eso es lo que sucede cuando eres un mentiroso, especialmente cuando te estás contando la peor de estas mentiras a ti mismo.

“Un millón de gracias”, canta Gillian, y cuando Gary se gira para mirar detrás de él, no hay nada que ver más que la puerta cerrada.

En lo que respecta a Gillian, todo ha terminado. “Bueno, aleluya”, dice cuando regresa a la cocina. “Nos deshicimos de él”.

Sally ya está lidiando con los fideos de lasaña que se han congelado en el colador. Intenta sacarlos con una cuchara de madera, pero es demasiado tarde, están pegados. Tira todo a la basura y luego comienza a llorar.

"¿Cual es tu problema?" Pregunta Gillian. Son momentos como estos los que provocan que personas perfectamente racionales digan qué diablos y enciendan cigarrillos. Gillian mira a través del cajón de la basura, esperando encontrar un paquete viejo, pero lo mejor que se le ocurre es una caja de fósforos de madera. "Nos deshicimos de él, ¿no? Parecíamos totalmente inocentes. A pesar de ese maldito anillo. Te diré que esa cosa me asustó mucho. Eso fue como mirar al diablo directamente a los ojos. Pero cariño, engañamos a ese investigador de todos modos, e hicimos un buen trabajo ".

"Oh", dice Sally, completamente disgustada. "Oh", llora.

"¡Bueno, lo hicimos! Lo logramos y deberíamos estar orgullosos de nosotros mismos ".

"¿Por mentir?" Sally se frota los ojos y la nariz que gotean. Sus mejillas están rojas y resopla como loca y no puede deshacerse de esa horrible sensación en el centro muerto de su pecho. "¿Es eso de lo que crees que deberíamos estar orgullosos?"

"Oye." Gillian se encoge de hombros. "Haz lo que tienes que hacer". Ella se asoma a la basura a los fideos globulosos. "Ahora, ¿qué hacemos para cenar?"

Ahí es cuando Sally arroja el colador al otro lado de la habitación.

"Estás en mal estado", dice Gillian. "Será mejor que llame a su internista o ginecólogo o alguien y consiga un tranquilizante".

"No voy a hacer esto". Sally agarra la olla de salsa de tomate, a la que ha agregado cebollas, champiñones y pimienta roja dulce, y la vierte en el fregadero.

"Multa." Gillian está dispuesta a aceptar cualquier plan razonable. "No tienes que cocinar. Conseguiremos comida para llevar".

"No me refiero a la cena". Sally ha agarrado las llaves del auto y su billetera. "Estoy hablando de la verdad".

"¿Estás loco?" Gillian va tras Sally, y cuando Sally sigue dirigiéndose hacia la puerta, Gillian la agarra del brazo.

"No te atrevas a pellizcarme", le advierte Sally.

Sally sale al porche, pero Gillian todavía está detrás de ella. Sigue a Sally por el camino de entrada.

"No vas a ver a ese investigador. No puedes hablar con él".

"Él sabe de todos modos", dice Sally. "¿No pudiste decirlo? ¿No pudiste ver por la forma en que nos miraba?"

Solo pensar en la cara demacrada de Gary y toda la preocupación que había allí hace que su pecho se sienta aún peor. Ella se encontrará sufriendo de un derrame cerebral o angina o algo antes de que termine el día.

"No puedes ir tras ese tipo", le dice Gillian a Sally. No hay ni una pizca de tontería en su tono. Ambos estaremos en la cárcel si lo hace. No sé qué te haría pensar en esto ".

"Ya lo he decidido", dice Sally.

"¿Hacer que? ¿Ir a su motel? ¿Ponerse de rodillas y suplicar piedad? "

"Si yo tengo que. Sí."

"No vas a ir", dice Gillian.

Sally mira a su hermana, considerándola. Luego abre la puerta del coche.

"De ninguna manera", dice Gillian. "No vas a ir tras él".

"¿Me estás amenazando?"

"A lo mejor si soy." No permitirá que su hermana arruine su futuro solo porque Sally se sienta culpable por algo que ni siquiera hizo.

"¿Ah, de verdad?" Dice Sally. "¿Cómo exactamente planeas llegar a mí? ¿Crees que podrías arruinar mi vida más de lo que ya lo has hecho?"

Herida, Gillian da un paso atrás.

"Trate de entender", dice Sally. "Tengo que arreglar esto. No puedo vivir de esta manera ".

Se ha predicho una tormenta y el viento ha comenzado a subir; Mechones del cabello negro de Sally azotan su rostro. Sus ojos son luminosos y mucho más oscuros de lo habitual; su boca es roja como una rosa. Gillian nunca había visto a su hermana lucir tan desaliñada, tan diferente a su yo habitual. En este momento, Sally parece ser alguien que se precipitaría de cabeza a un río, cuando aún no ha aprendido a nadar. Saltaba de las ramas del árbol más alto, convencida de que todo lo que necesitaba para un aterrizaje seguro eran sus brazos extendidos y un chal de seda para flotar y tomar el aire mientras caía.

"Quizás deberías esperar". Gillian está probando su voz más dulce, la que la ha disuadido de las multas por exceso de velocidad y los malos

asuntos. "Podemos discutirlo. Podemos decidir juntos ".

Pero Sally ha tomado una decisión. Ella se niega a escuchar; se sube a su coche y, salvo saltar detrás del Honda para bloquearlo, Gillian no puede hacer nada más que quedarse de pie y ver cómo Sally se aleja. Ella mira durante mucho tiempo, demasiado, porque, al final, todo lo que Gillian está mirando es la carretera vacía, y ya lo ha visto antes. Lo ha visto con demasiada frecuencia.

Hay mucho que perder cuando tienes algo, cuando eres lo suficientemente tonto como para dejar que te preocupes. Bueno, Gillian siguió adelante y lo hizo al enamorarse de Ben Frye, y su destino ahora está fuera de sus manos. Está viajando, sentado como una escopeta en ese Honda con Sally, y todo lo que Gillian puede hacer es fingir que no pasa nada. Cuando las chicas llegan a casa, ella dice que Sally está haciendo recados, y ordena desde el lugar de comida china para llevar en la autopista de peaje, luego llama a Ben y le pide que recoja la cena en su camino.

"Pensé que íbamos a comer lasaña", dice Kylie mientras ella y Gideon ponen la mesa.

"Bueno, no lo estamos", le informa Gillian. "¿Y no puedes usar platos y vasos de papel para no tener que perder el tiempo lavando platos?"

Cuando Ben llega con la cena, Kylie y Antonia sugieren que esperen a su madre, pero Gillian no se entera. Empieza a servir camarones con anacardos y arroz frito con cerdo, el tipo de comida carnívora que Sally nunca permitiría en su mesa. La comida es buena, pero de todos modos es una cena espantosa. Todo el mundo está de mal humor. Antonia y Kylie están preocupadas porque su madre nunca llega tarde, especialmente en una noche en la que aún queda empacar, y ambas se sienten culpables por comer camarones y cerdo en su mesa. Gideon no está ayudando a nada; está practicando sus eructos, lo que está volviendo completamente locos a todos menos a Kylie. Scott Morrison es el peor, triste como puede ser ante la perspectiva de una semana sin Antonia. "¿Cuál es el punto de?" es su respuesta a casi todo esta noche, incluido "¿Quieres un rollito de huevo?" y "¿Quieres refresco de naranja

o Pepsi?" Finalmente, Antonia estalla en lágrimas y sale corriendo de la habitación cuando Scott responde a la pregunta de si él escribirá o no mientras ella está fuera con su mismo viejo "¿Cuál es el punto?" Kylie y Gideon tienen que defender el caso de Scott a través de la puerta cerrada del dormitorio de Antonia, y justo cuando Scott y Antonia se reconcilian y se besan en el pasillo, Gillian decide que ya es suficiente.

A estas alturas, Sally probablemente le ha contado las entrañas a ese investigador. Por lo que Gillian sabe, Gary Hallet fue al mini-mercado de la autopista de peaje que está abierto todas las horas y alquiló una grabadora para poder obtener su confesión con sus propias palabras. Atrapada sin recurso, Gillian tiene una migraña importante, una que Tylenol no pudo comenzar a curar. Cada voz suena como uñas contra una pizarra, y ella no tiene absolutamente ninguna tolerancia ni siquiera por la más pequeña parte de felicidad o alegría. No puede soportar ver a Antonia y Scott besándose, o escuchar a Gideon y Kylie bromeando entre sí. Toda la noche ha estado evitando a Ben, porque para ella la filosofía de Scott Morrison es realmente cierta: ¿Cuál es el punto? Todo está a punto de perderse y ella no puede detenerlo; bien podría darse por vencida y dar por terminado el día. También podría llamar a un taxi y salir por la ventana, con sus pertenencias más importantes en una funda de almohada. Sabe a ciencia cierta que Kylie tiene mucho dinero ahorrado en su banco unicornio, y si Gillian tomara prestado algo, podría conseguir un boleto de autobús al otro lado del país. El único problema es que ya no puede hacer eso. Ahora tiene otras consideraciones; ella tiene, para bien o para mal, Ben Frye.

"Es hora de que todos se vayan a casa", declara Gillian.

Scott y Gideon son despedidos con promesas de llamadas telefónicas y postales (para Scott) y cajas de caramelo de agua salada (para Gideon). Antonia llora un poco mientras ve a Scott entrar en el auto de su madre. Kylie le saca la lengua a Gideon cuando él saluda, y se ríe cuando él sale corriendo a través de la noche húmeda, pisando fuerte con sus botas militares, despertando a las ardillas que anidan en los árboles. Una vez que se deshacen de esos chicos, Gillian se vuelve hacia Ben.

"Lo mismo ocurre con usted", dice ella. Está tirando platos de papel a la basura a una velocidad vertiginosa. Ella ya tiene los cubiertos sucios y los vasos empapados en agua jabonosa, lo cual es tan diferente a su ser desordenado habitual que Ben comienza a sospechar. "Vamoose", le dice a Ben. Odia cuando él la mira de esa manera, como si la conociera mejor que ella misma. "Estas chicas tienen que terminar de empacar y estar en camino a las siete de la mañana"

"Algo está mal", dice Ben.

"Absolutamente no." El pulso de Gillian debe ser de unos buenos doscientos. "Nada está mal."

Gillian se vuelve hacia el fregadero y presta atención a los cubiertos empapados, pero Ben le pone las manos en la cintura y se inclina contra ella. No se convence tan fácilmente, y Dios sabe que es terco cuando quiere algo.

"Continúa", dice Gillian, pero sus manos están húmedas y enjabonadas y tiene dificultades para alejarlo. Cuando Ben la besa, ella lo deja. Si la está besando, no puede hacer ninguna pregunta. No es que sirviera de nada tratar de explicar cómo solía ser su vida. Él no lo entendería, y esa puede ser la razón por la que ella está enamorada de él. No podía imaginar algunas de las cosas que ella había hecho. Y cuando ella está con él, tampoco puede hacerlo.

En el patio, el crepúsculo proyecta sombras púrpuras. La tarde se ha vuelto aún más nublada y los pájaros han dejado de cantar. Gillian debería estar prestando atención a los besos de Ben, ya que pueden ser los últimos que compartan, pero en cambio está mirando por la ventana de la cocina. Está pensando en cómo Sally puede estar diciéndole al investigador lo que hay en su jardín, en la parte de atrás, donde ya nadie va, y ahí es donde está mirando mientras Ben la besa; por eso finalmente ve el seto de espinas. Todo el tiempo que nadie estaba mirando, ha estado prosperando. Ha crecido casi sesenta centímetros desde esta mañana y, alimentado por el despecho, sigue creciendo, enroscándose en el cielo nocturno.

Gillian se aparta bruscamente de Ben. "Tienes que ir", le dice. "Ahora."

Ella lo besa profundamente y le promete todo tipo de cosas, promesas de amor que ni siquiera recordará hasta la próxima vez que estén en la cama y él se lo recuerde. Trabaja duro y al fin gana.

"¿Estás seguro de esto?" Ben dice, confundido por lo fría y caliente que está, pero con ganas de más de todos modos. "Podrías pasar la noche en mi casa".

"Mañana", jura Gillian. "Y la noche siguiente y la noche siguiente".

Cuando por fin Ben se va, cuando ella mira por la ventana delantera para asegurarse de que él realmente se haya ido, Gillian entra al patio y se queda inmóvil bajo el cielo turbio. Es la hora en que los grillos comienzan a dar una advertencia, su canto se acelera por la humedad de la tormenta que se avecina. En la parte trasera del patio, el seto de espinos es retorcido y denso. Gillian se acerca y ve que dos nidos de avispa cuelgan de las ramas; un zumbido constante resuena, como una advertencia o una amenaza. ¿Cómo es posible que estas zarzas hayan pasado desapercibidas? ¿Cómo pudieron haber permitido que sucediera? Creían que se había ido, deseaban que fuera así, pero algunos errores vuelven a atormentarte una y otra vez, sin importar qué tan seguro estés de que finalmente han sido eliminados.

Mientras está allí, comienza una fina llovizna, y eso es lo que hace que Kylie la persiga, el hecho de que su tía esté parada allí sola, mojándose sin que parezca darse cuenta.

"Oh, no", dice Kylie cuando ve lo alto que ha crecido el seto de espinas desde que ella y Gideon jugaron al ajedrez en el césped.

"Simplemente los cortaremos de nuevo", dice Gillian. "Eso es lo que haremos".

Pero Kylie niega con la cabeza. Ningún cortaúñas podría atravesar esas espinas, ni siquiera un hacha serviría. "Ojalá mi mamá llegara a casa", dice.

La ropa se ha dejado en la línea y, si se queda afuera, se empapará, pero ese no es el único problema. El seto de espinas desprende algo desagradable, una niebla que apenas se puede ver, y los dobladillos de

cada sábana y camisa se han manchado y descolorido. Kylie puede ser la única que puede verlo, pero cada mancha en su ropa limpia es profunda y oscura. Ahora se da cuenta de por qué no ha podido imaginar sus vacaciones, por qué todo ha quedado en blanco dentro de su cabeza.

"No vamos a ir a casa de las tías", dice.

Las ramas del seto son negras, pero cualquiera que mire con atención verá que las espinas son tan rojas como la sangre.

Los charcos se están acumulando en el patio cuando Antonia abre la puerta trasera. "¿Están locos chicos?" Ella llama. Cuando Gillian y Kylie no responden, ella toma un paraguas negro del perchero y sale corriendo para unirse a ellos.

Se ha pronosticado una tormenta con vientos cercanos a la fuerza de un huracán para mañana a última hora. Otras personas del barrio han escuchado la noticia y han salido a comprar rollos de cinta adhesiva; cuando llegue el viento para hacer sonar sus ventanas, el vidrio se mantendrá unido con X de cinta adhesiva. Es la casa de Owens la que está en peligro de ser derribada.

"Una excelente manera de comenzar unas vacaciones", dice Antonia.

"No vamos", le dice Kylie.

"Por supuesto que nos vamos", insiste Antonia. "Ya estoy empacado".

En su opinión, esta noche es realmente espeluznante; no tiene sentido estar aquí en la oscuridad. Antonia se estremece y considera el cielo nublado, pero no aparta la mirada el tiempo suficiente para perderse de ver que su tía ha agarrado a Kylie del brazo. Gillian se aferra con fuerza a Kylie; si se atrevía a soltarse, tal vez no pudiera sostenerse por sí misma. Antonia mira hacia la parte trasera del patio y luego comprende. Hay algo debajo de esos horribles arbustos espinosos.

"¿Qué es?" Pregunta Antonia.

Kylie y Gillian respiran demasiado rápido; el miedo se eleva en oleadas. Es posible oler el miedo así; es un poco como humo y cenizas, como

carne que se ha acercado demasiado al fuego.

"¿Qué?" Dice Antonia. Tan pronto como da un paso hacia los arbustos, Kylie la empuja hacia atrás. Antonia entrecierra los ojos para ver a través de las sombras. Entonces ella se ríe. "Es solo una bota. Eso es todo lo que es".

Es de piel de serpiente, uno de un par que costó casi trescientos dólares. Jimmy nunca iría a Western Warehouse ni a ningún lugar así. Le gustaban las tiendas más caras; siempre prefería los artículos que eran únicos.

"¡No vayas allí!" Gillian dice cuando Antonia comienza a recuperar la bota.

La lluvia está cayendo fuerte ahora; hay una cortina, gris como un manto de lágrimas. En el lugar donde lo enterraron, la tierra parece esponjosa. Si metiste la mano, es posible que puedas arrancar un hueso. Podrías ser arrastrado hacia abajo, si no tenías cuidado, profundamente en el barro, y lucharías y tratarías de respirar, pero no serviría de nada.

"¿Alguno de ustedes encontró un anillo aquí atrás?" Pregunta Gillian.

Las dos niñas están temblando ahora y el cielo está negro. Pensarías que era medianoche. Uno pensaría que es imposible que los cielos hayan sido nunca azules, como la tinta o los huevos de petirrojo; como las cintas que las chicas se enhebran en el pelo para darles suerte

"Un sapo trajo uno a la casa", dice Kylie. "Lo olvidé por completo".

"Fue su." La voz de Gillian ni siquiera suena como ella. Esta voz es demasiado gruesa y triste, y demasiado distante. "De Jimmy".

"¿Quién es Jimmy?" Dice Antonia. Cuando nadie le responde, ella mira hacia el seto de espinas y entonces lo sabe. "Él está allá atrás". Antonia se apoya en su hermana.

Si hay tormentas tan fuertes como han predicho los meteorólogos y el patio se inundará, ¿entonces qué? Gillian, Kylie y Antonia están completamente empapadas; el paraguas que Antonia sostiene en alto

no puede protegerlos. Sus cabellos están pegados a sus cabezas; sus ropas tendrán que exprimirse en la ducha.

El suelo cerca de los espinos parece mellado, como si ya se estuviera hundiendo sobre sí mismo o, peor aún, hundiéndose en Jimmy. Si sale a la superficie, como su anillo de plata, como un pez horrible y malvado, se acabará para ellos.

“Quiero a mi madre”, dice Antonia en voz muy baja.

Cuando finalmente giran y corren hacia la casa, el césped se aplasta bajo sus pies. Corren aún más rápido; corren como si sus pesadillas estuvieran justo detrás de ellos en la hierba. Una vez que están dentro, Gillian cierra la puerta con llave, luego arrastra una silla y la coloca debajo del pomo de la puerta.

Esa oscura noche de junio cuando Gillian se detuvo en el camino de entrada bajo un círculo de luz bien pudo haber sido hace cien años. No es la misma persona que era cuando llegó. Esa mujer que se acercó de puntillas a la puerta principal con el tipo de urgencia que solo la desesperación puede prescindir ya habría empacado su auto y se habría ido. Nunca se habría quedado para ver qué haría ese investigador de Tucson con todo lo que Sally le dijo. No se habría quedado en los alrededores, y no habría dejado una nota para Ben Frye, incluso si se preocupara por él como lo hace esta noche. Estaría a mitad de camino de Pensilvania para entonces, con la radio encendida, fuerte y con el tanque lleno de gasolina. No se molestaría en mirar por el espejo retrovisor, ni por un minuto, ni una sola vez. Y esa es la diferencia, es simple y claro: la persona que está aquí ahora no va a ningún lado, excepto a la cocina para preparar a sus sobrinas un poco de té de manzanilla para calmar sus nervios.

“Estamos perfectamente bien”, les dice a las chicas. Su cabello es un desastre y su respiración es irregular; el rímel está rayado a través de su piel pálida en líneas vacilantes. Aún así, ella es la que está aquí, no Sally, y depende de ella enviar a las niñas a la cama y asegurarles que ella puede encargarse de las cosas. No se preocupen, eso es lo que les dice. Están sanos y salvos esta noche. Mientras la lluvia cae a cántaros,

mientras el viento se levanta en el este, Gillian pensará en un plan, tendrá que hacerlo, porque Sally no podría ayudarla a averiguar qué hacer más de lo que podría saltar de un árbol y volar.

Ya no equilibrada por la lógica, Sally está ingravida esta noche. Ella, que siempre ha valorado lo sensato y lo útil por encima de todo, perdió el rumbo en cuanto condujo por la Turnpike. No pudo encontrar el motel Hide-A-Way, aunque lo había pasado miles de veces antes. Tuvo que detenerse en una gasolinera y preguntar cómo llegar, y luego tuvo su ataque al corazón, que la obligó a buscar en el baño sucio, donde se lavó la cara con agua fría. Miró su reflejo en el espejo manchado sobre el fregadero y respiró profundamente durante varios minutos hasta que se recuperó una vez más.

Pero pronto descubrió que no era tan estable como pensaba. No vio las luces de freno del coche delante de ella después de que se detuvo en la autopista de peaje, y hubo un pequeño choque en el guardabarros, que fue completamente su culpa. El faro izquierdo de su Honda ahora apenas está colocado y corre el riesgo de caerse por completo cada vez que pisa el freno.

Para cuando finalmente se detiene en Hide-A-Way, su familia en casa está a la mitad de la cena y el estacionamiento de la franquicia de pollo frito que cruza diagonalmente la Turnpike está repleto de clientes. Pero la comida es lo último que quiere Sally. Su estómago está revuelto y está nerviosa, está locamente nerviosa, por lo que probablemente se cepilla el cabello dos veces antes de salir del auto y se dirige a la oficina del motel. Charcos de aceite brillan sobre el asfalto; Un manzano solitario, posado en un solo terreno y rodeado por unos geranios rojos, se estremece cuando el tráfico de la autopista de peaje pasa a toda velocidad. Solo cuatro autos están estacionados en el estacionamiento y tres son bombas reales. Si estuviera buscando el coche de Gary, el más alejado de la oficina parecería la opción más probable: es un Ford de algún tipo y parece un coche de alquiler. Pero más que eso, se ha dejado allí de forma tan prolija y cuidadosa, exactamente como Sally imaginaba que Gary aparcaría su coche.

Pensar en él, y su mirada preocupada, y esas arrugas en su rostro, pone a Sally aún más nerviosa. Una vez que está dentro de la oficina del motel, vuelve a colocar la correa de su bolso sobre su hombro; ella se pasa la lengua por los labios. Se siente como alguien que ha salido de su vida a un tramo de bosque que ni siquiera sabía que existía, y no conoce los caminos ni los senderos.

La mujer detrás del escritorio está hablando por teléfono y parece que está en medio de una conversación que podría durar horas.

"Bueno, si no le dijiste, ¿cómo podría saberlo?" ella dice en un tono de voz disgustado. Coge un cigarrillo y ve a Sally.

"Estoy buscando a Gary Hallet". Una vez que Sally hace este anuncio, piensa que realmente debe estar loca. ¿Por qué estaría buscando a alguien cuya presencia significa calamidad? ¿Por qué conduciría hasta aquí una noche en la que está tan confundida? No puede concentrarse en absoluto, eso es obvio. Ni siquiera puede recordar la capital del estado de Nueva York. Ya no recuerda qué es más calórico, la mantequilla o la margarina, o si las mariposas monarca hibernan o no en invierno.

"Salió", le dice la mujer detrás del escritorio a Sally. "Una vez idiota, siempre idiota", dice al teléfono. "Por supuesto que sabes. Sé que usted sabe. La verdadera pregunta es, ¿por qué no haces algo al respecto?" Se pone de pie, tira del teléfono detrás de ella, luego levanta una llave del estante en la pared y se la entrega. "Habitación dieciséis", le dice a Sally.

Sally da un paso atrás como si se quemara. "Solo esperaré aquí".

Se sienta en el sofá de plástico azul y alcanza una revista, pero es el *momento* y la historia de portada es "Crímenes de pasión", que es más de lo que Sally puede soportar en este momento. Tira la revista a la mesa de café. Desearía haber pensado en cambiarse de ropa y aún no estuviera usando esta camiseta vieja y los pantalones cortos de Kylie. No es que importe. No es que a nadie le importe cómo se ve. Saca el cepillo del bolso y se lo pasa por el pelo por última vez. Ella simplemente se lo dirá, y eso será todo. Su hermana es una idiota, ¿es un delito federal? Estaba deformada por las circunstancias de su

infancia, luego salió y se echó a perder las cosas por sí misma como adulta para asegurarse de que todo coincidiría. Sally piensa en tratar de explicarle esto a Gary Hallet mientras él la mira, y ahí es cuando se da cuenta de que está hiperventilando, respirando tan rápido que la mujer detrás del escritorio la está vigilando en caso de que Sally se desmaye y tenga que marcar. 911.

"Déjame preguntarte esto", dice la mujer detrás del escritorio al teléfono. "¿Por qué me pides un consejo si no lo vas a escuchar? ¿Por qué no sigues adelante, haces lo que quieras y me dejas al margen? " Ella le da a Sally una mirada. Esta es una conversación privada, incluso si la mitad de ella se desarrolla en un lugar público. "¿Estás seguro de que no quieres pasar el rato en su habitación?"

"Tal vez simplemente esperaré en mi auto", dice Sally.

"Super", dice la mujer, dejando de lado su conversación telefónica hasta que recupera su privacidad.

"Déjame adivinar." Sally asiente con la cabeza hacia el teléfono. "¿Tu hermana?"

Una hermanita en Port Jefferson, que ha necesitado asesoramiento constante durante los últimos cuarenta y dos años. De lo contrario, tendría todas las tarjetas de crédito cargadas al máximo y aún estaría casada con su primer marido, que era un millón de veces peor que el que tiene ahora.

"Es tan egocéntrica que me vuelve loco. Eso es lo que viene de ser la más joven y de que todos se preocupen por ti ", anuncia la mujer detrás del escritorio. Ha deslizado su mano sobre el auricular del teléfono. "Quieren que los cuides y resuelvas todos sus problemas y nunca te dan el menor crédito por nada".

"Tienes razón", coincide Sally. "Ser el bebé lo hace. Parece que nunca lo superan ".

"No lo sé", dice la otra mujer.

Y qué hay de ser la mayor, se pregunta Sally mientras sale y se detiene en la máquina expendedora junto a la oficina para comprarse una Coca-Cola light. Camina sobre los charcos de aceite con bordes de arcoíris en su camino de regreso a su auto. ¿Qué pasa si estás atrapado para siempre en decirle a otra persona lo que debe hacer, en ser responsable y decir "Te lo dije" una docena de veces al día? Ya sea que quiera admitirlo o no, esto es lo que Sally ha estado haciendo, y lo ha estado haciendo desde que tiene uso de razón.

Justo antes de que a Gillian le cortaran el pelo y de que todas las chicas de la ciudad entraran a los salones de belleza, suplicando por el mismo estilo, su cabello había sido tan largo como el de Sally, quizás un poco más largo. Era del color del trigo, cegador de mirar bajo el sol y tan fino como la seda, al menos en las raras ocasiones en que Gillian optaba por cepillarlo. Ahora Sally se pregunta si estaba celosa, y si esa era la razón por la que se burlaba de Gillian por el desastre que siempre se veía, con el pelo recogido y recogido.

Y sin embargo, el día que Gillian llegó a casa con el pelo corto, Sally se sorprendió. Ni siquiera había consultado con Sally antes de hacerlo. "¿Cómo pudiste haberte hecho esto a ti mismo?" Exigió Sally.

"Tengo mis razones", dijo Gillian. Estaba sentada frente a su espejo, aplicándose rubor en los huecos de sus mejillas. "Y todos se escriben EFECTIVO".

Gillian juró que una mujer la había estado siguiendo durante varios días y finalmente se había acercado a ella esa tarde. Ella le había ofrecido a Gillian dos mil dólares, allí, en el acto, si Gillian la acompañaba a un salón y le cortaba el pelo hasta las orejas para que esta mujer con el pelo corto y castaño pudiera tener una trenza falsa para usar en las fiestas.

"Seguro", dijo Sally. "Como si cualquiera en su sano juicio pudiera hacer eso".

"¿En realidad?" Dijo Gillian. "¿No crees que nadie lo haría?"

Metió la mano en el bolsillo delantero de sus jeans y sacó un rollo de dinero. Los dos mil, al contado. Gillian tenía una gran sonrisa en su rostro, y tal vez Sally solo quería borrarla de inmediato.

"Bueno, te ves horrible", dijo. "Pareces un niño".

Lo dijo a pesar de que podía ver que Gillian tenía un cuello increíblemente bonito, tan delgado y dulce que la mera vista haría llorar a los hombres adultos.

"Oh, ¿a quién le importa?" Dijo Gillian. "Volverá a crecer".

Pero su cabello nunca volvió a crecer, no llegaría más allá de sus hombros. Gillian lo lavó con romero, violetas y pétalos de rosa e incluso té de ginseng; nada de eso sirvió de nada.

"Eso es lo que obtienes", anunció Sally. "Ahí es donde te llevará la codicia".

Pero, ¿a dónde ha llevado a Sally el ser una chica tan buena y una mojigata? La ha traído a este estacionamiento en una noche húmeda y espantosa. La ha puesto en su lugar, de una vez por todas. ¿Quién es ella para ser tan justa y estar segura de que su camino es el mejor? Si simplemente hubiera llamado a la policía cuando Gillian llegó por primera vez, si no hubiera tenido que hacerse cargo y manejarlo todo, si no hubiera creído que todo, tanto la causa como el efecto, era su responsabilidad, ella y Gillian podría no estar en la situación en la que están ahora. Es el humo que emana de las paredes del bungalow de sus padres. Son los cisnes en el parque. Es la señal de alto que nadie nota hasta que es demasiado tarde.

Sally ha pasado toda su vida vigilante, y eso requiere lógica y buen sentido común. Si sus padres la hubieran tenido con ellos, habría olido el olor acre del fuego, sabe que lo haría. Habría visto la chispa azul que cayó sobre la alfombra, la primera de muchas, donde brillaba como una estrella, y luego un río de estrellas, brillante y azul sobre la alfombra de pelo largo justo antes de que todo estallara en llamas. El día en que los adolescentes habían bebido demasiado antes de subirse a uno de los coches de sus papás, ella habría llevado a Michael de vuelta a la acera.

¿No salvó a su bebé de los cisnes cuando intentaron atacarla? ¿No se ha encargado de todo desde entonces: sus hijos y la casa, su césped y la factura de la luz, su ropa, que, cuando cuelga de la cuerda, es incluso más blanca que la nieve?

Desde el principio, Sally se ha estado mintiendo a sí misma, diciéndose a sí misma que puede manejar cualquier cosa y que ya no quiere mentir. Una mentira más y estará realmente perdida. Uno más y nunca encontrará el camino de regreso a través del bosque.

Sally traga su Coca-Cola light; se está muriendo de sed. En realidad, le duele la garganta por esas mentiras que le dijo a Gary Hallet. Quiere ser sincera, quiere contarle todo, quiere que alguien escuche lo que tiene que decir y realmente la escuche, como nadie lo había hecho antes. Cuando ve a Gary cruzando la autopista de peaje, cargando una tarrina de pollo frito, sabe que podría encender su auto y escapar antes de que él la reconozca. Pero ella se queda donde está. Mientras observa a Gary caminar en su dirección, una línea de calor se cruza debajo de su piel. Es invisible, pero está ahí. Así es el deseo, te tiende una emboscada en un estacionamiento, siempre gana. Cuanto más se acerca Gary, peor es, hasta que Sally tiene que deslizar una mano debajo de su camisa y presionar hacia abajo, solo para asegurarse de que su corazón no se escape de su cuerpo.

El mundo parece gris y las carreteras están resbaladizas, pero a Gary no le importa la noche oscura y sombría. No ha habido nada más que cielos azules en Tucson durante meses, y a Gary no le molesta un poco de lluvia. Tal vez la lluvia cure la forma en que se siente por dentro y se lleve sus preocupaciones. Tal vez pueda subir al avión mañana a las nueve y veinticinco, sonreír a la azafata y luego dormir un par de horas antes de tener que presentarse en la oficina.

En su línea de trabajo, Gary está capacitado para notar cosas, pero no puede creer lo que está viendo ahora. Parte de la razón de esto es que se ha estado imaginando a Sally donde quiera que vaya. Pensó que la vio en un cruce de peatones en la autopista de peaje mientras conducía aquí, y nuevamente en el lugar del pollo frito, y ahora aquí está ella en el estacionamiento. Probablemente sea otra ilusión, lo que él quiere ver

en lugar de lo que está justo frente a él. Gary se acerca al Honda y entrecierra los ojos. Ese es el auto de Sally, es, y esa es ella, ahí detrás del volante, tocándole la bocina.

Gary abre la puerta del coche, se sienta en el asiento del pasajero y cierra la puerta de golpe. Su cabello y su ropa están húmedos, y el cubo de pollo que lleva consigo está humeante y huele a aceite.

"Pensé que eras tú", dice.

Necesita doblar las piernas para que quepan en este auto; balancea el cubo de pollo en su regazo.

"Era el anillo de Jimmy", dice Sally.

Ella no planeaba derramarlo de inmediato, pero tal vez sea mejor. Ella está mirando a Gary por su reacción, pero él simplemente la está mirando. Dios, desearía haber fumado o bebido o algo así. La tensión es tan fuerte que se siente como si estuviera al menos a ciento treinta grados dentro del auto. Sally se sorprende de que no se incendie.

"¿Bien?" dice finalmente. "Te estábamos mintiendo. Ese anillo en mi cocina pertenecía a James Hawkins".

"Sé." Gary parece incluso más preocupado ahora que antes. Ella es la indicada y él lo sabe. En determinadas circunstancias, podría estar dispuesto a renunciar a todo por Sally Owens. Podría estar dispuesto a saltar de cabeza a este barranco que siente al subir, sin considerar qué tan rápido estaría cayendo o qué tan brutal podría ser el momento del impacto. Gary se peina el pelo mojado hacia atrás con los dedos y, por un momento, todo el coche huele a lluvia. "¿Ya cenaste?" Levanta el cubo de pollo. También tiene aros de cebolla y patatas fritas.

"No podía comer", le dice Sally.

Gary abre la puerta y deja el balde afuera bajo la lluvia. Definitivamente ha perdido el apetito por el pollo.

"Podría desmayarme", le advierte Sally. "Siento que voy a tener un derrame cerebral".

"¿Es porque entiendes que tengo que preguntarte si tú o tu hermana saben dónde está Hawkins?"

Ésa no es la razón. Sally está caliente hasta la punta de los dedos. Retira las manos del volante para que no salga vapor por debajo de las cutículas y coloca ambas manos en su regazo. "Te diré dónde está". Gary Hallet la mira como si el motel Hide-A-Way y el resto de Turnpike ni siquiera existieran. "Muerto", dice Sally.

Gary piensa en esto mientras la lluvia golpea el techo del auto. No pueden ver por el parabrisas y las ventanas están empañadas.

"Fue un accidente", dice Sally ahora. "No es que no se lo mereciera. No es que no fuera el cerdo más grande del mundo".

"Él fue a mi escuela secundaria". Gary habla despacio, con dolor en la voz. "Siempre fue una mala noticia. La gente dice que disparó a doce ponis en un rancho que se negó a contratarlo para un trabajo de verano. Les disparó en la cabeza, uno por uno".

"Ahí tienes", dice Sally. "Ahí tienes."

"¿Quieres que me olvide de él? ¿Es eso lo que me estás pidiendo que haga?"

"Ya no hará daño a nadie", dice Sally. "Eso es lo importante".

La mujer que trabaja en la oficina del motel ha salido corriendo, vestida con un poncho de lluvia negro y con una escoba que usará para tratar de desatascar las alcantarillas antes de la tormenta prevista para mañana. La propia Sally no está pensando en sus alcantarillas. No se pregunta si sus hijas pensaron en cerrar las ventanas, y en este momento no le importa si su techo resistirá los vientos huracanados.

"La única forma en que lastimaré a alguien es si sigues buscándolo", agrega Sally. "Entonces mi hermana saldrá herida, y yo también, y todo será en vano".

Tiene el tipo de lógica con la que Gary no puede discutir. El cielo se está oscureciendo y cuando Gary mira a Sally, solo ve sus ojos. Lo que está bien y lo que está mal se ha confundido de alguna manera. "No sé qué

hacer", admite. "En todo esto, parece que tengo un problema. No soy imparcial. Puedo fingir serlo, pero no lo soy".

Ella está mirando de la forma en que lo hizo cuando ella abrió la puerta por primera vez. Sally puede sentir tanto sus intenciones como su tormento; ella es muy consciente de lo que quiere.

Gary Hallet tiene calambres en las piernas sentado en el Honda, pero todavía no se va a ninguna parte. Su abuelo solía decirle que la mayoría de la gente estaba equivocada: la verdad del asunto era que se podía llevar a un caballo al agua, y si el agua estaba lo suficientemente fría, si era realmente clara y dulce, no lo habría hecho. para obligarlo a beber. Esta noche Gary se siente mucho más como un caballo que como un jinete. Ha tropezado con el amor y ahora está atrapado allí. Está bastante acostumbrado a no conseguir lo que quiere, y lo ha superado, pero no puede evitar preguntarse si es sólo porque no quería nada demasiado. Bueno, ahora lo hace. Mira hacia el estacionamiento. Por la tarde estará de regreso a donde pertenece; sus perros se volverán locos cuando lo vean, su correo estará esperando afuera de su puerta principal, la leche en su refrigerador aún estará lo suficientemente fresca para usar en su café. El problema es que no quiere ir. Preferiría estar aquí, abarrotado en este pequeño Honda, su estómago gruñendo de hambre, su deseo es tan intenso que no sabe si podría mantenerse erguido. Sus ojos están ardiendo y sabe que nunca podrá detenerse cuando va a llorar. Será mejor que ni siquiera lo intente.

"Oh, no", dice Sally. Ella se acerca a él, empujada por la gravedad, empujada por fuerzas que no podía empezar a controlar.

"Simplemente hago esto", dice Gary con esa voz profunda y triste. Sacude la cabeza, disgustado consigo mismo. Esta vez preferiría hacer casi cualquier cosa menos llorar. "No prestar atención."

Pero ella lo hace. Ella no puede evitarlo. Ella se mueve hacia él, con la intención de enjugar sus lágrimas, pero en lugar de eso, le rodea el cuello con los brazos y, una vez que lo hace, él la abraza más fuerte.

"Sally", dice.

Es música, es un sonido que es absurdamente hermoso en su boca, pero ella no le presta atención. Sabe por el tiempo que pasó en las escaleras traseras de la casa de las tías que la mayoría de las cosas que dicen los hombres son mentiras. No escuches, se dice a sí misma. Nada de eso es cierto y nada de eso importa, porque susurra que la ha estado buscando desde siempre. Ella está a medio camino sobre su regazo, frente a él, y cuando él la toca, sus manos están tan calientes sobre su piel que no puede creerlo. Ella no puede escuchar nada de lo que él le dice y ciertamente no puede pensar, porque si lo hiciera podría pensar que sería mejor que se detuviera.

Así debe ser estar borracho, piensa Sally, mientras Gary presiona contra ella. Sus manos están sobre su piel y ella no lo detiene. Están debajo de su camiseta, están en sus pantalones cortos, y ella todavía no lo detiene. Quiere el calor que él la hace sentir; ella, que no puede funcionar sin direcciones y un mapa, quiere perderse ahora mismo. Puede sentirse cediendo a sus besos; ella está lista para hacer casi cualquier cosa. Así es como debe ser estar loca, adivina. Todo lo que está haciendo es tan diferente a su yo habitual que cuando Sally ve su imagen en el nublado espejo retrovisor, se queda atónita. Es una mujer que podría enamorarse si se lo permite, una mujer que no detiene a Gary cuando él le quita el pelo oscuro y luego presiona la boca contra el hueco de su garganta.

¿De qué le serviría involucrarse con alguien como él? Tendría que sentir mucho, y no es tan amable. No podía soportar a esas mujeres pobres e incoherentes que acudían a la puerta trasera de las tías, y no podía soportar ser una de ellas ahora, loca de dolor, abrumada por lo que algunos llaman amor.

Se aleja de Gary, sin aliento, con la boca caliente, el resto de su ardor. Ella se las ha arreglado para existir tanto tiempo sin; ella puede seguir haciéndolo. Puede hacer que se enfríe, de adentro hacia afuera. La llovizna está amainando, pero el cielo se ha vuelto tan oscuro como un tinero. En el este, suena un trueno cuando la tormenta se acerca desde el mar.

"Tal vez te deje hacer esto para que detenga la investigación", dice Sally. "¿Alguna vez has pensado en eso? Tal vez estoy tan desesperada que me follaría a cualquiera, incluyéndote a ti".

Su boca tiene un sabor amargo y cruel, pero no le importa. Quiere ver esa mirada herida en su rostro. Quiere detener esto antes de que esa opción ya no sea suya. Antes de que lo que siente se apodere y quede atrapada, como esas mujeres en la puerta trasera de las tías.

"Sally", dice Gary. "No eres así".

"¿Ah, de verdad?" Dice Sally. "No me conoces. Simplemente crees que lo haces".

"Así es. Creo que sí", dice, lo cual es una discusión tan grande como la que va a tener Sally.

"Fuera", le dice a Gary. "Sal del auto."

En este momento, Gary desearía poder agarrarla y forzarla, al menos hasta que ella se rindiera. Le gustaría hacerle el amor aquí mismo, le gustaría hacerlo toda la noche y no le importa un comino nada más. , y no escuchar si ella le decía que no. Pero él no es ese tipo de hombre, y nunca lo será. Ha visto demasiadas vidas ir mal cuando un hombre se deja llevar por su polla. Es como ceder ante las drogas o el alcohol o el dinero rápido que necesita, sin hacer preguntas. Gary siempre ha entendido por qué la gente se rinde y hace lo que quiere sin pensar en nadie más. Sus mentes se apagan y él no va a hacer eso, incluso si eso significa que no obtendrá lo que realmente quiere.

"Sally", dice, y su voz le causa más angustia de lo que ella jamás hubiera imaginado. Es la bondad lo que la deshace, es la misericordia a pesar de todo lo que ha pasado y sigue pasando.

"Quiero que salgas", dice Sally. "Esto es un error. Está todo mal."

"No lo es". Pero Gary abre la puerta y sale. Él se inclina hacia atrás y Sally se obliga a mirar al frente, al parabrisas. Ella no se atreve a mirarlo.

"Ciérralo", dice Sally. Su voz suena frágil, destrozada y poco fiable. "Lo digo en serio."

Cierra la puerta del coche, pero se queda mirando. Incluso si ella no mira, Sally sabe que él no se ha marchado. Así tiene que ser. Ella será removida para siempre, distante como las estrellas, ilesa y sin tocar, para siempre jamás. Sally pisa el acelerador, sabiendo que si se gira para ver, encontrará que él todavía está parado en el estacionamiento. Pero no mira hacia atrás, porque si lo hiciera también descubriría cuánto lo desea, por todo el bien que le hará.

Gary la ve alejarse, y él está mirando quieto cuando el primer rayo estalla en el cielo. Él está allí cuando la manzana de cangrejo al otro lado del estacionamiento se pone blanca por el calor; está lo suficientemente cerca para sentir la carga, y la sentirá todo el camino a casa, ya que está muy por encima de ellos en el cielo, en dirección oeste. Con una llamada cercana como esa, tiene mucho sentido que esté temblando mientras gira la llave en su propia puerta. Como Gary lo entiende, la mayor parte del dolor es la que te das a ti mismo, y él y Sally se han servido en la misma mesa esta noche, con la única diferencia de que él sabe lo que se está perdiendo y ella no tiene idea de qué. lo que la hace llorar mientras conduce por la autopista de peaje.

Cuando Sally llega a casa, con el cabello oscuro suelto y la boca magullada por los besos, Gillian la está esperando. Está sentada en la cocina, bebiendo té y escuchando los truenos.

"¿Te lo follaste?" Dice Gillian.

La pregunta es completamente sorprendente y totalmente común, ya que es Gillian quien pregunta. Sally se ríe de verdad. "No."

"Lástima", dice Gillian. "Pensé que lo haría. Pensé que estabas enganchado. Tenías esa mirada en tus ojos".

"Estabas equivocado", dice Sally.

"¿Al menos te hizo un trato? ¿Te dijo que no somos sospechosos? ¿Lo dejará pasar?"

"Tiene que pensarlo bien". Sally se sienta a la mesa. Se siente como lo haría si alguien la hubiera golpeado. El peso de no volver a ver a Gary desciende como un manto hecho de cenizas. Ella piensa en sus besos y en la forma en que la tocó, y se pone del revés de nuevo. "Tiene conciencia".

"Solo nuestra suerte. Y solo empeora ".

Esta noche el viento seguirá subiendo, hasta que no quede un solo bote de basura en la calle. Las nubes serán tan altas como montañas negras. En el patio trasero, bajo el seto de espinos, la tierra se convertirá en barro y luego en agua, un charco de engaño y arrepentimiento.

Jimmy no se quedará enterrado. Primero el anillo, luego una bota. Tengo miedo de adivinar lo que vendrá a continuación. Empiezo a pensar en ello y me desmayo. Escuché las noticias y la tormenta que se avecina va a ser mala ".

Sally acerca su silla a la de Gillian. Sus rodillas se tocan. Su pulso es exactamente el mismo, como siempre lo fue durante una tormenta. "¿Qué hacemos?" Sally susurra.

Es la primera vez que le pide la opinión o el consejo de Gillian, y Gillian sigue su ejemplo. De hecho, es cierto lo que dicen sobre pedir ayuda. Respira hondo y te duele mucho menos admitirlo en voz alta.

"Llama a las tías", le dice Gillian a Sally. "Hazlo ahora."

El octavo día del octavo mes, las tías llegan en un autobús Greyhound. En el momento en que el conductor baja de un salto, se asegura de sacar sus maletas negras del maletero a primera hora, a pesar de que la más grande de las maletas pesa tanto que tiene que usar todas sus fuerzas para moverla y casi se rompe un ligamento cuando lo levanta.

"Sostenga sus caballos", aconseja a los otros pasajeros, quienes se quejan de que son ellos los que deben tener sus maletas ahora para tomar un autobús de conexión o correr a encontrarse con un esposo o un amigo. El conductor simplemente los ignora y se ocupa de sus

asuntos. "No quisiera que ustedes, señoras, esperaran", les dice a las tías.

Las tías son tan mayores que es imposible saber su edad. Su cabello es blanco y sus espaldas están torcidas. Llevan faldas largas y negras y botas de cuero con cordones. Aunque no han salido de Massachusetts en más de cuarenta años, ciertamente no se sienten intimidados por los viajes. O por cualquier otra cosa, para el caso. Saben lo que quieren y no tienen miedo de ser francos, por lo que no prestan atención a las quejas de los otros pasajeros y continúan indicando al conductor cómo colocar la maleta más grande en la acera con cuidado.

"¿Qué tienes aquí?" bromea el conductor. "¿Una tonelada de ladrillos?"

Las tías no se molestan en contestar; tienen muy poca tolerancia con el humor tonto y no están interesados en entablar una conversación cortés. Se paran en la esquina cerca de la estación de autobuses y pitan un taxi; tan pronto como uno se detiene, le dicen al conductor exactamente adónde ir: a lo largo de la autopista de peaje durante siete millas, más allá del centro comercial y los centros comerciales, más allá del restaurante chino y la tienda de delicatessen y la heladería donde Antonia ha trabajado este verano. Las tías huelen a lavanda y azufre, una mezcla inquietante, y tal vez por eso el taxista les abre la puerta cuando llegan a la casa de Sally, aunque no se molestaron en darle propina. Las tías no creen en las propinas y nunca lo han hecho. Creen en ganarse la pena y hacer bien el trabajo. Y, cuando lo pienses directamente, para eso están aquí.

Sally se ofreció a recogerlos en la estación de autobuses, pero las tías no aceptaron nada de eso. Pueden moverse muy bien por su cuenta. Prefieren llegar a un lugar lentamente, y eso es lo que están haciendo ahora. El césped está húmedo y el aire está inmóvil y denso, como siempre está antes de una tormenta. Una bruma se cierne sobre las casas y las chimeneas. Las tías se paran en el camino de entrada de Sally, entre el Honda y el Oldsmobile de Jimmy, con sus maletas negras a su lado. Cierran los ojos para tener una idea de este lugar. En los álamos, los gorriones miran con interés. Las arañas dejan de tejer sus telarañas. La lluvia comenzará después de la medianoche, en esto las

tías están de acuerdo. Caerá en láminas, como ríos de vidrio. Caerá hasta que todo el mundo parezca plateado y al revés. Puedes sentir esas cosas cuando tienes reumatismo o cuando has vivido tanto como las tías.

Dentro de la casa, Gillian se siente nerviosa, como se siente la gente antes de que el rayo esté a punto de caer. Lleva unos vaqueros viejos y una camisa de algodón negra, y lleva el pelo despeinado. Es como una niña que se niega a disfrazarse para la compañía. Pero la empresa llegó de todos modos; Gillian puede sentir su presencia. El aire es tan denso como un pastel de chocolate, de los buenos, sin harina. La luz del techo de la sala de estar ha comenzado a oscilar; su cadena de metal emite un sonido ruidoso, como si en algún lugar se hubiera hecho girar una peonza demasiado rápido. Gillian tira de las cortinas y echa un vistazo.

"Oh, Dios mío", dice. "Las tías están en el camino de entrada".

Afuera, el aire se vuelve aún más espeso, como una sopa, y tiene un olor amarillento a azufre, que algunas personas encuentran bastante agradable y otras experimentan tan repugnante que cierran las ventanas de golpe y luego encienden el aire acondicionado en alto. Al anochecer, el viento será lo suficientemente fuerte como para llevarse a los perros pequeños y arrojar a los niños de sus columpios, pero por ahora es solo una ligera brisa. Linda Bennett se ha detenido en la entrada de su casa de al lado; cuando sale de su auto, tiene una bolsa de comestibles en equilibrio sobre su cadera y saluda a las tías con la mano libre. Sally mencionó que algunos parientes ancianos podrían llegar de visita.

"Son un poco raras", le advirtió Sally a su vecina de al lado, pero a Linda le parecen dulces viejitas.

La hija de Linda, que solía ser Jessie y ahora se hace llamar Isabella, se desliza fuera del asiento del pasajero y arruga la nariz —a través de la cual ha empezado a usar tres anillos de plata— como si oliera algo podrido. Ella mira y ve a las tías estudiando la casa de Sally.

"¿Quiénes son esos viejos murciélagos?" la supuesta Isabella le pregunta a su madre.

Sus palabras se llevan a través del césped, cada sílaba desagradable cae en el camino de entrada de Sally con estrépito. Las tías se vuelven y miran a Isabella con sus ojos gris claro, y cuando lo hacen siente algo absolutamente extraño en sus dedos de manos y pies, una sensación tan amenazante y extraña que entra corriendo a la casa, se mete en la cama y tira de las mantas. sobre su cabeza. Pasarán semanas antes de que esta niña se burle de su madre o de cualquier otra persona, e incluso entonces lo pensará dos veces, lo reconsiderará y luego lo reformulará con un "Por favor" o un "Gracias".

"Avíseme si necesita algo durante su visita", dice Linda a las tías de Sally, y de repente se siente mejor que en años.

Sally se ha puesto de pie junto a su hermana y golpea la ventana para llamar la atención de las tías. Las tías miran hacia arriba y parpadean; y cuando espían a Sally y Gillian al otro lado del cristal, saludan, tal como lo hicieron cuando las chicas llegaron por primera vez al aeropuerto de Boston. Sin embargo, para Sally ver a las tías en su propio camino de entrada es como ver chocar dos mundos. No sería menos inusual que un meteorito hubiera aterrizado junto al Oldsmobile, o que las estrellas fugaces se desplazaran por el césped, que tener a las tías aquí por fin.

"Vamos", dice Sally, tirando de la manga de Gillian, pero Gillian simplemente niega con la cabeza.

Gillian no ha visto a las tías durante dieciocho años, y aunque no han envejecido tanto como ella, nunca se dio cuenta de la edad que tenían. Siempre pensó en ellos juntos, una unidad, y ahora ve que la tía Frances es casi quince centímetros más alta que su hermana, y que la tía Bridget, a quien siempre llamaron tía Jet, es en realidad alegre y regordeta, como una gallinita disfrazada. en faldas negras y botas.

"Necesito tiempo para procesar esto", dice Gillian.

"Será mejor que dos minutos sean suficientes", le informa Sally, mientras sale a dar la bienvenida a sus invitados.

"¡Las tías!" Kylie grita cuando ve que han llegado. Ella llama arriba a Antonia, quien se apresura a unirse a ella, dando dos pasos a la vez. Las

hermanas corren hacia la puerta abierta, luego se dan cuenta de que Gillian todavía está en la ventana.

"Ven con nosotros", le dice Kylie.

"Continúen", aconseja Gillian a las chicas. "Estaré justo aquí."

Kylie y Antonia se apresuran al camino de entrada y se lanzan sobre las tías. Gritan, gritan y bailan con las tías hasta que se sonrojan y se quedan sin aliento. Cuando Sally llamó por teléfono y le explicó sobre el problema en el patio, las tías escucharon atentamente y luego le aseguraron que estarían en el autobús a Nueva York tan pronto como prepararan la comida para el último gato que quedaba, la vieja Urraca. Las tías siempre cumplieron sus promesas y todavía lo hacen. Creen que todo problema tiene una solución, aunque puede que no sea el resultado que se esperaba o se esperaba originalmente.

Por ejemplo, las tías nunca habían esperado que sus propias vidas se vieran tan completamente alteradas por una sola llamada telefónica en medio de la noche hace muchos años. Era octubre y hacía frío, y la casa grande tenía corrientes de aire; el cielo afuera era tan lúgubre que empujaba a cualquiera que se atreviera a caminar debajo de él. Las tías tenían su horario, al que seguían sin importar nada. Salieron a caminar por la mañana, luego leyeron y escribieron en sus diarios, luego almorzaron, el mismo almuerzo todos los días, puré de chirimivías y papas, pudín de fideos y tarta de manzana de postre. Dormían siestas por la tarde y hacían sus negocios al anochecer, por si alguien entraba por la puerta trasera. Siempre cenaban en la cocina (frijoles y tostadas, sopa y galletas saladas) y mantenían las luces apagadas para ahorrar electricidad. Todas las noches se enfrentaban a la oscuridad, ya que nunca podían dormir.

Se les había roto el corazón la noche en que esos dos hermanos corrieron por el verde de la ciudad; se habían roto tan fuerte y tan repentinamente que las tías nunca más se dejaron tomar por sorpresa, ni por un rayo, y ciertamente no por el amor. Creían en sus horarios y muy poco más. De vez en cuando asistían a una reunión de la ciudad, donde su severa presencia podía fácilmente influir en un voto, o

visitaban la biblioteca, donde la vista de sus faldas negras y botas inducía el silencio incluso en los prestatarios de libros más ruidosos.

Las tías asumieron que conocían su vida y todo lo que traería. Conocían bien su propio destino, o eso creían. Estaban bastante convencidos de que nada podía interponerse entre su presente y su propia muerte silenciosa, en la cama, por supuesto, a causa de la neumonía y las complicaciones de la gripe a los noventa y dos y noventa y cuatro años. Pero deben haberse perdido algo, o quizás es simplemente que uno nunca puede predecir la propia fortuna. Las tías nunca imaginaron que una voz pequeña y seria telefonearía en medio de la noche, exigiendo que las engañaran, interrumpiendo todo. Ese fue el final de las chirivías y las patatas en el almuerzo. En cambio, las tías se acostumbraron a la mantequilla de maní y mermelada, galletas Graham y sopa de letras, galletas Mallomar y puñados de M & M's. Qué extraño que estuvieran agradecidos de haber tenido que lidiar con dolores de garganta y pesadillas. Sin esas dos chicas, nunca hubieran tenido que correr por el pasillo descalzas en medio de la noche para ver cuál tenía un virus estomacal y cuál dormía bien.

Frances llega al porche para evaluar mejor la casa de su sobrina.

“Moderno, pero muy bonito”, anuncia.

Sally siente el aguijón del orgullo. Es el cumplido más alto que jamás daría la tía Frances; significa que Sally lo ha hecho todo por su cuenta y lo ha hecho bien. Sally está agradecida por cualquier palabra o acto amable; ella puede usarlos. Estuvo despierta toda la noche porque cada vez que cerraba los ojos veía a Gary con tanta claridad que era como si estuviera a su lado en la mesa de la cocina, en el sillón, en su cama. Tiene una cinta que sigue sonando dentro de su cabeza, una y otra vez, y parece que no puede detenerla. Gary Hallet la está tocando en este momento, tiene las manos sobre ella mientras ella se inclina para agarrar la maleta de su tía. Cuando intenta levantar esta pieza de equipaje, Sally se sorprende al descubrir que no tiene fuerzas para hacerlo sola. Algo dentro suena como cuentas o ladrillos, o tal vez incluso huesos.

“Por el problema en el jardín”, explica la tía Frances.

"Ah", dice Sally.

La tía Jet se acerca y enlaza su brazo con el de Sally. Durante el verano en que Jet cumplió dieciséis años, dos chicos locales se suicidaron por su amor. Uno se ató barras de hierro a los tobillos y se ahogó en una cantera. El otro se hizo en las vías del tren en las afueras de la ciudad a las 10:02 a Boston. De todas las mujeres de Owens, Jet Owens era la más hermosa y ni siquiera se dio cuenta. Prefería los gatos a los seres humanos y rechazaba todas las ofertas de los hombres que se enamoraron de ella. El único por el que ella se preocupó fue el chico que fue alcanzado por un rayo cuando él y su hermano se fueron a toda velocidad por el verde de la ciudad para demostrar lo valientes y atrevidos que eran. A veces, a altas horas de la noche, Jet y Frances escuchan el sonido de la risa de esos niños mientras corren bajo la lluvia, y luego tropiezan en la oscuridad. Sus voces son todavía jóvenes y están llenas de expectación, exactamente como sonaban en el momento en que fueron abatidos.

Últimamente, la tía Jet tiene que llevar un bastón negro que tiene una cabeza de cuervo tallada; está encorvada con artritis, pero nunca se queja de cómo se siente la espalda cuando se desata las botas al final del día. Cada mañana se lava con el jabón negro que ella y Frances mezclan dos veces al año, y su cutis es casi perfecto. Ella trabaja en su jardín y puede recordar el nombre latino de cada planta que crece allí. Pero no pasa un día sin que ella no piense en el chico que amaba. No pasa ni un momento que no desee que el tiempo sea una entidad móvil y que pueda retroceder y besar a ese chico de nuevo.

"Estamos muy contentos de estar aquí", anuncia Jet.

Sally sonríe con una hermosa sonrisa triste. “Debería haberte invitado hace mucho tiempo. No pensé que a ninguno de los dos le gustaría ”.

“Eso solo demuestra que nunca se puede saber sobre una persona adivinando”, le informa Frances a su sobrina. “Por eso se inventó el lenguaje. De lo contrario, todos seríamos como perros, olfateándonos unos a otros para saber dónde nos encontramos ”.

"Tienes toda la razón", coincide Sally.

Las maletas se cargan dentro, lo que no es un trabajo fácil. Antonia y Kylie gritan: "¡Oye ho!" y trabajar juntos, bajo la atenta mirada de las tías. Esperando junto a la ventana, Gillian ha considerado escapar por la puerta trasera para no tener que enfrentarse a las críticas de las tías sobre cómo ha arruinado su vida. Pero cuando Kylie y Antonia llevan a las tías adentro, Gillian está de pie en el mismo lugar, su cabello pálido electrizado.

Algunas cosas, cuando cambian, nunca vuelven a ser como antes. Mariposas, por ejemplo, y mujeres que se han enamorado del hombre equivocado con demasiada frecuencia. Las tías chasquean la lengua tan pronto como ven a esta mujer adulta que una vez fue su pequeña. Puede que no hubieran tenido cenas regulares o no se hubieran asegurado de que la ropa limpia estuviera doblada en las oficinas, pero estaban allí. A ellos se dirigió Gillian ese primer año, cuando los otros niños de la guardería le tiraron del pelo y la llamaron la bruja. Gillian nunca le dijo a Sally lo horrible que era, cómo la perseguían, y ella solo tenía tres años. Era vergonzoso, eso lo sabía incluso entonces. Fue algo que no admitiste.

Todos los días, Gillian llegaba a casa y le juraba a Sally que había tenido una tarde encantadora, que había jugado con bloques y pinturas y alimentado al conejito que miraba a los niños con tristeza desde una jaula cerca del armario de los abrigos. Pero Gillian no pudo mentirles a las tías cuando vinieron a buscarla. Al final de cada día, su cabello estaba enredado y su cara y piernas estaban rojizas. Las tías le aconsejaron que ignorara a los otros niños, que leyera sus libros y jugara sus juegos sola y se acercara para informar a la maestra si alguien era desagradable o grosero. Incluso entonces, Gillian creía que era digna del terrible trato que recibió, y nunca fue corriendo a hablar con la maestra y chismorreando. Hizo todo lo posible por mantenerlo dentro.

Las tías, sin embargo, se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo por la lamentable inclinación de los hombros de Gillian mientras se ponía el suéter y porque no podía dormir por la noche. La mayoría de los niños

finalmente se cansaron de burlarse de Gillian, pero varios continuaron atormentándola, susurrando "bruja" cada vez que estaba cerca, derramando jugo de uva en sus zapatos nuevos, agarrando puñados de su cabello y tirando con todas sus fuerzas, y lo hicieron. así que hasta la fiesta de Navidad.

Todos los padres de los niños asistieron a la fiesta, trayendo galletas o pasteles o cuencos de ponche de huevo espolvoreado con nuez moscada. Las tías llegaron tarde, con sus abrigos negros. Gillian había esperado que se acordaran de traer una caja de galletas con chispas de chocolate, o tal vez un pastel de Sara Lee, pero las tías no estaban interesadas en los postres. Se dirigieron directamente al peor de los niños, a los chicos que tiraban del pelo, a las chicas que insultaban. Las tías no tenían que usar maldiciones o hierbas, ni jurar ningún tipo de castigo. Simplemente se pararon al lado de la mesa de bocadillos, y cada niño que había sido malo con Gillian se sintió inmediatamente enfermo del estómago. Estos niños corrieron hacia sus padres y suplicaron que los llevaran a casa, luego se quedaron en la cama durante días, temblando bajo las mantas de lana, tan mareados y llenos de remordimiento que su cutis adquirió un leve tinte verdoso, y su piel desprendía el olor agrio que Siempre acompaña una conciencia culpable.

Después de la fiesta de Navidad, las tías llevaron a Gillian a casa y la sentaron en el sofá del salón, el de terciopelo con patas de león de madera cuyas garras aterrorizaban a Gillian. Le dijeron que los palos y las piedras podían romper huesos, pero las burlas y los insultos eran solo para tontos. Gillian los escuchó, pero en realidad no escuchó. Puso demasiado valor en lo que otras personas pensaban y no lo suficiente en su propia opinión. Las tías siempre han sabido que Gillian a veces necesita ayuda adicional para defenderse. Mientras la estudian, sus ojos grises son brillantes y agudos. Ven las líneas en su rostro que alguien más podría no notar; ellos pueden decir lo que ella ha pasado.

"Me veo horrible, ¿verdad?" Dice Gillian. Hay un atisbo en su voz. Hace un minuto tenía dieciocho años y estaba trepando por la ventana de su dormitorio, y ahora aquí está, agotada.

Las tías cloquean más fuerte y se acercan a abrazar a Gillian. Es tan diferente a su estilo frío habitual que un sollozo se escapa de la garganta de Gillian. Hay que reconocer que las tías han aprendido un par de cosas desde que se vieron obligadas a criar a dos niñas pequeñas. Han visto a *Oprah*; ellos saben lo que puede pasar cuando escondes tu amor. En lo que a ellos respecta, Gillian es más atractiva que nunca, pero las mujeres Owens siempre han sido conocidas por su belleza, así como por las decisiones tontas que toman cuando son jóvenes. En los años veinte, su prima Jinx, cuyas acuarelas se pueden encontrar en el Museo de Bellas Artes, era demasiado testaruda para escuchar una palabra de los demás; se emborrachó con champán frío, tiró sus zapatos de raso sobre un alto muro de piedra, luego bailó sobre vidrios rotos hasta el amanecer y nunca volvió a caminar. La más querida de las tías abuelas, Barbara Owens, se casó con un hombre con un cráneo tan grueso como el de una mula que se negó a que le pusieran electricidad o plomería en su casa, insistiendo en que esas cosas eran modas. Su prima favorita, April Owens, vivió en el desierto de Mojave durante doce años, recogiendo arañas en frascos llenos de formaldehído. Una década o dos en las rocas le da carácter a una persona. Aunque nunca lo creería, esas líneas en el rostro de Gillian son la parte más hermosa de ella. Revelan por lo que ha pasado y lo que ha sobrevivido y quién es exactamente, en el fondo.

"Bueno", dice Gillian cuando termina de llorar. Se seca los ojos con las manos. "¿Quién hubiera pensado que me emocionaría tanto?"

Las tías se acomodan y luego Sally les sirve a cada una un pequeño vaso de ginebra y amargos, que siempre aprecian y que les gusta especialmente para que empiecen cuando hay trabajo por hacer.

"Hablemos del tipo del patio trasero", dice Frances. "Palanqueta."

"¿Tenemos que hacerlo?" Gillian gime.

"Lo hacemos", lamenta tener que decir la tía Jet. "Solo pequeñas cosas sobre él. Por ejemplo, ¿cómo murió?"

Antonia y Kylie están bebiendo Coca-Cola light y escuchando como locas. El vello de sus brazos se eriza; esto podría volverse realmente

interesante.

Sally ha traído una taza de té de menta a la mesa, junto con una taza desportillada que sus hijas le dieron el Día de la Madre, que siempre ha sido su favorita. Sally ya no puede tomar café; el olor evoca a Gary tan completamente que ella podría haber jurado que estaba sentado a la mesa cuando Gillian estaba vertiendo agua a través del filtro esta mañana. Se dice a sí misma que es la falta de cafeína lo que la ha estado volviendo letárgica, pero eso no es lo que está mal. Ha estado inusualmente callada hoy, lo suficientemente malhumorada como para que Antonia y Kylie se den cuenta. Ella parece tan diferente. Las niñas han tenido la sensación de que la mujer que alguna vez fue su madre se ha ido para siempre. No es solo que su cabello negro esté suelto, en lugar de estar alejado de su rostro; es lo triste que se ve, lo lejos que está.

"No creo que debamos discutir esto frente a los niños", dice Sally.

Pero los niños están fascinados; morirán si no escuchan lo que pasó después; simplemente no podrán soportarlo.

"¡Mamá!" ellos lloran.

Son casi mujeres. Y no hay nada que Sally pueda hacer al respecto. Así que se encoge de hombros y asiente con la cabeza a Gillian, dándole el visto bueno.

"Bueno", dice Gillian, "supongo que lo maté".

Las tías intercambian una mirada. En su opinión, esto es algo de lo que Gillian no es capaz. "¿Cómo?" ellos preguntan. Esta es la chica que gritaría si pisase una araña con los pies descalzos. Si se pinchaba el dedo y sacaba sangre, anunciaría que estaba a punto de desmayarse y luego caería al suelo.

Gillian admite que usó belladona, una planta que siempre despreció cuando era niña, fingiendo que era ambrosía para poder darle un buen tirón cuando las tías le pidieron que limpiara el jardín. Cuando las tías preguntan por la dosis que usó y Gillian les dice, las tías asienten, complacidas. Exactamente como pensaban. Si las tías saben algo,

conocen la solanácea. Tal dosis no mataría a un fox terrier, y mucho menos a un hombre de seis pies de altura.

"Pero está muerto", dice Gillian, sorprendida al escuchar que su remedio no pudo haberlo matado. Se vuelve hacia Sally. "Sé que estaba muerto".

"Definitivamente muerta", coincide Sally.

"No por tu mano". Frances no podía estar más segura de ello. "No, a menos que fuera una ardilla".

Gillian lanza sus brazos alrededor de las tías. El anuncio de la tía Frances la ha llenado de esperanza. Es una cosa tonta y ridícula poseer a su edad, particularmente en esta horrible noche, pero a Gillian no le importa un comino. Más vale tarde que nunca, así lo ve ella.

"Soy inocente", grita Gillian.

Sally y las tías intercambian una mirada; ellos no saben de eso.

"En este caso", agrega Gillian cuando ve sus expresiones.

"¿Qué lo mató?" Sally les pregunta a las tías.

"Podría haber sido cualquier cosa". Jet se encoge de hombros.

"Alcohol", propone Kylie. "Años de eso".

"Su corazón", sugiere Antonia.

Frances anuncia que también pueden detener este juego de adivinanzas; nunca sabrán qué lo mató, pero aún se quedan con un cuerpo en el patio, y es por eso que las tías han traído su receta para deshacerse de las muchas cosas desagradables que uno puede encontrar en un jardín: babosas o babosas. pulgones, los restos ensangrentados de un cuervo despedazado por sus rivales, o esas malas hierbas tan venenosas que es imposible arrancarlas con la mano, incluso con gruesos guantes de cuero. Las tías saben exactamente cuánta lejía agregar a la lima, mucho más de lo que incluyen cuando hierven su jabón negro, que es especialmente beneficioso para la piel de una mujer si se lava con él todas las noches. Las barras de jabón de

las tías, envueltas en celofán transparente, se pueden encontrar en las tiendas naturistas de Cambridge y en varias tiendas especializadas a lo largo de Newbury Street, y esto no solo ha comprado un nuevo techo para su antigua casa, sino también un estado de conservación. el sistema séptico de última generación también.

En casa, las tías siempre usan el gran caldero de hierro fundido, que ha estado en la cocina desde que Maria Owens construyó la casa, pero aquí tendrá que servir la olla de pasta más grande de Sally. Tendrán que hervir los ingredientes durante tres horas y media, por lo que, aunque Kylie siempre está nerviosa de que alguien de Del Vecchio reconozca su voz como la del acre sabio que le entregó todas esas pizzas al Sr. Hace un tiempo en casa de Frye, llama y pide que le lleven dos pasteles grandes, uno con anchoas, para las tías, el otro queso y champiñones con salsa extra.

La mezcla en el quemador trasero comienza a burbujear, y cuando llega el repartidor, el cielo se ha vuelto tormentoso y oscuro, aunque debajo de las gruesas capas de nubes hay una luna blanca perfecta. El repartidor llama tres veces y espera que aparezca Antonia Owens, con quien una vez se sentó en álgebra. En cambio, es la tía Frances quien abre la puerta de un tirón. Los puños de sus mangas están humeantes, por toda la lejía que ha estado midiendo, y sus ojos están tan fríos como el hierro.

"¿Qué?" le exige al chico, que ya ha apretado las pizzas con fuerza contra su pecho simplemente por verla.

"Entrega de pizza", se las arregla para decir.

"¿Este es tu trabajo?" Frances quiere saber. "¿Entrega de comida?"

"Eso es correcto", dice el niño. Cree que puede ver a Antonia en la casa; hay alguien hermoso con el pelo rojo, en todo caso. Frances lo está mirando. "Eso es, señora", corrige.

Frances mete la mano en el bolsillo de la falda para sacar el monedero y cuenta dieciocho dólares con treinta y tres centavos, que considera un robo en la carretera.

“Bueno, si es tu trabajo, no esperes una propina”, le dice al chico.

"Oye, Josh", llama Antonia cuando viene a recoger las pizzas. Lleva una bata vieja sobre su camiseta negra y sus mallas. Su cabello se ha convertido en rizos con toda esta humedad y su piel pálida se ve cremosa y fresca. El repartidor no puede hablar en su presencia, aunque cuando regrese al restaurante hablará de ella durante una hora antes de que el personal de la cocina le diga que se calle. Antonia se ríe mientras cierra la puerta. Ella recuperó algo de lo que había perdido. La atracción, ahora comprende, es un estado mental.

“Pizza”, anuncia Antonia, y todos se sientan a cenar a pesar del horrible olor que emana de la mezcla de las tías hirviendo en el quemador trasero de la estufa. La tormenta está sacudiendo los cristales de las ventanas y el trueno está tan cerca que puede hacer temblar el suelo. Un gran relámpago y la mitad del barrio se ha quedado sin electricidad; en las casas a lo largo de la calle, la gente busca linternas y velas de huracanes, o simplemente se rinden y se van a dormir.

"Eso es buena suerte", dice la tía Jet cuando se les acaba la electricidad. "Seremos la luz en la oscuridad".

"Encuentra una vela", sugiere Sally.

Kylie saca una vela del estante cerca del fregadero. Cuando pasa junto a la estufa, mantiene la nariz cerrada con los dedos.

"Vaya, eso apesta", dice sobre la mezcla de las tías.

"Se supone que sí", dice Jet, complacido.

“Siempre lo hace”, asiente su hermana.

Kylie regresa y coloca la vela en el centro de la mesa, luego la enciende para que puedan continuar con su cena, que es interrumpida por el timbre de la puerta.

"Es mejor que no vuelva el repartidor por más", dice Frances ahora. "Le daré una verdadera parte de mi mente".

"Lo conseguiré." Gillian va hacia la puerta y la abre.

Ben Frye está en el porche, con un impermeable amarillo; sostiene una caja de velas blancas de huracán y una linterna. Solo verlo hace que un escalofrío recorra la espalda de Gillian. Desde el principio, ha estado pensando que Ben estaba tomando su vida en sus manos cada vez que estaba con ella. Con su suerte y su historia, cualquier cosa que pudiera salir mal saldría mal. Había estado segura de que llevaría el desastre a quien la quisiera, pero eso fue cuando era una mujer que mató a su novio en un Oldsmobile, ahora es otra persona. Se asoma por la puerta principal y besa a Ben en la boca. Ella lo besa de una manera que prueba que si alguna vez estuvo pensando en salir de esto, será mejor que deje de pensar ahora mismo.

"¿Quién te invitó aquí?" Dice Gillian, pero ella lo abraza; ella tiene ese olor dulce que cualquiera que se acerque demasiado a ella no puede evitar notarlo.

"Estaba preocupado por ti", dice Ben. "Pueden llamar a esto una tormenta, pero en realidad es un huracán".

Esta noche, Ben ha dejado a Buddy solo para traer las velas, a pesar de que sabe lo ansioso que los truenos ponen al conejo. Eso es lo que sucede cuando Ben quiere ver a Gillian, tiene que seguir adelante y hacerlo, sin importar las consecuencias. Aún así, no está acostumbrado a ser espontáneo que cada vez que hace algo como esto tiene un leve zumbido en los oídos, no es que le importe. Cuando Ben regrese a su casa, seguramente encontrará una guía telefónica destrozada o las suelas masticadas de sus zapatillas deportivas favoritas, pero vale la pena estar con Gillian.

"Sal mientras todo va bien", le dice Gillian. "Mis tías vienen de Massachusetts".

"Genial", dice Ben, y antes de que Gillian pueda detenerlo, está dentro de la casa. Gillian tira de la manga de su impermeable, pero se dirige a saludar a sus invitados. Las tías tienen serios asuntos por delante; darán la vuelta a sus tapas si Ben se precipita hacia la cocina asumiendo que está a punto de conocer a dos queridas ancianas. Se levantarán de sus sillas, pisotearán y volverán sus fríos ojos grises en su dirección.

“Llegaron esta tarde y están exhaustos”, dice Gillian. “Esta no es una buena idea. No les gusta la compañía. Además, son antiguos ”.

Ben Frye no presta atención, ¿y por qué debería hacerlo? Las tías son la familia de Gillian y eso es todo lo que necesita saber. Corre directamente a la cocina, donde Antonia, Kylie y Sally dejan de comer en el momento en que lo ven; rápidamente se vuelven para ver la reacción de las tías. Ben no se da cuenta de su ansiedad más de lo que se da cuenta del olor ardiente que se eleva de la olla en la estufa. Debe suponer que el olor emana de algún líquido de limpieza especial o detergente, o tal vez alguna criatura pequeña, una ardilla bebé o un sapo viejo, se ha acurrucado para morir debajo del umbral de la puerta trasera.

Ben se acerca a las tías, mete la mano en la manga de su impermeable y saca un ramo de rosas. La tía Jet los acepta con gusto. "Encantador", dice ella.

La tía Frances pasa un pétalo entre el pulgar y el índice para verificar que las rosas son reales. Lo son, pero eso no significa que Frances se deje impresionar tan fácilmente.

"¿Más trucos?" dice con una voz que puede convertir la sangre de un hombre en hielo.

Ben sonríe con su hermosa sonrisa, la que hizo que a Gillian le flaquearan las rodillas desde el principio y que ahora les recuerda a las tías los chicos que una vez conocieron. Extiende la mano por detrás de la cabeza de la tía Frances y, antes de que se den cuenta, ha sacado de la nada un pañuelo de gasa del color de los zafiros, que presenta con orgullo.

"No podía aceptar esto", dice Frances, pero su tono no es tan frío como antes, y cuando nadie mira, se coloca el pañuelo alrededor del cuello. El color es perfecto para ella; sus ojos parecen agua de lago, claros y gris azulados. Ben se pone cómodo, toma un pedazo de pizza y comienza a preguntarle a Jet sobre su viaje desde Massachusetts. Ahí es cuando Frances le indica a Gillian que se acerque.

"No arruines este", le dice a su sobrina.

"No es mi intención", le asegura Gillian.

Ben se queda hasta las once. Prepara budín de chocolate instantáneo para el postre, luego les enseña a Kylie, Antonia y la tía Jet cómo construir un castillo de naipes y cómo hacerlo caer con una sola bocanada de aire.

"Tuviste suerte esta vez", le dice Sally a su hermana.

"¿Crees que fue suerte?" Gillian sonríe.

"Sí", dice Sally.

"De ninguna manera", dice Gillian. "Tomó años de práctica".

En ese momento, las tías inclinan la cabeza al mismo tiempo y hacen un ruido muy bajo en la garganta, una especie de clic tan cercano al silencio que cualquiera que no esté escuchando con atención podría confundirlo con el débil llamado de un grillo. o el suspiro de un ratón debajo de las tablas del suelo.

"Es el momento", dice la tía Frances.

"Tenemos asuntos familiares que discutir", le dice Jet a Ben mientras lo lleva hacia la puerta.

La voz de la tía Jet es siempre dulce, pero el tono no es el que alguien se atrevería a desobedecer. Ben agarra su impermeable y saluda a Gillian.

"Te llamaré por la mañana", declara. Vendré a desayunar.

"No arruines esto", le dice la tía Jet a Gillian después de cerrar la puerta detrás de Ben.

"No lo haré", le asegura Gillian también. Va a la ventana y echa un vistazo al patio trasero. "Es horrible esta noche".

El viento está arrancando tejas de los techos, y todos los gatos del vecindario han pedido que los dejen entrar o se han refugiado en un pozo de ventana, para temblar y aullar.

“Quizás deberíamos esperar”, aventura Sally.

“Traigan la olla atrás”, les dice la tía Jet a Kylie y Antonia.

La vela en el centro de la mesa proyecta un círculo de luz ondulante. La tía Jet toma la mano de Gillian entre las suyas. “Tenemos que ocuparnos de esto ahora. No dejes de tratar con un fantasma ”.

"¿Qué quieres decir con un fantasma?" Dice Gillian. "Queremos asegurarnos de que el cuerpo permanezca enterrado".

"Bien", dice la tía Frances. "Si así es como quieres verlo".

Gillian desearía haber tomado una ginebra y amarga ella misma cuando lo hicieron las tías. En cambio, termina lo último de su café frío, que ha estado en una taza en el mostrador desde última hora de la tarde.

Mañana por la mañana, el arroyo detrás de la escuela secundaria será profundo como un río; los sapos tendrán que luchar por terrenos más altos; los niños no lo pensarán dos veces antes de sumergirse en el agua tibia y turbia, incluso si están vestidos con su ropa de domingo y con sus mejores zapatos.

"Está bien", dice Gillian. Sabe que sus tías están hablando de más que un cuerpo; es el espíritu del hombre, eso es lo que los atormenta. “Bien”, les dice a las tías, y abre la puerta trasera.

Antonia y Kylie llevan la olla al jardín. La lluvia está bastante cerca; pueden saborearlo en el aire. Las tías ya han hecho que las niñas traigan su maleta al seto de espinas. Están muy juntos, y cuando el viento hace crujir sus faldas, la tela hace un gemido.

“Esto disuelve lo que una vez fue carne”, dice la tía Frances.

Ella le hace una señal a Gillian.

"¿Me?" Gillian da un paso atrás, pero no hay adónde ir. Sally está justo detrás de ella.

"Continúa", le dice Sally.

Antonia y Kylie se aferran a la pesada olla; el viento es tan fuerte que el seto de espinos sale como si quisiera cortarlos. Los nidos de avispas se

balancean hacia adelante y hacia atrás. Definitivamente es el momento.

"Oh, hermano", le susurra Gillian a Sally. "No sé si puedo hacer esto".

Los dedos de Antonia se están poniendo blancos por el esfuerzo que necesita para no dejar caer la olla. "Esto es realmente pesado", dice con voz temblorosa.

"Créeme", le dice Sally a Gillian. "Usted puede."

Si hay algo de lo que Sally ahora está segura es de cómo puedes sorprenderte a ti mismo con las cosas que estás dispuesto a hacer. Esas son sus hijas, las chicas a las que quería llevar una vida normal, y les permite pararse sobre un montón de huesos con una olla de espagueti llena principalmente de lejía. ¿Qué le ha pasado a ella? ¿Qué se ha roto? ¿Dónde está esa mujer lógica, en la que la gente podría depender, día tras día? No puede dejar de pensar en Gary, no importa cuánto lo intente. De hecho, llamó al Hide-A-Way para preguntarle si se había marchado, y lo hizo. Se ha ido, y aquí está ella, pensando en él. Anoche, soñó con el desierto. Soñó que las tías le habían enviado un corte de un manzano en su jardín y que florecía sin agua. Y en su sueño, los caballos que comían manzanas de ese árbol corrían más rápido que todos los demás, y cualquier hombre que mordiera un pastel que Sally preparó con estas manzanas seguramente sería suyo de por vida.

Sally y Gillian les quitan la olla a las chicas, aunque Gillian mantiene los ojos cerrados mientras le dan la vuelta y vierten la lejía. La tierra húmeda chisporrotea y está caliente; a medida que la mezcla se filtra más profundamente en el suelo, aparece una neblina. Es el color del arrepentimiento, es el color del desamor, el gris de las palomas y la madrugada.

"Retrocedan", les dicen las tías, porque la tierra ha comenzado a burbujear. Las raíces de los espinos están siendo disueltas por la mezcla, al igual que las piedras y los escarabajos, el cuero y los huesos. No pueden alejarse lo suficientemente rápido, pero aún está sucediendo algo bajo los pies de Kylie.

"Maldita sea", grita Sally.

Justo debajo de los pies de Kylie, la tierra se está moviendo, cayendo sobre sí misma, como un deslizamiento de tierra, bajando. Kylie lo siente, lo sabe, pero se congela. Está cayendo en un agujero, está cayendo rápido, pero Antonia se estira para agarrar la parte de atrás de su camisa y luego tira. Tira a Kylie hacia atrás tan fuerte y tan rápido que Antonia puede oír su propio codo.

Las chicas se quedan allí, sin aliento y aterrorizadas. Sin darse cuenta, Gillian se ha aferrado al brazo de Sally; se está agarrando con tanta fuerza que Sally tendrá las marcas de los dedos de su hermana en la piel durante días. Ahora todos retroceden. Lo hacen rápido. Lo hacen sin que se lo digan. Un hilo de vapor rojo sangre se eleva desde el lugar donde habría estado el corazón de Jimmy, un pequeño tornado de despecho que desaparece al encontrarse con el aire.

"Ese era él", dice Kylie sobre el vapor rojo y, efectivamente, pueden oler la cerveza y el betún para botas, pueden sentir que el aire se vuelve tan caliente como las brasas en un cenicero. Y luego nada. Nada en absoluto. Gillian no puede estar segura de si está llorando o si ha comenzado a llover. "Realmente se ha ido", le dice Kylie.

Pero las tías no se arriesgan. Llevaban veinte piedras azules dentro de su maleta más grande, piedras que Maria Owens había traído a la casa de Magnolia Street hace más de doscientos años. Piedras como estas forman el camino en el jardín de las tías, pero había extras almacenados junto al cobertizo de las macetas, lo suficiente como para formar un pequeño patio en el lugar donde una vez crecieron las lilas. Ahora que el seto de espinas no es más que cenizas, es fácil para las mujeres de Owens dejar un círculo de piedras. El patio no será lujoso, pero será lo suficientemente ancho para una pequeña mesa de hierro forjado y cuatro sillas. Algunas de las niñas del barrio mendigarán por tener fiestas de té aquí, y cuando sus madres se rían y preguntan por qué este patio es mejor que el suyo, las niñas insisten en que las piedras azules tienen suerte.

La suerte no existe, les dirán sus madres. Bebe tu jugo de naranja, come tus pasteles, mantén tu fiesta en tu propio patio trasero. Y, sin embargo, cada vez que sus madres dan la espalda, las niñas arrastran sus

muñecas, ositos de peluche y juegos de té de porcelana al patio de Owens. "Buena suerte", susurrarán mientras tintinean sus tazas en un brindis. "Buena suerte", dirán cuando las estrellas se eleven sobre ellos en el cielo.

Algunas personas creen que cada pregunta tiene una respuesta lógica; hay un orden para todo, que es nítido y se basa puramente en evidencia empírica. Pero realmente, ¿qué podría ser sino suerte de que la lluvia no comience en serio hasta que su trabajo esté terminado? Las mujeres de Owens tienen barro debajo de las uñas y les duelen los brazos de acarrear esas pesadas piedras. Antonia y Kylie dormirán bien esta noche, al igual que las tías, que han sufrido de insomnio de vez en cuando. Dormirán toda la noche, aunque los rayos caerán en doce lugares separados en Long Island antes de que termine la tormenta. Una casa en East Meadow será reducida a cenizas. Un surfista en Long Beach que siempre anheló los huracanes y las grandes olas estará frito. Un árbol de arce que ha crecido en el campo Y durante trescientos años se dividirá en dos y tendrá que ser derribado con motosierras para asegurarse de que no se derrumbará sobre el equipo de las Pequeñas Ligas.

Solo Sally y Gillian están despiertas para ver cuando llega lo peor de la tormenta. No les preocupan los informes meteorológicos. Mañana habrá ramas esparcidas por el césped y los botes de basura rodarán por la calle, pero el aire será fragante y suave. Pueden tomar su desayuno y café afuera, si lo desean. Pueden escuchar el canto de los gorriones que vienen a pedir migajas.

"Las tías no parecían tan decepcionadas como pensé que estarían", dice Gillian. "En mi."

La lluvia cae con fuerza; está limpiando esas piedras azules en el patio como nuevas.

"Serían estúpidos si estuvieran decepcionados", dice Sally. Pasa su brazo por el de su hermana. Ella piensa que en realidad puede decir lo que acaba de decir. "Y las tías definitivamente no son estúpidas".

Esta noche Sally y Gillian se concentrarán en la lluvia y mañana en el cielo azul. Harán lo mejor que puedan, pero siempre serán las niñas que alguna vez fueron, vestidas con sus abrigos negros, caminando a través de las hojas caídas hacia una casa donde nadie podía ver por las ventanas y nadie podía ver hacia afuera. En el crepúsculo siempre pensarán en esas mujeres que harían cualquier cosa por amor. Y a pesar de todo, descubrirán que este, por encima de todos los demás, es su momento favorito del día. Es la hora en que recuerdan todo lo que les enseñaron las tías. Es la hora por la que están más agradecidos.

En las afueras de la ciudad, los campos se han vuelto rojos y los árboles están todos retorcidos y negros. Hay escarcha cubriendo los prados y humo saliendo de las chimeneas. En el parque, en el mismo centro de la ciudad, los cisnes descansan la cabeza debajo de sus alas para mayor comodidad y calor. Los jardines se han arreglado, excepto el del patio de Owens. Allí crecen repollos, aunque algunos de ellos serán arrancados de las filas esta mañana y cocidos con caldo. Las papas ya han sido desenterradas, hervidas y trituradas, y actualmente se les condimenta con sal, pimienta y ramitas del romero que crece al lado de la puerta. El cuenco para servir de sauce se ha enjuagado y se está secando en la rejilla.

"Estás usando demasiada pimienta", le dice Gillian a su hermana.

"Creo que puedo hacer puré de papas". Sally los ha preparado en cada cena de Acción de Gracias que ha cocinado desde que salió de la casa de las tías. Está completamente segura de lo que hace, a pesar de que los utensilios de cocina están anticuados y un poco oxidados. Pero, por supuesto, dado que Gillian es una mujer tan cambiada, da consejos libremente, incluso cuando no sabe de qué está hablando.

"Sé de la pimienta", insiste Gillian. "Eso es demasiado."

"Bueno, yo sé papas", dice Sally, y en lo que a ella respecta, es mejor que sea así, especialmente si quieren servir la cena a las tres.

Llegaron anoche tarde; Ben y Gillian se quedan en el ático, Kylie y Antonia comparten lo que solía ser una sala de estar, y Sally está en el pequeño y frío nicho cerca de las escaleras traseras en un catre plegable. El calor está en el fritz, así que sacaron todas las colchas de plumas viejas y encendieron un fuego en cada chimenea, y llamaron al hombre de la caldera, el Sr. Jenkins, para que venga a reparar lo que esté mal. A pesar de que es la mañana de Acción de Gracias y el Sr. Jenkins no quiere dejar la comodidad de su sillón, cuando Frances se puso al teléfono con él, todos sabían que estaría allí al mediodía.

Las tías siguen quejándose de que se está haciendo demasiado alboroto, pero sonrían cuando Kylie y Antonia las agarran y besan sus mejillas y les dicen cuánto las aman e insisten en que siempre lo harán. Se advierte a las tías que no deben preocuparse de que Scott Morrison tome el autobús desde Cambridge, ya que traerá un saco de dormir y acampará en el piso de la sala de estar; apenas se darán cuenta de su presencia, y eso también se aplicará a los dos compañeros de habitación que trae consigo.

El único gato que queda es Magpie, que es tan anciano que solo se levanta para llegar a su plato de comida. El resto del tiempo está acurrucado sobre un cojín de seda especial en una silla de cocina. Uno de los ojos de Magpie ya no se abre, pero su ojo bueno está fijo en el pavo, que se está enfriando en una fuente de barro en el centro de la mesa de madera. A Buddy lo mantienen en el ático, Ben está allí con él, alimentándolo con las últimas zanahorias del jardín de las tías, ya que se sabe que Magpie atrapa conejitos bebés que se esconden entre las hileras de repollo. Se sabe que se los come enteros.

"Ni siquiera lo pienses", le dice Gillian al gato cuando lo ve mirando el pavo, pero tan pronto como le da la espalda, Sally toma un poco de carne blanca, que ella misma nunca comería, y alimenta a la vieja Urraca. manualmente.

Las tías suelen tener un pollo asado entregado del mercado el Día de Acción de Gracias. Un año se conformaron con cenas de pavo congelado, y otro año dijeron al diablo con toda la tontería de las vacaciones y comieron un buen asado. Estaban pensando en hacer otro asado este

año cuando todas las chicas insistieron en venir de visita para las vacaciones.

"Oh, déjalos cocinar", le dice Jet a su hermana, que no puede soportar el tintineo y el ruido metálico de las ollas y sartenes. "Se están divirtiendo".

Sally está de pie junto al fregadero, enjuagando el triturador de papas, el mismo que usaba de niña cuando insistía en preparar cenas nutritivas. Puede ver a través de la ventana el patio, donde Antonia y Kylie corren de un lado a otro, ahuyentando a las ardillas. Antonia lleva uno de los suéteres viejos de Scott Morrison, que ha teñido de negro, y es tan grande que cuando saluda a las ardillas con los brazos parece como si tuviera manos largas de lana. Kylie se ríe tanto que tiene que sentarse en el suelo. Señala a una ardilla que se niega a moverse, un abuelo mezquino que le grita a Antonia, ya que considera que éste es su jardín; las coles que han estado recolectando ha estado observando todo el verano y el otoño.

"Esas chicas son muy lindas", dice Gillian cuando se acerca a Sally. Quería discutir un poco más sobre la pimienta, pero abandona el tema cuando ve la expresión del rostro de su hermana.

"Todos han crecido", dice Sally con su voz práctica.

"Sí, claro", balbucea Gillian. Las chicas están persiguiendo a la ardilla abuelo en un círculo. Gritan y se abrazan cuando de repente salta a la puerta del jardín y los mira. "Se ven muy maduros".

A principios de octubre, Gillian finalmente recibió noticias de la oficina del fiscal general en Tucson. Durante más de dos meses, las hermanas habían estado esperando a ver qué haría Gary con la información que Sally le había dado; habían estado de mal humor y distantes de todo el mundo excepto el uno del otro. Entonces, por fin, llegó una carta, correo certificado, de alguien llamado Arno Williams. James Hawkins, escribió, estaba muerto. El cuerpo había sido encontrado en el desierto, donde debió haber estado escondido durante meses, y en una especie de estupor borracho se había metido en la fogata y había sido quemado hasta quedar irreconocible. La única forma en que pudieron

identificarlo después de que lo llevaron a la morgue fue a través de su anillo de plata, que se había derretido un poco y que ahora estaba siendo enviado a Gillian, junto con un cheque certificado por ochocientos dólares de la venta del Oldsmobile que habían incautado, ya que Jimmy la había incluido como su único pariente más cercano en el Departamento de Vehículos Motorizados, lo cual, en cierto modo, era más o menos la verdad.

"Gary Hallet", dijo Gillian de inmediato. "Le pasó ese anillo a un tipo muerto que no pudo ser identificado. Sabes lo que esto significa, ¿no?"

"Solo quería ver que se hiciera justicia, y se ha hecho".

"Está completamente enganchado". Gillian parecía no poder dejar pasar esto. "Y tu también."

"¿Podrías callarte por favor?" Sally había dicho.

Se negó a pensar en Gary. Ella realmente lo hizo. Se frotó el centro del pecho con dos dedos y luego se agarró la muñeca izquierda entre el pulgar y el índice de la mano derecha para controlar su pulso. No le importaba lo que dijera Gillian; definitivamente algo andaba mal con ella. Su corazón dio vueltas reales; latía demasiado rápido y luego demasiado lento, y si eso no significaba que tuviera algún tipo de condición, no sabía qué era.

Gillian negó con la cabeza y gimió; así de patética se veía Sally.

"Realmente no lo sabes. ¿Ese ataque al corazón que has tenido? Es amor", gritó. "Eso es lo que se siente".

"Estás loco", había dicho Sally. "No creas que lo sabes todo, porque déjame decirte que no".

Pero había una cosa que Gillian sabía con certeza, y por eso, el sábado siguiente, ella y Ben Frye se casaron. Fue una pequeña ceremonia en el ayuntamiento, y no intercambiaron anillos de boda, pero se besaron durante tanto tiempo en el mostrador del pasillo de registros que les pidieron que se fueran. Esta vez, estar casado se siente diferente para Gillian.

“La cuarta es la vencida”, les dice a las personas que le preguntan cuál es el secreto de un matrimonio feliz, pero no es así como se siente al respecto. Ahora sabe que cuando no te pierdes en el trato, descubres que tienes el doble del amor con el que empezaste, y esa es una receta que no se puede alterar.

Sally va al refrigerador por un poco de leche para agregar al puré de papas, aunque está segura de que Gillian le dirá que agregue agua, ya que últimamente es una sabelotodo. Sally tiene que empujar varios platos cubiertos y, mientras lo hace, una tapa se cae de una olla poco profunda.

"Mira aquí", le dice a Gillian. "Todavía están en eso".

En la olla está el corazón de una paloma, atravesado por siete alfileres.

Gillian se pone de pie junto a su hermana. "Alguien está siendo deletreado, eso es seguro".

Sally vuelve a colocar la tapa con cuidado. "Me pregunto qué le pasó a ella".

Gillian sabe que está hablando de la chica de la farmacia. “Solía pensar en ella cuando las cosas iban mal”, admite Gillian. "Quería escribirle para hacerle saber que lamenté haberle dicho todas esas cosas ese día".

“Probablemente saltó por una ventana”, adivina Sally. "O se ahogó en la bañera".

"Vamos a averiguarlo", dice Gillian. Coloca el pavo encima del refrigerador, donde Magpie no puede alcanzarlo, y rápidamente mete el puré de papas en el horno para mantenerlo caliente, junto con una cacerola de relleno de castañas.

"No", dice Sally, "somos demasiado mayores para fisgonear". Pero se deja llevar, primero al armario de los abrigos, donde cada uno toma una parka vieja y luego sale por la puerta principal.

Se apresuran por Magnolia Street y giran hacia Peabody. Pasan el parque y el verde de la ciudad, donde siempre cae un rayo, y se dirigen

directamente a la farmacia. Pasan por varias tiendas cerradas: la carnicería, la panadería y la tintorería.

"Va a estar cerrado", dice Sally.

"De ninguna manera", le dice Gillian.

Pero cuando llegan allí, la farmacia está a oscuras. Miran por la ventana las filas de champús, el estante de las revistas, el mostrador donde bebieron tantas Coca-Colas de vainilla. Todo en la ciudad está cerrado hoy, pero cuando se vuelven para irse ven al Sr. Watts, cuya familia ha sido dueña de la farmacia desde siempre y que vive en el apartamento de arriba. Sigue a su esposa y lleva los dos pasteles de camote que llevan a casa de su hija en Marblehead.

"Las chicas de Owens", dice cuando espía a Sally y Gillian.

"Cheque." Gillian sonrío.

"Estás cerrado hoy", dice Sally. Siguen al Sr. Watts, aunque su esposa está esperando en el auto, indicándole que se apresure. "¿Qué le pasó a esa chica? ¿El que dejó de hablar?

"¿Irene?" él dice. "Ella está en Florida. Se mudó allí aproximadamente una semana después de la muerte de su esposo la primavera pasada. Creo que escuché que ya se ha vuelto a casar".

"¿Estás seguro de que estamos hablando de la misma persona?"
Pregunta Sally.

"Irene", les asegura el Sr. Watts. "Tiene una cafetería en Highland Beach".

Gillian y Sally corren todo el camino a casa. Se ríen mientras corren, por lo que tienen que detenerse de vez en cuando para recuperar el aliento. El cielo es gris, el aire es crudo, pero no les molesta en lo más mínimo. De todos modos, cuando llegan a la puerta negra, Sally se detiene de repente.

"¿Qué?" Dice Gillian.

No puede ser lo que piensa Sally. Lo que cree ver es a Gary Hallet en el jardín, agachado, cavando las coles, y eso no puede ser.

"Bueno, mira quién está aquí", dice Gillian, complacida.

"Lo hicieron", dice Sally. "Con el corazón de la paloma".

Tan pronto como ve a Sally, Gary se pone de pie, un espantapájaros con un abrigo negro que no sabe si debe saludar o no.

"No lo hicieron", le dice Gillian a Sally. "Ellos no tuvieron nada que ver con eso".

Pero a Sally no le importa si Gillian llamó a Gary la semana pasada y le preguntó qué demonios estaba esperando. No importa si ha tenido la dirección de las tías doblada en el bolsillo de su abrigo desde esa llamada telefónica. Para cuando ella corre por el camino de la piedra azul, no importa lo que piense o crea la gente. Después de todo, hay algunas cosas que Sally Owens sabe con certeza: siempre arroje la sal derramada sobre su hombro izquierdo. Mantenga el romero junto a la puerta de su jardín. Agregue pimienta a su puré de papas. Planta rosas y lavanda, para que tengas suerte. Enamórate siempre que puedas.

ALICE HOFFMAN es la autora de Property Of, The Drowning Season, Angel Landing, White Horses, Fortune's Daughter, Illumination Night, At Risk, Seventh Heaven, Turtle Moon, Second Nature, Practical Magic, Here on Earth, Local Girls, The River King y Diario Azul. Vive cerca de Boston.